

Enseñame a dibujar sonrisas



Cherry Chic

Enseñame

a

dibujar
sonrisas

Cherry Chic

Copyright

Primera edición: septiembre, 2019

© 2019, Cherry Chic

© De la cubierta: maria_uve_

© De la fotografía de la cubierta: maria_uve_

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Todos los personajes y escenarios de esta obra son productos de la imaginación de la autora, cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

*Al mundo
le sobra gente rota
y necesita de verdad
personas fuertes
que sepan unir.*

Beret - Vuelve

*Para Alba,
el lucero que faltaba para acabar de iluminar mi vida.
Gracias por hacer más bonitos los amaneceres.*

ÍNDICE

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

SOBRE LA AUTORA

1

Me bajo del taxi después de pagar al conductor y agradezco, en silencio, que sea de esos que no necesitan ir todo el camino charlando, porque el motivo que me ha traído aquí ya es bastante vergonzoso.

Tomo aire y leo el cartel que tengo frente a mí:

Urgencias

Aprieto los labios y pienso cómo de mal estará, en una escala del uno al diez, mentir al recepcionista acerca del motivo de mi presencia. Valoro que sería un nueve, porque yo soy una pésima mentirosa y, al final, me acabarían pillando. Quedaría peor que siendo sincera. Además, me he tomado dos cervezas y eso en mí es mucho. No voy a decir que estoy borracha, pero un puntito gracioso tengo.

Entro agarrándome al bolso con fuerza, me voy al mostrador y me enfrento a las personas que hacen cola delante de mí. Espero pacientemente a que acaben mirando al suelo y, cuando por fin me toca, intento obviar el lagrimeo constante de mi ojo derecho, pero es imposible.

—Buenas noches —me dice el hombre que hay detrás del mostrador—. ¿Tienes la tarjeta sanitaria?

Asiento y la saco del bolso mientras saludo. Cuando me pide el motivo de la consulta carraspeo y hablo en tono bajo para que no me oiga nadie más.

—Me he pinchado el ojo con el lápiz del *eyeliner*.

—¿Con el qué?

—El lápiz del *eyeliner*. —El señor me mira como si yo tuviera dos cabezas y decido extenderme un poco más—. Un lápiz para hacerme la rayita del ojo. —Señalo el izquierdo y cierro el párpado—. Como este.

—¿Y me estás diciendo que te has pinchado con el lápiz de maquillarte?

—Sí.

—¿Y te has puesto el ojo así de hinchado y rojo por un pinchazo de un lápiz?

Empieza a molestarme un poquito su actitud, pero, aun así, respondo.

—Es que al pinchármelo se ha derramado la tinta negra, he intentado

secármela con papel, pero... Bueno, ha sido peor.

El hombre entrecierra los ojos y, aunque intenta ocultar una sonrisa, no lo logra del todo.

—Te has pinchado el ojo con un lápiz de maquillar y luego te has metido papel para secar el maquillaje.

—Sí.

—De dentro del ojo.

No es ninguna pregunta, me está dejando por gilipollas y, aunque tiene razón en sospechar, no debería decirlo tan a la ligera. Me envaró un poco y contesto con tirantez.

—Los accidentes ocurren.

—Por supuesto, pero ese ojo pinta mal. ¿Seguro que no ha sido nada más?
—Guardo silencio un instante y él eleva una ceja. Suficiente para empezar a soltar por la boquita.

—No me di cuenta de que el papel estaba lleno de colonia.

—¿Colonia?

—Nenuco, para ser exactos.

Frunce los labios y me mira con evidente interés. Está claro que no va a dejar de darme el coñazo tan fácilmente.

—¿Cuándo se te ocurrió que era buena idea coger un papel lleno de colonia infantil y metértelo en el ojo?

Suspiro, exasperada, y doy un pequeño palmetazo en el mostrador.

—A ver, después de hacerme el *eyeliner* del ojo izquierdo que, por cierto, me ha quedado perfecto —Vuelvo a cerrar el párpado para demostrarlo, porque ya me está tocando las narices este hombre—, he cogido un poquito de papel y colonia para limpiar el cerco que el tapón había dejado en el lavabo. Había más papeles alrededor y, cuando fui a limpiarme este —digo, señalando el derecho— pensé que había cogido uno seco, pero no. Me lo he metido, me lo he restregado muy bien a conciencia y luego he sentido que se me achicharraba el ojo. Eso, y un agradable olor a colonia infantil. ¿Vas a dejar que me sienta ya o quieres que te cuente el precio de la puñetera colonia?

—Oye, tranquila, que nadie te ha dicho nada. Bastante tenemos aquí con la nohecita que llevamos.

¡Que no me ha dicho nada, dice! Me muerdo la lengua porque está tecleando algo en el ordenador y no quiero que me insulte, pero me cuesta la vida. Además, él no tiene culpa de que yo sea el despiste personificado. Si ya

me lo decía mi madre, y mis hermanos, y todo el mundo. Que a ver qué coño pintaba yo viviendo sola, si no sabía ni dar dos pasos sin perder algo. Yo me puse muy digna y me ofendí por su falta de confianza, pero no pasaron ni dos días antes de que tuviera que venir un cerrajero a forzar la puerta porque había olvidado las llaves dentro. Desde ahí, toda mi vida ha sido una serie de catastróficas desdichas que no voy a contar ahora mismo porque tampoco es plan de acabar aburriendo a las ovejas o, peor, que te espantes y dejes de leer. Ya me irás conociendo poco a poco.

El hombre del mostrador me devuelve la tarjeta y me indica el camino de la sala de espera. A mí el ojo me escuece una barbaridad, pero, al menos, las explicaciones se han terminado. Ya solo falta que un médico me vea cuanto antes. El problema es que no había caído en que es sábado y, si las urgencias de este hospital siempre están atestadas, hoy no os quiero ni contar. Entro en la sala y me encuentro con una multitud quejumbrosa y de malas caras. Así, a priori, puedo detectar a los miembros de una pelea, un par de borrachos, una guiri pasada de copas con un par de amigas, un señor con un brazo hinchado y una señora que no hace más que gritar que alguien tiene que atenderla porque se está muriendo. Yo no sé lo que tiene, pero de capacidad pulmonar va sobrada. Observo la panorámica y pienso que si aquí entrara ahora mismo un reportero de *Callejeros* sacaría material para media temporada sin anuncios. Y eso que con el ojo malo no veo ni la mitad que de normal, porque uso gafas o lentillas, pero con el mal rato no llevo ni una cosa, ni la otra. No estaba yo para exquisiteces.

Me paseo como quien no quiere la cosa buscando una silla libre y, a poder ser, que esté al lado de alguien que no tenga ganas de armar jaleo. Me cuesta lo mío, no te creas, porque las urgencias de otras ciudades no sé, pero las de aquí siempre están alteradas. Como que la gente está esperando para saltar a la mínima, y no me extraña, porque a nadie le gusta estar jodido y metido en una sala con tantos extraños.

Que aquí, a más de uno, le recomendaba yo la Nenuco en cantidades industriales.

Al final diviso a un chico moreno, con barba y cara de circunstancias que está sentado tranquilamente sin hablar con nadie. Mira al frente y, de vez en cuando, en derredor, como rezando para que nadie se le siente al lado. Mala suerte es que a mí no me importe, porque es el único que parece normal y no pienso desaprovechar la oportunidad.

—Buenas —contesto ocupando la silla y sintiendo como se tensa en el acto.

A mi otro lado, una señora con un moño entrecano y cara de pocos amigos contesta.

—Buenas noches, hija. —Sonrío y ella señala mi ojo—. ¿Qué? ¿Te has dado con el pomo de la puerta?

—No, qué va.

Ella me ignora y sigue a lo suyo.

—Yo me daba mucho con el pomo de la puerta. Hasta que un día cogí la sartén, le di a mi marido con ella en la cabeza y lo dejé *tirao* en el suelo. Al carajo el pomo.

No sonrío, porque imagino en el acto el sufrimiento que debió pasar ella durante años con un marido que la maltrataba físicamente. Si es verdad lo que dice, se tenía el sartenazo más que merecido.

—Pero está bien, ¿no?

—¡Hombre que si está bien! ¡Como un rey! Sin hacer ni el huevo en todo el día y viendo a la gente pasearse frente a él, que es lo que de verdad le gusta. —Suspiro y sonrío asintiendo, hasta que sigue—. Qué suerte que nos tocó un nicho del cementerio que no estaba ni arriba del todo, ni abajo, porque arriba para limpiarlo para Los Santos te tienes que coger la escalera y a mí el vértigo me da y no puedo, y abajo hay que agacharse. De esta forma voy a finales de octubre, cojo un trapito y se lo paso, así, por encimita. Le pongo sus flores del chino de plástico, porque más no se merecía, y hasta el año siguiente.

Trago saliva porque nunca he visto a nadie hablar de un asesinato con tanta frialdad. A ver, que puedo entender que si él le pegaba hiciera lo que hizo, pero... es que es fuerte. Y a mí las cosas, cuando me sorprenden, se me nota, porque abro mucho los ojos (en este caso, el que tengo sanito) y se me pone cara de fan loca viendo morir al sujeto de sus sueños húmedos.

—Pero ¿que mató usted al pomo, señora? —pregunta el chico de mi lado, echándose un poquito hacia delante.

—¡No, hombre, no! El sartenazo lo dejó suave como un guante, pero no lo mató. Menos mal, porque dice mi hijo que habría ido a la cárcel. Ahora, que si llego a ir por defenderme de todo lo que me hizo, tampoco me hubiera importado tanto. —Suspira y chasquea la lengua—. Se murió de un infarto dos meses después. Yo creo que de aguantarse los cojones, porque se conoce que el sartenazo le hizo pensárselo dos veces antes de ponerme la mano encima.

Se me escapa una risita nerviosa y miro a la señora con cara de arrepentimiento. O sea, espero que se note que tengo cara de arrepentimiento, pero como mi ojo derecho parece una metralleta con tanto pestañear y lagrimear, vete tú a saber.

—Pues si le dio mala vida, bastante hace con ir a verlo una vez al año — dice el chico de mi lado.

Asiento, dándole la razón, porque creo que, de ser yo, no iría ni para dar un mal recado. Claro que, ¿qué recado podría darle a alguien muerto? Ninguno.

Yo es que creo firmemente que después de la muerte hay algo. Como dice mi madre «Esta vida no puede ser la buena, con la de nudos que tragamos. Algo más tiene que haber». Y yo no tengo pruebas de que sea verdad, pero he decidido creer de todas formas porque así soy más feliz. Tuve una época de volverme atea y la amargura me hizo volver al redil. Ahora no sé en qué creo, pero sé que creo en algo.

Total, todo esto para decir que yo no iría nunca a un cementerio a dar un recado, pero la señora se ve que es más valiente que yo, porque se encoge de hombros y suspira sonoramente.

—Hasta la mala hierba se merece que la corten de vez en cuando. — Guarda silencio un momento y nos guiña un ojo—. Y así me aseguro de que sigue allí, bien enterradito.

El chico y yo nos reímos justo cuando suena un nombre por megafonía y la señora se levanta.

—Bueno, mozos, aquí os quedáis, que yo voy a ver si meto en vereda al médico de turno por tenerme esperando más de dos horas.

Estoy a punto de decirle que el médico de turno no tiene la culpa de que ella haya tenido que esperar, porque bastante tienen los pobres con los recortes, pero me callo a tiempo. Total, yo no conozco de nada a la señora y no quiero que, al final, cargue su ira contra mí. No sería la primera vez que, por meterme donde no me llaman, acabo pagando el pato.

—¿Qué te ha pasado en el ojo?

Me giro de inmediato y miro al chico de mi lado. No tiene buena cara. No es que sea feo, al revés, es moreno, de ojos marrones muy vivos, barba de varios días y un pelo negro y rizado por arriba que le hace más llamativo aún. El problema no es su físico, eso está muy bien, pero sigue teniendo mala cara.

—Es una historia larga y vergonzosa —contesto.

—Entiendo... —suspira y mira al frente antes de hablar—. Por lo de larga no te preocupes, porque esto va para largo. Llevo más de una hora y hay varios que ya estaban aquí cuando llegué.

—Joder.

—Sí, la cosa se ha animado en los últimos minutos. El finde da para mucho.

Asiento y me pienso durante unos instantes si contarle o no mi odisea con el puñetero lápiz de ojos. Al final lo hago y él me escucha muy serio, sin reírse ni interrumpirme. Tampoco hace preguntas obvias, como el del mostrador. Solo asiente levemente y, cuando acabo, frunce los labios con compasión. Espero que sea compasión y no un intento de no reírse de mí en mi cara.

—Si es que hay días que uno se empeña en salir por ahí, pero en verdad lo mejor que puede hacer es quedarse en casa. Con lo a gustito que se está viendo Netflix. ¿Sí o no? —Asiento dándole toda la razón del mundo y suspira con cansancio—. Pero vaya, tú tranquila, que eso le pasa a cualquiera.

—No he conocido a mucha gente que se haya metido un papel con colonia en el ojo.

—Créeme, hay gente peor que tú en el mundo. —Hace una mueca y suspira de nuevo—. Como yo.

Lo miro de nuevo, no parece estar afectado físicamente y, como bien ha dicho él, esto va para largo, así que decido preguntarle.

—¿Qué te ha pasado?

—Que soy gilipollas. —Elevo las cejas y él chasquea la lengua—. Había quedado con una muchacha hoy de buen rollo para tapear. La conocí el otro día en una fiesta y me pareció que había química, ¿sabes? —Asiento, entendiendo el punto y él sigue—. Total, nos dimos los teléfonos y esta mañana, como no tenía planes, decidí escribirle. Pensé que lo mismo ni se acordaba de mí, pero me contestó enseguida y me dijo que sí, que quedábamos para tapear.

—Ajá.

—Nos hemos visto en el centro, hemos tapeado en un par de sitios y hemos tonteado a saco. Pero a saco Paco, ¿sabes? De esto que piensas: Muy mal se me tiene que dar la noche hoy para no rematar la faena por todo lo alto. —Sigo asintiendo porque, hasta ahora, su discurso me parece de lo más coherente y

yo también he pensado eso alguna vez—. Bueno, pues estaba yo tomándome un sorbo de mi ron con Coca-Cola, porque las cervezas ya eran cosa del pasado, cuando se acercó y me dio un besito en el cuello.

—Uy.

—Eso pensé yo. Uy, que la cosa se va a animar. La miré sonriendo y la dejé hacer como si todo fuera muy normal y los besitos en el cuello fuesen los nuevos dos besos para saludar. Ella, viendo que yo me quejaba menos que Doraemon en una feria de inventos, se me vino arriba y empezó a toquetearme el culo, los hombros, el pecho y lo que le pillaba a mano. Y yo con las manos en la cintura todo el rato porque, a ver, si me animaba más de la cuenta lo mismo la asustaba.

—Claro, no querías echarlo a perder.

—Ea. Total, me preguntó si vivía solo y le dije que comparto piso, pero vaya, que podíamos ir, aunque no vivo cerca del centro. Y ahí ya ella se desató, se me echó encima y me dio un morreo de los que te dejan temblando una semana. Yo, que de normal soy tranquilo, pero no tonto, le dije que nos fuéramos a mi piso y ella me dijo que no, que mejor al suyo, que estaba más cerca. ¿Me sigues?

—Te sigo. De momento no veo la relación entre lo que me cuentas y acabar en urgencias.

Él suelta una risa seca y carraspea.

—Dame tiempo. Llegamos a su piso, todo muy bonito, tenía jarrones con flores y cosas de esas que yo en mi casa no pongo porque soy un tío y, además, tengo el gusto de vacaciones permanentes. Me enseñó el dormitorio y cuando vi la cama me vine arriba y ya no pensé en nada más. Ella se vino más arriba que yo, me quitó la ropa a tirones y me empujó para que me tumbase en la cama. Yo en la gloria, claro, porque uno no es feo, pero tampoco voy a decir que cumpla todas las semanas, porque sería mentir. De pronto se empezó a quitar la ropa, se soltó el pelo y se subió en la cama a cuatro patas con una cara que... Ay, qué carita traía. Mira, me dicen en el momento de pagarme para que me vaya de allí y le escupo en la cara al que sea.

—Es lo que tienen los calentones.

Él asiente con cara de resignación.

—Sí, hija, sí, los calentones son lo peor. Total, la muchacha cada vez más animada, yo más animado ya no podía estar porque si no me daba algo, y ya que la tengo encima, restregándose y metiéndome la lengua hasta la

campanilla, me pregunta si yo soy moderno o clásico. —Elevo las cejas y él se encoge de hombros—. Yo le dije que moderno, modernísimo, claro. Mírame, llevo mi camiseta de mamarracho y mis pantaloncillos desgastados y eso, vaya, que uno se viste acorde a la moda. Lo que no me pongo son los pantalones de pitillo porque yo siento que se me estrangula el carné de padre, pero no critico al que lo hace, conste.

Me río, porque el chaval es gracioso contando historias. Asiento dándole la razón y suspira, esta vez con un tono más dramático.

—Bueno, pues la chica esta, que no voy a decirte su nombre porque no quiero que te traumáticos conmigo, se bajó de la cama y apareció con dos pañuelos de flores. Me dijo que me iba a atar las manos y yo, claro, calladito y asintiendo. Vamos, como si me ataba los pies. No iba a ponerme exquisito después de haber dicho que era el más moderno del mundo.

—Ay, qué mal pinta esto ya...

—Pues espérate que estoy llegando a la mejor parte. Yo de manitas atadas y ella comiéndome todo lo comible. Yo a nada de reventar y, en el punto más álgido de toda esta historia, se me sentó en las caderas y me dijo: «¿Tú has jugado con el punto G alguna vez?»

—Ay, Dios mío.

—No, de Dios me acordé más tarde. —Se me escapa la risa, pero él sigue muy serio—. Yo, en mi papel de moderno y entendido de la vida, pensé: «Esta muchacha es fan del Grey, no pasa *na'*, si hay que dejarse buscar el punto G un poquito, pues se deja uno». Ojo, te lo cuento para que veas que yo cerrado no estaba, ¿eh? Yo soy un tío de mente abierta, pero es que me pensaba que iba a buscar el punto de las narices con el dedito.

—Ay, Señor.

—Sí, sí, del Señor, de la Virgen y de todos los Santos me acordé en cuanto la criatura sacó de la mesita de noche un pollón que ni el negro del WhatsApp. —La carcajada que suelto se debe oír en toda la sala de espera, porque son varios los que nos miran—. Shhhh, calla, que bastante vergüenza estoy pasando ya.

Quiero preguntarle por qué demonios me lo cuenta, entonces, pero es que creo que el pobre necesita desahogarse.

—Dime que no te dejaste meter eso...

—A eso voy. Yo me volví loco y se me fue lo moderno de sopetón. Le pedí que lo dejara estar, que a mí eso no me iba a entrar ni de coña y que mejor lo

dejábamos para la segunda cita, pero ella empezó a sacar lubricantes y a hablarme del mejor orgasmo de mi vida, y otra vez me lo comió todo, y yo, que soy de mente abierta y voluntad frágil, le dije que bueno, pero que solo la puntita. —Suelta un quejido lastimero y mira al frente—. Mira, los detalles no te los voy a dar, pero te voy a decir que a mi entender la muchacha esta me ha hecho la bandera de Japón en el culo, porque estoy sentado y me noto que me arde todo. Y lo peor es que ella me preguntaba si paraba, pero yo, que soy un macho, o gilipollas, según se mire, dije que no, que no, que yo podía. Claro, metido en faena no iba a echarme atrás y como ella juraba y perjuraba que iba a tener el mejor orgasmo de mi vida...

Me aguanto la risa a duras penas y me molesta, porque, a ver, si fuese una chica quien contara algo así me preocuparía, pero él ha dejado muy claro que en todo momento lo ha consentido, así que no puedo evitar imaginarlo encabezado en que le entrara todo eso. Tampoco puedo evitar mirar su culo, pero sentado como está no se nota nada. De pie imagino que tampoco, claro.

—¿Y duele mucho?

—Como si tuviera un mono disparándome balas al culo.

Mis carcajadas vuelven a sonar y él, lejos de molestarse, se ríe entre dientes y niega con la cabeza llamándose gilipollas y algunas lindezas más. Intento calmarme y mantener una conversación seria, pero cuando por fin lo consigo alguien llama a Gabriel De La Torre por megafonía y el chico en cuestión se levanta y me sonrío.

—Pues se ve que no va tan lento, después de todo.

—O que te han hecho hueco antes, por valiente.

—Ja, ja, graciosa. Espero que te curen bien ese ojo... —Se me queda mirando y sonrío.

—Carmen. Me llamo Carmen.

—Encantado, Carmen. Hasta luego. Y recuerda, no metas en tus orificios más de lo que crees que tu cuerpo puede soportar.

Suelto una carcajada y lo observo alejarse. No puedo evitar que mi risa se prolongue mientras lo veo tirarse de la tela del pantalón que roza su trasero.

Ay, Dios, la noche ha sido un desastre, pero tengo que reconocer que, en urgencias, a veces, te encuentras con gente que hace que la espera sea más llevadera.

2

Gabriel

Me cago mentalmente en todo lo *cagable* cuando Raúl vuelve a aporrear la puerta del baño.

—¡Tío, que me meo!

—¡Que estoy en medio de mi cura!

Él me insulta, yo le insulto de vuelta, pero no saco el culo del bidé, porque es el único momento del día en el que me siento mejor. Ese, y cuando me pongo la cremita que me recetaron en urgencias.

Hay que ver lo que te puede cambiar la vida en cualquier momento, ¿eh? Hace dos días estaba yo tan ricamente a punto de entregarme al mayor placer del mundo con una chica la mar de mona y un rato después estaba sentado en urgencias deseando que me arrancaran el culo.

Y ahora estoy aquí, dándome bañitos de agua caliente en el culo y andando raro porque no me gusta negarme en rotundo a las cosas sin haberlas probado antes. Raúl, mi primo y compañero de piso, dice que, a veces, soy un pringado, pero es que, ¿cómo voy a negarme de primeras a algo que no sé si me gusta? Es como cuando probé el sushi. Todo el mundo en mi círculo flipando, pero yo me metí aquello en la boca y se me vinieron a la cabeza todas las imágenes de pescados bien cocinados del mundo. ¿Qué necesidad hay de comerlo crudo? Ninguna. Decidí que a mí eso no me va, y hasta hoy.

El caso es que no me negué porque pensé: esto llegará un momento en que lo flipé más que Pocholo en Ibiza. Y flipé, ya ves si flipé, todavía me acuerdo y tiemblo, pero no de emoción.

La muchacha ayer me mandó un whatsApp, pero la he bloqueado sin contestarle. Y me ha costado, ¿eh? Porque yo, aunque sea un emoticono, siempre pongo, por muy mal que me caiga la otra persona, pero es que no le puedo perdonar lo que me ha hecho en la puerta trasera. Que yo sé que ella no tiene culpa porque todo el rato me preguntaba si paraba, pero es que de pensar en quedar con ella de nuevo se me pone el pelito de la nuca de punta.

—Mira, tío, yo voy a entrar —dice Raúl al otro lado.

—¡Ni se te ocurra!

La advertencia llega tarde, porque la puerta se abre y me acuerdo, *ipso*

facto, del cerrojo que nos cargamos un día que él estaba bañándose, se escuchó un golpe, pensé que se había desnucado en el plato ducha y le di una patada a la puerta que provocó que el pestillo se fuera a tomar por culo y yo acabara con un esguince en el pie. Resultó que mi primo se estaba hartando de regalarse amor propio y se le había resbalado la alcachofa de la ducha en un descuido, provocando el ruido que me había hecho acudir en su ayuda. Bien pensado, ya estamos en paz, porque la imagen que estoy dando ahora mismo le va a servir para reírse de mí por los siglos de los siglos.

—Es que pareces la *bisa* Gabriela cuando se espatarraba para lavarse las almorranas.

Frunzo el ceño y lo miro con odio reconcentrado. ¿De verdad hacía falta sacar a mi bisabuela Gabriela en todo esto?

—¿De verdad hacía falta sacar a la bisabuela Gabriela en todo esto? — pregunta mi voz exterior, haciendo caso a la interior.

—Es que no me quito aquella imagen de la cabeza. Y ahora, la tuya, tampoco.

—Tampoco te creas que es lo más bonito del mundo verte a ti a media paja y con la alcachofa de la ducha apuntando al techo desde el suelo.

—Bueno, bueno, ya está bien de recordar buenos tiempos.

Se pone a mi lado, mirando hacia el váter, que está en paralelo con el bidé, se baja el pantalón y se saca la churra así, sin miramientos.

—Pero, tío, que estoy aquí sentado.

—Pues no me distraigas, no sea que me equivoque apuntando y te haga lo del payaso de la feria y la pistola de agua.

—¿Eh?

—Sí, hombre, lo de apuntar a la boca del payaso y...

—Hostias, cállate, mejor.

Se ríe entre dientes, hace sus necesidades, se escurre la cosa que da gusto, sin importarle que yo esté teniendo las arcadas de mi vida, tira de la cadena y se lava las manos mientras me mira a través del espejo.

—¿Todavía duele mucho?

—Menos, pero no es la mejor sensación del mundo.

—Si es que lo que no te pase a ti, Gabi...

Suspiro y no contesto, porque en eso tiene más razón que un santo. Creo que soy gafe y mi primo, en vez de negarlo cuando se lo digo, me da la razón. Lo entiendo, porque a mí nadie me quita la idea de la cabeza de que la vida le

da la vuelta a las cosas buenas que tienen que pasarme y las convierte en algo catastrófico. ¿Quedo con una chica y la cosa va de maravilla? Acabo con una fisura anal. ¿Intento salvar la vida de mi primo? Me toca verlo hartándose de amor propio. ¿Me da por empezar una conga? Acabo agarrándome a la cintura de la novia del cachas macarra de turno y no salgo hostiado de la verbena de milagro. ¿Me paro una sola vez a mirar una obra? Me acaba cayendo un ladrillo en el pie pese a estar al otro lado de la valla. Verídico todo, para mi desgracia. Creo que hay un gen en mí que, cuando intuye una situación peligrosa, me incita para que me lance. Y da igual lo que intente retenerme porque en el momento no hay nada que me apetezca más que seguir ese impulso.

—No voy a ser el único gafe de esta ciudad, ¿no?

—De esta ciudad, de España, de Europa, de...

—Que sí, que lo pillo.

Se gira y se seca las manos en la camiseta mientras me mira con compasión.

—Vamos a ver, no digo que seas el único, ¿eh? Solo que, si hay una situación descabellada a tu alrededor, no sé cómo, pero acabas formando parte importante del asunto. Lo que tienes que hacer es confiar menos en los demás, y en tu propio instinto, y volverte un poquito más cabrón. Sobre todo con las tías.

—A mí no me va lo de fingir ser lo que no soy.

—Pues entonces te seguirán pasando estas cosas. ¿Te acuerdas de Macarena? —Me callo, pero él no lo deja estar—. ¿Te acuerdas o no? Te dije que con ella no ibas a ninguna parte, que no era trigo limpio. ¿Me creíste?

—No, pero eso no tiene nada que ver con ser gafe o no.

—Te pidió dinero para unas medicinas y acabaste pagándole un fin de semana de fiesta con las amigas, tío.

—No lo sabemos a ciencia cierta.

—Te lo pidió el jueves y se fue el finde. ¿Qué más pruebas necesitas?

—Igual la muchacha lo tenía organizado de antes.

—Si te hace tanta falta el dinero para medicinas, da igual con cuanto tiempo organices un fin de semana de fiesta. No te vas y punto.

—Bueno ¿y qué tiene que ver eso con ser gafe? Nada.

—No, es verdad, pero es que encima de gafe eres demasiado confiado. Tienes que ser un poquito más despierto.

—Oye, que yo no soy tonto.

—Para según qué cosas...

Me levanto e ignoro sus protestas por verme en pelota picada, pero es que ya ha conseguido cabrearme.

—Sal de aquí que voy a secarme el culo. ¿O vas a ponerme tú la crema en el ojete?

Raúl sale como si le hubiese dicho que tengo la lepra y sonrío, porque seré gafe y confiado, pero él es la mar de previsible. No sé yo qué es peor. Me pongo la crema, un pantalón corto de deporte y salgo del baño dispuesto a tirarme en el sofá y disfrutar de que por fin estoy en casa. El día en el trabajo ha sido un infierno, y menos mal que, por lo menos, ayer fue domingo y pude estar tumbado boca abajo o de ladito. Que tampoco es que en mi trabajo esté matado, pero es mucho más cómodo estar en mi casa, la verdad.

A lo mejor ahora te estás preguntando a qué me dedico, y te lo puedo contar porque no es nada del otro mundo. O sí, porque a mí me encanta. Soy fisioterapeuta. O lo que es lo mismo, ayudo a que el dolor desaparezca provocando dolor, aunque en menor medida, por supuesto. Trabajo en un centro privado y estoy contento, la verdad. Trabajo de nueve a seis contando la hora de la comida, mi jefa es buena persona y me llevo bien con mis compañeros. No puedo pedir más. Bueno, sí, pediría que algunas de las personas que trato no me insulten cuando toco en algún punto especialmente sensible, pero al final me he hecho a esas partes también y hasta sonrío con cariño cuando lo hacen.

Como iba diciendo, y ahora entenderás mejor, mi trabajo no requiere que esté demasiado tiempo sentado, pero aun así el día se me ha hecho eterno. Ya sé que puedo parecer dramático, pero de verdad, me siento como si hubiese parido gemelos por el culo.

Abro Instagram para ver qué hay de nuevo, pero lo cierto es que la gente que sigo es la misma que veo normalmente, porque no entiendo mucho de famoseos ni me interesa ver la vida de nadie, así que lo cierro y abro el Facebook, que ahí siempre hay alguien de mi entorno tirando indirectas por doquier. Qué maravilla esto de odiar públicamente, pero sin tener los ovarios/cojones de decir de quién hablas. En alguna ocasión he hecho hasta apuestas con algunos amigos de otros amigos. Somos así de sádicos.

Me veo un video de dos minutos enterito de mi amigo Víctor bailando una canción de reguetón y no sé si me da más vergüenza la canción en sí o el

bailecito. El comentario de su madre diciendo «Borra eso» y el de él contestando «¿Para qué? si ya lo has visto» me hace reír un buen rato. Este Víctor siempre tan sincero.

Estoy por contestarle cuando me llama por teléfono mi madre. Lo cojo sin pensar y me arrepiento desde la primera frase, cuando me recrimina que ayer no fuera a comer a casa. Le cuento que me encontraba un poco pachucho y, como se ofrece a traerme un caldo calentito, le digo que no, que ya estoy perfecto. Se lo cree a medias, como buena madre que vive con la sospecha, y me hago el tonto y le cambio el tema una y otra vez. Lo último que necesito es a mi progenitora por aquí preguntándome por qué ando raro o me siento inclinado, como de ladito.

—Y tu bisabuela dice que a ver cuándo vas a verla.

Resoplo. Mi bisabuela Gabriela es mucho peor que mi madre y mi abuela juntas. Es capaz de leerme el pensamiento hasta por teléfono, así que no me apetece nada enfrentarme a ella. Además, como soy el que ha heredado el nombre, como ya hicieron mi abuela y mi madre antes, piensa que tiene que dedicarme más tiempo a mí. Le he explicado muchas veces que no hace falta, pero la señora es de pensamiento fijo y a ver qué hago yo con eso. Si no ha cambiado en todos sus años de vida, no voy a conseguirlo yo en tres ratos.

Cuando por fin puedo colgar el teléfono son más de las ocho de la tarde, el hambre empieza a apretarme y el aburrimiento me lleva a pensar si no será buena idea meter el culo de nuevo en el bidé.

—Si es que necesitas salir más, Gabi, te lo tengo dicho... —murmuro para mí mismo.

Y tengo más razón que un santo. No es que salga poco, nada de eso, pero es que yo soy de naturaleza sociable y, cuando ya me he visto dos películas, no le veo sentido a quedarme mucho más en casa, aunque luego salga y me arrepienta o me aburra.

—¡Oye, Raúl! —exclamo para que salga de su cuarto. Lo hace y se aposta en el marco de la puerta—. ¿Qué vas a hacer ahora?

—No mucho, ¿por?

—Vamos a cenar.

—Hoy tengo ensalada de quínoa.

Resoplo y me levanto mirándolo mal. Desde que le ha dado por el deporte y la vida sana está de un insoportable que tira para atrás.

—Llévate la quínoa en una fiambra, venga, te invito a una cervecita para

que la pases por el gaznate.

—Que no, tío, que los lunes no salgo.

Me pico, le digo que últimamente está *amamona*, me dice que por lo menos no se deja meter pollas gigantes en el culo y le grito que era de plástico, porque no sé si el vecino nos ha oído y, ante las dudas, prefiero despejar la incógnita. Al final da un portazo y me voy a mi cuarto y doy otro, porque a mí a cojones no me gana ni él, ni nadie. Me tiro en la cama y repaso la lista de amigos y amigas que tengo para avisar, pero antes de acabar me entra un sueño buenísimo y acabo cerrando los ojos un segundito de nada.

Al abrirlos son las cuatro de la mañana y pienso así, de manera fugaz, que ya no tiene mucho sentido salir a cenar nada, así que me levanto, voy al baño y, al volver, destapo la sábana y me meto debajo esperando que el día de mañana sea un poco mejor, o lo que es lo mismo, que el culo no me arda como si lo hubiera arrastrado por una carretera asfaltada a las tres de la tarde de un verano cualquier del sur.

Cuando el despertador suena me levanto, me hago un café, cojo el móvil para revisar las noticias del día y, cuando entro en Facebook, me encuentro un mensaje privado que recibí anoche y que me hace fruncir el ceño.

Carmen Hernández: ¡Buenas! Espero no molestarte. También espero que no pienses que soy una psicópata. Estaba aquí tirada y aburrida, lamentándome por mi ojo lisiado, y me he acordado de ti. De milagro recuerdo tu nombre de cuando te llamaron por megafonía y te he buscado en Face. Lo siento, pero no puedo resistir la tentación de preguntar por tu culete. ¡Espero que todo bien! Un saludo de tu compi de asiento de urgencias.

Me río, me rasco la barba y pienso que así, de la nada, el día acaba de ponerse la mar de interesante.

3

Llego a la tienda con la hora justa, como siempre. Por suerte esta vez, al menos, mi amigo, compañero y medio encargado no me riñe. Medio encargado porque oficialmente cobra la misma mierda que yo, pero la jefa le cede el honor de pegarme cuatro voces cuando me paso de lista, palabras textuales.

—Uy, de la que te has librado. Si llegas a aparecer dos minutos más tarde te pongo un puntazo en el cartón de las faltas.

Pongo los ojos en blanco y me ahorro decirle que me paso por el arco del triunfo su cartón de las faltas. Que, además, es eso. Un jodido cartón de una caja de leche donde apunta las veces que, según él, cometo una falta. No sé para qué, si luego no se lo enseña a la jefa. Creo que lo usa como arma de tortura contra mí y nada más. Sabe que, aunque finja que me da igual, me molesta muchísimo que me lo ponga frente a la cara y me recuerde los pequeños despistes que tengo.

—Oye, hoy entran las cañas de chocolate recién hechas, ¿no? —Me frote las manos y me relamo, literalmente—. Quiero cinco.

—Cinco mojones te vas a comer como no limpies antes la vitrina del embutido.

Podría ofenderme por su forma de hablarme, pero lo cierto es que su tono de *marujo* hace que suene simpático. Juan para la policía y los que leen su DNI y Juani para el resto del mundo tiene una forma especial de decir las cosas. Ya puede mandarte a la mierda que te ríes, es así, hay gente que tiene ese don, igual que hay gente que te dice algo agradable con cara de culo y te crees que es ironía o que te están insultando. La actitud y el tono lo son todo en esta vida y yo lo aprendí cuando conocí a Juani. Es gay, que es un dato que no tendría que interesar, lo que pasa es que es un gay con actitud de Mari y al decírtelo seguro que te haces una idea mucho más acertada de su personalidad. Por lo demás, a mí, lo que prefiera en la cama y fuera de ella, me importa entre poco y nada.

—La limpio y me como dos. ¿Vale?

—Mientras las pagues...

—Pero si no está la jefa, tío, no seas rata.

—Ni rata ni rato, aquí no roba nadie y menos los empleados. —Hago amago de protestar, pero se envara, saca pecho y me señala la vitrina del

embutido—. ¡Que te pongas a limpiar o te saco el cartón, leches!

—Madre mía, si en una tienda de ultramarinos eres un sádico como encargado, ¿qué serías tú al cargo de un Mercadona?

—Nunca lo sabremos porque yo voy a quedarme aquí de por vida, y tú conmigo. A mí en las grandes superficies no se me ha perdido *na'*.

Olvidaba comentar que mi amigo es un enemigo acérrimo de los grandes supermercados. Es de los que defienden a capa y espada que, por culpa de estos, los pequeños negocios locales, como esta tienda, están desapareciendo. Y oye, que no le falta razón, pero yo también entiendo que ellos pueden poner ofertas que mi jefa, no, porque perdería dinero. Se lo intento explicar a Juani para que no se haga mala sangre, pero él se enerva solo con tocar el tema así que siempre acabamos dejándolo estar.

Trabajo en una tienda de ultramarinos de toda la vida, de esas pequeñitas que tienen en la misma estantería la colonia, las compresas y las botellas de Coca-Cola. Es enana en espacio, pero inmensa en productos, o a mí me lo parece cada vez que me toca sacarlos de las estanterías para limpiar y volver a colocarlos, o mirarles la fecha de caducidad. Vendemos prácticamente de todo, menos droga, por si te lo preguntas, y nuestra clientela es fiel porque son, en su mayoría, señoras de mediana y avanzada edad y los supermercados grandes quedan bastante lejos, así que, por comodidad, acaban viniendo aquí para comprar en el día a día.

No voy a decir que este sea el trabajo de mi vida, pero no está mal, la verdad. De adolescente me empeñé en que no quería estudiar. Mis padres lo intentaron, me dieron varias ideas de opciones laborales, pero al final, cuando acabé bachiller, les dije que no pensaba ir a la universidad ni hacer más nada. Quería trabajar y ganar mi propio dinero. Tenía prisa por manejarme económicamente y no pensé que, a la larga, me arrepentiría de no haber ahondado más en mis sueños o aspiraciones.

Tampoco es que me vaya mal, conste. El trabajo no es el mejor pagado del mundo y me paso todo el día aquí dentro, pero hablo con gente a la que tengo cariño, Juani es buen compañero y amigo, aunque despotrique la mitad del tiempo, y no estoy en mi casa lamentándome por no ser millonaria como sí están otros jóvenes. Al menos hago algo con mi vida.

¿Que preferiría tener más que contar a mis veintiséis años de vida? Pues sí, porque a veces pienso que la rutina me come y, si me paro a pensar que el resto de mi vida voy a reponer estanterías y limpiar la vitrina del embutido,

me deprimó, pero es que eso, en parte, es culpa mía. Podría arriesgar, buscar otro trabajo, ser más valiente, y no lo hago. Me da miedo fracasar y perder lo poco que he conseguido hasta ahora. No es la mejor actitud del mundo, porque siempre siento que me falta algo, pero tampoco considero que sea infeliz.

Yo solo... me dejo llevar. Un día y otro y otro. Y a veces me da angustia pensarlo, pero otras me conformo y pienso que no es una mala vida. Si lo miro objetivamente, no es un mal plan estar así siempre, aunque la perspectiva no me mate de ilusión.

—Oye, por cierto, ¿cómo te has puesto las lentillas con el ojo así de rojo todavía? —pregunta Juani mientras ordena el pan del día detrás del mostrador.

—Eh... no me las he puesto.

—¿Cómo?

—Que no me las he puesto. El médico me dijo que no se me ocurriera hasta que la irritación pasara.

—¿Y tus gafas?

—En casa.

—Tócate el mondongo. ¿Y para qué las quieres allí? ¿Por qué no las llevas puestas?

—Son demasiado grandes e incómodas.

—Son demasiado grandes porque te empeñaste en ir a la moda y gastarte el dinero en esa cosa que tú llamas retro y yo hortera, pero te sirven para ver, que es lo importante. ¿Cómo piensas dar el cambio si no ves?

—Hombre, que no es para tanto. Algo veo.

—Ves menos que un gato de escayola —me dice muy serio, haciéndome reír—. Ve a casa a por ellas, anda.

—Que no, que no, que yo estoy bien así.

—¡Que vayas, Carmen! No me irrites más, ¿eh?

Resoplo y voy porque, total, vivo a tres calles de aquí. No voy a tardar más de cinco minutos, pero no es eso lo que me molesta, sino las gafas en sí. No tenía que haberlas comprado tan grandes, pero me gasté el presupuesto en gafas para el año y ya, hasta dentro de unos meses, tengo que aguantarme. Llego a casa, me doy cuenta de que me he dejado las llaves en la tienda y me insulto mentalmente. Toco con los nudillos en la puerta de mi vecina Gracia, que se llama así de verdad, aunque, irónicamente, a veces esa cualidad brille por su ausencia. Depende del día y el momento. Pero bueno, accedió a guardar unas llaves de mi casa para emergencias y yo se lo agradezco, porque prefiero

recurrir a ella que al cerrajero.

Abre la puerta con la bata enrollada en el cuerpo y los rulos puestos, pero no me dejo engañar. Probablemente lleve despierta desde el amanecer, como cada día.

—Buenos días, Gracia. Me he vuelto a dejar las llaves en la tienda. ¿Te importaría darme mi copia para que abra?

—Yo no sé cómo no te ha atropellado ya un coche con la cabeza tan despistada que tienes. Cualquiera día me llega alguien del barrio a contarme que te has matado de la manera más tonta. ¡Y a ver con qué cara se lo cuento a tu madre!

Pongo cara de circunstancias porque esta señora siempre es así de catastrófica para todo y ya estoy acostumbrada. Hubo un tiempo en que me daba miedo que me dijera esas cosas, no sea que se cumplieran, pero ahora ya forman parte de nuestra convivencia.

—Ya ves... —contesto de manera forzada, viendo que no se mueve.

Ella pone los ojos en blanco, como si pensara que soy lerda, y se mete en casa. Sale dos segundos después con las llaves y espera apoyada en el quicio de la puerta a que abra.

—Venga, dame, que eres capaz de meterte dentro y dejártelas puestas por fuera.

Cojo aire con lentitud y me recuerdo mentalmente que no debo ofenderme porque, mal que me pese, tampoco sería tan raro. Se las doy y ella entra en su casa dando un portazo y dejando claro que hasta aquí llega la conversación mañanera. Yo corro a por las gafas, que están en la mesita de noche y, justo en ese instante, me doy cuenta de que también había olvidado el móvil, y eso sí que lo hubiese echado en falta en cualquier rato libre. Cojo ambas cosas y salgo corriendo y dando un portazo para volver a la tienda. Cuando llego, Juani ya está a tope con varias señoras que compran lo necesario para la comida de hoy. Me meto en el baño, que está en el trastero, me hago una coleta alta, me lavo las manos, me cuelgo mi mandil y salgo para atender y aligerar la cola lo antes posible. Apenas estamos diez minutos atendiendo sin parar, pero son diez minutos estresantes. No sé por qué siempre pasa esto en las tiendas pequeñas. O no hay nadie, o se juntan todos los clientes a la vez.

Las gafas son un infierno, se me caen todo el rato y una señora me ha dicho que con la cara tan bonita que tengo no debería esconderme detrás de unas gafas tan feas. Mi amigo, lejos de defenderme, se ha echado a reír y le ha dado

la razón a la señora.

—Lo de que eres bonita lo dice por cumplir, no te emociones —susurra él cuando la mujer se va.

—Habló el guapo.

—Eh, aquí donde me ves, las vuelvo locas.

—Para lo que te sirve...

—Pues igual un día me lío la manta a la cabeza y me doy una noche de pasión con alguna, ¿eh?

Suelto una carcajada, porque es más probable ver a Pocholo trabajar con traje, y él, cuando se da cuenta de la tontería que ha dicho, se echa a reír conmigo.

El resto de la mañana pasa sin pena ni gloria, como siempre. Clientes, limpiar, ordenar, cortar embutido, reponer, tirarle puyas a Juani y recibir las suyas, pelearnos porque él no hace más que quejarse de todo lo que suena en la radio que no sea Bisbal o alguna copla, porque es un flamenco de la vida, y yo estoy achicharrada de escucharlo, así, en general.

—¿Has hecho algo de comer para hoy? —pregunta cuando estamos cerrando durante un par de horas para comer.

—Hice lasaña anoche. ¿Quieres?

—Si no me la vas a cobrar luego, sí.

Me río y le empujo con suavidad. Empezamos a caminar hacia casa y saco el móvil por primera vez en toda la mañana. Cuando me doy cuenta de que tengo una notificación en el Messenger del Facebook me muerdo el labio con fuerza. ¿Será él? Reconozco que lo de anoche fue una chorrada. Estaba en casa aburrida, lamentándome por mi ojo y pasando el listado de *Netflix* sin concentrarme en nada. Pensé en el chico de urgencias, recordé su nombre, no sé ni cómo, con la cabeza tan mala que tengo, lo busqué en *Face* y no me costó dar con él porque resulta que tenemos una amiga en común. Una prima mía con la que apenas hablo más que en navidades, pero al final en ciudades pequeñas pasa que todo el mundo parece estar relacionado de una u otra forma. Mi impulsividad hizo el resto y ahora que he abierto el Messenger y he confirmado que es él, los nervios son inevitables.

Respiro hondo y lo abro sin pensar. Si va a decirme que no lo siga y que soy una loca, mejor quitármelo de encima cuanto antes.

Gabriel de la Torre: ¡Hola! Mi culo mucho mejor, gracias por preguntar. A mi dignidad le está costando un poquito más recuperarse, pero todo se

andaré. ¿Y tu ojo? ¿Te han puesto un parche pirata de esos tan molones que se ven en la tele?

Me fijo en que me lo envió esta mañana, así que puedo contestarle tranquila sin que piense que estaba pegada al móvil esperando su respuesta.

Carmen Hernández: No me han puesto parche, pero ahora que me lo has dicho creo que estaría bastante guay hacerme con uno. Sería la gran sensación en mi trabajo.

Me imagino cortando mortadela con un parche en el ojo y me entra una risa tan tonta que Juani, a mi lado, frunce el ceño y me quita el móvil de las manos sin miramientos.

—¡Eh! —protesto.

—¿Con quien guarreas? Esa es la sonrisa que se te pone cuando guarreas.

Centra su atención en mi móvil y veo cómo entra en su perfil sin ningún pudor.

—¿Te importaría devolverme mi móvil? No tienes ningún derecho a mirar eso.

Él ignora todas y cada una de mis palabras.

—Oye, pues está muy bueno. ¿Quién es?

Me quedo callada, porque hemos llegado a mi portal y no quiero hablar de nada que pueda comprometerme de cara a mis vecinos en el futuro. Puede parecer paranoico, pero estas escaleras tienen oídos, lo juro. Hago una señal a Juani para que se calle y él, que ya sabe cómo funciona la cosa, obedece y espera a que entremos en el estudio para mirarme interrogativo y mover el móvil en alto.

—¿Y bien?

—Es el chico del hospital.

Mi amigo me observa, vuelve a mirar el móvil, y luego a mí de nuevo, suelta una carcajada y se sienta en una de las tres sillas disponibles. Había cuatro, pero rompí una colocando una bombilla al subirme encima. Cuando se lo dije al casero me dijo que como quedaban tres y yo solo era una, todavía me apañaba y yo, que no tengo mucho ánimo para discutir así, porque sí, me conformé. Juani ya me insultó en su día por eso.

—¿Me estás diciendo que este pedazo de buenorro se dejó dar por atrás a la primera de cambio? Joder, qué lástima que lo iniciara una tía sin idea ni tacto. Si me llega a tocar ese premio a mí, hoy sería de mi acera.

Pongo los ojos en blanco y le arranco el móvil de las manos porque lo

primero que pienso es que el chico es guapo, pero tampoco es para tanto. A ver, recuerdo que me llamó la atención, pero, ya sea porque yo no veía mucho, porque estaba preocupada por mi ojo o por su historia, su físico no fue lo importante aquella noche. O lo fue, pero solo una parte, la que fue sometida a... bueno, a aquello.

Me centro en su foto de perfil, la única accesible, porque no somos amigos en la red social. Está sentado en la mesa de una terraza con una copa en la mano, lleva puestas unas gafas de sol que le quedan de muerte, no como a mí las mías de ver, el pelo superrizado por arriba, la misma barbita del otro día y una sonrisa que no recuerdo de urgencias pero que es de esas que hacen temblar los corazones. Y ciertas prendas de la ropa, también, para qué engañarnos. No es que sea guapo como tal. Es atractivo. Tiene algo que... no sé.

—Me sonrío a mí así y me pongo a cuatro patas en menos que canta un gallo.

—Juani, joder.

—¿Qué? ¿Te vas a poner remilgada? Porque él no tuvo problemas para...

—Te conté eso en confianza —le advierto—. Pensé que no volvería a verlo, pero...

—Pero le escribiste porque te quedaste con su cara, y no me extraña porque está buenísimo.

—¡No! Solo sentía curiosidad por saber cómo está.

—Lo que tú digas. —Suspira con exageración para dejarme claro que no me cree—. ¿Qué vas a decirle?

—Nada, ya le he dicho lo del parche.

—Tienes que hacerle una pregunta, mujer, o se pensará que la conversación acaba ahí.

Lo miro muy seria, pensando en sus palabras, pero entonces me llega un mensaje y le sonrío a mi amigo con chulería, como diciéndole: «Me ha contestado, no tenías razón». Él pone los ojos en blanco y se levanta para coger un refresco de la nevera.

—Mete la lasaña en el horno, ya que estás, yo voy al baño.

—Si tardas más de dos minutos voy a dar por hecho que has adelantado tu ratito de placer a la hora de la comida.

Lo insulto, él se ríe y voy al baño deseando leer su mensaje, que no es muy largo, pero lo suficiente para que la conversación no acabe todavía.

Gabriel de la Torre: Si compras uno mándame foto, ¿vale? No quiero perderme eso.

Carmen Hernández: Intentas reírte de mí para cobrarte que el otro día soltase una pequeña carcajada en el hospital, ¿verdad?

Gabriel de la Torre: ¿Pequeña?

Me río y dejo el móvil en la encimera del lavabo para hacer pis y, de paso, para controlar el tiempo que tardo en contestarle. Sé que es absurdo, pero no quiero que note que estoy muy ansiosa. A veces pienso que los seres humanos somos imbéciles por actuar así. Sería muchísimo más fácil admitir que me gusta la conversación y contestarle en cuanto llegan sus mensajes, pero nos meten en la cabeza eso de que hacernos las/los interesantes es mejor y nos volvemos gilipollas.

Cuando acabo, le contesto.

Carmen Hernández: La culpa es tuya. Eres demasiado bueno contando historias graciosas.

Gabriel de la Torre: Te aseguro que esa no me hizo mucha gracia a mí, pero tengo otras que te encantarían.

Me muerdo el labio y sonrío como una tonta. ¿Eso ha sido una indirecta? Sí, ¿no? ¿Qué le digo? ¿Debería preguntarle algo más? Aún estoy decidiendo cuando él vuelve a escribirme y tira por tierra el revoloteo que se había instalado en mi estómago.

Gabriel de la Torre: Tengo que volver al trabajo, pero ha sido un placer saber de ti. Espero que tu ojo mejore y ya sabes, si te compras un parche, ¡mándame foto! Un beso.

Me despido de él con el emoticono del beso y pienso que parece un chico la mar de majo. Ojalá su perfil no fuera privado y pudiera ver todas sus fotos, pero cuando lo intento solo me deja acceder a la que tiene de perfil, que ya he visto. Suspiro, pienso que ha estado bien saber de él y salgo del baño justo cuando Juani venía a gritarme un montón de obscenidades que harían que mis vecinas colapsaran, estoy segura.

El jueves llueve a mares. Se nota que el otoño empieza a pegar fuerte porque las temperaturas han bajado bastante, aunque en esta ciudad no suele hacer un frío contundente. Aun así, pese a la tormenta y el agua, nuestras clientas acuden a nosotros fieles a su cita con el pan, las verduras para el guiso diario y demás menesteres. Juani ya me ha puesto un punto en el cartón porque, según él, limpio las estanterías sin alegría. No sé yo qué alegría quiere que muestre mientras paso un trapo por una balda, pero él, que de natural se desquicia con nada, hoy está especialmente irritable, por eso aprovecho un momento en que la tienda está vacía para reclamarle su comportamiento.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—¿A mí? Nada, si yo estoy divinamente.

—Cualquiera lo diría, con la cara de mustio que cargas desde que hemos llegado. —Suelta un sonoro suspiro, me acerco y le doy un toque en el hombro—. ¿Todo bien?

—Pues regular, hija, regular. —Guardo silencio para darle tiempo a que se lance, porque lo conozco y sé que, si le insisto demasiado, se cerrará en banda. Chasquea la lengua, resopla y se lanza, tal como sospechaba—. Anoche mi madre llegó a casa con una noticia.

—¿Está bien?

—Sí, sí. —Juani se rasca la nuca y me preocupo, porque verlo irritable y desquiciado es normal, pero verlo preocupado, no—. Carmen, se trata de Nando.

Trago saliva e intento, por todos los medios, mantener la compostura. Es un tema peliagudo y sé que, si él lo saca a colación, es importante. Ahora mismo tengo las mismas ganas de hacer que hable que de conseguir que calle para siempre. Está dualidad que me acompaña cada vez que su nombre se pronuncia en voz alta me sigue matando un poquito por dentro, mal que me pese.

—Entiendo.

—Van a tener un hijo.

La noticia me cae tan de sorpresa que no consigo reaccionar. Miro a mi amigo, lo miro fijamente e intento pensar en algo que decir, pero todo lo que

mi cabeza hace es reproducir la imagen de Nando dejándome porque nuestra relación iba demasiado en serio. Nando saliendo con otra chica públicamente a las dos semanas. La noticia de que ella estaba antes de que lo nuestro acabara. El conocimiento de que, de los cuatro años que compartimos él y yo, en el último ella formó parte de mi vida, aunque no supiera o quisiera verlo. Nando viviendo con ella en cuestión de meses y, ahora, Nando teniendo un hijo con ella. Todo antes de cumplirse un año de nuestra ruptura. Y no me duele por el desamor, juro que lo he superado. Me duele por darme cuenta de que la excusa de que lo nuestro iba demasiado en serio no fue más que eso: una excusa. No era el compromiso lo que lo asustaba, sino comprometerse conmigo. Puede parecer lo mismo, pero no lo es. El sentimiento de rechazo por mí misma intenta ocuparlo todo, como siempre. Lo peor de las relaciones que acaban como la mía no es superar la ruptura. Lo peor es recomponer una autoestima que nunca ha sido fuerte, pero, tras lo sucedido, se ha quedado hecha añicos. Llegar a casa, mirar al vacío y pensar en la pregunta prohibida: «¿Qué tiene ella que no tenga yo?». «¿Qué le ha dado que yo no pude?». Sé muy bien lo tóxico que es el pensamiento. Sé también que no sirve de nada hacerme ese tipo de preguntas, porque ocurrió igualmente y eso es lo que importa, pero los seres humanos nos negamos a aceptar que, a veces, nosotros no somos los culpables de perderlo todo. A veces son las circunstancias, personas externas o la misma vida interponiéndose y dejándote claro que ese no es tu camino. A veces solo consiste en aceptarlo y olvidarlo, pero se hace tan difícil como escalar una montaña descalza y sin arnés de seguridad.

—Vaya... —contesto finalmente—. ¿Y será niño o niña?

Juani me mira con suspicacia, sospechando, como si temiera que de un momento a otro vaya a ponerme a hacer la danza del drama. Ganas no me faltan, la verdad, pero mi sentido del ridículo me lo impide.

—¿Cómo que si es niño o niña? ¡Por mí como si es un gremlin, Carmen!
—Se me escapa una risita y él se arranca, porque lleva deseándolo desde esta mañana y ahora me doy cuenta—. Es que es alucinante que el muy cerdo te dejara porque se agobiaba mucho con una relación tan seria y ahora esté hasta el cuello con esa... Mira, mira, de ella no hablo, porque no se merece ni que la nombre, la bicha. ¡Y va y la preña! Pobre criatura, qué lotería más mala le ha tocado con la genética de esos dos traidores.

—Bueno, para ser justos, a mí quien me traicionó fue él. A ella no la conozco de nada.

—Traidora moral, leches. De toda la vida. Pero vaya, que tienes razón, para malo ya está él. Ya lo decía la más grande: *un gran necio, un estúpido engreído, egoísta y caprichoso, un payaso vanidoso, inconsciente y presumido, falso, enano, rencoroso, que no tiene corazón*. —Me río por su interpretación y él se ofende más—. Si es que parece que la escribió para él, no me digas tú que no.

Asiento, porque sé bien su debilidad por Rocío Jurado, igual que sé que Juani usa sus canciones para aplicarlas a cualquier estado o circunstancia de la vida. Creo que le reconforta hacerlo, por tonto que suene. Como si el hecho de que una canción refleje sus sentimientos los hiciera más importantes.

—De todas formas, espero que sean muy felices juntos, aunque solo sea por el bien y la felicidad de ese crío o cría.

En eso mi amigo está de acuerdo y, antes de que pueda decir algo más, una clienta entra y cada uno volvemos a nuestros quehaceres.

No puedo decir que la mañana pase como si nada, porque no es así. Mi mente vuelve a la noticia una y otra vez, pero en todas y cada una de ellas rechazo los sentimientos que me produce y me obligo a mantenerme firme y animada. Yo no fallé. Yo no hice las cosas mal, aunque en un principio él me lo hiciera ver así. Simplemente no era la persona adecuada, y está bien, pero el cobarde que debió ir de frente fue él y, si no lo acepta, lo siento mucho por su conciencia, porque dudo que la tenga completamente limpia, aunque Juani me jure que los bichos así ni siquiera tienen de eso.

Al salir voy a su casa a comer, porque me ha insistido en que su madre tiene muchas ganas de verme y, sinceramente, no me apetece cocinar nada. El día sigue lluvioso, pero eso no impide que comamos rápidamente para poder tomar un café en nuestra cafetería habitual antes de volver al trabajo. No tocamos el tema de Nando. Él sabe que necesito gestionarlo y no insiste. Por cosas como esta lo quiero tanto. Es prácticamente la única persona a la que puedo llamar amigo de verdad, con todas las letras. Conozco a mucha gente y a veces salgo de fiesta con personas conocidas, pero solo son eso: compañeros de juerga. Quizá es que yo siempre he sido muy cerrada a la hora de confiar en los demás por miedo a salir escaldada.

Y, aun así, mira cómo me ha ido...

—Oye, y del buenorro, ¿no sabemos nada?

Frunzo el ceño y él se toca el culo poniéndose de lado en la silla. Me río y niego con la cabeza, porque está claro que habla del chico de urgencias.

—No, nada.

—¿Por qué no le hablas?

—¿Para qué?

—Pues no sé, hija, ¿porque está buenísimo, quizá? Un polvo con ese tío te quitaría todas las penas de golpe para una buena temporada.

—Yo no soy de tener sexo casual, ya lo sabes. Además, no sé si está soltero o interesado en algo conmigo.

—¿Y por qué no iba a estarlo? Eres preciosa, Carmencita. Mucho más de lo que crees.

Sonríó y no le contesto, porque no quiero parecer una desagradecida y sé que él me ve muy guapa. A ver, no soy fea, pero tampoco considero que sea una belleza. Morena, ojos miel, pelo por debajo de los hombros y un cuerpo normal, ni grueso, ni muy delgado. Supongo que mi figura podría ser mejor, pero no me quejo. Tampoco de mi cara. Estoy conforme con mi físico, pero no creo que sea para alabarlo, eso es todo. Supongo que es algo que se ha quedado impregnado después de tantos años de tener una autoestima de mierda.

—Ya sé lo que vamos a hacer.

—¿El qué?

—Tú déjame a mí.

—Yo no sé si quiero hablarle ni nada, ¿eh? Igual piensa que soy una pesada.

—Pesada eres un rato, pero no va a pensar eso porque le escribas, mujer. Ya lo descubrirá después, cuando te conozca.

Me río, le hago un corte de mangas y le meto prisa para que se acabe el café, porque con la tontería vamos a llegar tarde.

—Voy a tener que hacerme un cartón para ponerte puntos a ti.

—No puedes, el encargado soy yo y, si quiero, hasta puedo llegar tarde y darte el puntazo a ti. Así es la vida, simple plebeya.

Le saco la lengua para evitar reírme, porque este hombre se crece mucho cuando se da cuenta de que sus pamplinas me hacen gracia.

Vamos a trabajar y, tal como ha prometido, a la hora del descanso Juani saca su cartera y me da dos euros y unas órdenes muy precisas. Yo pongo el grito en el cielo, le digo que no, que ni de coña, pero una hora después estoy en la tienda con un parche del bazar puesto en el ojo y dejando que me haga fotos.

—Dios, esto es patético.

—Calla. Ponte de perfil mirando a la izquierda así, como si observaras el infinito.

—Yo solo veo latas de atún, Juani.

—¡Echa imaginación, niña! ¿Dónde nadan los atunes? En el mar, ¿no? Pues tú ahora estás mirando una puesta del sol de un mar paradisíaco. Venga, disfruta, que yo te vea.

—Pero es que...

—¡Que mires al mar, leches!

Lo intento, de verdad que lo intento, pero es que yo no valgo mucho para estas cosas. Me gustan las bromas y tal, pero odio hacer algo que dé el poder a las personas para reírse de mí. Juani lo sabe, pero es de los que piensan que estas cosas como mejor se superan es sometiéndose a ellas una y otra vez. No estoy de acuerdo, pero a ver quién le dice nada cuando se pone en modo sargento. Poso como me dice y en todas las fotos parezco envarada, ni siquiera voy a contar lo roja que me pongo cada vez que entra una clienta y me ve de esa guisa detrás del mostrador. El caso es que, para cuando estamos a punto de echar el cierre, Juani ha conseguido hacerme una foto en la que, pese al parche, no estoy mal. Al menos si la comparas con las otras.

—Mándasela y dile que lo prometido es deuda —me dice, refiriéndose a Gabriel y la broma de comprar un parche para mi ojo.

Me muerdo el labio y me lo pienso unos instantes. Tengo el teléfono en la mano, sería fácil, pero es que, ¿para qué? Quiero decir, ¿de verdad quiero meterme en algo así? Quizá el chaval ni se acuerde de mí ya, es lo más probable. Vivimos juntos una anécdota graciosa, pero hasta ahí. Ya le busqué yo la primera vez para ver cómo seguía por la curiosidad, pero hacerlo de nuevo indicaría que muestro un interés que no sé si tengo, sinceramente. Juani insiste en que no estoy firmando una hipoteca, solo es un mensaje. Si responde y nos echamos unas risas, eso que nos llevamos, y si no lo hace, pues no perderé nada. Supongo que, visto así, tiene razón, así que no me lo pienso mucho porque me conozco y sé que cambiaré de parecer en cuestión de segundos. Le mando la foto por el Messenger del Facebook y adjunto un mensaje dictado por Juani que no dice nada del otro mundo, porque lo importante es la imagen.

Yo: Lo prometido es deuda...

—Y ahora tú y yo nos vamos de cervezas por lo bien que lo hemos hecho.

—Juani, que es jueves y mañana trabajamos.

—Los jueves son los nuevos viernes.

—Nosotros también trabajamos los sábados.

—Ay, Carmen, me agotas, de verdad que me agotas.

Cerramos, tira de mi mano y, abrazados bajo un paraguas demasiado pequeño para los dos, avanzamos hasta un restaurante en el que solemos tapear antes de ir de cervezas. Después de eso, entramos en un pub, pedimos un par de botellines y me obligo, por orden de Juani y deseo propio, a no sacar el móvil de mi mochila en toda la noche.

—Lo haremos cuando nos vayamos a casa, porque así todo esto es más emocionante.

—En realidad no tardaré en irme. Ha sido un día agotador.

No me refiero solo al trabajo y los dos lo sabemos. Quizá por eso Juani pide un par de chupitos, pese a mis protestas. Empiezo a pensar que el papel de mandón se le va de las manos, o lo mismo es que a mí se me va el de obedecer y tengo que pararle los pies ya. Normalmente lo haría, pero hoy me siento apática. No es tristeza, lo juro, es... decepción, incertidumbre, desidia en estado puro.

Me bebo el chupito de cereza que sabe a cereza con rayos y no protesto. Me bebo el de lima para contrarrestar, pero sigue sabiendo a rayos, y me amorro a mi botellín de cerveza como una buena mujer de veintiséis años que está tan cansada, algunos días, que no tiene nada mejor que hacer que intentar tontear con un desconocido por mensajes y emborracharse una noche de jueves.

—Para lo que me he quedado... —murmuro.

—Te has quedado para la vida, Carmen —dice mi amigo, que se ha tomado dos chupitos más por derecho propio y ya empieza a filosofar—. La vida que te va a recompensar por todo lo pasado hasta ahora. Te lo digo yo.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque soy un sabio de la vida. Uno de los grandes pensadores de este siglo. Algún día alguien escribirá mis palabras en los libros de historia, ya lo verás.

—Adoro tu autoestima.

—Mira en derredor, muchacha. Entre tanto aspirante al trono de *Mujeres y hombres y viceversa*, tampoco es tan difícil hacerse con un hueco en la historia como un gran pensador.

Suelto una carcajada enorme y pido otra cerveza, porque yo no sé si Juani va a pasar a la historia como un gran pensador, pero de lo que estoy segura es de que, desde que llegó a mi vida, ha plantado una huella imborrable y ya no sabría qué hacer sin él. Brindo por eso, pero en silencio, para no ponerme moñas y que se eche a llorar, que nos conocemos, y cuando el camarero nos pone lo último de Bisbal, porque mi amigo la ha pedido como dos millones de veces, grita de alegría y me obliga a bailarla en el centro de la pista. Lo hago de buena gana porque me gusta bailar y estoy un poco perjudicada, pero hasta así puedo ver lo diva que es Juani. En dos minutos ha conseguido hacer un cerco para nosotros solitos y llamar la atención de casi todos los presentes.

Y yo, que siempre he tenido como propósito en la vida no destacar, agradezco en silencio como nadie se imagina que él y sus ganas de lucirse a todas horas llegaran a mi vida, porque creo seriamente que, con su compañía, consigo nutrirme de todo lo que me falta y a él le sobra. Un día se lo dije y estuvo de acuerdo, incluso me dijo que él también se nutre de mi tranquilidad y saber estar. Yo solté una carcajada enorme y él se enfadó y me dio otro puntazo. Cosas de la vida y nuestra relación.

Cuando salimos del bar, dos horas después, tengo tanto dolor de pies que agradecería que alguien me los amputara, y llevo un mareo considerable, por eso, cuando Juani me pide que saque el móvil para ver si Gabriel ha contestado, lo hago sin rechistar. El problema es que lo ha hecho. Bueno, no, el problema no es ese, sino el estado en el que nosotros estamos.

—No creo que sea bueno leerlo y contestarle así.

—Así, ¿cómo? ¿De pie en la calle?

Me río y niego con la cabeza.

—Borracha.

—No estamos borrachos —dice él bufando—. Contentillos nada más.

Dado lo que le cuesta acabar la frase, yo diría que sí que estamos bastante perjudicados.

—No lo voy a hacer. No quiero decir nada que me haga quedar mal.

—Ese muchacho te ha visto con un ojo jodido por culpa del maquillaje mientras él estaba intentando que le curaran el culo fisurado por un pollón enorme. Le has mandado una foto con un parche, Carmen. Créeme, es difícil que quedes mal con él. Es difícil que alguno de los dos pase más vergüenza de la que ya habéis pasado.

Me entra la risa floja, porque creo que tiene razón, y abro el mensaje con

un ligero temblor de manos. No sé si esto se debe al alcohol o al frío que tengo ahora que estamos a la intemperie y el agua sigue cayendo. Estamos en la puerta del pub esperando que escampe porque el paraguas lo hemos perdido, mañana tenemos que comprar otro a medias porque Juani dice que somos responsables los dos. El caso es que abro el mensaje y leo.

Gabriel de la Torre: Joder, me has hecho la tarde jajajaja ¿Has salido así a la calle? Si me dices que sí, te invito, aunque sea, a un café por valiente.

Suelto una carcajada, le enseño el mensaje a Juani y le hago la pregunta del millón.

—¿Le contesto o me espero a mañana para hacerme la dura?

—Vete a casa y contéstale ahora, que eres más valiente.

No me parece un mal consejo. Quizá mañana piense algo completamente distinto, pero ahora mismo solo sonrío, le doy un beso y me voy a casa con la lluvia mojándome y pensando qué le puedo decir. Total, con la hora que es y siendo día laboral, seguro que ya está dormido.

Gabriel

No sé qué hora es, pero el sonido de la notificación del móvil me despierta. Normalmente dejo el teléfono en silencio, pero quería enterarme si Carmen me respondía. Me puse a ver una peli y aquí estoy, dándole cariño y babas al sofá. Ya podía mi primo haberme despertado para que me fuera a la cama, pero seguro que se relame pensando en el dolor de cuello que tendría mañana si me quedase toda la noche aquí. Qué cabroncete es, aunque yo le tenga cariño.

Cojo el teléfono, desbloqueo la pantalla y sonrío cuando me doy cuenta de que sí, es Carmen. La verdad es que había pensado en ella un par de veces antes de que me mandara la foto, pero como algo fugaz. No era un pensamiento en el que me recreara. Su imagen aparecía y me arrancaba una sonrisa, a saber por qué. Supongo que es de esas personas que tienen ese efecto, como cuando conoces a alguien gruñón en la cola del súper, arma el Belén por cualquier tontería y, desde ese día, cuando ves a alguien que se le parece, frunces el ceño. Así somos las personas, aunque no queramos reconocerlo. Nos formamos una primera impresión y basamos en eso nuestros principios e ideales. Luego, si conocemos a esa persona, puede ser que nos equivoquemos, y si no, se quedará de por vida con esa personalidad que, mentalmente, les hemos asignado, sea cierta o no. En el caso de Carmen, creo que no me equivoqué, pero aún está por ver. Abro su mensaje y leo.

Carmen Hernández: He hecho esa foto en mi lugar de trabajo, exponiéndome a un despido inmediato. Merezco más que un café, me parece a mí.

Me río, me restriego los ojos para despejarme del todo y le contesto de inmediato para que se dé cuenta de que estoy despierto.

Gabriel de la Torre: Es un honor que te juegues el puesto por mí. Grandes gestos merecen grandes recompensas. ¿Qué se te antoja?

Esto es tonto, pero vamos... descarado. Para mí lo es, aquí ya no estamos tratando temas banales ni nos estamos saludando sin hablar de nada en concreto. Aquí se está hablando de quedar y eso ya se merece toda mi atención. Si tengo que quedarme un ratito sin dormir y mañana voy dando cabezazos por la vida, pues será un mal menor. Por el momento, mientras me

contesta o no, le envió una solicitud de amistad y alabo la cabecita Mark Zuckerberg. Qué dos huevos más bien puestos hay que tener para levantarte un día, pensar «voy a revolucionar el mundo» y hacerlo. ¡Sí, señor! Yo el día que me levanto pensando que voy a revolucionar el mundo, me doy por contento si consigo echar un polvo sin arrepentirme o coger un pedo sin resaca. Si se juntaran las dos cosas, sería un día perfecto. No le pido mucho a la vida, según se ve. Supongo que por eso Mark ha podido comprar las casas alrededor de la suya para tener intimidad y yo tengo que aguantar los pedos mañaneros de Raúl sin rechistar. Qué le vamos a hacer, no se puede tener todo en la vida.

Volviendo a mi solicitud de amistad, la envió, ella la acepta antes de responder el mensaje y luego me fijo en los tres puntitos de la ventana del chat que me indican que está escribiendo algo. Cuatro minutos es el tiempo que tarda en contestarme lo siguiente:

Carmen Hernández: ¿Puedo pedir lo que sea?

Uy. Eso ha sido una indirecta, ¿no? Yo diría que sí, vamos, yo esto me lo tomaría como que ha abierto la puerta del tonto ya de manera oficial. Podría contestarle flirteando sin miramientos, pero prefiero controlarme y tantear más el terreno.

Gabriel de la Torre: Mientras sea legal y no tenga que ver con mi culo...

Cuando el icono de videollamadas se activa elevo las cejas y me levanto para ir a mi dormitorio, porque no quiero despertar a mi primo. Acepto y veo una boca en primer plano riéndose de buena gana.

—¿Hola? —pregunto.

—Uy. Hostia. ¿Quién anda ahí? —Carmen se aleja el móvil un poco de la cara, pero solo consigo ver su nariz y un ojo—. ¿Cómo has conseguido mi número?

—No lo tengo. Me has hecho una videollamada por Facebook. —Entrecierro los ojos y sonrío—. ¿Estás bien, muchacha?

—Sí, sí, perfecta. Ay, Dios, te he llamado de verdad, ¿a que sí?

—De verdad de la buena. ¿Ha sido sin querer? Qué lástima, oye, yo pensaba que querías verme a conciencia.

Oigo una risita tan infantil que me termino de convencer de las sospechas que han tomado importancia en los últimos segundos. Esta muchacha se ha pasado un rato bautizando el agüita de los bares y, cuando consigue enfocarse por completo en la cámara, despejo las dudas, porque se muerde el labio con

tanta incertidumbre que es difícil no darse cuenta de que no está al cien por cien.

—¿Te he despertado?

—Con el mensaje, sí, pero no importa. ¿Has llegado ahora? —Asiente y se ríe otra vez, provocando un efecto rebote en mí, que la imito—. ¿Buena noche?

—He ido con un amigo a celebrar la vida, aunque sea un poco mierda.

—Vaya, que has tenido un día asqueroso y te has ido de copas para mejorarlo, ¿no? —Su risa la delata—. ¿Estás mejor ahora?

—Sí, supongo. —Se encoge de hombros y suspira—. Mi ex, que me dejó porque no estaba preparado para una relación seria, va a tener un hijo con la tía con la que me engañaba.

—Hostia, pues sí que es una mierda, sí.

Me rasco la nuca y pienso en cómo una situación puede parecer una cosa y ser otra. Hace cinco minutos pensaba que íbamos a tontear y ahora estoy aquí mirando su cara de desconcierto y sintiendo cierta lástima por ella, aun sin conocerla. No por ella como persona, sino por la situación que atraviesa.

—Era un imbécil y no me merecía, ¿a que no?

—No, desde luego —contesto con firmeza para animarla.

Que no la conozca de nada ni sepa la historia es lo de menos en este instante.

—Yo valgo más que él.

—Mucho más.

—Ni siquiera follaba tan bien. —Se me escapa una risa y me rasco la barba para disimular y taparme la boca. Ella bufa y se encoge de hombros—. Es la verdad, ya puedo decirlo. Cuando él terminaba, me dejaba a medias.

—Menudo capullo. Mucho tardaste en darle la patada.

—Me la dio él.

—Encima, manda huevos.

—¿A que sí? Es un cabrón.

—Integral.

Ella asiente, la imito y nos quedamos mirándonos. Estoy seguro de que, de estar frente a ella, notaría el brillo que nubla su mirada. Desde aquí no puedo ver los detalles, pero cuando sonrío me alegra saber que, al menos, la he ayudado un poco.

—¿Alguna vez has sido infiel?

—Sí —admito.

—Otro cabrón.

—No voy a justificarme. Fui un cabrón y me he arrepentido toda la vida.

—¿Cuánto tiempo la engañaste?

—Una vez solo, y se lo conté al día siguiente. Sabía que iba a dejarme, pero me gusta pensar que, por lo menos, fui sincero después de cagarla y afronté mi culpa.

Carmen se queda pensativa unos instantes y, finalmente, asiente.

—Supongo que tienes razón y nadie está libre de pecados. Es solo que no entiendo por qué los tíos sienten la necesidad de engañar a sus parejas. Si no quieres estar con alguien, bien, cortas y así ya puedes hacer lo que te dé la gana.

—Tienes razón.

—¿Y por qué lo hiciste?

Algo me dice que toda esta situación se está complicando para mí. No sé, llámame tonto, pero yo diría que voy a acabar pagando los platos que rompió el ex de esta chica. Aun así, decido ser sincero, porque no es algo de lo que esté orgulloso y excusarme para parecer inocente, cuando no lo soy, no me gusta.

—Era joven, un adolescente egocéntrico y con momentos más complicados de lo que me gusta reconocer. No pensé en ella en ese momento. Ni en mí. Ni en lo que perdía. No pensé en nada. Por suerte aprendí la lección y nunca más se me ocurrió engañar a una mujer.

—¿Cuánto tiempo llevabais juntos?

—Tres meses.

—¿Solo?

—Tenía dieciocho años. En aquella época tres meses era como media vida.

—Ya... eso sí.

Su silencio no me incomoda, pero sí me genera preguntas. No sé qué pasa por su mente ahora mismo y esta situación es un poco absurda y surrealista, pero recordemos que tengo un puñetero don para meterme en berenjenales así, de modo que ya ni siquiera me sorprende tanto.

—Oye, si te engañó durante mucho tiempo, fue una relación larga y encima te dejó él a ti, lo único que saco en claro es que no se merece que estés mal por él.

—No estoy mal por él, es solo que... No sé. A veces pienso que igual me

lo merecía.

—Pero ¿qué dices? Nadie se merece que le pongan los cuernos.

—Ya, objetivamente lo sé, pero a veces el subconsciente me traiciona.

—¿Sabes lo que necesitas? Quedar para despejarte.

—¿Ahora? Imposible, estoy borrachilla y mañana trabajo.

Me río y le pregunto dónde trabaja, me responde y le prometo que un día iré a verla. Se ríe, como si estuviera de broma, y le aconsejo dormir porque mañana va a tener un día muy largo por delante. Nos despedimos y cuelgo yo la videollamada, porque ella se queda mirando fijamente la pantalla. Observo el nombre en su perfil de Facebook y entro para echar un vistazo. Es tardísimo y mañana voy a arrepentirme de perder el tiempo así, pero la curiosidad me puede.

Media hora después estoy sonriendo como un tonto, no solo por lo guapa que es Carmen, que es algo que ya había comprobado por mí mismo, sino por la situación general. ¿Quién me iba a decir a mí que acabaría conociendo a una chica en mi visita a urgencias? Es un poco absurdo, en realidad, pero ahora que veo sus fotos y he hablado un poco más con ella, la curiosidad me puede. Me gustaría verla de nuevo en persona. Charlar un poco, conocernos sin grandes pretensiones. No sé bien lo que busco en ella, si amistad o algo más, y tampoco sé la disponibilidad que pueda tener, pero en cualquier caso una amiga más nunca sobra. A mí me encanta conocer gente y su historia me ha generado interés. Eso y la dualidad que parece esconderse entre la chica que es capaz de hacerse una foto con un parche y mandársela a un desconocido, o hacerle una videollamada cuando está un poco borracha, y esa otra tímida y dubitativa que se intuye cuando habla.

A lo mejor nos tomamos un café y no volvemos a vernos en la vida, pero siempre me quedará una historia que poder contar en el futuro. Si de algo soy partidario, es de vivir las anécdotas que se nos presentan en la vida. Son la sal de la vida. Pequeñas dosis de escenas inesperadas que hay que atrapar y estrujar al máximo para que la rutina del día a día no pueda con nosotros. Un soplo de aire fresco. Eso es Carmen ahora mismo, y solo por eso merece la pena hacer el esfuerzo de verla de nuevo.

El día siguiente es largo, tal como intuía. El trabajo se hace eterno y que sea viernes no ayuda, porque las ganas de salir de fin de semana y descansar

pueden conmigo. Cuando llego a casa por la tarde me doy una ducha, me visto con vaqueros y un jersey fino y salgo a la calle con una misión. Busco en Google el nombre de la tienda que Carmen me dijo, me subo en el coche, pongo el GPS y me dirijo allí sin saber muy bien qué haré al llegar. Tardo media hora más o menos y en todo el camino no se me ha ocurrido ni una excusa creíble para justificar mi presencia, así que decido ser yo mismo y, si tiene que reírse de mí, me parece bien. Por algún lado hay que empezar y las risas nunca son mal comienzo.

Aparco, observo la fachada de la tienda y me doy cuenta de que es realmente pequeña. De esas de toda la vida que tienen frutas y verduras en la puerta, apiladas en cajas. Huele a algo rico cuando me acerco, no sé qué es, supongo que la mezcla de hortalizas y alimentos, pero no sabría identificar qué es lo que más me llama la atención. De todas formas, cuando localizo a Carmen detrás del mostrador, mi olfato es lo que menos me importa. Estoy mucho más concentrado en mi vista.

Es preciosa, y lo sería más si sus gafas no tapasen toda su cara. No es que esté fea con ellas, es solo que da la sensación de que intenta ocultarse usándolas y me da pena. Será que yo vivo sin preocuparme de tapar lo que siento o soy.

Así me va, claro...

Sus ojos son enormes, sus labios mullidos y su sonrisa dulce y comedida. No diría que es una chica loca y desinhibida, pero tampoco creo que sea una de esas que apenas hablan cuando están con un chico. Lleva un mandil blanco y corta embutido como si llevara toda vida haciéndolo. A su lado está Juani. ¿Qué cómo sé su nombre? Fácil: aparece en un montón de fotos con ella en su Facebook. Lo vuelvo a repetir: alguien debería hacerle un monumento a Mark por facilitarle tanto la vida a gente como yo. Toda información de antemano es poca. Le tiende una bolsa a una señora y le sonrío con simpatía.

—Ya verá, doña Herminia, como me va a tener que dar la razón. No se ha comido usted un plátano como este en su vida. Se lo digo yo, que de eso entiendo.

Le guiña un ojo y la tal Herminia suelta una carcajada contagiosa que hace que yo tenga que carraspear para no terminar riéndome, porque vaya el colega cómo las mete dobladas. Las palabras, se entiende.

—Vaya, vaya, vaya —dice cuando me ve—. ¿A quién tenemos aquí? ¿Qué te pongo, guapo?

Miro en derredor, improvisando, y cojo un manojo de acelgas, que a mí ni siquiera me gustan, pero todo sea por tener una excusa para estar aquí.

—Quiero esto, pero prefiero que me cobre ella, si no te importa.

—No me importa, no me importa. ¿Has visto, Carmencita? ¡Tienes un fan esperando!

Carmen deja de cortar embutido en el otro extremo de la tienda y lo mira con el ceño fruncido. Soy consciente del momento en que sus ojos pasan de él a mí. La sorpresa, la sospecha y el nerviosismo son tan evidentes que decido intervenir para que no se sienta violenta con todo esto.

—Se me ha antojado cenar acelgas y como me dijiste dónde trabajabas, pensé que igual teníais por aquí.

—¿Has venido hasta aquí solo a comprar acelgas?

—Las acelgas me encantan. —Mentira—. A esto le pongo yo un ajito esta noche y queda rico, rico. —Menos mal que Raúl hace estas mierdas a menudo y, al menos, no me he quedado en blanco—. ¿A ti te gustan?

—No están mal.

—Ea, pues echo otro manojo y te vienes a cenar a casa.

Así soy yo. El sin filtros, tendrían que llamarme. Su cara de alucine es increíble, claro, normal. La de Juani también, pero él se repone antes, suelta una carcajada, coge un racimo de plátanos y los pone en el mostrador.

—Llévate esto por si la noche se alarga y os hace falta postre.

Suelto una carcajada que él secunda, porque los dos hemos entendido el doble sentido, o eso creo. Más tarde me doy cuenta de que es posible que Carmen haya contado mi visita a urgencias a su amigo y la frase haya cobrado aún más sentido. Cuando observo el repaso que me da, lo confirmo. No me molesta, la verdad, es evidente que iba a contárselo a alguien y yo no contaba con volver a verla. Eso sí, intentaré pedirle que no se lo diga a nadie más, no sea que al final circule por toda la ciudad mi bochornoso momento con... Bueno, lo de aquella noche.

—Entonces, ¿qué? ¿Quieres cenar acelgas y plátanos? No me digas que no es un planazo.

Yo no sé si es que le doy pena, le hago gracia o no sabe cómo negarse, pero el caso es que se ríe, me dice que le falta media hora para salir y, cuando le contesto que puedo esperarla tomando algo en el bar de enfrente, se encoge de hombros y acepta.

Sonrío, satisfecho con mi visita, cojo mi bolsa de la compra después de

pagarlo todo, me voy al bar de enfrente, me siento, pido una cerveza y llamo a mi primo Raúl.

—Dime por lo que más quieras que hacer acelgas con ajo no es tan complicado como me parece ahora mismo.

—¿Qué has hecho?

—Liarla, como siempre. Ah, por cierto, esta noche tienes que largarte. Tengo una cita.

—¿Una cita? ¿En casa?

—Sí, en casa. Vamos a comer acelgas y plátanos.

—Pero ¿qué coño dices?

—¿Es fácil de hacer o no?

Mi primo resopla, me dice que sí, me explica cómo hacerlo y, cuando acaba, me pregunta en qué lío me he metido. Le hablo de Carmen, le digo que es la chica de urgencias y le cuento todo lo ocurrido. Él se parte de risa, como es lógico, y cuando le pido que deje de hacer el indio hace el esfuerzo, pero solo porque necesita recuperar la voz para meterse conmigo.

—¿Sabes lo bueno? —pregunta.

—¿Qué?

—Que, si esa muchacha consigue sobrevivir a tu cena de mierda, entrará por la puerta grande en la lista de mujeres que merece la pena conocer a fondo.

Lo insulto y le cuelgo el teléfono, doy un sobro a mi cerveza y pienso que, mal que me pese, tiene razón.

¿Acelgas y plátanos?

Esta noche va a dar mucho de sí...

6

—Yo, en realidad, no sé si quiero ir —le confieso a Juani cuando estamos apagando las luces.

Él mira a través del cristal de la puerta hacia el otro lado de la calle. No vemos a Gabriel, supongo que estará dentro porque ya hace frío, pero, aun así, mi amigo medita unos instantes su respuesta sin dejar de mirar ese punto en concreto.

—Mira, Carmen, no estás obligada a ir con él, pero antes de decidir me gustaría que te hicieras una pregunta.

—¿Cuál?

—¿No quieres ir porque no te gusta, aunque sea un poco, o porque te da miedo no saber qué puede salir de esta inesperada situación y es mucho más fácil cortarla antes de que empiece?

Me muerdo el labio y agacho la mirada. A veces odio que me conozca tan bien. Ver a Gabriel en la tienda ha sido demasiado para mí. Esta mañana cuando me desperté y recordé, para mi desgracia, todo lo ocurrido anoche, quise morirme de vergüenza. No acostumbro a actuar así, no sé ni cómo se me ocurrió hacer una videollamada. La borrachera no era tan grande y yo no soy así, ni siquiera bebida. No soy de esas personas que se excusan en sus noches de fiesta para hacer todas las locuras que desean en secreto. Soy una persona relativamente tranquila, incluso con dos copas encima, así que no entiendo bien a santo de qué vino el arranque. Vale que inicié la videollamada por error, pero podía haber colgado y ya. En cambio, le conté parte de mi vida a un desconocido, porque por mucho que Gabriel y yo nos conociésemos en circunstancias extrañas y divertidas no dejamos de ser dos desconocidos. Decidí, antes de quitarme el pijama, que iba a olvidarme de él. Lo borraría de Facebook, pese a haberlo aceptado, y seguiría con mi vida como hasta ahora. El problema es que, antes de borrarlo, decidí pasarme por su perfil y empapar me bien de sus fotos. Se me hizo tarde para ir al trabajo, pero me prometí hacerlo a la hora de comer. No lo hice, más bien me dediqué a seguir fisgando en su perfil, pero juré que no pasaría de esta noche y ahora Gabriel está a escasos metros esperándome y yo siento que todo se complica a una velocidad que da un poco de vértigo.

Ya sé que solo es una cena, no me comprometo a nada, pero es un primer paso y la gente no comprende bien lo significativo que es darlo. Un primer paso puede no parecer importante, pero es la base de todo lo que viene detrás, para bien y para mal. Un primer paso puede ser lo que separe tu vida tal como la conoces de algo maravilloso o nefasto. Un cambio, para bien o para mal, y yo he aprendido a odiar cualquier tipo de cambio.

—Vete a casa —susurra Juani—. Iré y te excusaré, no pasa nada, Carmen. No se acaba el mundo.

—No soy una cobarde. Solo es una cena, ¿no?

Su pequeña sonrisa se me clava dentro y me araña. Él sabe que no es por la cena y, que me conozca tan bien, me molesta y alegra a partes iguales.

—Tampoco tienes que hacer algo para lo que no estás lista. Si necesitas más tiempo está bien, niña, no eres menos valiente por eso. —Asiento, salimos, cerramos la tienda y me mira—. Venga, vete y yo iré a arreglarlo.

Me muerdo el labio, me giro y empiezo a caminar hacia casa. Unos cuantos pasos son suficientes para que me pare en seco. Este no es el camino. Esquivar el mínimo cambio de mi vida no es lo correcto, es como negarme a vivir con todas las consecuencias. Una vida a medias. Estoy cansada de huir hasta de mí misma y por eso me giro y me enfrento a la sonrisa de mi amigo.

—Sabías que no me iría, ¿verdad? —pregunto.

—Si hay algo capaz de luchar contra tus miedos, es tu orgullo.

Juani me guiña un ojo, cojo aire con todas mis fuerzas y no me acerco a él, porque si lo hago igual se me antoja refugiarme en su amistad y acabo convenciéndome de irme, así que me despido con la mano, cruzo la calle y entro en el bar antes de tener tiempo de arrepentirme.

Gabriel está sentado en una esquina, tiene un botellín de cerveza delante y mira su móvil con tanto interés que no se ha percatado de mi presencia, claro que la música y el resto de personas ayudan a camuflarme. Empiezo a caminar hacia él y me fijo en su jersey burdeos. Es guapo, eso es innegable, pero hay algo más en él. Su naturalidad, su sonrisa rápida y su forma de bromear y charlar de todo. Sé que hemos hablado muy poco, pero no necesito mucho más para saber que Gabriel es de esas personas que van por la vida a pecho descubierto, libre de todos los miedos que a mí me pesan a diario. No lo conozco y ya envidio esa parte de él. ¿Quién sabe? Quizá de aquí salga una amistad y se me pegue algo de todo eso. La idea me atrae tanto que sonrío y termino de acortar la distancia entre nosotros.

—¿Listo?

Él alza la mirada y sonrío. Nada de medias sonrisas. Enseña sus perfectos dientes y se levanta con una despreocupación y facilidad envidiables, porque yo seguro que habría tropezado con algo.

—Listísimo, ¿y tú? ¿Quieres tomar algo antes de ir a cenar?

—No, he cogido un paquete de cervezas para la cena, si te apetece.

Señalo la bolsa que llevo en la mano y él sonrío y asiente. Nunca confesaré que todo el tiempo he dudado entre ir a cenar con él y dárselas o irme a casa y guardarlas en mi nevera como recordatorio de mi cobardía. Me alegra que vaya a ser lo primero.

—Vamos, tengo el coche aparcado por aquí.

Le sigo después de pagar su consumición, salimos a la calle y nos dirigimos a un Renault Megane de color azul eléctrico. Es llamativo sin llegar a ser molesto para la vista.

—Me encanta —le digo—. Y debe costarte lo tuyo mantenerlo limpio con este color.

—No me pongas en un altar todavía, lo lavé hace dos días porque alguien me hizo un grafiti de lo más explícito en un lateral. Fue bonito quitarle la mierda y recordar su color.

Me río y subo cuando lo abre. Gabriel empieza a conducir y me cuenta que, en realidad, cogió este color porque a su hermana le encantaba. Él lo quería negro de toda la vida, pero le dijeron que era muy sucio.

—Este tampoco es el más limpio del mundo.

—Cuando conozcas a mi hermana díselo, por favor. Te pondrá en su lista negra, pero merecerá la pena.

Me río y me retrepo, sintiéndome mucho más relajada. Tengo que reconocer que Gabriel tiene una de esas personalidades que logran quitarte la tensión con un par de frases. Se le da bien la gente, se nota a simple vista y, al tratarlo, más aún. A mí no se me da mal, no es que sea una borde, trabajo de cara al público y me gusta, pero no tengo su facilidad para iniciar una conversación.

Suena una canción de Vanesa Martín y le doy volumen por inercia. En el acto me doy cuenta de que quizá me he pasado con las confianzas.

—Perdona, es que me encanta.

—Tranquila, a mí también me gusta. ¿La has visto en concierto?

—Una vez solo. ¿Y tú?

—Dos, pero como si hubiese sido una. En la última, una chica de nuestro grupo de amigos se pasó con las cervezas mientras esperábamos y en la segunda canción le dio una pájara. Acabamos en urgencias con ella. —Se rasca la barba y me sonrío un segundo antes de volver a centrarse en la carretera—. Dado que nos conocimos en urgencias, no debería contarte que voy por allí con más frecuencia de la que me gustaría, ¿verdad?

Me río y niego con la cabeza.

—Tranquilo, la imagen que tengo de ti no es mala.

—Que me digas eso después de cómo nos conocimos y que haya conducido media hora para comprarte acelgas y plátanos me tranquiliza, no te voy a engañar.

Vuelvo a reírme y le prometo que no pienso que sea un colgado, él me dice que se queda más tranquilo, pero creo que, en realidad, sabe de sobra que su imagen no está siendo mala. A ver, nos conocimos de una forma peculiar, y reconozco que alguna vez me he preguntado cómo se dejó liar para acabar así, pero no soy nadie para juzgar, y mucho menos después de restregarme un papel lleno de colonia infantil por el ojo.

—Ya casi estamos —me dice cuando llegamos a uno de los barrios de la ciudad. Uno que, además, me suena.

—Estuve aquí un par de veces en una heladería superfamosa. ¿Aún sigue estando?

—Sí, pero ya han cerrado. Volverán a abrir de cara al verano.

—Qué lástima, no me habría importado comerme un helado.

—¿Es una forma de insinuar que las acelgas y los plátanos no son alimento suficiente? —Suelto una carcajada que él secunda—. Tranquila, tengo palomitas de maíz para alimentar a un regimiento. ¿Cuenta?

—¿Palomitas de maíz?

—Ocupan poco espacio, tienen larga fecha de caducidad y dejan un olor maravilloso en la casa cuando se hacen. ¿Qué hay mejor que todo eso?

—*Touché*.

—Y si no es suficiente, para la próxima, te prepararé helado.

—Vaya, sí que eres cocinillas, ¿no? —Él suelta una risita entre dientes y frunzo el ceño mientras bajamos del coche—. ¿Qué?

—Nada, nada, que sí, que soy una máquina en la cocina. Ahora verás. Tú prepara ese cuerpo serrano para impresionarte.

Y me impresiona, ya ves que me impresiona. Media hora después estoy muerta de risa mientras él intenta que las acelgas rehogadas con ajo parezcan apetecibles. Juro por lo más sagrado que ha tenido que dar un par de golpes a la sartén para conseguir que caigan al plato como si de una masa pegajosa se tratara.

—Eso es porque están jugositas —dice.

La risa se me descontrola. Su forma de cocinar ha sido un completo desastre desde que hemos entrado y lo he visto cortar el ajo. Cuando ha dejado las acelgas en el fuego y se ha empeñado en enseñarme el piso me he oído que la cosa no iba a acabar bien.

Hemos hecho ruta turística por el salón, los dos baños y las tres habitaciones disponibles. Una para él, otra para su primo y una de invitados. La de Raúl, su primo, está llena de trastos electrónicos. Por lo visto es un fanático de la tecnología y los videojuegos. La de Gabriel, en cambio, es sencilla y solo tiene una tele y una estantería llena de libros. Es un gran punto a favor, desde luego. Me hubiese encantado fisgar entre los que tiene, pero habría sido demasiado.

El salón es amplio y la cocina alargada y clásica. Gabriel me cuenta que el piso es, en realidad, de su abuela. Su primo y él lo ocuparon cuando decidieron independizarse. Querían alquilar algo, pero la familia insistió en que se quedaran con el piso, puesto que estaba vacío.

—Entonces, ¿no pagáis alquiler? —le pregunté antes de volver a la cocina.

—No, pero tenemos como condición ceder la habitación a mi hermana o alguno de mis primos si algún día deciden venirse a vivir con nosotros. Por suerte no tienen ningún interés y los entiendo. Raúl y yo somos un poco controladores. Él, más.

—Ajá.

—Además, hemos conseguido convencerlos de que tenemos goteras y limpiamos a fondo dos días en semana. Es mentira, pero nos va bien para seguir tranquilos y solos.

Me reí, volvimos a la cocina y ahora estamos aquí viendo la masa pegajosa que pretende que nos comamos. Lo miro con las cejas elevadas, él cuadra los hombros y frunce el ceño.

—A ver, podría estar mejor, lo reconozco, pero lo importante es el sabor. Toma. —Me tiende un tenedor y me guiña un ojo—. Prueba.

—¿Puedo sentarme, al menos? Si voy a desmayarme me gustaría no caer al

suelo.

—Qué graciosa me ha salido, oye. ¡Esto está de rechupete! Y te lo voy a demostrar para que luego no digas que te has perdido una gran cena. Trae.

Me quita el tenedor, alza el plato, corta un trozo de la cena y se lo mete en la boca. Mastica una sola vez, luego tiene una arcada y, en vez de escupirlo, se lo traga todo de un tirón.

—¿Qué? ¿Rico?

—Riquísimo —dice con un hilo de voz antes de toser, coger su cerveza y beberse un cuarto de un sorbo—. Me comería cuatro platos.

—Pues venga, que no se diga. —Le quito el plato, lo llevo al salón, lo pongo en la mesa y me siento mientras le sonrío—. Adelante, me encantará verlo.

Suspira con tanto dramatismo que estoy a punto de reírme, pero me mantengo en mis trece porque quiero ver hasta dónde es capaz de llegar por mantener su orgullo intacto.

—Voy a necesitar cerveza, porque esto da sed.

—Ajá...

—Podrías traérmela, por lo menos. Ya que no vas a comerte este manjar...

—Está bien, no quiero quedar como una bruja.

—Coge la del fondo de la nevera, que estará más fresca.

—De acuerdo.

Voy a la cocina, cojo la cerveza y, cuando vuelvo, me encuentro con el plato limpio, Gabriel con la boca vacía y un sonido sospechoso que proviene del pasillo.

—¿Has tirado las acelgas por el váter?

—¿Qué? —pregunta con cara extraña—. ¡No! Estaban tan ricas que no he podido esperar a que me trajeras la cerveza. No sabes lo que te has perdido.

—Gabriel...

—Es la verdad.

—¿Y te ha dado tiempo a ir al váter después?

—No he ido al váter.

—¡Está sonando la cadena!

—Tenemos fantasmas. Dos. Muy majos, por cierto, ya te los presentaré si un día deciden dejarse ver por ti. Son tímidos.

Suelto una carcajada, abro la cerveza que traía para él y le doy un trago antes de apuntarlo con ella.

—Tienes un morro alucinante.

—De eso nada, solo te cuento un poco de mi vida para que no te asustes. Bueno, ¿qué? ¿Pedimos una pizza? —Elevo una ceja y él chasquea la lengua —. Mujer, lo digo por ti. No quiero que te quedes con hambre.

—Tenemos los plátanos.

—Yo es que con dos platanitos no hago nada.

—Pero si son para mí, tú ya has cenado.

—A ver, es que me sabe mal dejarte comer sola, que igual te sientes cohibida o algo.

—No me importa comerme los plátanos sola.

—Bueno, yo te ayudo para que luego no digas por ahí que soy un maleducado.

—Ajá...

Volvemos a la cocina, cogemos la fruta y empezamos a pelarla.

—¿Tú estás segura de que no quieres pizza? Te veo muy blanca, me preocupa que te desmayes por no cenar bien.

—Estoy bien.

—Yo la voy a pedir, porque di tú que el plátano este no tiene potasio suficiente, te da una pájara, te caes en redondo y me quedo para toda la vida con el cargo de conciencia de casi matarte de hambre.

Sale de la cocina, coge el teléfono, llama y pide una pizza antes de que pueda siquiera hilar todas sus palabras sin sentido. Suelto una risotada, salgo de la cocina y me apoyo en la entrada del salón.

—Oye, Gabriel.

—¿Sí? —pregunta girándose y sonriéndome.

—Tienes un morro que te lo pisas, lo sabes, ¿no?

—También es un morro bonito, ¿no? —pregunta haciendo como si me tirara un besito desde donde está.

Pongo los ojos en blanco, me meto en la cocina e intento, por todos los medios, no reírle todas las gracias, porque algo me dice que, si empiezo a dejarme llevar por completo, voy a perderme mucho antes de tener tiempo para pensar en todo esto.

La pizza llega, nos sentamos en el sofá, ponemos un programa cualquiera y la comemos mientras Gabriel me cuenta que es fisioterapeuta y que puede darme un masaje cuando yo quiera y no piensa cobrarme.

—Soy tan buena persona que, a veces, me imagino a San Pedro

esperándome en la puerta del cielo, cuando me muera, con las llaves de oro. Voy a entrar por la puerta grande. Buena persona y con pelazo, mira. —Se tira de los rizos de arriba y me río—. Esto es todo de verdad, ¿eh? Nada de implantes como Iker Casillas o Rafa Nadal. Yo otra cosa no, pero el pelo lo tengo bueno.

—Humilde eres un rato, ¿eh?

—Las cosas buenas hay que resaltarlas. Por ejemplo, tú tienes los ojos más brillantes que he visto en mucho tiempo.

Le sonrío y le miro de reajo mientras me devuelve la sonrisa.

—Son marrones y normales.

—Son dos luceros.

—Es el maquillaje.

—Eres tú.

Me río, le tiro la servilleta que tengo en la mano para que deje de hacer el tonto y él tira de las puntas de mi pelo con una suavidad y una intimidad que me ponen nerviosa.

—Qué bonito sería que me prestaras un poco de ese ego.

—No te lo puedo prestar, porque entonces estarías en deuda conmigo, pero puedo ayudarte para que el tuyo crezca y rivalice con el mío.

—Eso es complicado. No me gusta victimizarme, pero tampoco soy egocéntrica.

—No tienes que ser egocéntrica para aceptar tus virtudes con la misma sinceridad que aceptas tus defectos. Por ejemplo, yo tengo un pelo bonito, pero llevé aparatos durante años porque mi boca era un desastre. Me gustan mis manos, pero no he conseguido sacar abdominales en mi puñetera vida. Todos tenemos cosas que nos gustan y otras que preferiríamos cambiar. Ni lo bueno puede con lo malo, ni lo malo pesa tanto como para hundirnos. Cuestión de perspectiva, Carmen.

—Eso parece sacado de un libro barato de autoayuda.

—También puedo decirte que eres preciosa y me tienes embobado esta noche, pero no quiero que salgas corriendo.

Me río, chasqueo la lengua quitándole importancia a sus palabras de zalamero, doy un sorbo a mi botellín y pienso, no por primera vez desde que esta noche empezó, que debería tener cuidado con Gabriel de la Torre, porque algo me dice que es de esas personas que acaban dejando una huella imborrable, para bien o para mal.

Gabriel

Tengo que reconocer que tuve una primera impresión errónea de Carmen. O quizá no era errónea, sino incompleta. En nuestro primer encuentro la vi comedida, pero simpática, y pensé que era porque estaba avergonzada por su accidente. Ahora creo que no fue así, porque ella tiene ese carácter. Simpática, educada y risueña, pero mucho más cortada que yo. No pasa nada, no es ningún problema, entiendo que todo el mundo no es tan extrovertido como yo, que a veces me paso. Además, como bien predijo mi primo, una chica que no se larga ante una mierda de plato como las acelgas que he preparado, es una chica que vale la pena. Con esto no digo que me esté imaginando en un altar con ella, pero me atrae y eso siempre es un inicio de algo. Puede que no lleguemos a nada más que esto: una conversación, una cena divertida y otra anécdota para contar. También puede que vaya a más, pero no me voy a parar a pensar en ello. Paso a paso, día a día y gesto a gesto. De momento ella está comiendo palomitas y hablándome de Juani con auténtica adoración. Si no fuera porque es evidente que es gay, pensaría que está pillada por él y me olvidaría de mi propia atracción. Por suerte su amigo no es un enemigo, sino más bien todo lo contrario.

—Creo que va a gustarme Juani —admito, y cuando suelta una risita le doy un toque en el hombro y le guiño un ojo con guasa—. Como amigo, lista, que te leo el pensamiento.

—Oye, él estaría encantado, ¿eh?

—Normal, tengo el don de enamorar a todos los géneros de este planeta. Es una carga pesada, a veces.

—¡Serás creído! —exclama riéndose.

Me río con ella y le pregunto sin medias tintas si Juani sabe cómo nos conocimos con todo lujo de detalles. Ella admite que sí, que se lo contó porque no pensó que volveríamos a vernos. Lo entiendo y no me molesta, tampoco me da vergüenza, la verdad. Estoy casi convencido de que, si nos conocemos más, me tocará lidiar con bromas por parte de Juani y puede que de la propia Carmen por lo ocurrido, pero, por suerte, yo soy el primero dispuesto a reírme de mí mismo siempre.

—Si después de saber algo tan vergonzoso de mí te ha animado a quedar

conmigo es que es un tío de los que quedan pocos.

—Muy muy pocos. Juani es un ser especial. Tiene luz propia.

No sonrío porque intuyo que sus palabras son importantes. No hay que ser muy listo para ver hasta qué punto ese chico es importante en su vida. Y está bien, es genial tener una amistad así, yo tengo a Raúl, pero nuestra relación es distinta. Nuestras muestras de amor se basan en los insultos y putearnos un poquito uno al otro. Cuantas más pullas nos damos, más nos demostramos lo que nos queremos. Cosas de tíos. O de imbéciles. Cualquiera de las dos opciones es válida.

—Es genial tener buenos amigos —digo al final—. Yo no sería nada sin los míos.

—¿Tienes muchos amigos?

—Sí, la verdad es que sí —admito—. Me gusta relacionarme con la gente. Tengo un grupo más o menos fijo de amigos en el que entra mi primo Raúl y luego siempre hay gente con la que quedo aparte. Del trabajo, del gimnasio al que no voy casi nunca y del que conozco más la cafetería que cualquier otra sección... En fin, lo normal

—Hombre, lo normal para alguien que adora tratar con tanta gente. Para mí sería un suplicio.

Lo dice riendo, pero sé que habla en serio. Se nota.

—¿No te gusta tener amigos?

Mi pregunta puede ser tomada a mal y estoy a punto de retirarla o modificarla, pero ella ha empezado a contestar.

—Sí, sí que me gusta. Tengo a Juani.

—¿Y ya está?

—Conozco a mucha gente, pero no puedo considerarlos amigos. Es una palabra que reservo solo para la gente que creo que lo merece.

—Para eso están los mejores amigos —rebato—. Tienes a los conocidos, a los amigos y a los mejores amigos.

—No, en mi caso tengo a los conocidos y a los amigos. Fin.

—Guau. —Me río y me rasco la nuca mientras doy un sorbo de cerveza—. Entonces, ¿yo soy un conocido?

—Empiezas a serlo.

—¿Cómo que empiezo a serlo? ¿Y antes de eso qué era? ¿Un insignificante?

Carmen se ríe y se retrepa en el sofá, cosa que me alegra, porque significa

que está cómoda, o eso espero.

—Hombre, tanto como insignificante, no. Eras el chico de urgencias.

—¿Así de soso y seco?

—No es soso, ni seco.

—Claro que sí. Es muy triste ser solo el chico de urgencias. Tú para mí eras la muchacha simpática del ojo chungo.

Suelta una carcajada y me da un suave manotazo a modo de queja.

—¿Eso suena mejor que lo mío? ¿De verdad?

—Sí, porque yo he dicho «simpática». Tú, ni eso.

—Bueno, eras el chico simpático de urgencias. ¿Mejor así?

—No.

—¿Por qué?

—¡Porque no suena cariñoso! No sé, no son las palabras, es cómo lo dices. Como si no fuera importante.

—No lo eras.

—*Auch*. —Me agarro el pecho a la altura del corazón, como si me hubiese hecho un daño irreparable, pero lejos de avergonzarse se ríe y niega con la cabeza—. ¿Era necesario ser tan cruel?

—Solo soy sincera. No eras importante cuando te conocí. ¿Cómo podías serlo? No nos conocíamos.

—No tenemos que conocernos para saber si somos o no importantes. Por ejemplo, tú ya eres importante en mi vida.

—De eso nada.

—De eso todo. Nos hemos conocido, he comprado en tu tienda, hemos cenado juntos y estamos sentados en mi sofá y charlando. Ya eres mi amiga. —Ella suelta una carcajada y le frunzo el ceño—. Lo eres. No eres mi mejor amiga, eso sí, y no creo que lo seas si sigues con ese comportamiento. Avisada quedas.

—Es imposible que ya me consideres tu amiga.

—¿Por qué?

—¡Porque no es lógico! No sabes nada de mí.

—Sé lo que hay que saber por el momento. Eres simpática, sincera, tienes unos ojos preciosos y se te da de pena ponerte maquillaje en ellos. Ah, y no te gustan los champiñones, porque los has apartado de la pizza. ¿Ves? Todos esos detalles solo los sabe un amigo. Ningún desconocido podría decir todo eso.

—No, desconocido, no, pero sí un conocido. Es lo que somos.

—Somos amigos porque yo a los conocidos solo los considero como tal durante el primer encuentro, que es, valga la redundancia, donde nos conocemos, así que tengo a la gente que acabo de conocer, a los amigos, los mejores amigos y la gente que me cae mal. —Hace amago de hablar y la corto—. ¿Quieres entrar en el último grupo? Porque, si sigues así, vas a hacerlo y por la puerta grande. —Se le escapa una risita y le quito el botellín de cerveza de las manos, porque ya me he bebido el mío. Doy un sorbo y le sonrío—. Acabamos de compartir la boquilla de un botellín de cerveza. Dios, esta relación va viento en popa.

—Gabriel —dice muy seria.

—¿Sí?

—Tú estás muy mal. En serio, estás fatal.

Frunzo el ceño y ella estalla en carcajadas. No lo entiendo muy bien, la verdad, creo a pies juntillas en mi teoría y quiero pensar que no se ríe de mí, porque no le pega, pero es que la chica es un poco rarita para algunas cosas. Eso sí, yo le estoy cogiendo cariño igual, lo que demuestra la gran persona que soy. Debería decírselo en voz alta, para que se dé cuenta, pero me parece que solo conseguiría que su ataque de risa fuera a más. Igual mi primo Raúl se refiere a esto cuando dice que tengo unos ataques de ego muy raros. Quizá sí que debería mirármelo.

—¿Cuántas veces tenemos que quedar para ser amigos? —pregunto de pronto.

Ella pausa su risa lo justo para mirarme y entrecerrar los ojos. Creo que intenta averiguar si hablo en serio o no. ¿Por qué lo hace? Yo siempre hablo en serio, aunque no lo parezca.

—No lo sé. ¿Hay un número determinado?

—Dímelo tú, que eres la tiquismiquis para catalogar.

—¿Por qué te molesta tanto mi forma de catalogar a las personas?

—Porque no quiero que me consideres un simple conocido. Dime, ¿qué tengo que hacer? ¿Ir a comprar a tu tienda dos veces en semana? ¿Quedar contigo en el bar dos veces al mes? ¿O más?

—No hay algo concreto que puedas hacer. Solo... es algo que fluye.

—¿Te refieres a que vas dejándolo en manos del destino?

—Algo así, sí. Me gusta pensar que las cosas, si tienen que ser, serán, aunque creamos que no. —Me quedo mirándola en silencio y eso parece incomodarla porque, pasados unos segundos, carraspea y pregunta—. ¿Tú

crees en el destino?

—A veces.

—¿Solo a veces?

—Sí, a veces veo cosas o personas que me hacen creer en él. Otras, se me olvida y paso por mis días como si todo fuera consecuencia de mis propias decisiones. Algunos días estoy de ánimo para creer y otros prefiero taparme los ojos y cerrarme en mí mismo.

—Eres muy complejo, ¿sabes? —susurra—. Puedes parecer desinhibido y sencillo, pero nada más lejos de la realidad.

—Soy lo que ves.

—Ese es el problema: no dejo de ver cosas.

No sé qué responder a eso, así que me limito a retirar un mechón de pelo que ha caído por su ojo izquierdo y meterlo detrás de su oreja. Carmen se tensa, pero no protesta. En este momento me gustaría preguntarle qué tengo que hacer para ser algo más que un amigo. ¿Tengo que pasar antes por esa categoría? ¿O es un camino distinto? Y en ese caso: ¿qué sería? Porque para mí están los rollos, follamigos, amigos con derecho a roce, parejas, parejas liberales y un sinfín de etiquetas más, pero si ella es tan escueta y selectiva con los amigos, no quiero imaginarme cómo será con las personas con las que intima más. Dios, ella dice que soy complicado, pero me parece que no se da cuenta de que aquí, de los dos, ella es el jeroglífico egipcio y yo el puzle de Pocoyó indicado para niños de tres años.

—Es tarde, debería irme —susurra.

—Es temprano, pongamos una peli.

Sonríe y sonrío, porque creo que, aún sin saber si esto nuestro derivará en algún tipo de etiqueta, estamos dándonos cuenta de que pocas serán las veces que estemos de acuerdo. Y eso, lejos de molestarme, me parece algo glorioso. No hay nada mejor que alguien con gustos y puntos de vista diferentes. Estar con alguien así, ya sea en pareja o como amigo, es como vivir dos vidas. La propia y la que ven sus ojos.

—Quédate un rato más, prometo dejarte elegir peli.

Ella asiente imperceptiblemente y yo le doy el mando de Netflix, que es como darle la llave de la caja fuerte de mi casa. Todo va bien hasta que la veo navegar por el género de terror.

Vamos a ver cómo le explico yo a esta muchacha que, a mí, las películas de miedo, no me gusta ni mencionarlas. Os juro que una vez tuve una pesadilla

por culpa de un anuncio. Intenté cerrar los ojos a tiempo, pero vi a la muñeca diabólica esa y me pasé toda la noche tragando techo y montándome mi propia película. Mi problema es la imaginación, que me sobra.

—¿Pasa algo? —pregunta cuando me ve muy serio.

—¿Eh? No, nada, todo bien. ¿Te has decidido?

Ella asiente y señala una portada con una chica amordazada y llorando. Muy bonito todo. Di tú que ahora, por cosas de la vida, el destino o lo que sea, Carmen termina siendo el amor de mi vida, que no lo sé, porque esas cosas no se saben. A ver con qué carita le cuento a nuestros nietos que me cagué en los pantalones en nuestra primera cita. No comparto mi pensamiento porque pueden pasar dos cosas: que se ría de mí otra vez, o que salga corriendo de este piso. Ninguna de las dos me atrae, así que me callo y sonrío. Le digo que le dé al *play*, en plan machote, claro, porque yo tengo un orgullo comparable solo a mi nivel de gilipollez extrema, y empiezan los ochenta y ocho minutos más largos de mi vida. Ella mira la pantalla como si nada, ni una vez se sobresalta, y yo termino la película con el cojín agarrado en un puño a la altura de la barbilla porque le he dicho que tengo frío, pero qué va, es que así tengo una excusa creíble para alzarlo y taparme los ojos cada vez que la cosa se pone más fea de lo normal. Como por ejemplo cuando suena una cancioncita infantil cantada por una niña diabólica y la cámara empieza a hacer planos extraños. A la niña no la veo por ninguna parte, pero yo juraría que me canta en el cogote y casi, casi, la noto respirarme encima. Me voy a pasar un mes sin dormir por una mujer que no me considera ni amigo. Dime tú si no es para ponerme un piso en primera línea de playa.

—Pues ha sido flojita —dice cuando acaba, tan pancha.

La miro con horror, claro, porque si esta para ella es flojita, no me quiero imaginar cómo serán sus favoritas. Por un momento hasta se me pasa por la cabeza que sea una de esas personas que disfrutan celebrando Halloween en el cementerio, por ejemplo. Resoplo y me tiro del cuello del jersey.

—¿Estás bien?

—¿Eh? Sí, sí, divinamente. Oye, una cosita. ¿A ti te gusta Halloween?

—Me encanta —contesta sonriendo—. Estoy deseando que llegue el día.
¿Por?

—Nada, nada, cosas mías. ¿Y lo celebras por ahí?

—No, me quedo en casa normalmente, a no ser que Juani me arrastre a alguna fiesta de las que hacen los bares del centro.

Respiro tranquilo. Parece una tontería, pero es un alivio saber que, por lo menos, no se va de excursión a una casa encantada a hacer la *ouija*, por ejemplo.

—Además —sigue—. No hay nada como hacer una buena maratón de películas terroríficas en la noche de Halloween. Este año quiero hacer una selección de mis favoritas y verlas con un montón de chucherías. Te puedes venir, si quieres.

—Uy pues no sé, estoy muy liado yo ese día. Un montón de fiestas y eso. —Su sonrisa es bonita, pero me doy cuenta de que quizá se siente rechazada y, como no quiero que piense en eso, sigo hablando—. Te puedes venir tú, si quieres.

—No, este año ya tengo el plan hecho. Ni siquiera Juani me arrastrará fuera de mi piso. Si quiere, que se venga.

—Bueno, pues si se me rompen los planes y decido hacer maratón, te aviso, ¿vale?

—Vale —contesta sonriendo.

No hablamos más del tema, no falta mucho para Halloween, apenas unos días, y pongo *Modern family* para relajarme un poquito, olvidarme de la peli que acabamos de ver y pensar que, si quiero acercar posturas con Carmen, igual debería hacer de tripas corazón y apuntarme a esa maratón, ¿no? Total, como dice mi abuela: de los cobardes nunca se ha escrito nada.

Igual de mí tampoco se escribe nada por hacerme el valiente, porque a lo mejor me da un infarto y mira tú, qué muerte más tonta, pero por lo menos me iré sabiendo que yo he puesto de mi parte todo lo que posible. Además, a ver con qué carita me dice después de mi enorme sacrificio, que no somos amigos. Ese pensamiento me hace sonreír un poquito, lo suficiente para mirarla y decirle que he cambiado de idea y me apunto a su plan. Ella sonrío y, esta vez, sus ojos sí brillan, así que me felicito mentalmente. Ahora solo tengo que buscar la manera de no sufrir un ataque de pánico en nuestra segunda cita, o quedada, o como quieras llamarlo.

Dios mío, qué sufrido soy y qué poquito me quejo.

8

La tarde de Halloween estoy en la tienda con Juani intentando convencerlo de que se apunte a mi maratón de pelis mientras él intenta convencerme de que me apunte a una fiesta en el centro, cuando salta de nuevo con su tema favorito de los últimos días.

—Además, ya va a ir Gabriel, ¿para qué me quieres? Paso de hacer de carabina.

—¿Qué dices? No vas a hacer de carabina. Además, ni siquiera sé si Gabriel vendrá.

—Te dijo que iría.

—Eso fue el viernes pasado. Estamos a miércoles y no he sabido nada de él.

—¿Le has escrito?

—No.

—Pues escríbele y pregúntale.

—No.

—¿Por qué?

—Porque ya di yo el primer paso la primera vez que tuvimos contacto y paso de ser siempre la que lo busque.

Una clienta entra en la tienda, así que Juani guarda silencio. La atiendo sin prisas, porque sé que mi amigo no es de abandonar las conversaciones así como así, pero tengo la esperanza de que deje pasar este tema.

La verdad es que la noche del viernes lo pasé genial con Gabriel, eso es indiscutible. Me reí mucho y me fui de su piso con la sensación de que era un buen chico, pero también me sentí nerviosa en algunos momentos. Desubicada. Intentaba entender qué hacía allí exactamente. ¿Estábamos intentando llegar a ser amigos? ¿O algo más? Ya sé que Gabriel es de poner etiquetas muy rápido, pero a mí me cuesta más. Estoy un poco atrofiada en esto de las relaciones sociales a nivel íntimo y, salvo con Juani, me cuesta abrirme en exceso con la gente, así que en más de una ocasión me pregunté si estaba haciendo lo correcto al permanecer en aquel piso. Cuando lo invité a mi maratón de Halloween lo hice porque... no sé, me nació el impulso. Eso es lo que me da miedo. Cuando estoy con Gabriel, siento que hago muchas cosas por instinto,

aunque pueda no parecerlo, y no es algo habitual en mí. Soy más comedida de lo que me gustaría. Sí, estaría bien ser más lanzada, pero algo me dice que con él no hay términos medios y no sé si eso me gusta o me aterra.

De hecho, dada su facilidad para conocer gente y hacer amigos, lo más posible es que yo solo sea una más en su enorme agenda de contactos, así que me da rabia estar dándole vueltas al tema o preocuparme en exceso cuando sé que, probablemente, él ni siquiera piense en mí en estos instantes.

—Llévate unas arañas de azúcar para los nietos, Manuela —dice Juani a la clienta que estoy atendiendo a modo de sugerencia.

—En mi casa no entran arañas ni siquiera de mentira.

—Pero, mujer, que es Halloween. Los niños te lo van a agradecer.

—De eso nada. Es treinta y uno de octubre, y mañana el día de Todos los Santos. Yo iré al cementerio a llevarle flores a mi Antonio y esta noche más vale que no venga ningún niñato a molestarme a mi casa. El *jalogüin* ese que lo celebre el que quiera, pero en mi casa demonios no entran. —Me paga y se va con la cabeza muy alta y aires de indignada.

—Que no entran demonios en su casa, dice. ¡Eso será sin contar a sus nietos!

Me río y le recuerdo a mi amigo que las personas mayores son muy reacias a esta fiesta. Él farfulla por lo bajo un poco, porque le sienta muy mal que se le pongan tan dignas, y finalmente vuelve al tema, como ya esperaba.

—¿Entonces no saldrás?

—No.

—¿Y no avisarás a Gabi?

—No.

—Muy bien, pues pásate la noche viendo pelis de miedo y soñando con tener un hombre al que abrazarte en los momentos álgidos. Yo voy a ver si pillo algo a lo que abrazarme entre canción y canción, también.

Me río, le tiro una nuez que tengo a mano y me gano un punto en el cartón de leche, porque dice que llevo muchos días escapándome y las buenas costumbres no pueden perderse.

El resto del turno pasa sin pena ni gloria. Juani intenta encasquetar todas las arañas de azúcar a las clientas, yo intento entretenerme para que la tarde no se me haga eterna y, cuando faltan diez minutos para cerrar y ya estoy apilando las cajas de fruta, veo entrar a Gabriel con una sonrisa inmensa. Está vestido con un vaquero lleno de rotos y ceñido, pero sin ser de esos que se llevan

ahora, que más que pantalones parecen leotardos. No, este no se pasa. De hecho, le queda perfecto. Completa la vestimenta con un jersey corinto y una cazadora de cuero, claro, si llega a presentarse solo con los pantalones y sin nada arriba se habría ganado un aplauso mío por salir así a la calle con este tiempo y una ovación de Juani por verlo medio en pelotas. Yo la ovación la haría, pero interiormente. Intento no parecer demasiado entusiasmada, pero es que me es muy difícil disimular que algo dentro de mí acaba de agitarse de manera tormentosa.

—Hola, bombón. —Se acerca a mí, me quita la caja que tengo en las manos y la pone en la cima de la pila que he hecho antes de darme dos besos. Dios, qué bien huele—. ¿Lista para nuestra noche de Halloween?

—Hola. No sabía si vendrías...

—Dijimos que haríamos maratón, ¿no? ¿Tienes plan de salir? Oye, que si quieres salir, salimos.

—No, no, qué va —admito sonriendo—. El plan es el mismo, solo que como no hemos hablado...

—Ya, me tienes abandonado.

—¡Oye! —Me hago la ofendida, pero acabo echándome a reír—. El Messenger del Facebook funciona en las dos direcciones, así que no tengas morro.

—Vale, vale —contesta alzando las manos—. Asumo mi parte de culpa si tú asumes que ha estado muy feo lo de no escribirme para darme las buenas noches.

—¿Perdona?

—O los buenos días.

—¿En qué parte asumes tu culpa si acto seguido me reprochas no escribirte?

Gabriel me mira fijamente y me doy cuenta de que está pensando seriamente en mi pregunta, pero entonces se gira hacia Juani y le sonríe.

—¿Tienes chuches para mí? Dime que sí, guapo.

Juani suelta una carcajada y yo abro la boca, porque me siento muy torpe ahora mismo. ¿Qué acaba de pasar? ¿Me ha liado Gabi para que yo cargue con las culpas de que no hayamos tenido contacto? Podría volver a sacar el tema, pero creo que, en el fondo, no ha sido mala idea que él nos haya desviado de ese camino, porque podríamos acabar discutiendo por una chorrada y algo me dice que, en una pelea verbal, Gabriel ganaría a base de agotarme y

desesperarme. Llámame intuitiva, si quieres.

—Yo tengo todo lo que necesitas. Y si no lo tengo, lo busco. Y si no existe, lo invento.

Mi amigo Juani le guiña un ojo con tanto descaro y carga sexual que me pongo colorada yo. Gabriel, en cambio, se ríe, coge una araña del bote que hay sobre el mostrador, se la mete en la boca y le guiña un ojo a mi amigo de vuelta.

—Madre mía, seguro que los tienes locos. Porque soy hetero que, si no, no te escapabas.

—Ay, Dios —susurro cerrando los ojos y apretándome los párpados con los ojos—. Esto es muy surrealista.

Las risas de Juani se oirán en todo el barrio y sé, sin necesidad de palabras, que Gabriel acaba de ganárselo del todo. No me extraña, porque, aunque no lo parezca, no es fácil conocer hombres heterosexuales que se sientan cómodos bromeando tan descaradamente con homosexuales. Parece mentira, pero la sociedad aún tiene mucho que aprender y parece que Gabriel ya cuenta con esa pequeña ventaja en su haber.

—Oye, ¿qué pelis vamos a ver? —me pregunta—. He pensado que podemos darle una oportunidad a alguna de risa.

—Ni hablar.

—¿Por qué?

—Porque ya te dije que esta noche veo mis pelis de terror favoritas.

—Una mala película de risa puede convertirse en una pesadilla, te lo digo yo.

Me río y niego con la cabeza mientras termino de recoger mi parte y él me mira.

—No, Gabriel. Yo voy a ver pelis de miedo. Si quieres, te dejo elegir entre mis tres favoritas.

—¿Cuáles son?

—*El proyecto de la bruja de Blair, La matanza de Texas y La noche de Halloween.*

—Qué bonitos todos los títulos, de verdad, suenan muy dulces —dice con ironía.

—Ya sabías lo que había. Si no te parece bien, puedes irte con Juani de fiesta.

—Sí, puedes venirte, pero si la cosa se pone interesante con alguno te

largas, o me largo yo y te dejo solo. Te lo digo para que luego no me vengas con eso de que soy mal amigo. A mí estas cosas me gusta advertirlas con tiempo.

Pongo los ojos en blanco escuchando a Juani y suspiro porque, en el fondo, lo último que quiero es que Gabriel se vaya con él. Evito la mirada de este último porque no sé si se está pensando mis palabras. Tampoco me extrañaría, porque no he sido un ejemplo de simpatía, pero que no me extrañe no quiere decir que no me moleste.

—Bueno, venga, me pienso cuál de las tres prefiero de aquí a tu piso.

Lo miro y me fijo en su sonrisa. Es una sonrisa comedida, comprensiva, juraría que pretende decirme que todo está bien, que no va a ir a ninguna parte, pero dada la imaginación tan grande que tengo, cualquiera sabe.

—Ayudo a Juani a echar el cierre y nos vamos.

—Vete ya —dice mi amigo—. Aquí solo queda apagar luces y poco más.

—¿De verdad?

—Sí, coge las arañas y lárgate. Eso sí, Gabi, págalas o se las cobraré a ella mañana.

Gabriel se ríe y paga sin problemas. Yo pongo los ojos en blanco y cojo un par de bolsas de patatas y un lote de cervezas. Le digo a Juani que me lo apunte y salimos.

—¿Vives lejos?

—No, a tres calles de aquí.

Él asiente, coge la bolsa que llevo con la compra y paseamos en silencio. No es incómodo. Podría parecerlo porque no nos conocemos mucho, pero la verdad es que, en lo que respecta a este hombre, tengo la sensación de que podríamos pasar horas en silencio.

Cuando entramos en mi piso Gabriel se planta en el centro, da un giro sobre sí mismo de forma lenta, quedándose con cada detalle de mi hogar, y, al acabar, sonrío.

—Me gusta.

Lo dice de verdad, se nota, así que le devuelvo la sonrisa y meto las cervezas en la nevera.

—¿Y bien? ¿Has decidido peli?

—¿Cuál prefieres tú?

—Me valen las tres. De hecho, probablemente veré dos de ellas.

—Sí que te gustan, sí —murmura—. Pues pon *La matanza de Texas*, que suena más a acción.

Lo hago y media hora después Gabriel se ha bebido dos cervezas y se agarra con fuerza a la tercera.

—¿Todo bien? —pregunto, porque está un poco raro.

—¿Eh? Sí, sí, divinamente. La película preciosa, ¿eh? Cuando llegue a mi casa me la compro en *Blu-ray* o algo.

Entrecierro los ojos y pienso que no parece muy fan, la verdad. Un pensamiento cruza mi mente y, aunque estamos en una de las mejores escenas de la peli, ignoro la pantalla porque quiero fijarme en la reacción de Gabriel. Además, ya me sé de memoria lo que viene.

Le veo beber un enorme sorbo cuando la música se intensifica y su mandíbula se tensa. Mi pensamiento cobra fuerza, pero antes de decirlo prefiero recabar todas las pruebas posibles, así que sigo mirándolo. Ya no disimulo, porque me he dado cuenta de que no repara en mí. Está demasiado concentrado en lo que ve. Sus ojos están muy abiertos, como si intentase anticiparse a lo que va a pasar, una de sus manos se aferra al reposabrazos del sofá con tanta fuerza que empiezo a pensar que es posible que deje una huella imborrable sobre la tela. El momento álgido llega y le veo tragar saliva primero, cerrar los ojos después y sobresaltarse solo una milésima de segundo antes de tensar los hombros y abrir los ojos con cierto pesar. No lo está pasando bien y, no sé por qué, su reacción me provoca una mezcla de pena y risa que me hacen sentir bien y mal conmigo misma.

—¿Todo bien? —pregunto.

—Divinamente.

No me mira, se bebe el resto del botellín de un trago y se levanta para coger uno nuevo de la nevera. Sería mentir decir que no me fijo en su trasero cuando se agacha para cogerlo, porque es un trasero increíble, pero cuando se gira y veo su cara pálida se me olvida el pensamiento.

—Estás bebiendo mucho, ¿no?

Él se encoge de hombros, se sienta a mi lado y sonrío.

—Es la noche de los muertos. A lo mejor alguno con serios problemas alcohólicos se ha metido dentro de mí y está intentando darme un homenaje.

—No te gustan las pelis de miedo —lanzo de pronto, porque sé que, si se lo permito, va a marearme con bromas y palabrería para no decírmelo él

mismo.

—¿Qué? ¿Por qué dices eso?

—Porque estás bebiendo un montón, te agarras al botellín como si fueses Rose con la tabla del *Titanic*, pero tu cara se parece más a la que tenía Jack sabiendo que iba a palmarla.

Él sonrío un poco, pero justo en ese momento la película decide dar un giro y le pilla tan desprevenido que no puede evitar sobresaltarse. Me mira, se rasca la barba y sonrío con un aire de culpabilidad que solo consigue que lo vea aún más atractivo.

—Odio las películas de terror.

Se supone que no debía sorprenderme, porque ya lo sabía, pero algo dentro de mí se confunde. Antes de poder pararme a pensar, mi boca decide traicionarme.

—¿Por qué has venido, entonces?

Gabriel no contesta de inmediato. Me mira elevando una ceja y sonrío de medio lado de una forma que... Ay.

—Estoy seguro de que, si quieres, puedes averiguar eso tú solita.

Quería estar conmigo. Es lo que está insinuando o, al menos, lo que yo pienso. Primero la ilusión me atraviesa el cuerpo como si de un hierro candente se tratase y, justo después, me odio un poquito por ser tan impulsiva en sentimientos. Siempre ha sido un grave error de mi personalidad. Consigo ilusionarme con tan poco que acabo llevándome unos palos tremendos. Quizá ese ha sido otro de los motivos por los que he terminado siendo tan cerrada con las personas. Demasiada inseguridad a lo largo de la vida. Demasiadas ansias de sentir algo bonito y demasiadas decepciones.

—Podríamos haber visto otra cosa.

—Dios sabe que lo he intentado —contesta él riendo—. No pasa nada, Carmen, no me molesta ver estas pelis. Si tienes esto como tradición, está bien. Yo lo sabía, acepté porque quería pasar la noche contigo y no me arrepiento.

—Eres demasiado majo.

—No te creas, voy a pedirte dormir en este sofá porque Raúl esta noche no duerme en casa y yo paso de quedarme solo después de esto. —Me río, pero él eleva las cejas—. Lo digo en serio. Yo esta noche duermo aquí.

—¿Aquí?

—Sí, señora. Puedo ver cuantas pelis quieras, pero no me pidas que me

vaya a mi casa a volverme loco a solas después.

—Este sofá es muy incómodo.

—¿Me estás ofreciendo un sitio en tu cama?

—¿Qué? ¡No! —exclamo soltando una carcajada para intentar acallar el rugido que ha dado mi estómago al dar un vuelco—. Me refería a que creo que es mejor que te vayas a tu casa.

—Ya... Creo que no. Me quedo.

—Gabriel, no puedes invitarte a casa de gente a la que apenas conoces por la cara.

—No me estoy invitando a casa de alguien que no conozco. Nosotros somos amigos.

—Ay, Dios, ya hemos discutido esto y...

—Por eso, porque ya lo hemos discutido lo mejor es que no volvamos a ello. Yo duermo aquí y santas pascuas. Además, tranquila, que no pienso quitarme los pantalones ni nada.

—Ya, hombre, suponía que no te desnudarías.

—Es que en casa lo hago. —Lo miro alucinada y él sonríe—. Me lo quito todo, todo, porque me gusta dormir como vine a este mundo. ¿A ti no?

Necesito un segundo para procesar todo esto. Dios, es tan charlatán y caótico y extrovertido y expresivo que a veces me cuesta seguirle el hilo.

—No voy a contarte cómo duermo.

—Vale, pero quiero que conste en acta que, si tienes costumbre de hacerlo desnuda, no tengo ningún inconveniente en que lo hagas esta noche. Y puedes ir al baño tanto como quieras, ¿eh? Yo dormiré como un tronco.

—¡Pero si acabas de decir que dormirás aquí porque no vas a poder pegar ojo!

—Mujer, es que te lo tomas todo al pie de la letra, ¿eh?

—Ay, Gabi. Me agotas.

—Me encanta que me llames Gabi —susurra entonces. Lo miro y me fijo en que su rostro no muestra atisbo alguno de broma o socarronería—. Que uses el diminutivo significa que empiezas a tener confianza conmigo, ¿no?

—Me obligas a pasos forzados.

—No te obligo, nena. O no pretendo hacerlo.

—Ah, ¿no?

—No. Sé que soy intenso y un poco liante, pero créeme, estoy muy seguro de que cuando me entregues tu confianza, y todo lo demás, será porque tú estés

deseando hacerlo, no porque yo te esté obligando de ninguna manera.

—¿Todo lo demás? —pregunto con un hilo de voz.

Gabriel se encoge de hombros, sonrío de una forma canalla que me acelera el pulso y desvía sus ojos hacia la pantalla. Y no sé si estoy loca, pero el hecho de que prefiera ver una peli que odia a contestarme hace que el batallón de mariposas vuelva a mi estómago.

¿Qué ha querido decir con eso?

Gabriel

El plan de la próxima cita lo decido yo. No se lo digo a Carmen, porque la pobre no tiene culpa de que yo sea como soy y me haya metido solito en esta maratón de películas de miedo. Más que eso, ella me ofreció no poner la segunda y yo insistí porque es su tradición y no tiene que romperla por mí. Imbécil que es uno, porque podría haberle dicho que se lo agradecía en el alma y que mejor nos poníamos *Deadpool*, *El diario de Noa* o *El rey león*. Me valía cualquiera menos otra de miedo, pero ¿he dicho ya que soy un poco imbécil a veces? Pues lo repito, porque lo soy.

Claro que no hay mal que por bien no venga. Creo que Carmen ha valorado mucho que esté aquí pasando el mal rato de mi vida, porque la siento más relajada y sonriente. A lo mejor se ríe de mí, pero no creo. Ella no es de ese tipo de personas.

—Bueno, creo que ya está bien por hoy —dice apagando la tele cuando la segunda película acaba, por fin—. ¿Qué te apetece hacer ahora?

Elevo una ceja como acto reflejo porque acabo de imaginarla desnuda y debajo de mí en la cama. No debería, pero, joder, está preciosa. Ella carraspea y desvía la mirada, así que intuyo que ha captado algo de lo que pienso. Me alegro, porque no quiero que piense que estoy aquí solo porque quiero ser su amigo, que también. Mi primo Raúl se ha dedicado a meterme en la cabeza la idea de que no puedo arriesgarme a meterme en la zona de amigos porque, una vez dentro, salir es imposible. Al principio no le hice caso, yo quería escribir a Carmen el día después de vernos, pero me paré y reflexioné profundamente. Cada vez tenía y tengo más claro que quiero algo más que una amistad con ella. No sé exactamente qué, pero para averiguarlo tenemos que seguir dando pasos juntos en la misma dirección, eso es obvio, así que decidí no escribirle inmediatamente y hacerme de rogar. Pensé que me escribiría ella, pero, cuando esta tarde me di cuenta de que no lo haría, me vestí y conduje hasta su trabajo. Empiezo a comprender que su iniciativa de mandarme una foto con un parche fue algo especial, seguramente Juani la animó, porque Carmen no es de tomar ese tipo de decisiones a la ligera y tener esa certeza me hace sonreír, ya que significa que le llamé la atención lo suficiente como para

que diera el paso. Ahora solo tengo que ganármela, aunque intuyo que quedar como un cobarde no va a ayudarme mucho.

—¿No quieres seguir viendo otra peli? A mí no me importa —aseguro.

Es mentira, pero una mentira tan evidente que no cuenta. Cuando se echa a reír me reafirmo.

—No hace falta que lo pases mal. Ya hemos visto dos. Está bastante bien para ser tu primera maratón. Ahora podemos jugar a algo. —Mi ceja izquierda se dispara y ella se ríe y se pone roja como un tomate—. Juegos de mesa, claro.

—¿Tienes muchos juegos? —pregunto en claro tono de insinuación. Se pinza el labio y sonrío—. De mesa, claro —repito sus palabras con una pequeña sonrisa que hace que carraspee y se levante.

—Tengo cartas, el Trivial y el Monopoly.

—O podemos jugar a la botella.

Por un momento pienso que Carmen va a erigir ese muro invisible que parece alzar cada vez que la cosa se pone un poco intensa, pero sonrío y me mira con sorna.

—Solo somos dos. Las opciones son escasas, ¿no crees?

—Las opciones somos solo nosotros dos. A mí me parece perfecto.

—Vaya lengua tienes...

—No lo sabes bien, morena.

Su carcajada me está merecida, porque aquí me he ido a lo fácil para seguir con el coqueteo y los dos lo sabemos. El apelativo quizá sobraba, también, pero me ha salido porque justo estaba pensando en su piel. Es tersa y de un moreno tan precioso que me hace preguntarme cómo será verla en bikini en la playa. Si estando en otoño luce así, es probable que en verano brille a la luz del sol. Sus ojos marrones y enormes hacen tono con su piel y ambas contrastan con unos dientes blancos como perlas que consiguen que, cuando sonrío, sea imposible apartar los ojos de ella. Sé que hay muchas mujeres morenas en el mundo, en España la mayoría lo son, pero lo de ella es distinto, de verdad. Es una cuestión de... de que es Carmen, supongo, y eso es suficiente para que hasta su piel sea única y especial.

Saca los juegos, elegimos el Monopoly y nos pasamos dos horas jugando, no solo sobre el tablero. Descubro que Carmen es competitiva, tiene mal perder y pone unos morros que me hacen fantasear con la idea de mordérselos cada vez que tomo ventaja. Hablamos de Juani, de mi primo Raúl y de algunos

amigos míos. Carmen no me nombra a nadie más, salvo a su familia por encima, así que confirmo mi teoría de que es de las que prefieren rodearse de pocas personas y tener la certeza de que son cien por cien leales. Yo, en cambio, tengo todo tipo de amigos. Algunos que son un poco cerdos, pero a los que tengo cariño y otros con los que sé que puedo contar. No a todos los aprecio de la misma forma, pero todos me aportan algo. Hablamos de ello y noto que se pone un poco seria, pero al final conseguimos llegar a la conclusión de que es una cuestión de caracteres y ninguno es mejor, ni peor. No vales más por tener más amigos, por mucho que algunas canciones, películas o libros se empeñen en vender que sí. Tampoco eres superior por tener pocos y casi perfectos. Es el conjunto de todo lo que te hace mejor persona. Es la esencia. Se lo digo, ella me mira muy seria y me dice que es genial que sepa ser profundo a veces, porque puede dar la impresión de que solo me expreso mediante chistes o me lo tomo todo muy a la ligera.

—Es cierto que me tomo la vida un poco a risa, pero me viene de familia. Mi madre, mi abuela y mi bisa son así, también.

—¿Tu bisa?

—Mi bisabuela.

—¿Aún vive?

—Sí, tiene setenta y ocho añitos y es un sol, aunque le encante mandar.

—Espera un momento. ¿Tu bisabuela tiene solo setenta y ocho años?

—Sí.

—¿Cuántos tienes tú?

—Treinta.

—Imposible.

—Es posible.

—No lo es. ¿A qué edad tuvo tu bisabuela a tu abuela? ¿Y esta a tu madre? ¿Y tu madre a ti?

—Dieciséis, dieciséis y dieciséis. Y luego llegué yo y me cargué la tradición, pero ninguna se molestó por eso. Bueno, mi bisa sí empieza a reprocharme que no tenga descendencia, pero la toreo bien.

Carmen me mira con el ceño fruncido, coge el móvil y elevo las cejas cuando la veo usar la calculadora.

—¿Tu madre ni siquiera tiene cincuenta años!

—No, y yo no te aconsejaría recordarle que se acerca al medio siglo. No es un tema que la haga especialmente feliz.

—Nunca había conocido a alguien con generaciones tan extensas y aún jóvenes. Es un poco alucinante.

—Lo que es alucinante es que mi bisabuela se llame Gabriela, como mi abuela y como mi madre y, cuando nací, no se les ocurriera ponerme otro nombre. Fui una decepción por ser niño y cargarme la tradición, lo entiendo, pero podían haber elegido algo distinto. Me hubiese encantado llamarme Eustaquio o algo así, más original.

Carmen suelta una carcajada y me asegura que le gusta mucho más Gabriel.

—Es un nombre con fuerza. Además, así tiene más significado.

—Supongo. ¿Tú te llamas Carmen por alguien?

—No, solo les gustaba.

—Qué suerte.

—No es el nombre más bonito del mundo.

—A mí me gusta. Suena fuerte y rotundo, como tú.

—¿Soy fuerte y rotunda? —pregunta con una gran sonrisa.

Pienso por un momento que es como si no estuviera acostumbrada a recibir este tipo de halagos, así que contesto con sinceridad.

—La parte de ti que he visto es absolutamente fuerte y rotunda. Felicidades.

Ella se ríe y me tira un hotelito. Me quejo, porque es de mis mejores creaciones en el juego y decido provocar un terremoto en una de sus casillas. Desde ahí el juego se va a la mierda. Las cervezas que hemos tomado, sobre todo yo, ayudan para que acabemos tumbados en el suelo y riéndonos por chorradas sin mucho sentido.

—¿Sabes lo que más me gusta de ti? —pregunta. No contesto porque es la primera vez que la veo lanzarse un poco más y no quiero que se acobarde—. Me haces reír. Me he dado cuenta de que, quitando las veces que estoy con Juani, no río mucho. Es genial que tú lo hagas a todas horas.

—Las lágrimas no solucionan mucho —murmuro—. La experiencia me lo ha enseñado.

—¿Has llorado mucho en el pasado? —pregunta mirando al techo, sin querer mirarme.

Tengo un hotel, una casa o alguna otra pieza bajo la espalda jodiéndome los riñones, pero no me muevo porque creo que hemos creado un ambiente inmejorable para conocernos más a fondo.

—Sí —admito—. He llorado mucho y no siempre con lágrimas.

—¿Hay otra forma de llorar?

—Oh, sí. El llanto sin lágrimas es el peor. Está dentro, en alguna parte entre la garganta y el corazón. Imagino ese llanto como una cuerda llena de nudos, ¿sabes? Una cuerda que se tensa con cada nudo nuevo. A veces me preguntaba cómo es que no se partía en dos. No era normal que soportara tanto.

Ella guarda silencio y yo también, porque acabo de hablar de algo que suelo guardar para mí. No es que tenga un trauma, eso ya pasó, pero hay cicatrices que duelen con los cambios de tiempo y otras, como estas mías que, cuando más arden, es cuando recuerdo que existen.

Que no se irán nunca.

—He llorado mucho por dentro, entonces —admite ella en un susurro.

—¿Sí?

—Sí, pero cada vez menos. Ahora soy feliz. Creo que lo soy, al menos.

—¿Qué te hizo infeliz en el pasado?

—Muchas cosas. Muchas personas. ¿Y a ti? —pregunta.

—Muchas cosas. Una persona.

Su cara se gira para mirarme de frente por primera vez y yo hago lo mismo. Nuestras narices están muy cerca, casi pueden rozarse, pero no lo hacen. Ella sonrío un poco y yo siento deseos de besarla, pero no es el momento, lo sé, así que me contengo.

—¿Me lo quieres contar?

—¿Me quieres contar tú lo tuyo? —Niega con la cabeza.

—No merece la pena.

—No estoy de acuerdo, pero vale. Te lo contaré cuando tú estés lista para contármelo a mí.

Nos quedamos mirándonos a los ojos y en silencio. Sé bien que quiere saber de qué hablo. La curiosidad es fuerte, pero el miedo de tener que darme el mismo grado de confianza a cambio gana, así que se contiene, asiente de manera imperceptible y mira al techo.

Suspiro y me paso una mano por la nuca para hacer lo mismo.

—¿Gabriel?

—¿Sí?

—Creo que ya eres mi amigo.

Me río, porque es curioso que antes, cuando quería ser su amigo, no me considerase como tal, y ahora que me eleva a ese nivel yo ya esté pensando en

la forma de conseguir que seamos más. Mucho más.

—Carmen.

—¿Sí?

—Te voy ganando.

Ella me pregunta qué quiero decir, pero me levanto alegando que tengo que ir al baño e ignoro su cara de incertidumbre. Al volver el juego está recogido y es tardísimo, así que decidimos que es hora de dormir. Me da una manta, me tumbo en el sofá y la veo dirigirse al dormitorio. Cierra la puerta, pero este apartamento es tan pequeño que es como si la tuviera justo al lado. Si me esfuerzo, seguro que la oigo respirar. Bueno, no, puede que esté exagerando, a no ser que ronque como un cerdo. Media hora después descubro que no ronca, o quizá no está dormida. Yo desde luego estoy aquí sin poder pegar ojo porque, entre las películas y lo reveladora que ha sido la noche, me es imposible descansar. No es que haya averiguado grandes cosas sobre ella, pero ahora sé que hay partes que merecen ser descubiertas. Carmen en sí misma merece ser descubierta y casi no puedo esperar que se haga de día para intentar conocerla un poco más. Bueno, por eso y porque no dejo de mirar a los rincones y ver asesinos, monstruos y una enorme lista de cosas desagradables. Voy a estar durmiendo mal un mes, me lo veo venir.

El día me pilla adormilado y encogido bajo la manta, no por frío, sino porque, a última hora de la madrugada, con el cansancio que acumulaba, pensé que, si me hacía una bola, al asesino le costaría más encontrarme. Yo es que bajo presión y con sueño no consigo conectar todas mis neuronas para que trabajen en armonía y por el bien común.

Oigo como suena un despertador y un segundo después se abre la puerta del dormitorio de Carmen. Entrecierro los ojos y la veo salir con su largo pelo enmarañado y rodeando su preciosa cara, pese a los ojos hinchados y semicerrados. Se dirige al baño con todo el sigilo posible, seguramente pensando que estoy dormido, y sale a los pocos minutos con la cara lavada y un moño alto. Mira hacia donde estoy y le sonrío un poco.

—Buenos días —susurro.

—Buenos días, ¿has dormido bien?

—Como un angelito. ¿Qué hora es? Puse el despertador a las ocho para tener tiempo de ir a casa, ducharme, cambiarme de ropa y descansar antes de ir a comer con mi familia.

—Perdona, yo suelo ponerlo a las siete, aunque sea festivo. Me gusta

despejarme a conciencia antes de ir a trabajar o hacer cualquier otra cosa.

—Eres una campeona. —Ella sonrío y yo me estiro y me levanto—. ¿Te importa si uso el baño?

—Todo tuyo.

Le sonrío, entro, me lavo la cara y me encuentro con una estantería que contiene tres cajitas abiertas. Una está llena de pendientes diminutos, la otra de barras de cacao de distintos sabores y la tercera tiene gomillas y ganchos para el pelo. No veo muchas cremas y potingues, pero intuyo que los tendrá por ahí guardados. Aun así, todo en este apartamento es sencillo y ordenado, y eso me gusta bastante.

Al salir ella me tiende una taza de café que tomo con largos sorbos porque tengo tiempo de sobra para ir a casa y acicalarme antes de ir a la comida que mi familia ha preparado para hoy por ser festivo. Apenas hablamos, pero nos miramos tanto que creo que la conversación sobra. Estoy convencido de que recordaré con más cariño estas miradas que todas las palabras triviales del mundo que podamos decir de buena mañana. Cuando acabo, dejo la taza en la encimera y voy hacia donde está ella, apoyada en la esquina.

—¿Cuándo voy a verte? —pregunto sin medias tintas.

—Cuando quieras, sabes dónde trabajo.

—Sabes a lo que me refiero. Quiero verte otra vez, Carmen. Me da igual si vemos una peli de miedo, jugamos al Monopoly o nos dedicamos a mirarnos durante horas, pero quiero que nos veamos de nuevo y no puedes negarte porque anoche dijiste que ya somos amigos.

—Lo somos —sonríe—. Está bien, háblame cuando tengas algún plan.

—¿Me das tu número?

Le estiro mi móvil y ella marca un número con rapidez antes de devolvérmelo. Lo guardo en mis contactos y me acerco un paso más para besar su mejilla. Huele a almendras, no sé por qué, si está recién levantada, pero así es y no puedo evitar aspirar con suavidad antes de separarme de ella.

—Nos vemos pronto, te lo prometo.

—Cuando tú quieras —susurra.

Sé que me deja a mí la responsabilidad para no tener que lanzarse ella, pero no me importa. Si algo me sobra a mí, es impulsividad y arrojo.

Me despido, salgo del piso y no dejo de sonreír hasta que llego a casa.

La comida es caótica y divertida, como todas las de mi familia. Se pasa tan rápido que antes de darme cuenta estoy tumbado en el sofá de mi piso

contándole a Raúl cómo fue nuestra cita. Él me felicita, porque parece que no lo he hecho mal del todo, y me recuerda que este domingo tenemos comida familiar de nuevo.

—Así que, si vas a pasar tiempo con ella, te aconsejo que elijas viernes o sábado.

—O puedo elegir los dos.

—Si esa chica es inteligente, no aceptará pasar tanto tiempo contigo.

—Eres imbécil —le digo tirándole un cojín—. Además, para que te enteres, tengo un plan que no va a poder rechazar.

—Mentira.

—Verdad. Es el mejor plan del mundo.

—¿Cuál es?

—No te lo digo, no me da la gana. Eso te pasa por borde.

Raúl se descojona y dice que seguro que es mentira. Y lo peor es que tiene toda la razón del mundo, pero como mi orgullo está herido le hago un corte de mangas y me voy a mi dormitorio a leer un libro, que me da más satisfacción y menos dolor de cabeza que mi primo.

El problema es que no puedo concentrarme porque no dejo de pensar en ese plan inmejorable que no tengo. Más me vale ponerme las pilas si quiero impresionarla y hacer que quiera pasar conmigo más que un par de horas. De momento, voy a llenarme de positivismo y olvidar que soy un poco (muy) gafe. En el momento que menos lo espere me llegará la inspiración y conseguiré un plan que hará que Carmen no quiera separarse de mí en lo que le resta de vida.

Como que me llamo Gabriel de la Torre que lo consigo.

Pongo color a su pelo y sonrío, porque es como si cobrara vida por momentos en mis manos. El día ha sido bonito y creo que el hecho de haberlo empezado con Gabriel ha tenido mucho que ver. Ese chico tiene el don de tatuarme sonrisas que duran, al menos, veinticuatro horas.

No he hecho nada especial, salvo ir a comer con mis padres y mis hermanos. Me he reído y he hablado mucho, como siempre, pero cuando los rayos del atardecer se han colado en el salón de mi madre he decidido que necesitaba estar un rato a solas antes de irme a dormir. He vuelto a casa, he sacado mi cuaderno de dibujos y he trazado todas las líneas que recuerdo de él. Podría mirar una foto de Facebook para recrearme en los detalles, pero quiero que sea un retrato de lo que yo tengo en la cabeza, aunque no sea fiel al cien por cien. No me importa si sus dientes son más grandes de lo que los pinto, o menos, o si sus ojos están un poco más separados. Pinto al Gabriel que anoche me provocó un tsunami con un par de frases y un mar de sonrisas. Pinto y reconozco que el hecho de estar trazando líneas en su honor es síntoma suficiente de que esto está empezando a cobrar importancia. Esto, sea lo que sea, porque diría que es mi amigo, pero, si quiero ser honesta conmigo misma, creo que una parte de mí mentiría. El problema es que no hay otra definición en la que encaje. No en mi lista de limitadas etiquetas para las relaciones. Nunca dije que fuese un sistema de clasificación perfecto, así que guardo silencio y dejo que el tiempo se encargue de ponerlo todo en su lugar, como hace siempre.

Andrés Suarez y su historia de estrellas entra en mí a través de los auriculares y me concentro en cada línea como hacía días ya que no ocurría. Dibujar es lo único que hago solo cuando me nace, aunque para ello tenga que levantarme en medio de la madrugada o garabatear en un cartón de la tienda. Lo que nunca hago es sacar mi cuaderno cuando tengo un rato libre porque sí. Me encanta dibujar, lo adoro desde que era niña, pero solo cuando el cuerpo y los sentimientos me piden hacerlo. Por eso no era buena para estudiar arte, porque las imposiciones nunca fueron conmigo y porque... Bueno, porque no era el momento. Ahora tampoco lo es, mi vida está hecha y el dinero para llegar a final de mes me lo da la tienda. No me quejo, me gusta mi trabajo,

aunque me resulte monótono, pero es mejor eso a la inseguridad o el sentimiento de ir a la deriva.

Además, me va muy bien así. Dibujo lo que quiero, cuando quiero y como quiero y luego, si me apetece, lo subo a la cuenta de Instagram anónima en la que bastantes personas me siguen, para estupefacción mía. Jamás pensé que unos dibujos y unas etiquetas conseguirían que la gente disfrutara tanto de mi arte, pero así son las cosas. Una parte de mí se levanta y madruga cada día y la otra pinta a deshoras y cuelga su trabajo gratis en una red social con un seudónimo para no tener que enfrentarse abiertamente al mundo.

La noche cae, las estrellas no se ven con claridad porque el cielo está cubierto de nubes, pero no me importa. Me gustan las nubes, porque ocultan las cosas bonitas para la gente que sabe ver más allá. Miro a Gabriel en mi cuaderno y lo imagino rebatiendo mi teoría y diciendo que no, que lo mejor es mirar el cielo libre y limpio. Somos tan distintos que no me extrañaría.

Y entonces, como si lo hubiese atraído con el pensamiento, mi móvil vibra con un mensaje de WhatsApp suyo. Leo en la previsualización y sonrío.

Gabriel: ¿Trabajas el sábado? Porque tengo planes para mañana por la noche, pero me iría bien que no tuvieras que madrugar al día siguiente.

Me quito los auriculares porque tengo la sensación de que nublan mi capacidad de razonar. La música me vuelve intensa y más sincera de la cuenta. Abre mis candados, se cuele y empapa mis sentidos con todo lo que no permito que entre a diario. Es una sensación indescriptible para vivir en soledad, pero no para compartirla con Gabriel, ni con nadie.

Yo: Sí que trabajo el sábado y, de todas formas, ¿qué te hace pensar que mañana no tengo otros planes?

Gabriel: ¿Los tienes?

Me muerdo el labio y me debato durante una milésima de segundo entre ser sincera o hacerme la interesante. Al final, como no sirvo para interpretar un papel, ni siquiera a través de WhatsApp, digo la verdad.

Yo: No, pero podría haberlos tenido.

Gabriel: Soy un chico con suerte por haber llegado el primero a ofrecerte uno. Créeme, soy consciente. Eso sí, tendré que cambiar lo que tenía pensado, pero de todas formas puedo recogerte en la tienda cuando salgas.

Debería decirle que está muy feo que dé por hecho que voy a salir con él, pero Gabriel es así de natural. Estoy convencida de que no piensa que voy a

decir que sí por vanidad, sino porque, para él, quedar para socializar es tan natural como beber agua a diario.

Yo: ¿Mejor sobre las diez en mi piso? Así me puedo cambiar y arreglar un poco.

Gabriel: Como quieras. Iré en vaqueros y jersey. Nada demasiado formal. Nos vemos a las diez. Ahora deberías irte a dormir, es tarde, hace frío y va a empezar a llover en cualquier momento.

Me río y tecleo antes de pararme a pensar en lo que realmente quiero decir.

Yo: ¿En qué me puede afectar la lluvia si estoy dentro de casa?

Gabriel: Es deprimente. Cada vez que llueve y miro por la ventana me quedo enganchado pensando en mis mierdas y apenas duermo. ¿No te pasa?

Miro mi dibujo y elevo las cejas. He acertado tan de lleno con mis pensamientos de hace solo unos minutos que sonrío pensando que, a veces, es como si conociera a Gabriel desde hace mil años.

Yo: A mí me relaja. Y me inspira.

Gabriel: Chica con suerte. Yo voy a meterme en la cama y soñar con una playa paradisiaca, un calor apabullante y una preciosa chica en bikini.

S sonrío y, antes de poder contestarle, me entra otro mensaje.

Gabriel: La chica eres tú, por si no lo has pillado a la primera.

Suelto una pequeña carcajada y me detengo un momento a mirar su foto de perfil solo para poder calmarme antes de responderle. No es el piropro más original del mundo, vale, pero ha conseguido ponerme nerviosa de todas formas. Es que es... él. Lo consigue porque es él.

Yo: Me gustan los bikinis blancos. Soy tan morena que contrastan mucho con mi piel.

Gabriel: ¿Quieres dar más detalles? No te cortes, adorna mi sueño tanto como quieras.

Me río, le pongo el monito con la boca tapada y me despido dándole las buenas noches y mordiéndome el labio, porque no quiero cortar la comunicación, pero estoy muy sensible en estos momentos. La música y dibujar me dejan con las emociones a flor de piel y no me fio de mí misma.

Gabriel me manda un gif de un beso que me hace reír un buen rato y así, de este humor tan sereno y positivo, me meto en la cama. No es de extrañar, pues, que el viernes amanezca ya con ganas de sonreír.

El trabajo en la tienda se hace liviano. Juani no deja de preguntarme cosas

de la noche de Halloween, ya intentó sonsacarme ayer por mensajes, pero me limito a contarle la verdad objetiva: cenamos, bebimos, jugamos al Monopoly y Gabriel durmió en mi sofá, pero nada más. Él insiste en que algo más debió haber, pero lo niego. No siento que esté mintiendo porque objetivamente es así, pero sé que, interiormente, ha pasado mucho más. Mis emociones están revueltas y cada vez tengo más claro que Gabriel me atrae tanto que no podrá ser un amigo como otro cualquiera, pero intento no recrearme mucho para no atosigarme con pensamientos que no van a llevarme a ninguna parte.

Cuando cerramos estoy deseosa de verlo así que vuelo a casa, elijo unos vaqueros ceñidos, unos botines con un poco de tacón, una blusa burdeos con transparencias en los hombros y una chaqueta marinera. No es la ropa más abrigada del mundo, así que espero que el plan sea a cubierto.

Gabriel llega puntual y me pide subir para entrar al baño, así que abro el portal. Le espero en la puerta y, cuando llega, no puedo evitar sonreír, porque trae unos vaqueros con las rodillas gastadas y un jersey de cuello vuelto y rayas marineras que hace juego con mi chaqueta.

—Guapa no empieza ni a definirlo. —Sus labios rozan mi mejilla y su nariz acaricia levemente mi mandíbula antes de retirarse. Estoy tan tentada de abrazarlo que cierro mis manos en puños—. ¿Puedo entrar?

—Siéntete en casa.

Él sonríe, va al baño y un par de minutos después los dos salimos del piso. Mala suerte es que mi vecina, Gracia, elija ese momento para salir a bajar la basura.

—Buenas noches —dice con cara de mustia—. ¿Has echado las llaves, niña? Que luego, de madrugada, yo no te abro, ¿eh?

Me habla a mí, pero a quien mira es a Gabriel. Este le sonríe y no da muestras de estar extrañado, pese a que la estampa es, cuanto menos, singular, porque mi vecina es el reflejo perfecto de las marujas de toda la vida. Bata, zapatillas y el flequillo recogido en dos rulos porque así por las mañanas solo tiene que pasarse un poquito el cepillo y se queda perfecta, dicho por ella. Yo le diría que el flequillo le queda perfecto pero la nuca la lleva aplastada siempre, pero no soy tan valiente.

—Llevo llaves, Gracia, no te preocupes. —Rezo para llevarlas de verdad, porque lo cierto es que no he comprobado el bolso antes de salir.

Gabriel y yo empezamos a bajar con rapidez, pero ella no va a soltarnos con tanta facilidad y, cuando habla de nuevo, me muerdo la lengua para no

ponerme borde.

—Dile a tu amigo que otro día que duerma aquí no haga tanto ruido al irse, que ayer se enteró todo el portal de que salía del portazo que dio.

—¿Ese soy yo? —me pregunta Gabriel con una sonrisita.

Yo cierro los ojos porque estoy segura de que no dio ningún portazo, pero es la forma que tiene Gracia de malmeter y dejarme ver que está al loro de todo lo que pasa en mi vida.

—Perdone, señora, intentaré no hacer ruido la próxima vez que duerma con Carmen.

Agradezco mucho su educación, pero no sé si agradezco que no aclare que durmió en el sofá. No debo ninguna explicación a Gracia, de sobras lo sé, pero no quiero que se dedique a contar por ahí mentiras. Aunque no debería importarme, así que me callo y lo dejo estar. Otra vez.

—Bueno, pasadlo bien y tened cuidadito, que los jóvenes hoy día no sabéis ni divertirlos sin hacer el gamberro.

—Vamos a ver, Gracia, que voy para treinta años. No soy una niña.

—Algunas veces eres peor que una niña —dice ella con una risita.

No es una risa maligna, ella no es mala, solo es cotilla y metiche. Intento recordar eso y que conoce a mi familia desde hace mucho, así que no se lo tengo en cuenta, me lo tomo como si fuese una broma y tiro de la mano de Gabriel para que se dé prisa en salir.

—Madre mía qué carácter tiene la buena señora, ¿no?

—No lo sabes tú bien... Perdona, es una cotilla, pero no tiene maldad.

—Tranquila, conozco a muchas así.

Entramos en su coche y, cuando me sonrío, elevo las cejas.

—¿Y bien? ¿Adónde vamos?

—Primero a cenar y la segunda parte es sorpresa.

Frunzo el ceño y no contesto, pero la intriga me tiene en vilo hasta que, dos horas después, me veo dentro de un local pequeño con una barra abarrotada, mesas pequeñas atestadas y paredes adornadas con preciosas frases de músicos o poetas. Lo sé porque reconozco dos.

—La decoración es increíble —confieso.

—Y no es lo mejor. Ven.

Tira de mi mano hacia un rincón del local, me cede una silla y se sienta junto a mí. Señala el pequeño hueco que hay frente a nosotros.

—¿Y eso?

—No tienen escenario, pero ahí ponen un taburete y traen cantautores que intentan abrirse hueco en esto de la música. A veces vienen poetas, también. La primera vez pensé que pasaría vergüenza ajena, pero te prometo que son bastante decentes. —Pide un par de cervezas a la chica cuando viene a cogernos nota y me sonrío—. ¿Sorprendida?

—Un poco —confieso—, pero para bien. De momento me encanta el plan y la cena estaba riquísima.

Él sonrío orgulloso y yo recuerdo como hemos intentado entrar en dos restaurantes de moda sin reserva antes de acabar en una pizzería. Gabriel ha intentado disculparse, pero no se lo he permitido. Ya intuía que no habría sitio y al final una pizza y un par de cervezas han sido los mejores aliados para que riamos y nos conociéramos un poco más. Me sigue sorprendiendo lo fácil que es hablar con él de cualquier cosa. Está muy lejos de ser solo una cara bonita. Sabe escuchar, hace preguntas coherentes e interesantes y saca un tema de conversación hasta de los detalles más simples. Literalmente. Hemos acabado hablando de nuestras especias favoritas y, desde fuera, podría haber parecido que hablábamos de filosofía de lo intensos y entretenidos que estábamos.

He descubierto que Gabriel adora comer cualquier cosa siempre que la compañía sea buena, que le encanta hacerme reír, que se muerde la mejilla por dentro cuando está pensativo y que sus ojos se achinan cuando se ríe. También que nos gusta el mismo tipo de música y comida, y que adora a su familia muy por encima de cualquier otra cosa. Las anécdotas de su madre, su abuela y su bisabuela me han hecho llorar de risa. Sabe bien cómo ganarse a la gente, pero hay algo más... Es algo profundo que no se ve al principio. Es ese carácter de payaso ocultando mucho más y dejando ver retazos pequeñitos. Conocerlo a fondo me intriga tanto como este local al principio.

—Mira —dice señalando a un chico con muy mala cara—. Lo he visto recitar otras veces y siempre se pone así antes de salir. A veces hasta tiembla.

—Dios, parece que vaya a desmayarse en cualquier momento —murmuro preocupada.

El chaval no tendrá más de dieciocho o veinte años, está muy delgado, tiene ojeras y la cara afeitada, haciéndolo parecer aún más joven. Se muerde la uña del dedo índice con fuerza y mira una libreta que tiene en la otra mano.

—No lo subestimes. Y no le tengas pena —me dice apretando mi rodilla por debajo de la mesa y sobresaltándome—. No te preocupes por él. Ese cabrón es un genio con las palabras. El día que se quite ese saco de

inseguridades de encima publicará lo que escribe y arrasará en las librerías del país.

—¿Lo conoces?

—No, a él no. Solo de verlo actuar aquí.

—¿Vienes mucho?

—Cuando necesito inspiración, o pensar, o tengo una compañía que me inspira y creo que puede valorar esto tanto como yo.

Sonríó y palmeo su brazo de broma, pero lo cierto es que me gustan sus palabras. Me gusta que vea en mí algo más que una chica con la que salir de fiesta. Está claro que este plan alternativo era arriesgado, porque él sabe que me gustan un par de cantautores, pero solo con esa información podría habérsela jugado y haberme matado de aburrimiento. Sin embargo, cuando el primer chico actúa y yo no puedo evitar aplaudir como una loca, Gabriel sonrío y confirma que no se ha equivocado. Por si acaso, se lo corroboro yo con palabras.

—Si todos son como él, creo que, desde hoy, voy a venir mucho a este sitio.

—Espera a ver a nuestro amigo. —Señala al chico de antes, que justo se adelanta para sentarse en el taburete, y me guiña un ojo—. Te lo advierto, si veo que te enamoras de sus palabras, te saco de aquí. No quiero competencia.

Mi sonrisa es un poco temblorosa, porque Gabriel lleva toda la noche dejándome muy claro que no está aquí solo para ser mi amigo. Ha llamado a esta salida «cita» en más de una ocasión y no ha perdido la oportunidad de decirme que está interesado en mí. Al principio pensé que lo hacía de broma, pero ya no puedo engañarme. No después de ver cómo me mira mientras el chico empieza a recitar.

Desvío mis ojos de los suyos. Quiero centrarme en el poema y, además, mirarlo me consterna demasiado.

Esperaba que el chico hablase de amor, como casi todos, pero no lo hace. La oscuridad se retuerce, gira y baila en cada palabra de su poema y noto cómo sus miedos se van agarrando a los míos. Duros, fríos y crudos. Para cuando acaba estoy muda de palabras y llena de sentimientos contradictorios. Ha sido precioso, rudo, desgarrador y, al final, de alguna retorcida manera, esperanzador. Noto el dorso de un dedo en mi mejilla y me giro hacia Gabriel, sobresaltada. Me doy cuenta en ese momento de que he dejado escapar un par de lágrimas que él limpia con mimo.

—Lo siento —murmuro con la voz rota.

Él niega con la cabeza, pasa una mano por mi cuello y acaricia mi mandíbula con su pulgar. Trago saliva y me doy cuenta de que no sonrío. Me gusta eso. No intenta restar importancia a mis sentimientos ni se ríe de que me emocione de esta forma con un poema en un local pequeño y desconocido para mucha gente.

—Ese tío tiene el don de taladrar cuando recita, pero no quería que te hiriera —susurra.

—No me ha herido. Ha sido precioso.

—¿Seguro? —Asiento—. ¿Quieres que salgamos? —Niego con la cabeza y, esta vez sí sonrío, pero es una sonrisa dulce, comprensiva—. ¿Necesitas algo?

—Estoy bien —aseguro—. Gracias por traerme aquí. No puedo creer que esté llorando con la segunda persona que sale al escenario. De aquí a que acabe la noche, si todos son así, igual me deshidrato.

Gabriel se ríe, se acerca y besa mi mejilla con cariño sin dejar de acariciar mi nuca y mi cuello con sus dedos.

—Me gusta que sientas con tanta intensidad las palabras.

—Me gustan las palabras —susurro sobre su barba—. ¿A ti no?

—Me encantan. Son las que me permiten decirte que lo que más me gusta de esta noche eres tú.

Cierro los ojos, contengo un suspiro y me pregunto cuánto tiempo podré contenerme antes de caer en picado.

Ay, Gabriel, qué hondo vas a calar...

Gabriel

Aspiro su perfume y me muerdo el labio con fuerza. Podría besarla ahora y me aceptaría. Está sensible y receptiva por las emociones que el poema ha despertado en ella. Y por eso no puedo hacerlo. Me encantaría, pero no quiero que luego pueda arrepentirse o culpar a toda esta situación de haber dado el paso. Quiero besar a Carmen, voy a besarla porque me gusta y estoy casi seguro de que le gusto, pero lo haré cuando todos sus sentidos estén puestos en mí, y no distorsionados por palabras externas. Que yo no soy un poeta, pero tengo mis virtudes, oye, y es bueno que las vea como yo estoy aprendiendo a ver las suyas.

Me separo de ella, doy un sorbo a mi botellín y le sonrío con simpatía, como si su olor no me estuviera martilleando todavía.

—Ahora viene un chico que me hace reír siempre.

—¿Tan malo es?

—No, nada de eso. Es cantante y sus letras no son malas, pero sí destilan veneno. Tanto tanto, que siempre acabo preguntándome quién habrá sido la chica o el chico que pasa de él con tantas ganas como para inspirar letras de rencor concentrado.

Carmen se ríe y me señala con su botellín.

—Me gusta eso de ti.

—¿El qué?

—Que no des por hecho que está enamorado de una chica. Que pienses que puede ser de un chico.

—He aprendido que las personas no son lo que parecen. Tengo un amigo que es un armario empotrado, en serio. Grande como una montaña y con un aspecto de tío malo que flipas. Es amigo desde el instituto, ¿eh? Y no supe que era gay hasta que me lo dijo ya de adultos, cuando quiso presentarme a su novio. —Carmen se ríe y yo, al recordarlo, también—. En el momento pensé que no era posible, porque a él no le pegaba ser gay, y luego me dio vergüenza pensar así. Desde entonces, para mí, todas las personas son indefinidas sexualmente hasta que me digan ellos mismos lo que prefieren.

—¿También lo aplicas a las mujeres? —pregunta.

—Sí.

—Entonces, ¿cómo ligas con una mujer? Si no sabes si es heterosexual o no...

—Lo intento y si me rechaza pienso que tengo las mismas posibilidades de que sea porque no le he gustado que porque es homosexual.

Ella se ríe y me felicita por el pensamiento, porque dice que parece muy acertado. Yo también lo creo. Llegar aquí me ha supuesto muchos momentos de vergüenza, pero ahora estoy orgulloso de no prejuzgar la condición sexual de nadie.

—Eso no quiere decir que no vea a alguien y siga juzgándolo mal. Soy perfecto, pero no tanto. —Carmen se ríe, me llama egocéntrico y manotea mi hombro de forma juguetona.

El resto de la noche se nos pasa oyendo a la gente recitar o cantar, bebiendo cerveza y comiendo los frutos secos que nos ponen en la mesa, que llevan pique como para que nos arda el culo una semana, pero yo tengo la firme teoría de que lo hacen a conciencia, porque tienen algo que engancha, así que no dejas de comerlos, lo que hace que no dejes de tener sed, lo que hace que no dejes de consumir. Es un círculo vicioso que solo acaba cuando te levantas, pagas y te vas.

A las dos de la madrugada pasadas decidimos marcharnos. Carmen trabaja mañana y, aunque estoy pasándolo de maravilla, comprendo que quiera dormir algunas horas antes de entrar en la tienda. Pagamos a medias, la llevo a casa y, cuando aparco en doble fila, nos miramos fijamente. Por un momento pienso en todas esas pelis que se aprovechan de este momento para dar inicio al primer beso, pero tengo claro que eso no será lo que pase. No por falta de ganas, al menos por mi parte, sino porque, cuando la bese la primera vez, quiero que sea con tiempo de sobra por delante.

Quizá estoy pensándolo tanto que al final acabe cagándola, puede ser, pero de momento voy a seguir a mi instinto. Ella debe pensar parecido, porque tampoco da el paso. Solo sonrío, me dice que lo ha pasado bien y abre la puerta para salir.

—¿Te veré el finde? —pregunto cuando ya tiene un pie fuera.

—No lo sé. ¿Tienes algún plan bueno?

—Algo se me ocurrirá, seguro.

Se ríe, sonrío y sale del coche mientras yo suspiro un poco porque, joder, es preciosa. Y me encantaría besarla, y prometerle un montón de cosas que me

nacen justo ahora, pero sé que sería precipitado y la asustaría, porque Carmen no tiene mi carácter extrovertido y yo tengo que controlarme mucho en ese aspecto, así que solo le guiño un ojo cuando se gira para mirarme por última vez y, cuando entra en su portal, arranco y me voy a casa.

El sábado, al final, no la veo. Mi primo me engancha para ir con unos amigos a tomar algo y la aviso para que se venga, pero me dice que está muy cansada y prefiere quedarse en el apartamento. Entiendo que quizá es pronto para mezclarla con mis amigos, pero no pretendía hacerlo en plan novio ni nada. Solo... no sé, si yo salgo con ellos y ella sale conmigo, no me parecía mala idea juntarlo todo. Sea como sea, no nos vemos, y el domingo tampoco porque ella lo pasa con su familia y yo con la mía. Por la noche estoy a punto de hacerle una visita en su apartamento, pero se lo digo a mi primo y me frena, porque no es lo mismo presentarme en la tienda para darle una sorpresa que hacerlo en su casa. Según mi primo, podría pensar hasta que la acoso. Yo creo que no llegaría a tanto, pero ante la duda, prefiero quedarme quietecito. Eso sí, le mando un mensaje de buenas noches que responde con esas dos mismas palabras y un besito con guiño incluido. El besito con guiño incluido es mucho más importante que el besito a secas. Y muchísimo más que el guiño sin beso siquiera, así que me acuesto contento, porque soy un hombre de esos que se contentan con poca cosa.

Si los pequeños detalles te hacen sonreír y te alegran el día, las grandes noticias te llevarán al paraíso de la felicidad. Esa es mi filosofía de vida y, oye, de momento no me ha ido mal, salvando esos puntazos gafes que me dan.

Y hablando de eso... El lunes no arranca de la mejor manera. Me quemó con la tostadora, luego con el café y más tarde, bajando las escaleras del piso, me tuerzo un tobillo, así que intuyo que será un día de esos que suelen acabar conmigo en urgencias o aporreado, pero en mi casa para no pasar la vergüenza de ir al hospital. Claro que después de la última visita... cualquier cosa que haga quedará por debajo de las cosas bochornosas que me han pasado.

De camino al trabajo piso una mierda y un gracioso me dice que compre un décimo de lotería, porque eso da suerte. Me imagino restregándole la mierda por las narices y sonriéndole en plan: «Soy tan buena persona que te doy toda la suerte para ti», pero no lo hago, claro, porque no me gustaría acabar el día denunciado.

En el trabajo tengo un paciente que me insulta cada vez que obligo a su pierna a trabajar un poco más de la cuenta. Luego está Vito, que es una paciente habitual que siempre me trata con cariño pese a que sus problemas de espalda hacen que los masajes no sean precisamente agradables, pero es tan apañada que, cuando se va, me besa las mejillas.

Cuando el día avanza y casi es la hora de cerrar, me doy cuenta de que lo mejor ha sido el masaje con Vito, lo que ya es triste, porque prácticamente no hablamos y la pobre no lo pasa del todo bien, pero da una idea aproximada de la mierda de lunes que he tenido.

Al salir pienso durante un par de segundos si ir a la tienda de Carmen a verla, pero con el día que llevo igual se me cae una caja de fruta en el pie, o me caigo de boca contra los tomates, o hago el ridículo de alguna otra manera, así que me voy a casa, me ducho y me tiro en el sofá para ver Netflix. Cojo mi móvil, hago una foto a la pantalla y se la mando a Carmen.

Yo: He tenido un día tan asqueroso que lo único que me apetecía al salir del curro era tumbarme y no hacer nada. Espero que el tuyo haya ido mucho mejor. A ver si esta semana nos vemos.

Le pongo un beso con guiño y una flamenca, porque las flamencas del WhatsApp siempre quedan bien, y ella no me contesta hasta pasadas un par de horas, cuando ya ha salido de la tienda.

Carmen: ¡Qué envidia! Ojalá a esa hora hubiese podido estar yo en el sofá. Ya sabes que trabajo todo el día, pero podemos cenar algo ligero una noche de estas (:

La sonrisa me hace dudar. Prefiero el guiño con beso a la sonrisa a secas, que es como muy educada y comedida, ¿no? Sea como sea, estoy tan cansado que decido no darle vueltas.

El martes y miércoles estoy tan liado entre el trabajo, mi familia y mi amigo Óscar, que discute con la novia y se planta el miércoles tarde en mi casa para desahogarse, que no tengo tiempo de hablar con Carmen. No le escribo, cierto, pero ella tampoco a mí, y eso no me gusta.

¿Tengo que ser yo siempre el que dé el paso? Vale que ella lo dio en su día al mandarme la foto con el parche y todo eso, pero creo que ya estamos empatados, así que, cuando Óscar por fin se va a pedirle perdón a su novia, porque es un capullo que no tiene razón y por fin se ha dado cuenta, me lleno de dignidad y decido que no voy a darle ni las buenas noches. El teléfono funciona en las dos direcciones y yo también sé sacar orgullo de vez en

cuando.

El jueves por la mañana me levanto con el ataque de dignidad por los suelos y pensando que hoy no le escribo, para no desdecirme del todo, pero lo mismo me paso por la tienda. Contradictorio, si yo lo sé, pero es que soy así, qué le vamos a hacer.

Por suerte, cuando estoy tomándome el café, me llega un mensaje suyo que me ahorra tener que pensar en una excusa para ir a verla.

Carmen: Buenos días, ayer no supe nada de ti y estaba tan cansada al salir de trabajar que se me pasó escribirte. ¿Quieres cenar algo ligero hoy? Hace un día de perros, pero podríamos quedar en tu casa o en la mía.

—¿Qué pasa? Tienes cara de tonto. Más de lo normal, quiero decir.

Miro a mi primo y le hago un corte de mangas. No le contesto porque no quiero que se ría más de mí, pero le escribo a Carmen y le digo que nos vemos en la tienda cuando salga de trabajar.

El día pasa lento, lentísimo, pero cuando por fin salgo estoy tan contento que ni siquiera me importa que mi jefa me haya echado una pequeña bronca por haber tardado más de lo estipulado con un paciente. Lo necesitaba y punto. Se lo hago saber y ella me dice que, la próxima vez, me descuenta el tiempo de más de mi sueldo. Sé que la amenaza es falsa y solo pretende que no lo haga más, así que sonrío y digo que sí, que vale, y que no se preocupe que he aprendido la lección.

Mentira todo. Hay que ver la de mentiras que soltamos a lo largo de nuestra vida sin dar una mínima importancia. Yo odio a la gente que se pone digna y dice que nunca miente. Eso, en esta vida, es imposible. Yo no digo que mentir esté bien, porque no lo está, pero hay mentiras que no hacen daño. Como cuando ves a un amigo o amiga en medio de un bar y te pregunta si la ropa que lleva le queda mal. Vamos a ver, si ya ha salido de su casa y se ha plantado en el bar, no vas a decirle que el pantalón le sienta como el puto culo, ¿no? Le dices que está bien, que no haga caso, y no le amargas la noche. Siempre y cuando no esté haciendo el ridículo, claro, en ese caso no queda más remedio que decir la verdad. Pero lo importante aquí es que todos mentimos en algún momento de nuestras vidas, ya sea para no hacer daño a la persona que queremos, por vergüenza o simplemente omitiendo cosas que sabemos que no están bien. Porque sí, omitir según qué cosas, también es mentir, aunque muchos piensen que no.

El caso es que voy a casa, me ducho, me pongo rompa limpia y paso por

uno de mis restaurantes favoritos, un italiano familiar que siempre está hasta los topes. De hecho, ya empieza a llenarse y eso que aún es bastante pronto para cenar. Por suerte conozco al dueño lo suficiente como para que me atienda con rapidez y, de paso, reírme de él cuando me dice que lo mejor que puedo hacer es comprar el postre en la pastelería de enfrente.

—Te das cuenta de que eso colaba cuando no te conocía y no sabía que el negocio es de tu mujer, ¿verdad? —Él se encoge de hombros y me guiña un ojo riéndose.

—Sigue siendo cierto que son los mejores pasteles de la ciudad, ¿o no?

Le digo que sí, claro. ¡Cualquiera se atreve a negarlo! Aun así, le hago caso porque es cierto que he cogido los pasteles allí otras veces y son oro puro, así que, después de recoger el *risotto*, la *focaccia* y un vino que siempre compro aquí porque no lo he encontrado en supermercados nunca, me dirijo al negocio de enfrente y compro cuatro porciones de tarta distintas. Una de queso, otra de chocolate, otra de zanahoria y la última de merengue y limón. No sé qué prefiere Carmen, pero creo que con alguno de estos habré acertado. La dueña sonrío y me pregunta cómo estoy, como siempre, y yo me quedo admirando su larga melena rizada y pelirroja natural, como siempre. También sonrío y le digo que su marido no sabe la suerte que tiene de estar casado con ella, como siempre. Se carcajea, nos despedimos y voy corriendo hacia el coche, porque ha empezado a llover y no quiero que se me moje nada.

Para cuando llego a la tienda de Carmen apenas faltan unos minutos para cerrar. Me quedo frente al local aparcado en doble fila y le mando un mensaje avisándola que estoy aquí. Ella no lo ve hasta que ya van a salir, porque veo a través de las cristalerías cómo coge el móvil, lee y sonrío. Me gusta ser testigo de eso. Su sonrisa es aún más preciosa cuando no es consciente de que la miran. Sale de la tienda con los ojos fijos en mi coche y cruza corriendo mientras Juani se encarga de cerrar la verja. Lo rodea, abre la puerta y se mete en el asiento del copiloto a toda prisa.

—¡Cómo llueve! Dios, ¡qué bien huele aquí! —Me río y me acerco para besar sus mejillas.

—Comida italiana. Pensé en comprar ingredientes y cocinarte, pero voy a reconocer que la última vez no salió muy bien y, además, no quiero ensuciar la cocina.

—O quemármela. Con tus dotes culinarias... todo puede ser.

—Ja, ja, qué graciosa. Para que lo sepas, puede que no cocine muy bien,

pero soy una auténtica hacha con el microondas. —Ella se ríe y yo me hago el ofendido—. No todo el mundo puede dar el punto de calor exacto a las comidas.

—No, desde luego. No todo el mundo controla bien el calor. —Me río por el doble sentido de la frase y ella se ríe conmigo, aunque carraspea y manotea mi brazo mientras arranco—. Me has entendido perfectamente.

—Desde luego. Y, por si tienes dudas, creo que también controlo bastante bien ese tipo de calor.

—¿Dónde te han dado hoy la ración extra de ego? Vienes con un montón de sobra.

—La repartían en el restaurante. Si quieres un poco tienes que besarme, es así como se traspasa.

Nada más decirlo sé que ella no entrará en el juego, porque he podido comprobar que es más bien introvertida. Quizá por eso me quedo a cuadros cuando oigo su voz.

—Si eres buen chico, quizá quiera quitarte un poco de esa pesada carga y compartirla...

Juro que tengo que controlarme mucho para no parar el coche en medio de la calle y decirle que dejarlo para más tarde es una tontería, pero estoy a unos metros de su casa, porque vive a tres calles de la tienda, y seguramente se echaría atrás a la hora de la verdad.

¿O no?

Reconozco que esto me ha dejado un poco fuera de juego. Llevo muchos días pensando en esta chica, formándome una imagen de ella que, cada vez que empieza a encajar, cambia. A mejor, siempre a mejor, pero no puedo dejar de pensar que voy a necesitar toda una vida para conocer los matices que esconde Carmen.

Y esa idea, lejos de acojonarme, empieza a parecerme de lo más apetecible. Y que me parezca apetecible sí que me acojona, pero me quito el pensamiento de la cabeza y decido que no voy a anticipar hechos. De momento, vamos a disfrutar de esta cena. Si como postre, en vez de tarta, nos comemos a besos uno al otro, no voy a quejarme. O podemos comernos a besos y después comernos la tarta. O al revés. O podemos pasar de la cena y comernos a besos directamente.

—Gabriel, te has saltado mi calle —dice ella mirando por la ventanilla—. ¿Qué te pasa? Te noto distraído.

—Estaba pensando en el traspaso de egos y en la forma de convencerte de que, la mejor manera de hacerlo, es dejando que la lengua entre en acción.

Carmen suelta una carcajada, se frota los labios y carraspea antes de hablar.

—¿Ni siquiera he decidido si voy a besarte y ya estás pensando en meterme la lengua? Vas un poco deprisa.

—Cariño, llevo pensando en meterte la lengua desde la segunda vez que hablamos. Y diría la primera, pero tenía el culo tan destrozado que solo podía pensar en irme a casa.

Su risa retumba dentro del coche y, por un momento, siento el bochorno recorrerme el cuerpo al recordar aquel día, pero luego la miro, pienso que gracias a lo que pasó ella está en mi vida, y todo vuelve a estar en su sitio. Como si todo lo que pasa en esta vida, hasta lo más vergonzoso, doloroso o desafortunado, tuviera una razón de ser.

Quizá, después de todo, su ojo lleno de colonia y mi culo desgarrado sean consecuencias de un destino que no ha sido muy dulce uniéndonos, pero intenta recompensarnos ahora, así que no voy a ser yo quien se queje.

No mientras Carmen siga a mi lado riendo y haciendo que me enganche a ella un poquito más con cada minuto que pasa.

Entramos en mi apartamento mientras rezo para que la banda de música que se ha armado en mi estómago se calme un poco, o tendré que pasar la vergüenza de que Gabriel oiga a los componentes redoblar tambores.

Él saca la cena y la coloca sobre la mesa mientras yo saco un par de copas para el vino. Lo preparamos todo hablando de nimiedades, anécdotas del día a día que nos ayudan a rellenar posibles silencios incómodos. Cuando nos sentamos a comer pienso que la cena se tornará embarazosa, porque yo estoy de los nervios, pero él me demuestra, una vez más, que está capacitado para soportar todo tipo de situaciones. Se encarga de que no falte un tema de conversación, tontea conmigo y hace que mi sonrisa no decaiga en ningún momento. Para cuando llegamos a los trozos de tarta estoy deseando pasar de ellos y que me bese, o besarlo, pero sé que esto último es un imposible. No es por vergüenza, conste, podría hacerlo, pero... no creo que pudiera soportar el rechazo. Sé que no lo haría, estoy casi segura. Diría que solo hay un uno por ciento de posibilidades de que me haga la cobra, pero es un porcentaje suficiente para controlarme y no dar un paso en su dirección.

—¿Con cuál prefieres empezar? —me dice señalando los trozos de tarta.

—Limón y merengue —contesto sin titubear.

—Te cedo el honor de ser la primera. —Me pasa una cucharilla y acerca el recipiente hacia mí.

No hemos sacado platos individuales para partir las raciones, así que supongo que vamos a probarlas los dos del recipiente y eso, que puede parecer una tontería, me parece un acto tan íntimo que me hace sonreír. Pruebo el pastel y me relamo, de forma literal, porque está increíblemente bueno.

—¿De dónde dices que son?

—Los hace una chica en una pastelería del centro. Algún día te llevaré, si quieres.

—Me encantaría. Te toca, prueba.

—¿Me la das? —Entreabro los labios y él sonríe—. Me siento vago.

Cuando se levanta de la silla y se sienta en la que queda justo a mi lado sé que la excusa es la más pobre del planeta, pero estoy tan emocionada que no me sale tomarle el pelo. Pienso durante unos instantes si coger mi cucharilla

de nuevo o utilizar la suya, pero Gabriel me lo pone fácil señalando la mía con los ojos.

Sonrío, cojo un poco de pastel y se lo doy sin decir ni una palabra, porque intuyo que todo lo que diga empañará este momento. Desde fuera quizá se vea ridículo, o bochornoso, o cargado de intenciones, pero juro que desde dentro solo soy capaz de ver sus labios cerniéndose sobre la cuchara y pensar que hace apenas unos segundos mis labios estaban en el mismo sitio.

¿Esto cuenta como beso?

Lo miro a los ojos y creo intuir pensamientos parecidos en él. O eso, o me estoy volviendo loca. Gabriel se relame y yo lo hago con él, por inercia, como si pudiera saborear el pastel aun teniendo la boca vacía. Mastica y lo miro embobada, sin despegar los ojos de sus labios y sin pensar que esto está siendo muy descarado. Cuando traga y se pinza el labio oigo un gemido, pero no es suyo, porque era muy femenino. Trago saliva y me percató de que era mío. Él se muerde el labio inferior y sonrío de una forma que... Dios. Lo miro a los ojos y lo veo: sus ganas de dar un paso más. O quizá son las mías reflejadas en sus ojos. No lo sé, pero le devuelvo una mirada tan necesitada y suplicante que, de no estar en un estado de tensión tan grande, me haría avergonzarme.

Noto su mano en mi rodilla y me sobresalto, porque no la esperaba así, por debajo de la mesa. Me acaricia la pierna y juraría que siento como la tela de mis pantalones se desintegra para notar sus dedos directamente en la piel.

—Carmen... —susurra con voz ronca. Una voz mucho más ronca de lo que es habitual en él.

Pienso en este instante en todos los libros de literatura romántica que he leído, sobre todo en mis favoritos. Nunca me ha pasado algo así, pero es inevitable pensar que, por primera vez, veo síntomas iguales a los que suelo leer. Mirada penetrante y seria, voz ronca, caricias que queman... Como besando sea igual de bueno, voy a ver fuegos artificiales.

—Gabi... —susurro de vuelta.

Mi voz también suena distinta. Temblorosa. Lo sé porque él acorta la distancia entre los dos y oigo un suspiro, o puede que sea un gemido, y esta vez no es mío. Noto su respiración y sus labios rozan los míos de modo tentativo. Pensé que iría más directo, que estamparía su boca en la mía, pero hasta en eso me sorprende, porque me roza con levedad, esperando que yo dé algo de mí misma y me entregue con las mismas ganas. Y lo hago, porque una

cosa es que no me guste dar el primer paso y otra que no esté deseando participar en esto. Muevo mis labios y busco hacer más presión contra su boca. Gabriel aprieta mi muslo y yo subo una mano a su cuello por inercia, porque empiezo a necesitar besar más, tocar más, sentir más.

El beso se profundiza en el mismo instante en que él pasa las dos manos por mis caderas, me levanta y me mueve hacia su silla. En otro momento me pensaría un poco eso de sentarme sobre sus piernas, pero tengo la mente en *off* y todo lo que puedo pensar es lo bien que saben sus labios y lo firmes y suaves que son sus manos al mismo tiempo.

—Siéntate a horcajadas —susurra con la respiración agitada—. Abre las piernas, nena.

Gimo al oír sus palabras, porque suena tan necesitado y caliente que no puedo negarme. Por eso y porque estoy deseando sentirlo más. Y lo hago, en cuanto me siento de nuevo con las piernas abiertas sobre su regazo noto su excitación y cierro los ojos mordiendo su labio inferior. Él aprieta mi trasero y gime en respuesta. Dios, esto va rápido. O no. Debería pararlo. Pero mejor no. Quiero más. Sí, quiero más, eso es lo único que tengo claro, así que acaricio su nuca con una mano y su torso con la otra, intentando que su excitación vaya a más y arrastre de la mía, o al revés. Gabriel mete una mano bajo mi jersey y sube por mi espalda desnuda, lo que hace que mi piel se erice y un escalofrío me recorra la columna.

—¿Tienes frío? —pregunta entre beso y beso.

—No —contesto con sonrisa entrecortada—. Todo lo contrario.

Él sonrío lo justo antes de levantarse y hacerme dar un grito de sorpresa, porque lejos de dejarme en el suelo, me ha cogido en brazos y me ha enroscado en su cuerpo sin ningún tipo de esfuerzo.

Vaya, alguien está mucho más fuerte de lo que aparenta...

—¿Sofá o cama? —pregunta junto a mi oreja antes de morderla y pasar a mi mandíbula para besarla mientras espera una respuesta.

Sé bien que la respuesta es mucho más complicada de lo que pueda parecer. Si elijo sofá será más fácil parar, significará que no estoy segura de ir hasta el final. La cama... la cama tiene un fin muy claro y, aunque podré parar cuando quiera, de eso no hay duda, sí que es un escenario cargado con más expectativas.

Con mi personalidad podría ser un dilema y, sin embargo, responder me lleva unos segundos.

—Cama.

Él gime, muerde mi barbilla y me lleva hacia el dormitorio. Me tumba en la cama y se cuela entre mis piernas, tumbándose encima y cubriendo mi cuerpo con el suyo. Su mano se cuela bajo mi jersey de nuevo, esta vez acaricia mi estómago y sube buscando mis pechos. Me arqueo, busco su contacto con desesperación mientras su lengua juega con la mía y me hace cerrar los ojos de puro placer y deseo.

Gabriel desabrocha mis pantalones con una sola mano, lo que me da una idea de lo suelto que es en estas cuestiones. No voy a pensar ahora mismo en todas las relaciones que habrá mantenido hasta la fecha, porque no quiero agobiarme, pero estoy segura de que es un tema que rondará por mi cabeza en el futuro. Saca la mano que tiene bajo mi jersey y se arrodilla en el colchón para tirar de mis vaqueros y quitármelos. Podría dejar que me desnudara del todo, pero antes que mirar cómo me quita también las braguitas prefiero entretenerme en quitarme yo misma el jersey y el sujetador. Es más fácil eso que mantener el contacto visual mientras me quedo completamente expuesta.

—Joder, sin ropa eres todavía más perfecta.

Gimo, porque ha sonado tan sincero y necesitado que siento como su excitación reverbera en la mía. Él se tumba de nuevo sobre mí y tironeo de su jersey para sacárselo. Lo logro y acaricio su piel desnuda mientras nos besamos y su lengua hace maravillas en mi boca. Gabriel toca mis costados, acaricia mis pezones y aprieta su bragueta contra mi entrepierna de tal forma que cada vez gimo más alto. Bajo una mano, la cuelo entre nuestros cuerpos y lo acaricio sobre la tela. Está tan duro que me muerdo el labio y me pregunto cómo será tenerlo dentro y sentir su movimiento hasta que la tensión abandone su cuerpo. Gabi gime y se aprieta contra mi mano, esta vez, buscando más contacto al mismo tiempo que baja la cabeza y lame mi pezón derecho. Gimo, suelto el botón de su pantalón y meto la mano dentro. Aprieto su erección sobre el bóxer y noto como la humedad llega hasta mi mano. Me encanta saber que está tan excitado, pero quiero más, así que busco la cinturilla y dejo que mis dedos busquen su piel directamente. Gabi se mueve sin disimulo contra ellos y, en cuanto lo rodeo con una mano, muerde mi pezón y gira sus caderas para que el movimiento simule una penetración.

—Joder, qué bueno —gime besando el centro de mis pechos antes de pasarse al siguiente pezón y darle el mismo trato que al primero.

Lame, pellizca con los dientes, besa, sopla y juega con él tanto que me

duele debido a lo erguido y tenso que se pone. Mientras tanto muevo mi mano y lo masturbo lentamente. Él no deja de moverse contra mí y su vaquero no deja de rozarse contra mi clítoris provocando que cada vez mi excitación sea mayor. Cuando una de sus manos, además, baja hasta mi entrepierna y me acaricia buscando mi entrada, sé que el orgasmo llegará antes de que pueda penetrarme por primera vez.

—Dios... —gimo cuando cuele un dedo en mi interior.

—Te juro que podría correrme solo con tu mano tocándome así —susurra él—, pero antes quiero que seas tú quien explote. —Gimo y él muerde mi barbilla—. Vamos, bombón, dime qué necesitas para correrte en mis manos.

—Sigue así —gimo—. Dame más fuerte —suplico.

—¿Así? —pregunta metiendo un segundo dedo en mi interior.

—Más —suspiro arqueando la espalda y agarrándome a él con fuerza—. Más, Gabi.

Él para un momento, saca mi mano de su bóxer, sorprendiéndome, y se baja el pantalón lo justo para dejar salir su erección. Me relamo, porque en este momento me parece la mejor visión del mundo. Dios, hasta en eso me parece perfecto. Gabi coge mi mano y la alza sobre mi cabeza, entrelaza nuestros dedos y, mientras su otra mano sigue masturbándome, su glande empieza a martillar mi clítoris sin cansancio, lo que me hace gemir y contorsionarme.

Le pido más sin cansancio y él saca los dedos de mi interior para unirlos a mi otra mano. Los sube a la misma posición, por encima de mi cabeza, y me mira a los ojos mientras acopla el largo de su erección entre mis labios vaginales. Se restriega y me roza de arriba abajo consiguiendo que cierre los ojos y tiemble. Su glande no deja de salivar y estoy tan cerca del climax que creo que podría suplicar y prometerle cualquier cosa que me pidiera en este instante. Nunca antes me habían masturbado así y la sensación es tan placentera que en menos de un minuto estoy moviendo las caderas y buscando mi propio placer.

—Mírame —susurra él con voz grave—. Quiero verte mientras te corres, Carmen.

Obedezco, porque no hacerlo es imposible. Abro los ojos y me encuentro con los suyos, destilando una energía que no había visto hasta ahora en ninguno de mis amantes. Quizá porque hasta el momento mis encuentros sexuales han sido menos intensos. Incluso con Nando el sexo era bueno,

tirando a normal y desde luego no tan... tan... penetrante en todos los aspectos.

Gabriel muerde mi labio inferior sin cerrar los ojos y creo que eso es lo que hace que me dispare. Eso, su roce continuo, nuestras manos unidas y oír cómo maldice mientras intenta mantener la compostura y no correrse conmigo. Tiemblo, aprieto sus dedos y me dejo ir hacia un orgasmo que me deja extasiada y temblorosa. Él pasa de morder mi boca con pasión a besar las comisuras de mis labios con tanta ternura que podría echarme a llorar. De verdad, seguramente hable así por lo emocional que he quedado después del éxtasis, pero es que creo que podría llorar y reírme al mismo tiempo ahora mismo.

—Carmen... —susurra él mientras su erección sigue meciéndose entre mis labios y mis temblores no cesan—. Necesito entrar en ti.

Gimo y suelto nuestras manos para acariciar su nuca, besarlo y pedirle que se ponga un preservativo.

Él echa mano a su bolsillo trasero, se arrodilla en la cama y en cuanto noto la falta de temperatura en mi entrepierna me siento tentada de protestar. Gabriel, por su lado, ni siquiera se quita los pantalones. Los baja hasta sus muslos, rasga el envoltorio, se lo coloca bajo mi atenta mirada y vuelve a tumbarse sobre mí en cuestión de segundos. Su glande acaricia de nuevo mi clítoris, pero esta vez, debido al látex, la sensación es distinta. Distinta, pero no menos placentera. Gimo y me pinzo el labio mientras bajo una mano y acaricio su largura, me hago cargo de su erección, la restriego contra mis labios una vez más y, cuando lo coloco en la entrada, él me besa y gime en mi boca. De anticipación, supongo. Casi puedo sentirlo dentro cuando un ruido ensordecedor nos sobresalta y hace que nos separemos al instante.

—¿Qué coño pasa? —pregunta él mirando hacia el salón, donde alguien aporrea mi puerta.

—No... no lo sé —respondo aturdida.

—¡Niña, abre la puerta!

La voz de Gracia suena con tanta urgencia que me asusto. Salgo de la cama ignorando a Gabriel, me meto el albornoz, que está detrás de la puerta, y salgo del dormitorio para que él pueda adecentarse un poco.

Abro la puerta de entrada sin reparar en mi pelo despeinado o en que mis ojos probablemente aún brillen debido al orgasmo que acabo de tener. Ni siquiera pienso en que mis labios, mandíbula y mejillas estarán enrojecidos

por los besos y la barba de Gabriel.

Por suerte, Gracia está tan alarmada que tampoco repara en nada de eso.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—¡Que Manuela se está muriendo! He llamado a una ambulancia, pero está la pobre ahí tiradita en el suelo de su casa.

Manuela es una mujer mayor que vive en el piso de abajo, así que corro tras Gracia hacia su piso rezando para que no sea tan grave como esta última lo pinta.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Gabriel saliendo de casa a toda prisa y bajando las escaleras detrás de nosotras.

Lo miro por encima de mi hombro. Está vestido y ya no hay rastro de excitación en él.

—Una vecina está mal —contesto deprisa.

Entramos en el salón de Manuela y la encontramos tirada en el suelo del pasillo, quejándose y llorando, lo que es bueno. No quiero que se me malinterprete, pero esperaba encontrarla inconsciente o sin respiración, así que, si llora, es que la muerte todavía no la acecha, o eso espero.

—Ay, niña, que iba a por un vasito de agua y me he resbalado. ¡Ay, que me estoy muriendo del dolor!

La tranquilizo y le prometo que no se está muriendo porque, la verdad, no tiene cara de muerte. Que no sé yo qué cara se supone que tiene una persona que se muere, pero imagino que no da los gritos enérgicos que da Manuela.

—¿Dónde le duele, señora? —pregunta Gabriel.

Ella se señala la cadera y él se arrodilla para palparla un poco.

—Esto tiene pinta de rotura. No se preocupe, seguro que ahora le dan algo para el dolor. ¿Habéis llamado a una ambulancia?

Gracia dice que sí, pero que hagamos algo, que Manuela se muere. Manuela grita que sí, que se muere, y Gabriel jura y perjura que nadie se está muriendo, salvo él del susto. La situación es lo más semejante a un circo que he vivido en mucho tiempo y, para cuando llega la ambulancia, si algo tengo claro es que Manuela se ha roto algo, pero está muy lejos de morirse y las personas de este bloque tenemos demasiada tendencia al dramatismo. Lo digo por ellas, por mí misma y por todos los que se han reunido en el piso para asistir a la muerte de Manuela. La señora Adelaida hasta se ha traído el rosario y ha estado ahí dándole a las bolitas todo el tiempo que los sanitarios han tardado en atenderla y comentar, como ya había hecho Gabi, que es una

rotura de cadera. Se la llevan al hospital para hacerle las pruebas pertinentes y confirmarlo y Gracia se va a su piso para llamar a la hija de Manuela.

—Menos mal que tengo en una libretita los números de urgencia de todo el mundo, menos los tuyos —me dice muy seria—. Por suerte conozco a tu familia y tengo el teléfono de tus padres por si un día te duermes con el gas butano a tope y nos haces estallar a todos.

—Y si nos hago estallar a todos, y tú estás en tu piso, y por lo tanto estallas, ¿cómo piensas llamar a mis padres?

La pregunta no le sienta bien, su mirada de hielo me lo demuestra y, cuando llegamos a nuestro rellano, entra en su piso sin decirme ni buenas noches. Nosotros entramos en casa, nos sentamos en el sofá, nos miramos y, así, de la nada, nos da un ataque de risa.

—Dios, lo siento... —murmuro—. ¿Quieres que volvamos a la habitación...?

Gabriel se ríe, se retrepa en el sofá y tira de mi brazo para pegarme a su costado.

—Me encantaría, pero después del susto voy a necesitar otro rato de preliminares y mañana los dos madrugamos, así que será mejor que me vaya.

—¿Seguro? —pregunto con voz de buena chica.

—No, joder, me quedaría y te follaría hasta el amanecer, pero los dos vamos a estar descentrados después de la escenita vivida, así que...

Tiene razón, lo sé, pero me sabe muy mal que él no se haya desahogado. Se lo digo y solo sonrío y besa mis labios con delicadeza.

—Mañana es viernes. Con suerte, acabaremos lo que hemos empezado hoy.

—Lo acabarás tú. Yo he llegado al final y estoy más que satisfecha.

Él sonrío, entierra la boca en mi cuello y me da un par de lametazos que consiguen arrancarme un suspiro.

—Apuesto a que mañana podemos mejorarlo.

Acaricio su barba, sonrío y asiento mientras nos separamos un poco y nos miramos a los ojos.

—Mañana —susurro.

Él se pinza el labio, suspira y me da un piquito antes de ponerse de pie y buscar su abrigo.

—Me voy, porque si me quedo un minuto más, te arranco ese albornoz y termino de rematar la noche.

—No seré yo quien te lo impida.

Gabriel suelta un quejido lastimero que me hace reír, me dice que no sea mala y se va casi sin mirar atrás.

Cuando la puerta se cierra miro al techo, sonrío y pienso que debería dormirme, pero en vez de eso saco mi cuaderno y mis lápices e ilustro la escena que representamos hace un rato. Él semidesnudo entre mis piernas, yo sin nada más cubriéndome que su cuerpo y los dos con el deseo pintado en los ojos.

Al acabar es de madrugada, pero estoy tan orgullosa de mi obra que no me importa haber perdido horas esenciales de sueño. Y no es que me guste tanto porque sea una escena sexual. Me gusta porque somos nosotros. Porque es él. Su esencia, su mirada, su expresividad. Me gusta porque sé que, mientras Gabriel siga provocando terremotos en mi vida y nutriendo mis emociones, las musas no me abandonarán y mi cuaderno tendrá cada día menos hojas en blanco.

13

Gabriel

—¿Entonces esta noche quedáis de nuevo? —pregunta Raúl mientras me lavo los dientes frente al espejo.

—Ya te he dicho que sí.

—Pues una de dos: o no has conseguido tirártela todavía, o lo has conseguido y lo hace tan bien que quieres repetir.

Escupo la espuma de la pasta de dientes, me enjuago con rapidez y lo miro con mala hostia concentrada.

—¿Te crees que todos somos como tú?

—¿Qué quieres decir? —pregunta confundido.

Inhalo aire con fuerza, porque mi primo es un imbécil, pero no lo hace a conciencia, o eso quiero pensar. Es un mujeriego, uno de esos que solo ven interesante la conquista y, una vez que ha conseguido llegar a la cama de la chica en cuestión, empieza a perder interés. No me parece bien, en absoluto, sobre todo porque piensa que todos los hombres del mundo son así, pero es mi primo y no puedo dejar de tenerle cariño.

—Me gusta Carmen. La muchacha está centrada, tiene la cabeza amueblada, me río con ella y me parece una preciosidad. No es el sexo lo único que me interesa.

—No jodas, ¿te has encoñado? —Chasquea la lengua y niega con la cabeza—. Si es que te gusta complicarte la vida, siempre te lo digo. Con lo bien que podrías estar, tío. Eres resultón, tienes gracia y gustas a las tías. ¡Y en vez de aprovecharlo te dedicas a quedar con ellas de una en una!

—Es que en grupo me intimidan más —digo con ironía.

—Me has entendido perfectamente —contesta de mala manera.

—Pero ¿por qué te indigna tanto que no me guste el sexo ocasional?

—Eso es mentira. El sexo ocasional sí te gusta.

Suspiro y alzo las manos, porque tiene razón. El sexo ocasional no me disgusta, pero prefiero el sexo con algo de sentido. Conociendo a la persona con la que me estoy acostando. Creo que tener una idea de la personalidad de tu compañera de cama te da puntos extra para conseguir que el orgasmo sea mejor para las dos partes. No sé, será cosa de las emociones o cualquier otra

mierda, pero me gusta más. Así que, aunque mi primo tenga razón en que me gusta el sexo en todas sus variantes, no comprende que me gusta más cuando también conozco la personalidad de la chica en cuestión, aunque sea un poco, porque en el caso de Carmen intuyo que voy a necesitar un tiempo infinito para llegar a conocerla del todo.

—Mira, tío, me gusta, ¿vale? Ya está. Yo no sé si esto va a durar un mes, un año o toda la vida, porque paso de pensarlo, pero ahora mismo me gusta. ¿Tan malo es?

—Mientras no se aproveche de ti o empieces a ser más gafe de lo normal, supongo que no —murmura con desgana—. Pero espero que no des de lado al grupo. Últimamente sales menos con nosotros. —Eso es verdad, así que guardo silencio—. Tráela algún día.

—¿Qué?

—Tráela de tapas o de cañas. Tráela mañana a la cápsula del tiempo.

—Ni de coña.

—¿Por qué? Así conocerá a la gente que te rodea.

—¡Por eso! Creo que a Carmen le agobia un poco la gente en cantidades grandes. Y gente tan intensa seguro que más.

—Pero si dices que su amigo parece superintenso también —dice con el ceño fruncido—. Oye, que se venga él si así va a estar más tranquila.

—No sé.

—Tú propónselo. Si quieres dar más pasos con esta chica, es buena idea que le presentes a tus amigos. Esos que son tan importantes para ti —recalca.

No le falta razón. Carmen ya sabe que soy una persona muy sociable y, más allá de eso, necesito estar en contacto con mis amigos mínimo una vez a la semana. Tengo muchos de distintos grupos y lugares, pero este al que pertenece Raúl es el círculo perfecto. El de toda la vida. Amigos con los que puedo contar en las buenas y en las malas. No me importa presentarles a Carmen, porque ya lo he hecho antes con otras chicas. Si luego la cosa no sale bien sé que me apoyarán y ya está, pero sí es cierto que creo que Carmen podría llegar a sentirse un poco incómoda, porque pueden llegar a ser agobiantes. Aunque también es verdad que una forma de conocernos es a través de las personas que forman parte de nuestra vida, y si le digo que invite a Juani, quizá acceda y lo pasemos bien.

—Deja que hable con ella —le digo a mi primo—. Yo te aviso con lo que sea.

—Tú no puedes faltar, ¿eh? Me da igual si ella al final no viene, pero tú tienes prohibido faltar.

—Lo sé, lo sé, tranquilo.

Él asiente y yo termino de asearme y vuelo hacia la tienda, porque ya casi voy tarde para recogerla. Además, después de lo de anoche, ardo en deseos de verla. El momento de la vecina con la cadenera rota debería haberme sorprendido, pero es que ya he dicho muchas veces que soy gafe. Hay algo que impide que las cosas me salgan bien a la primera. No me quejo, hacer disfrutar a Carmen fue alucinante y yo también me llevé mi parte. Que no alcanzara el orgasmo no quiere decir que no lo pasara de maravilla en el proceso, solo que me faltó ese último empujoncito.

Cuando llego a la tienda y aparco en doble fila Carmen y Juani ya están cerrando. Me bajo del coche y voy hacia ella, que sonrío al verme. Le devuelvo la sonrisa, enmarco su cara entre mis manos y le doy un beso intenso, pero sin lengua, que hace que Juani jalee un poco y Carmen se encienda como un tomate.

—Buenas noches de viernes, bombón. —Me giro hacia Juani y le guiño un ojo mientras paso un brazo por los hombros de Carmen—. Hola, colega.

—¿Qué hay que hacer para que un tío como tú me dé un beso como ese?

Me río, me acerco, lo cojo del cuello de la camisa que lleva y le zampo un beso en la mejilla que le hace soltar una carcajada.

—¿Mejor?

—Hombre, igual, igual, no es, pero tendré que conformarme. —Sonrío y chasquea la lengua con sorna—. Bueno, parejita, os dejo marchar que estaréis ansiosos por... —Eleva las cejas con rapidez y sugerencia y yo me echo a reír. Carmen, en cambio, lo insulta—. Ay, hijo, a ver si le quitas lo remilgado a base de... Tú sabes.

No puedo aguantarme la risa, pero evito contestar porque intuyo que, si lo hago, seré yo quien acabe pagando los platos rotos.

Estoy tentado de preguntarle si quiere venir mañana al plan con mis amigos, pero dejo que se marche y pienso que mejor aparezco mañana por la tienda y se lo ofrezco, porque si lo hago ahora igual Carmen se tensa y empieza a darle vueltas al tema. Ya sabemos que la muchacha, en cuanto a relaciones sociales se refiere, es un poco arisca. Como los gatos cuando quieres bañarlos, que como los echas sin avisar se salen de un salto sin tocar ni el agua. Que no pasa nada, pero mejor ir poquito a poco.

—¿Qué te apetece cenar? —pregunta ella mientras caminamos hacia mi coche. —La miro a conciencia de arriba abajo y suelta una risita—. Otra cosa.

—Me da igual. No tengo mucha hambre. Por mí como si nos acabamos los postres de ayer y ya. Me siento goloso hoy.

—Yo también, pero antes necesito algo de consistencia. Tengo berenjenas rellenas del mediodía. Podemos calentarlas en el horno y comer un poco.

—No se hable más.

Subimos al coche, arranco y hacemos el camino en silencio porque suena en la radio una canción que nos gusta a los dos. Bueno, yo me callo por eso y ella imagino que también, pero con Carmen nunca se sabe. Llegamos, aparcamos y, al entrar en el portal y empezar a subir escaleras, señalo con la cabeza la puerta de Manuela, la vecina que anoche nos sacó de la cama.

—¿Cómo está? —pregunto.

—Ingresada, pero bien. Era la cadera, como ya imaginaste.

—Menudo susto.

Carmen asiente y me pide que guarde silencio con una señal. Frunzo el ceño, pero obedezco. Llegamos a su rellano y la puerta de enfrente se abre automáticamente. Gracia, la famosa vecina que nos avisó y que, al parecer, no me tiene mucho cariño, nos mira por encima de unas diminutas gafas de ver.

—Estaba esperándote, niña. —Me mira mal, otra vez, y murmura un «Buenas noches» con toda la desgana del mundo—. ¿Qué? ¿Otra noche de juerga?

—Gracia, vamos a cenar algo y poco más, tranquila que no te molestaré.

—Eso espero, y si vas a encender el horno acuérdate de apagarlo, que por menos se ha muerto la gente. Y tú, con tu cabeza, cualquier día nos haces estallar a todos.

Es la segunda vez en cuarenta y ocho horas que esta señora acusa a Carmen de intentar matar a todo el edificio. Empezaría a preocuparme de no ser porque se nota mucho que es la típica vecina agorera que se aburre y tiene que estar al loro de todo.

—Bueno, vamos a ir entrando antes de que cojamos frío.

Lo digo solo por cortar la situación tan tensa que se ha creado, porque Carmen está recta como un palo y no quiero que le salte a su vecina con algo impropio. Se lo merece, ojo, pero sé que al final la única que se arrepentiría sería ella y no vale la pena.

—Sí, mejor —dice Gracia—. Tendréis muchas cosas que hacer.

Hay que ver lo que le gusta a algunas personas pinchar, oye. A esta le tendrían que dar un premio por quemasangres y eso que solo la he visto algunas veces en encuentros la mar de breves, pero no necesito más para saber que es la típica vecina tocapelotas que disfruta chinchando a los demás. Si son jóvenes, más aún.

Entramos en casa, Carmen se quita la chaqueta y se va a la cocina con tanta rectitud que se me escapa la risa. Me mira por encima del hombro con una ceja elevada, como preguntándome qué me hace tanta gracia. Camino hacia ella, la abrazo por detrás y le beso la mandíbula notando como se relaja de inmediato. Joder, cómo me gusta que sea tan recta solo para sentir que puedo calmarla con un abrazo. Llámame egocéntrico, pero es una sensación increíble.

—Te saca de tus casillas.

—A veces creo que me odia, pero luego recuerdo que es así con todo el mundo. Además, tiene razón en que soy muy despistada.

—Ser despistada no es malo. Yo soy gafe.

—No eres gafe.

—Lo soy, pero no estamos hablando de eso, sino de ti y de tus despistes. ¿Por qué tienes tan mala fama? Siento curiosidad.

—Tonterías —murmura—. A veces me olvido las llaves de casa dentro y tengo que pedirle a ella que me abra. O el móvil. O salgo sin peinarme porque no me he acordado. O me dejo botones de la ropa sueltos. O...

—O te limpias el ojo con la toallita equivocada y acabas en urgencias —susurro con una pequeña sonrisa.

Ella abre la boca para protestar y, cuando se da cuenta de lo que digo, se ríe y encoge los hombros antes de bajarlos con resignación.

—Por ejemplo, sí.

—A mí me parece adorable. Eres como un pez de corta memoria. Como Dory, la de *Buscando a Nemo*.

—Supongo... —susurra con desgana.

Le doy un besazo en la boca y palmeo su culo antes de soltarla.

—Puedo llamarte así desde ahora. Mi Dory.

—Uy, no, no me gusta.

—¿Te gusta más bombón? —Ella frunce el ceño—. ¿Cielo? ¿Gordi? ¿Churri?

—Dios, cada uno es peor que el anterior. Puedes llamarme Carmen a

secas.

—Pichurrina.

Suelta una carcajada, abre la nevera y saca las berenjenas para ponerlas en el horno.

—Ni de coña.

—Bollito.

—¿Bollito? ¿Pero qué...? ¡No! Además, eso solo lo hacen las parejas. Y ni siquiera así me gusta.

—Porque tienes mucho sentido del ridículo. Menos mal que yo no tengo ninguno. Y bollito es precioso. Los bollitos son tiernos, jugosos, están ricos. Como las magdalenas. Puedo llamarte magdalena.

—¡Gabriel!

Se hace la ofendida pero no deja de reírse mientras yo le voy diciendo todos los apodosos que se me ocurren. Así, cuando nos sentamos a cenar, el ambiente es tan distendido que podemos disfrutar de la comida sin problemas.

A la hora del postre, sin embargo, ninguno de los dos puede evitar mirar la tarta de limón y merengue y relamerse. Bueno, yo me relamo, ella gime y se me va la cabeza, porque llevo muchas horas reteniendo el deseo y porque... porque es ella, y me parece razón suficiente para perder la cabeza. La alzo en brazos y la llevo al dormitorio directamente. Podría preguntarle si quiere ir, debería, de hecho, pero la forma en que tironea de mi jersey me dice que no es necesario que me lo confirme con palabras.

—Rápido —jadea—. Hoy lo quiero rápido.

—¿Segura? ¿La primera vez? —gimo cuando tira del botón de mis vaqueros, un poco sorprendido y muy muy a tono.

—Me siento como si todos los preliminares de ayer me hubiesen hecho efecto hoy también. Necesito acabar lo que empezamos, Gabi.

—Y yo, nena, y yo —susurro en su oído antes de besarla y desvestirla con prisa, pero sin tirones.

Ella gime, alza las caderas buscándome y yo me pongo un preservativo en menos de un minuto. Aun así, cuando abre las piernas bajo por su cuerpo y poso mis labios en su centro. Para asegurarme de que está lista, pero sobre todo por placer propio. Porque sentirla temblar en mi lengua y agarrarme a sus muslos mientras sus dedos se enredan en mi pelo es una sensación extraordinaria.

—Gabi... —dice en tono suplicante.

Subo de nuevo por su cuerpo, me coloco en su entrada y empujo las caderas hasta colarme en su cuerpo. La miro a los ojos, veo como se muerde el labio inferior y alza la cara un poco, arqueándose para recibirme mejor y con más ganas. Trago saliva porque, joder, es preciosa, y me pregunto cuántas veces me descubriré pensando en lo mucho que me gusta de aquí hasta que acabemos.

Nos movemos con tanto compás que, en algún punto, siento que somos solo uno. Con todo lo cursi que eso pueda sonar, es así, es una fusión perfecta de cuerpos, fluidos y gemidos.

—Déjame arriba —gime en un momento dado.

Obedezco sin problemas, pero cuando cambiamos y la veo en todo su esplendor, moviéndose y mostrándome sus pechos, su cuello, su cara de placer y sus caderas rotando sobre mí, pienso que esto va a durar mucho menos de lo que yo querría.

—Joder, qué bueno es —gimo cuando siento que estoy a punto de llegar al orgasmo.

Acaricio su clítoris con los dedos y ella pierde el ritmo un segundo, pero enseguida se recupera y empieza un movimiento hacia delante y atrás que me vuelve loco.

—Gabi...

—Córrete, Carmen. Córrete conmigo, nena.

Ella tiembla, se aferra con fuerza a mi pecho y, cuando sus uñas se clavan en mi piel y siento que me voy, su vagina se aprieta y se corre. Lo sé, lo siento con la misma fuerza con la que siento mi propio orgasmo. Sus dedos aprietan mi pecho, los míos sus muslos y caderas, y tardamos apenas unos segundos en caer laxos en la cama. Ella sobre mí y yo sobre el propio colchón, respirando entrecortadamente, sudados y satisfechos como hacía mucho tiempo que no lo conseguía. Bueno, esto último solo puedo decirlo por mí, pero ojalá ella también lo sienta.

Acaricio su espalda desde la base de su trasero hasta su nuca y siento cómo su piel se eriza, sensible como está por el orgasmo que acabamos de vivir.

—Dios, qué falta me hacía —susurra.

Me río entre dientes y beso su frente mientras la acoplo sobre mi cuerpo y siento como me salgo de ella. Debería levantarme y quitarme el preservativo, pero estoy tan a gusto que todo lo que hago es girarla un poco, quitármelo,

anudarlo y dejarlo en el suelo para recogerlo más tarde. Ella no protesta, sino todo lo contrario. Se abraza a mí y besa mi torso antes de cerrar los ojos sonriendo.

—Carmen —murmuro entonces, porque a mí el sexo no me da sueño. Debo ser de los pocos tíos del mundo que se sienten más activos que nunca al acabar de hacer el amor.

—¿Mmm?

—Quiero repetir esto.

Ella suelta una risita, alza la cara y me mira con ojos vidriosos y el pelo cayendo en mechones sueltos por su mejilla. Joder, ahora sí que está para comérsela.

—¿Es una declaración de intenciones?

—Por supuesto —admito muy serio.

—Me gusta...

—A mí me gustas tú. Mucho.

Mi declaración no obtiene respuesta y no me sorprende, porque sé que ella necesita reafirmar mucho sus pasos antes de seguir caminando, pero tampoco veía justo callarme lo que siento, que no es otra cosa que una atracción cada vez más grande. Por su físico, sí, pero también por lo que hay dentro. Su personalidad, su actitud, su forma de ver y hacer las cosas. No es una declaración de amor, pero es una declaración de intenciones. Es como decirle que esto no acaba aquí. No sé lo que durará, ni si acabará bien, espero que sí, pero, de momento, lo que sí sé es que me gusta en todos los aspectos. Ahora solo falta que ella llegue a ese mismo pensamiento y, a poder ser, lo haga antes de que la impaciencia me pueda y acabe cagándola.

Conociéndome, esto último no sería nada raro.

Me levanto para hacer pis y me tenso un segundo al notar un brazo sobre mi cadera. Me lleva muy poco tiempo recordar la noche que he pasado con Gabriel y, cuando me levanto y noto leves molestias en el cuerpo, sonrío, porque intuyo que en unas horas voy a tener incluso agujetas. Algo que debería ser triste, porque da una idea aproximada del tiempo que llevo sin mantener relaciones con nadie, pero que, sin embargo, me pone de buen humor, porque la experiencia con Gabriel ha merecido la pena. Después de la primera vez, rápida y excitante como pocas, vinieron dos más, pausadas y llenas de erotismo, que he disfrutado al máximo. Ahora mismo son las seis de la mañana, ya apenas me queda tiempo para dormir antes de ducharme y prepararme para ir al trabajo, así que hago pis rápidamente y vuelvo a la cama, no por sueño, sino por estar con él.

Lo miro dormir y sonrío al darme cuenta de que hasta para eso es natural. Su cara refleja una calma que envidio, porque estoy segura de que yo soy capaz de tensarme hasta dormida, pero él parece relajado, feliz y en paz. Debe ser maravilloso estar en su cabeza. No dudo que tenga problemas en su día a día, pero me juego el cuello a que su forma de afrontarlo es muy distinta a la mía. Distinta y mejor, aunque esté feo decirlo.

—¿En qué piensas tan temprano? —murmura él aún con los ojos cerrados y sobresaltándose.

—¿Cómo sabes que estoy pensando?

—Me estás mirando fijamente. Lo noto. Si me miras es porque estás pensando algo.

Entreabre los ojos y me doy cuenta de que, en realidad, no estaba tan dormido como parecía. Soñoliento, quizá. Sonrío y acaricio su barba.

—¿Tan listo eres?

—Mucho.

—¿Y qué crees que pensaba?

—Eso no lo sé, pero espero que no fuera algo como: «Dios, ojalá abra los ojos y se largue de mi casa sin despedirse siquiera».

Me río y niego con la cabeza antes de besarlo. Un beso tímido por mi parte que se profundiza cuando él muerde mi labio inferior.

—No puedo con otro asalto —confieso en voz baja.

—Creo que yo tampoco, pero eso no quiere decir que siempre tenga ganas de morderte.

Sonrío, me separo de su cuerpo y me estiro en la cama mientras él hace lo propio. Se levanta, se va al baño y, cuando vuelve, lo hace desnudo y acariciándose el pelo de forma despreocupada. Es la mejor visión que he tenido en mucho mucho tiempo y no dudo en decírselo. Gabriel se ríe, me tira un peluche que hay sobre mi cómoda y coge su ropa para vestirse.

—¿Me invitas a café? Yo no tengo que trabajar, pero me gustaría llegar a casa lo bastante despierto como para darme una ducha y tirarme en el sofá hasta que nos veamos esta tarde.

—¿Nos vamos a ver esta tarde? —pregunto poniéndome un jersey rápidamente.

Ya tenía las braguitas, pero no soy tan natural como él para mostrar mi desnudez. A mí hacerlo así, porque sí y como si no pasase nada, me cuesta.

—Ah, sí, al final se me olvidó. Esta tarde mis amigos y yo vamos a hacer una cápsula del tiempo. Será superdivertido, o eso dicen. Estás invitada. —Frunzo el ceño y él sonrío—. Antes de que digas nada, tengo que decirte que Juani también está invitado, por si quieres traerlo y así sentirte más segura.

—¿Juani?

—Es simpático y me cae bien. Uno más siempre es bienvenido. ¿Qué me dices?

—No sé...

Me pinzo el labio, voy a la cocina y me enfrento a la cafetera. Segundos después noto su cuerpo pegado a mi espalda. Sus manos rodean mi cintura y sus labios rozan mi cuello consiguiendo que me deje caer en su torso.

—Quiero pasar más tiempo contigo, Carmen.

—Ya, pero a mí los grupos grandes y tal...

—No somos tantos.

—¿Seguro?

—Que sí, además, estaré contigo todo el tiempo. Te lo prometo.

Me muerdo el labio, otra vez, pero tomo aire y me recuerdo eso que me prometí hace mucho tiempo: nada de dejar de hacer cosas por miedo. Conocer gente nueva no es mi pasatiempo favorito, pero si son amigos de Gabriel no pueden ser mala gente. Además, eso de la cápsula del tiempo llama mi atención.

—Hablaré con Juani —claudico al final.

—Esa es mi chica —susurra él en mi oído.

¿Lo soy?, quiero preguntar, pero me contengo por miedo a que me diga que es un decir, o se quede cortado. Soy yo la que prefiere ir paso a paso, así que no tiene sentido exigirle ya una etiqueta. De momento nos estamos conociendo, me gusta pasar tiempo con él, el sexo es increíble y, lo que estoy viendo de él como persona, también. Es todo lo que necesito por ahora.

Tomamos café, Gabriel se marcha y yo me meto en la ducha y me preparo para el trabajo.

Ya en la tienda espero a tener un momento libre para comentarle a Juani el plan de esta tarde, pero él tiene una cita y no puede venir.

—Además, no me necesitas.

—Ya, pero sería más cómodo si estuvieras allí.

—¿Más cómodo para quién? Te escudarías en mí y no harías amigos nuevos, que es de lo que se trata.

—No voy a hacer amigos. Solo se trata de... socializar un poco.

—Llámallo como quieras, pero haces bien en ir. Tu círculo es demasiado cerrado.

—Y dale. Mi círculo está perfectamente.

—Ahora que Gabriel está en tu vida tendrás que ceder un poco y hacer cosas que os gusten a los dos. Aunque yo, en tu lugar, me dedicaría a follar día y noche hasta desollarme entero o desollarlo a él.

Me río y me contengo de decirle que yo también veo ese plan más atractivo que el de quedar con un montón de desconocidos, pero si algo tengo claro desde que conocí a Gabi, es que para él sus amigos son importantes.

Así pues, me paso la mañana nerviosa, cuando acaba el turno voy a casa, como y le escribo un mensaje para que me diga qué debo ponerme. «Ropa cómoda, zapatillas de deporte y una de esas sonrisas tan preciosas que guardas en casa» es la respuesta. Me río, porque es un zalamero, y elijo un vaquero, un jersey rojo y unas zapatillas de deporte. Las únicas que tengo, en realidad. No van a darme el premio a deportista del año, pero seguro que podría ganar alguno por hacerme el eyeliner. Ejem...

Las horas pasan rápidas y, cuando quiero darme cuenta, estoy en el coche de Gabriel recibiendo un beso y pidiéndole que me hable de sus amigos.

—Es mejor que los conozcas sobre el terreno.

—Eso es malo. Significa que no quieres asustarme ya.

Se ríe y palmea mi muslo para calmarme, pero no contesta hasta pasados unos segundos, lo que hace que me tense un poco.

—No, es que, si te cuento ahora algo, te estaré predisponiendo. Allí solo tendré que presentártelos y dejar que tú te formes una opinión de ellos, ¿entiendes? Es bueno que tengas tu propio criterio respecto a las personas, aunque sean amigos míos.

Lo pienso unos instantes y acepto que su teoría tiene lógica, así que me encojo un poco de hombros para hacerle ver que dejaré estar el tema y me dedico a oír la música y ver el paisaje a través de la ventanilla. Abandonamos la ciudad y llegamos a un bosque bastante conocido por ser punto de quedada habitual para familias y amigos los fines de semana. Hay zonas de picnic, barbacoas de uso público y hasta máquinas para hacer ejercicio rodeando un circuito bastante extenso que normalmente se usa para correr, caminar o ir en bici.

Aparcamos, bajamos y Gabriel me pregunta qué he traído yo para la cápsula del tiempo. Sonríe un poco y meto la mano en el bolsillo de mi abrigo. Cuando saco el objeto que pienso enterrar la carcajada de Gabriel retumba en el bosque.

—¿El eyeliner?

—Me pareció muy acertado, teniendo en cuenta que esto es una especie de cita, aunque vaya a haber más gente, y que el mal uso que hice de esto me llevó a conocerte.

—Es un detalle precioso. —Besa mis labios con suavidad y murmura sobre ellos—. Siento decirte que yo no he traído la polla de plástico con la que me desgarraron el culo.

La carcajada se me escapa con tanta fuerza que creo que lo dejo sordo por la cercanía. Gabriel se ríe conmigo y no puedo dejar de imaginarlo enterrando el vibrador que hizo que acabara en urgencias. Ay, Dios, cuando recuerdo cómo nos conocimos no puedo evitar pensar que deberíamos inventar algo un poco más light para contar a la gente. No me imagino contando a mi familia, si un día les hablo de él, que nos conocimos en unas circunstancias un tanto... especiales.

Tan entretenida estoy en mis pensamientos que no me percaté de que nos jalean desde un claro de bosque. Hay entre ocho y diez personas, chicos y

chicas, incluso un niño de seis o siete años, según su estatura.

—¡El último para no variar! —grita una chica rubia con el pelo largo.

Gabriel agarra mi mano, entrelaza nuestros dedos y sonrío mientras nos acerca a ellos. Es un gesto bonito, pero creo que también es una precaución, porque soy consciente de que he ralentizado el paso. Acortamos la distancia sin que yo me fije en nadie en particular, salvo en la chica que ha hablado primero. Intento sonreír, pero, cuando me doy cuenta de que estoy demasiado tensa, me limito a poner una cara neutra y esperar que nos presenten. Por suerte Gabi no tarda en hacerlo.

—Los más importantes siempre llegan al final, parece mentira que todavía os lo tenga que recordar. —Ellos se ríen y él me señala, soltando mi mano y rodeando mis hombros. Mucho más reconfortante—. Chicos, ella es Carmen. Carmen, vamos a ir uno por uno para que te quedes con los nombres.

—Mejor nos presentamos nosotros —dice la chica rubia—. Yo soy Amanda. —Me da dos besos y me sonrío con tanta amabilidad que la imito.

—Yo soy Raúl, su primo y, al parecer, también el tuyo, ahora.

Se acerca, me besa y veo cómo Gabi carraspea y sonrío. No sé si por las palabras de su primo o por algo más, pero estoy tan distraída intentando quedarme con los nombres, que no le presto más atención.

—Hola, Carmen. Yo soy Daniel y él es mi hijo, Izan. Hijo, saluda.

—Eh.

Elevo las cejas, porque el niño no es el más simpático, pero creo que está de morros por algo, así que me limito a decirle hola y saludar a su padre con dos besos. Busco a su pareja, pero la siguiente en presentarse es Judith, una chica que, al parecer, viene sola. Luego se presenta un chico enorme que se llama Roberto y al que identifico como el amigo gay del instituto de Gabriel. Ese del que me habló en nuestra cita en el recital. Toni y María son pareja desde hace mil años, o eso me dice Gabriel cuando ellos se presentan en *pack*. Martín es un chico bastante atractivo y de mirada intensa que me estampa dos besos con tanta fuerza que me hace sonreír. La última es Carla, una chica con mucho genio, se ve en su forma de moverse, pero, aun así, es bastante simpática. Para cuando todos se han presentado tengo un cacao importante en la cabeza, pero ellos me hablan como si ya fuésemos amigos. Todos menos Martín, que no deja de mirarme de soslayo, cosa que me pone nerviosa, la verdad.

El juego de la cápsula del tiempo no empieza de inmediato, como yo

pensaba. Tenemos que hacer una pequeña excursión bosque adentro porque la mayoría opina que aquí es demasiado fácil que los objetos acaben desenterrados. Yo creo que hay la misma probabilidad en cualquier parte del bosque, pero cuando Daniel nos dice que lo mejor es que no nos vean enterrar cosas en el bosque me río y pienso que, visto así, tiene lógica la caminata, porque vamos a parecer un grupo de locos o asesinos en serie, y ninguna de las dos cosas es buena para la reputación.

—¿Qué llevas tú? —pregunto a Gabriel en un momento dado.

Él ha vuelto a enlazar nuestros dedos helados y, al sonreír, una nube de vaho se forma entre nosotros, muestra del frío que hace.

—Es una sorpresa.

—Oh, venga ya...

—¿No te acuerdas de mí?

La pregunta de Martín me pilla tan desprevenida que me quedo en *shock* unos instantes.

—¿Cómo? ¿Os conocéis? —pregunta Gabriel.

—Fuimos al mismo instituto un año.

Miro a Martín a conciencia intentando recordar su rostro, pero la sola mención del colegio me tensa tanto que ralentizo el paso de forma inconsciente.

—No recuerdo a mucha gente del instituto —admito con voz cortante.

—Yo tampoco, pero a ti no te olvidaría.

Trago saliva, porque su tono de voz no es de reproche, sino sorprendido, y yo no sé qué pensar. Me he esforzado mucho por olvidar aquella época, pero intento recordar su cara. Pasados unos instantes, niego con la cabeza y me encojo de hombros.

—Lo siento, no te recuerdo.

—Bueno, en aquella época era un poco distinto. Los granos y los aparatos no me favorecían mucho, y como solo estuve un año... —Sonríe un poco y se encoge de hombros—. Pero compartimos mucho sin hablar ni mirarnos, Carmen.

Trago saliva. Sus ojos tienen un brillo especial ahora y Gabriel está tan pendiente de nosotros que para el ritmo en seco, lo que hace que el resto del grupo también se detenga.

—No sé de qué hablas —susurro con un hilo de voz, lo que no ayuda a sonar convincente, lo reconozco.

—A mí me ganaron —murmura él en tono bajo.

—Vamos a dejar esta conversación para más tarde —dice Gabriel.

—Pero...

—Más tarde, Martín, ahora no.

Su amigo lo mira muy serio durante unos segundos y, al final, asiente y me sonrío un poco.

—Espero no haberte incomodado.

—Tranquilo. —Sonrío un poco, pero lo cierto es que estoy deseando irme de aquí. Ahora sí.

Será que la mención de aquella época sirve para ponerme el vello de punta. O será que sus ojos empiezan a recordarme a alguien mucho más joven y su imagen se está formando en mi cabeza, con las consecuencias que eso acarrea, porque me he esforzado mucho en olvidar todo lo relacionado con el instituto. Un dolor de cabeza permanente se instala en mi cabeza y, para cuando llegamos al claro en el que todos quieren hacer la cápsula del tiempo, lo único que quiero es tumbarme y cerrar los ojos un rato. Un rato de veinte horas, más o menos.

Gabriel permanece callado, sonrío y me besa cada poco tiempo, lo que hace que todo se lleve un poco mejor, pero la presencia de Martín me envara, lo que me hace sentir mal, porque sé que él no tiene culpa de nada, más bien al contrario.

—Vaya caca de agujero —dice Izan, el crío, a su padre.

—Colega, no hables así a tu padre —le pide Judith.

—Es que es una caca. —El niño se encoge de hombros, se aleja un poco y se dedica a tirarle piedras a un árbol.

Elevo las cejas al oírlo hablar así y María se acerca a mí con disimulo y me habla en tono bajo.

—Sus padres se divorciaron hace dos años. No está siendo fácil para él.

—Asiento de inmediato, comprendiendo la situación—. El pobre Dani está desesperado. No mejora nada con el tiempo.

—Demasiada psicología —dice Carla, la que parece más echada para adelante—. Una torta a tiempo quita muchas tonterías.

—No voy a pegar a mi hijo, Carla —dice Dani de mal genio, dejando ver que nos oía.

—Vamos a tener la fiesta en paz —pide Roberto—. Izan solo está un poco nervioso, seguro que luego participa, tranquilo, tío.

Dani asiente, pero su mandíbula está cuadrada y tensa. No me pasa desapercibida la mirada que Judith le dedica. Elevo las cejas de nuevo, esta vez por lo evidente que es que siente algo por él. Me guardo la pregunta para hacérsela luego a Gabriel.

La pala que han traído empieza a rotar mientras hacen agujeros en el suelo y todos van sacando sus objetos. Se ríen unos de otros con la confianza propia de los años de amistad y, en la mayoría de ocasiones, reconocen los objetos que sacan, así que el tema de conversación no les falta. Yo, por mi lado, he conseguido relajarme lo justo para reírme de Gabi y su forma de cavar. Dos hoyos lleva ya porque dice que topa con piedras y así es imposible. No dudo que sea verdad, pero los chistes de sus amigos llamándolo endeble son muy originales y reconozco que, en alguno, no he podido evitar reírme, con lo que me he ganado alguna mala mirada. Nada que un beso no haya podido arreglar, desde luego. Cuando el grupo empieza a reírse de nosotros por ser unos empalagosos sonrío, me avergüenzo y pienso que, en el fondo, es una señal de aceptación, ¿no? Imagino que, si no se sintieran cómodos, no harían bromas.

—¿Y bien? —pregunto cuando el hoyo es suficientemente profundo—. ¿Haces uno para mí o usamos el mismo?

—¿Tú has visto cómo sudo? Ni loco cavo otra vez. Además, estas manos son sagradas en mi trabajo, Bizcochito.

—¿La acabas de llamar Bizcochito? —pregunta Roberto con cara de asco—. Tío, qué cutre.

—Dios, gracias por decirlo —digo mirando mal a Gabriel—. ¿Qué dijimos de los apelativos?

—Tú dijiste que no te gustaban los que propuse y yo dije que encontraría uno a la medida. ¿No es ese?

—Desde luego que no.

El grupo se ríe, yo pongo los ojos en blanco y él se encoge de hombros con naturalidad, abre su mochila y saca una polaroid que me hace fruncir el ceño. Me sonrío, me hace una foto y, cuando esta se imprime y la mete en una caja de metal, entiendo que estos son sus objetos para la cápsula del tiempo. Fotos. Fotos nuestras de este mismo momento. Es tan original y dulce que casi me lo como aquí mismo. Gabriel me besa, alguien le quita la cámara y le anima para que lo profundice. Él obedece de buena gana, su lengua se cuelga en mi boca y yo suelto una carcajada mientras sus dientes apresan mi labio inferior y oigo como nos hacen fotos y bromas a la par.

El momento es vergonzoso, pero también precioso. Cuando acaba estoy encendida y palmeo su brazo para que haga fotos ahora al grupo. Él obedece, coge la cámara y se pasa media hora haciendo fotos. A Toni y María besándose también, a Daniel e Izan sonriendo, aunque el niño siga con altibajos. A Judith, Amanda, Carla y Roberto poniendo caras raras y a Martín intentando bajarse el pantalón para hacer un calvo. Por suerte nadie le permite acabar la acción, pero sí que nos reímos mucho, aunque yo me encoja un poco cada vez que lo miro. Raúl y Roberto piden fotos subidos en los árboles y pronto el resto de chicos, incluido Gabriel, se suman a la idea. Todos elijen buenas ramas, pero solo este último cae de bruces desde una altura de metro y medio, más o menos.

—¿Ves? Gafe —dice de mala gana cuando se levanta e intenta quitarse el barro de la ropa.

Yo intento no reírme, pero interiormente reconozco que, más que gafe, es un poco (muy) patoso. Algo que me parece adorable, aunque él lo deteste.

La tarde pasa tan rápida que, cuando nos queremos dar cuenta, es hora de enterrarlo todo y salir del bosque antes de que la noche se nos caiga encima. El grupo habla de ir a cenar a una pizzería, pero Gabriel dice que está cansado, algo que agradezco. Sin embargo, queda con ellos mañana, domingo, y cuando me invitan, solo puedo decir que tengo planes con mi familia, pero que intentaré acabar pronto para reunirme con ellos.

Es mentira. O sea, tengo que comer con mi familia, sí, pero podría acabar de sobra a la hora que han quedado, lo que pasa es que no sé si quiero intimar tan deprisa con esta gente, aunque tenga que reconocer que esta tarde me he reído mucho.

Nos vamos a casa, porque Gabi quiere cenar conmigo, y cuando aparcamos en mi calle veo que se queda quieto y no sale del coche.

—Le dieron una paliza tan grande que fue incapaz de volver al instituto.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Martín. Le dieron una paliza y estaba tan aterrorizado que convenció a sus padres para que no denunciaran y lo cambiaran de instituto, porque era lo único que quería. Lo conocí en el nuevo. —Trago saliva y miro por la ventanilla, sintiendo toda la violencia que él sufrió en mi piel, como si me lo hubiesen hecho a mí—. ¿En qué lado estabas tú, Carmen? —Lo miro sin entender y veo en sus ojos la incertidumbre, pero también la determinación. Nunca lo he visto tan serio y sé que este tema no va a dejarlo pasar—. No

estabas del lado de los abusones, se lo habría notado a Martín, así que quedan dos opciones, teniendo en cuenta sus palabras.

—¿Qué palabras?

—«A mí me ganaron» —repite la frase de Martín, coge aire y pregunta en tono bajo y cauteloso—. ¿De qué bando eras, Carmen? ¿Del que miraba y guardaba silencio, o del que sufría lo mismo que él?

El oxígeno escapa del coche, así que abro la puerta y salgo temiendo no poder respirar si sigo dentro. Gabriel también baja y, cuando me encamino hacia mi apartamento, sé que él vendrá detrás. No va a dejarlo estar y me parece bien, pero si vamos a tocar ciertos temas, necesito, como mínimo, una cerveza.

Gabriel

Entramos en el apartamento de Carmen y agradezco en el alma que su vecina Gracia no haya olido nuestra llegada, como ya viene siendo costumbre. Ella está tan estirada que creo que, al mínimo toque, podría partirse en trozos. Yo no estoy mucho mejor, pero la expectación y las ganas de saber me pueden. Además, conociéndome, sé que esto es algo que no voy a poder dejar pasar. No después de recordar cómo conocí a Martín y saber que Carmen estuvo en ese mismo ambiente.

No conocí a mi amigo inmediatamente después de la paliza que le dieron. Necesitó mucho reposo y no entró en el nuevo instituto, el nuestro, hasta que estuvo totalmente recuperado, pero que las heridas ya no se viesen cuando se incorporó no quiere decir que no fueran visibles a poco que uno se fijara. Seguían ahí, por dentro, atormentándolo e impidiéndole abrirse a la gente nueva que lo rodeaba. Me acerqué a él por instinto y porque vi en su mochila el pin de un grupo de música que a mí también me gustaba bastante. Pensé que, teniendo solo eso en común, ya era suficiente para iniciar una amistad. Siempre he sido así de positivo en cuanto a relaciones se refiere. Poco después Martín hablaba conmigo con cierta naturalidad. Lo que le ocurrió me lo contó tiempo después, no fue inmediato, pero yo lo supuse mucho antes. Se notaba en cómo temblaba si alguien en la clase iniciaba una broma con respecto a otro compañero, aunque fuese sin maldad. Podía ver su miedo. Olerlo. Sentirlo con él. Me dio pena, pero me dio aún más rabia saber que los abusos seguían en su antiguo instituto como si nada mientras él había tenido que cambiar toda su vida. Era como si la víctima, encima de serlo, tuviese que pagar las consecuencias de lo ocurrido.

El resto de los que ahora son nuestros amigos se acercaron a él gradualmente también. Carla lo hizo más paulatinamente porque es más basta que unas bragas de esparto, dicho por ella, y no quería que él se asustara con sus frases salidas de tono y ciertos gestos que podían denotar un exceso de confianza y egocentrismo que todos sabemos que no es tal, pero si no la conoces, puede confundirte.

Cuando acabó el curso lo contábamos en nuestro grupo como uno más y

creo que él se sentía bien, aunque quizá pensara que no éramos amigos de verdad, porque seguía poniendo un muro entre nosotros, pero tampoco se negaba al contacto y, cuando le proponíamos quedar por las tardes, acudía sin poner muchas excusas. Creo que pensó que en verano le daríamos de lado, pero pronto se dio cuenta de que somos tan lapas que no se iba a librar de nosotros ni aunque quisiera. Cuando el nuevo curso comenzó Martín era uno más en el grupo. Hasta hoy ha sido así. Cada día más afianzado, confiado y risueño. Acudió a terapia y se convirtió en el hombre que es hoy. Puedo decir, sin miedo a equivocarme, que todos en nuestro grupo estamos tan orgullosos de él que se nos hincha el pecho cada vez que pensamos en todo lo vivido juntos. Además, él era un apoyo fundamental para mí, también.

Pensé que no pasaría por lo mismo con nadie, pero aquí está Carmen. Y no sé si esto es una casualidad del destino. No sé si creo en el destino. Sé que creo en algo, sin embargo, aunque no pueda ponerle nombre, así que supongo que no es tan raro que, en una ciudad pequeña como esta, ellos estuvieran juntos en el primer instituto en el que Martín entró cuando su familia llegó a la ciudad. Sea como sea, allí pasó algo y Carmen sufrió. Me atrevería a decir que de ahí vienen muchos de sus problemas para coger confianza con las personas. De hecho, cada vez cobra más sentido aquella conversación en la que me decía que no consideraba amigo a casi nadie; que para ella todos eran conocidos menos los que de verdad le habían demostrado que estaban al cien por cien. O sea, Juani.

—¿Quieres una? —Su voz es de hielo cuando me ofrece una cerveza.

Hago un gesto afirmativo, la cojo y me siento en el sofá. He pensado un segundo abrazarla, pero creo que necesita espacio y que no la toque ahora mismo. Creo saber y entender lo que está pasando.

—¿Vas a contármelo? —pregunto con suavidad.

—No puedo —admite. Suspira y carraspea—. Pero puedo mostrártelo.

Mi cara de desconcierto debe ser evidente, pero no hace mucho caso. Suelta su botellín en la mesa y se va a su dormitorio. La sigo con la mirada, el piso es tan pequeño que la veo sin problema. Alza el colchón y veo un montón de cajas dentro de su canapé. Saca una del fondo, la abre y rebusca algo en ella. Al poco tiempo vuelve con dos blocs negros. Se sienta en el extremo opuesto del sofá, que no es grande, pero ahora mismo es como si nos separara un océano, y me los tiende.

—Míralo tú mismo. Te agradecería que no dijeras nada hasta acabar con

todos.

Cojo los blocs y asiento. Ella se sienta mirando al frente, enciende la tele y ni siquiera cambia el canal, así que se queda mirando fijamente un programa de reformas de casas. Es un poco surrealista, pero supongo que intenta evadirse de este momento. Quizá debería darle esto de vuelta y olvidarme del asunto. Es su vida, su intimidad, pero precisamente por eso... Si se supone que estamos empezando algo deberíamos ser sinceros, ¿no? Claro que no quiero que sea obligado.

Me froto los ojos unos segundos pensando en ello, la miro y me doy cuenta de algo: Carmen no ofrece nada si no siente que quiere hacerlo. Puede que esté tensa, que no sea fácil y le esté costando, pero ella quiere que lo vea. De no ser así, me lo diría o se cerraría en banda. Además, si se lo doy ahora, quizá lo tome como un rechazo y no vuelva a ofrecérmelo más. Así pues, abro el primer bloc y frunzo el ceño, no por el contenido en sí, sino por lo bien dibujado que está. Es una fachada de instituto, hay estudiantes con mochilas en la entrada y un árbol frente a la puerta que no debería estar ahí. Quiero preguntarle si el árbol es ella, pero me ha pedido expresamente que no le pregunte nada, así que paso al siguiente. Unas zapatillas destrozadas y con los cordones sueltos. No entiendo bien la simbología de esto, pero sé que la tiene. Sé que cada dibujo significa algo para ella. Ni siquiera hablo de la sorpresa que siento al saber que es un jodido genio dibujando. No miento, no es el cariño, es la realidad. Sus dibujos tienen algo que... no lo sé. Son simples, directos, pero remueven. En el tercero veo un parque lleno de niños pequeños a color y una nube cargada de lluvia justo encima de un crío trazado en blanco y negro. Como si fuese el elegido...

Los bocetos se pasan, unos se entienden más que otros. Algunos me duelen como puñales y otros me confunden. Hay muchísimos y no puedo evitar imaginar a la Carmen adolescente dibujando en su casa, intentando plasmar en estas hojas lo que sentía. Pidiendo ayuda, quizá, porque cada vez tengo más claro cuál fue su papel en todo esto. No se limitó a mirar y callar. Nadie que se limite a eso plasma algo con tanto dolor.

No sé cuánto tiempo tardo en verlos todos, pero cuando llego al último siento que el aire a mi alrededor ya está viciado de recuerdos de Martín, de su recuperación, de lo que mi imaginación me pone por delante, de mis propios recuerdos y de todo lo que siento en estos instantes. El último dibujo lo entiendo a la primera y me golpea emocionalmente con tanta fuerza que me

lleva unos segundos recomponerme. Segundos en los que miro fijamente los trazos. Una esfera simulando la tierra flotando en el papel. Encima unas siluetas de espaldas y debajo, sobre una cuerda, una silueta sentada con la cabeza gacha y soportando el peso de la tierra en su espalda, literalmente. Joder, qué bien lo entiendo. Es tan gráfico, tan doloroso, que no sé cómo consiguió acabarlo sin romperse por dentro.

O quizá lo estaba...

Cierro los blocs, los coloco sobre la mesa y doy un largo sorbo a mi cerveza. Debería decir algo, porque ella no va a hablar, lo sé, ya la voy conociendo, pero no sé qué puedo decir sin cagarla a lo grande. Intuyo que lo que salga de esta noche va a determinar mucho más de lo que se ve. Si esto sale bien, podremos seguir conociéndonos y empezar a poner nombre a lo que tenemos, sea lo que sea. Si no... bueno, no lo sé, prefiero no pensar en esa opción ahora mismo, la verdad.

—¿Te agredieron físicamente?

Esa pregunta sale de mi boca mucho antes de tener tiempo de meditarla. Creo que hubiese preferido empezar de otra manera, pero ya está hecho y ahora necesito una respuesta. Una que no me da de inmediato, lo que hace que en mi pecho se forme un nudo que, a este paso, me hará imposible respirar con normalidad.

—No.

—¿De verdad no recuerdas a Martín?

Ella me mira, yo le devuelvo la mirada y veo en sus ojos la intención de ser clara, aun cuando eso no me guste.

—No lo recordaba cuando me lo dijo. Conforme ha avanzado la tarde lo he hecho, pero vagamente.

—A él le hacían la vida imposible.

—Era uno más. —Y ahí está, uno de los golpes que duelen, porque para mí Martín no es uno más y no me cabe en la cabeza que el acoso que sufrió se vea así desde ninguna perspectiva—. No para mí, pero sí para ellos —aclara—. Solo era un juguete más, como yo. Como otros.

—¿Por qué se metían contigo? —Ella se encoge de hombros y yo aclaro mi pregunta—. A él lo acosaban por llevar aparato y tener acné. ¿Qué detonó que fueran a por ti?

—Nada. No tuve un acné exagerado, ni aparatos, ni gafas. No era torpe, ni destacaba en nada. Y no es que los adolescentes así merezcan ese trato, ni

mucho menos. Me refiero a que yo era una niña tan normal y aburrida que supongo que les descuadró.

—De alguna forma empezaría, ¿no? —pregunto con suavidad—. ¿Fue un día sin más?

—Estaba dibujando, me quitaron la libreta donde lo hacía, de broma, y no me quejé. Supongo que ese fue el inicio.

—¿Nada más? ¿Eso bastó?

Ella se retrepa en el sofá, coge aire con fuerza y lo suelta con lentitud, como si intentase aclararse antes de explicarme su versión.

—No hace falta mucho más para que una panda de adolescentes, sin educación y con demasiado odio dentro, decidan empezar su acorralamiento. Solía pensar que la culpa era mía, por no haberme enfrentado a ellos el primer día que se rieron de mí.

—La culpa nunca es de las víctimas —le digo convencido, porque es algo que he repetido muchas veces a mi amigo. Algo que me he repetido mucho.

—Lo sé. Objetivamente lo sé y, con el tiempo, me convencí de ello, pero cuando eres adolescente es distinto. Todo se magnifica, lo bueno y lo malo. En mi caso no llegó al abuso físico, pero psicológicamente me agotaron. Cuando acabé la secundaria obligatoria pensé si quería ir a bachiller y estudiar arte o dejarlo estar. Tomar la decisión me llevó menos de una hora. No lo soportaba más.

No está profundizando en lo que ocurrió, que debió de ser mucho, porque alguien que dibuja así no renuncia a su sueño por unas bromas sin más. Que no la hirieran físicamente no significa que, a nivel emocional, no la dejaran hecha mierda.

Hay golpes capaces de tumbarte durante años sin que tu cuerpo luzca un solo hematoma.

—Deberías hacer algo con esto —le digo refiriéndome a los dibujos—. Tienes un talento increíble.

—Solo dibujo cuando siento el impulso de hacerlo. No es algo que pueda hacer por obligación o con un horario, así que se queda en un pasatiempo sin más.

—No debería ser un pasatiempo sin más. Deberías hacer de esto tu modo de vida. —Ella bufa y frunzo el ceño—. ¿Qué?

—Soy feliz trabajando en la tienda, Gabriel. Puede parecer poca cosa, pero gano un sueldo digno, tengo a Juani y estoy tranquila. Para mí es

suficiente.

—No pretendía menospreciar tu trabajo, ni mucho menos, Carmen. No me tomes por algo que no soy.

Ella se pinza el labio y yo suspiro, porque estoy tenso y tampoco se trata de acabar en una discusión por algo sobre lo que ella tiene todo el poder de decisión.

—Mira.

Se acerca a mí con su móvil en la mano, me lo ofrece y lo cojo sin dejar de mirarla a los ojos. Me encantaría saber qué está pensando ahora. Bajo mis ojos cuando el teléfono reposa en mis manos y me quedo mirando una cuenta de Instagram. Está llena de ilustraciones y dibujos a mano. No hay nada más, es una cuenta exclusivamente de arte y no necesito mucho para percatarme de que son dibujos de Carmen. El nombre de la cuenta es anónimo, pero sé que es ella. Tiene muchísimos seguidores y sonrío al darme cuenta de que, al menos, no ha escondido su arte para siempre.

—¿Podré seguirte? —pregunto sin dejar de mirar el móvil, porque no estoy seguro de querer ver la expresión de su cara.

—Puedes, pero no digas que soy yo.

—Esto es genial, Carmen. —Cojo aire con lentitud, alzo los ojos y me encuentro con los suyos, oscuros y expectantes. Un poco agradecidos, quizá—. Tú eres genial —susurro.

—No lo soy.

—Para mí, sí. Genial y valiente como pocas personas.

—Me largué lo más lejos posible de ellos en cuanto pude. Hui. Eso no me hace valiente, sino todo lo contrario.

—Luchaste por ti —la interrumpo—. Decidiste que valías más que ellos y más que todo lo demás. Elegiste salvarte a ti misma y eso está bien. Es valiente. —Ella guarda silencio y yo me atrevo a rozar sus labios—. Créeme, si te digo que lo eres, es porque de verdad lo pienso.

Ella cierra los ojos, sube una mano hasta mi mejilla, la pasa por mi nuca y me lleva a su boca. La beso y acompaño mi ritmo a lo que ella exige. Carmen me abraza, se deja caer sobre mí y los dos quedamos semitumbados en el sofá. Ella encima de mí, yo de espaldas y acariciando sus caderas sin querer dar un paso en falso. Cuando cuele una mano bajo mi jersey contengo la respiración, cierro los ojos con fuerza y la freno, aunque no es lo que quiero.

—¿Estás segura de querer hacer esto?

—¿Tienes una idea mejor? —pregunta con una sonrisa antes de morder mi barbilla.

—Podríamos seguir hablando de tu vida. Quiero conocerte, Carmen. Conocerte de verdad, sin secretos.

—Ya conoces lo básico. ¿Es necesario que nos recreemos en los detalles?

—No lo sé. ¿No lo ves necesario?

—No.

—¿Segura?

Ella se separa de mí, me mira un segundo a los ojos y puedo ver la sombra de duda cruzar por ellos, pero se sienta y mira a otro lado, carraspeando.

—Si no te apetece, no pasa nada.

—Eh. —Esta vez soy yo quien tira de ella para pegarla a mi cuerpo—. Claro que me apetece, joder. Contigo siempre. Pero no quiero hacerlo y que luego te arrepientas o pienses en que tengamos sexo solo como una salida para no hablar de cosas que te duelen. —La forma en que sus ojos me huyen me confirma que tengo razón—. Está bien, no me molesta que intentes usar el sexo para sentirte mejor, pero déjame decirte que, si lo hacemos, esto tendrá un efecto rebote y pasarás a sentirte aún peor que ahora.

—¿Cómo estás tan seguro?

Trago saliva y la miro a conciencia. Podría ser un buen momento para hablarle de mis propios demonios, pero Carmen está demasiado tensa y arisca ahora mismo. Quizá no lo entienda. O peor: quizá acabe dándole tanta pena que quiera darme sexo, esta vez de consolación. No me negaría, me conozco y esta mujer me gusta demasiado, pero no puedo permitir que las emociones malas que los dos gestionamos acaben mezclándose con algo tan primitivo como el sexo. Si lo hacemos así ahora, guardaremos la costumbre y empezaremos a solucionar nuestros problemas del mismo modo una y otra vez. Me conozco y la voy conociendo, sé que sería así y, aunque es la salida fácil, no es la que me interesa. No con ella.

—He tenido mucho sexo para liberar mis mierdas internas y nunca me han hecho sentir mejor más allá del orgasmo, Carmen. Créeme.

Ella traga saliva, asiente bruscamente y se levanta para llevar su botellín vacío a la cocina. Desde allí se gira, me mira y se apoya en la encimera con las dos manos.

—Entonces, ¿te vas?

—Me gustaría quedarme, pero haré lo que tú quieras.

—Y si te quedas y no follamos, ¿qué propones?

Sus palabras son duras, pero solo intenta protegerse, así que intento no tomármelo a pecho. En vez de eso, hago lo que mejor se me da: tomármelo a risa y cubrir todas mis dudas, sus miedos y nuestras inseguridades con bromas.

—Bueno, puedo desnudarme y decirte esa famosa frase del Titanic de: «*Píntame como a una de tus chicas francesas*». Solo que tú no te llamas Jack, yo no tengo tetas y no creo que hayas pintado a muchos franceses en pelotas.

—Y que no quieres desnudarte y que acabemos como acabaron Jack y Rose...

—¿Muertos? Desde luego que no.

Carmen se ríe, me tira un trapo de cocina desde donde está y se acerca.

—Un poco antes de eso.

—¿Bailando y cogiendo un pedo?

—No, antes, cuando acabaron sin ropa los dos, ya sabes...

—Podemos hacer eso en otro momento. Tómallo como un calentamiento. — Ella se ríe y yo me retrepo en el sofá y le guiño un ojo—. Bueno, ¿qué? ¿Me quito la ropa o no tienes carboncillo suficiente para dibujar este cuerpazo que Dios me ha dado?

Carmen suelta una carcajada y yo sonrío por dentro.

Misión cumplida, por ahora...

Después de hablarle a grandes rasgos a Gabriel de mi pasado los días empiezan a sucederse de forma extraña y usual al mismo tiempo. Todo es raro, porque ahora sabe el gran motivo por el que me cuesta relacionarme o me agobia estar en un sitio con mucha gente, pero no sabe los detalles, y no los exige, ni me presiona, así que eso me hace sentir segura y reconfortada. No se lo digo a él, pero adoro su capacidad de darme espacio y tiempo mientras me hace reír o nos enredamos en las sábanas. Si bien es cierto que el sábado no tuvimos sexo, sí que nos reímos mucho, lo dibujé a grandes rasgos, con ropa, eso sí, y luego repasamos juntos mi cuenta de Instagram mientras él me iba contando qué dibujos le gustaban más y cuáles le parecían más fríos o impersonales. Lo curioso es que en casi todos acertó con mis propios sentimientos. Curioso y un poco aterrador, porque no sé hasta qué punto es bueno que Gabriel empiece a conocerme tan bien.

Aquella noche dormimos abrazados en la cama, sin sexo, sin besos apenas, casi como dos amigos que se dan calor y se reconfortan después de un momento duro, porque para mí lo había sido.

El domingo, cuando le dije que prefería no sumarme a la quedada con sus amigos y descansar un poco, no se quejó, al contrario. Lo entendió y me aseguró que tenía tiempo para ir acostumbrándome a ellos.

El caso es que han pasado tres semanas justas y, aunque nosotros nos hemos estado viendo regularmente, no ha vuelto a invitarme a ningún plan con sus amigos. Sé que los ve a menudo. No a diario, pero casi. Y es extraño, porque algo que al principio se convirtió en un alivio para mí, ahora empieza a preocuparme. ¿Y si no quiere juntarme con ellos? ¿Y si prefiere que Martín y yo no nos veamos por el momento? A lo mejor su amigo es el que no quiere verme a mí y yo estoy aquí pensando que está dándome espacio. No sé, las dudas empiezan a agobiarme, sobre todo hoy, que me ha dicho que no puede quedar porque va con sus amigos a ver el alumbrado de Navidad del centro.

—Pero ve con él, tonta.

Miro a Juani que, desde detrás del mostrador, me observa con la reprobación pintada en la cara. Le he contado algo acerca de mis dudas y no deja de repetirme que parezco el perro del hortelano, que ni como, ni dejo

comer. Antes, cuando quería juntarme con sus amigos todo el tiempo, yo me tensaba y me negaba. Ahora que no insiste, me como la cabeza porque quiero que lo haga, no porque me apetezca verlos, que también, sino porque... Bueno, porque eso significaría que sigue yendo en serio conmigo, ¿no?

Esa es otra. Nada de etiquetas. La norma fue mía, pero él la ha acatado tan bien que empiezo a pensar si no le ha servido de excusa para no tener que hablar de tener algo más serio en algún momento. Juani se enfada muchísimo porque dice que intento buscar una excusa para culparlo a él de mis mierdas emocionales, y lo más triste de todo es que puede que tenga razón.

—¿Por qué no hacemos una cosa? —pregunta—. Dile que los dos queremos ver el alumbrado y que podríamos quedar todos juntos.

—¿Harías eso por mí? —pregunto un poco emocionada porque, joder, cómo quiero a este chico.

—¿Salir a divertirnos por ahí con un montón de gente? —pregunta en tono sarcástico—. Sí, creo que podría hacer el enorme esfuerzo por ti.

Chasqueo la lengua porque sé que intenta disfrazar sus sentimientos, como siempre. En eso somos expertos los dos, solo que él, a menudo, se abre y me deja ver todo lo que siente.

—Si me dice que no con cualquier excusa, me voy a sentir como una mierda y no voy a poder disimular.

—Ay, Carmen, de verdad que me agotas, hija. Si fuera tía me tendrías hasta el coño y más arriba.

Me río y le tiro un papel. Él me pone un puntazo en el cartón de las faltas y yo pongo los ojos en blanco y bromeo un rato para deshacerme de los nervios que me provoca el pensamiento de escribir a Gabriel para preguntarle si quiere que nos veamos todos esta noche.

Al final, como suele pasar en mi vida más a menudo de lo que me gusta reconocer, mi amigo me saca las castañas del fuego, aun sin yo saberlo, porque voy al baño un instante y, al volver, lo encuentro con mi móvil pegado a la oreja y riendo como un tonto con alguien al otro lado de la línea. No tengo que preguntar de quién se trata. Es la hora a la que suelo descansar y Juani no le habría cogido a nadie, ni siquiera a mi familia, porque este es un cotilla que solo se atreve a invadir mi privacidad cuando la curiosidad le puede. Es Gabriel, y cuando veo a Juani decirle que a él lo que más le gusta es comerse los plátanos a chupetones, decido que es hora de intervenir y arrancarle el teléfono de la oreja.

—¿Sí? —pregunto con voz agitada, aun sabiendo que es él.

—Hola, *Cuchurrumín* mío.

—Dios, es peor que todos los que me has dicho hasta el momento.

Él se ríe y yo, pese a todo, también. Tres semanas lleva llamándome por apelativos cada vez más ridículos. Cuando pienso que no puede superarse más, me demuestra que su capacidad inventiva es increíble.

—Oye, no me dijiste que esta noche vas a ver el alumbrado.

—¿Eh? —Miro a mi amigo Juani con todo el rencor del mundo concentrado y carraspeo—. Sí, bueno, la idea ha surgido de pronto.

—¿Vas solo con Juani?

—Sí, ¿por?

—No, porque ya que vamos al mismo sitio, igual os apetece veniros, ¿no? Si te apetece. Si no, no pasa nada.

—Ah, pues no lo había pensado. —Madre de Dios, lo mentirosa que puedo llegar a ser—. ¿No os importa a vosotros?

—A mí desde luego que no, y a estos seguro que tampoco. —Guardo silencio un momento, me muerdo una sonrisa y miro a Juani, que me alza los pulgares en señal de afirmación, imaginando lo que estamos hablando—. ¿Qué me dices, *Merenguito*?

—Gabriel, si quieres que esto nuestro tenga un mínimo futuro tienes que dejar de ponerme esos nombres ridículos.

—¿No te convence *Merenguito*? Bueno, seguiré probando.

—Ni se te ocurra —contesto riéndome de manera inevitable.

—Ya daré con uno que te ponga tontorróna, nena.

Sonrío y me callo que, en realidad, ese «nena» que suelta a veces, sobre todo en la intimidad, sí que me pone muy tontorróna, pero parte del encanto es que lo hace sin darse cuenta. Le sale natural, como algo instintivo, y eso me parece precioso.

—¿Entonces? ¿Nos vemos esta noche?

—Desde luego. Seré el que lleve un gorro de Papá Noel.

—Es el encendido navideño, me temo que mucha gente llevará un gorro de Papá Noel.

—Pues también es verdad. Entonces seré el que te bese cuando las luces se enciendan.

—Eso es precioso, pero no aclara mucho.

—Tú ponte cerca de la estatua de la plaza central a la hora del encendido,

del resto me encargo yo. Hasta luego, *Salchichita*.

Pongo los ojos en blanco, me río y cuelgo cuando oigo el tono de comunicar.

—¿Y bien? —pregunta mi amigo.

—Ponte guapo cuando salgas de aquí. Esta noche vas a conocer a los amigos de Gabriel.

—Ay, ya era hora, hija, ya era hora. A ver cuándo nos vamos metiendo en familia.

Me río, le vuelvo a tirar un papel, me vuelvo a ganar un puntazo en el cartón y, cuando voy a recriminarle que debería dejar de hacer eso, aparecen unas clientas y nos ponemos a trabajar como los adultos responsables que se supone que deberíamos ser todo el tiempo.

A la hora indicada estoy junto a la estatua, más o menos, porque aquí hay más gente que pelo y me ha costado un mundo llegar hasta el punto indicado. Y eso que nos vinimos hace casi una hora. Por aquí no hay ni rastro de Gabriel y esto está a punto de comenzar, pero Juani está tan entusiasmado por ver el alumbrado de este año que casi no puedo prestar atención a mis preocupaciones.

—Es que yo, cuando se enciendan las luces, me voy a convertir en un yonqui de la Navidad, como todos los años —me dice—. Qué bonita la Navidad, ¿cómo puede haber gente que la odie?

—Bueno, para gustos...

—La Navidad no es una cuestión de gustos, Carmen. Es una cuestión de espíritu.

Sonrío y asiento, porque pienso como él, pero también comprendo que hay mucha gente que odia estas fechas, bien por el consumismo que irremediablemente promueven, bien porque no tienen familia, bien porque perdieron a alguien hace mucho y todo se torna más amargo o bien porque, simplemente, odian ver luces por todas partes y gente que, de pronto, parece feliz. A mí, personalmente, me encanta, porque creo que la gente guarda un poco su lado *hater*. Nos contenemos más para discutir por eso de que son fiestas señaladas y hasta somos capaces de cenar en familia sin que los platos lleguen a las cabezas (casi siempre). Es, en definitiva, un esfuerzo conjunto de la mayor parte de la población para hacer del mundo un sitio más bonito, o eso

pienso.

Ojalá todos nos comportásemos siempre como lo hacemos en Navidad movidos por los villancicos, las películas y el espíritu que habita en las calles atrapando sonrisas. El mundo sería un lugar mucho más bonito.

Juani me indica que mire el arco principal de luces y lo hago, porque todo el mundo está ya expectante. Las luces aparecen de pronto, brillantes, con fuerza y acompañadas de una música que eriza la piel. Para convertir esto en un escenario perfecto solo falta un poco de nieve y Gabriel. Lo primero no llegará, y lo segundo, a este ritmo...

—Feliz Navidad, cariño —susurra alguien en mi oído.

Me giro sobresaltada y sorprendida al máximo. ¿Cómo lo ha hecho? Debía estar escondido entre la gente cercana, porque, si no, no se explica que haya logrado cumplir su promesa. Sus labios encuentran los míos y la sonrisa que baña mi boca hace imposible que el beso se efectúe del todo bien.

—¿Cómo lo has hecho? —Él frunce el ceño y me río—. Llegar hasta mí con toda esta gente en medio.

—Llegaría a ti aunque el mundo entero se interpusiera en nuestro camino, nena.

Lo abrazo por respuesta, emocionada por sus palabras, y entierro mi cara en su cuello. Gabriel huele a algo dulce y afrutado. Y a hogar, también empieza a oler a hogar, aunque el pensamiento me ponga un nudo en el estómago.

Él pasea las manos por mi espalda, besa mi cabeza y, cuando nos separamos, saluda a un Juani que se le tira a los brazos sin ningún tipo de consideración.

—¡Qué bonitas son las luces! ¡Qué bonita la Navidad! ¡Qué bonito eres tú! ¡Qué lástima que no seas gay!

—¿Traicionarías a tu amiga por estar conmigo? —pregunta él partiéndose de risa.

—No somos tan amigos.

La risa de Gabriel resuena en el estrecho espacio que ocupamos y, cuando se separa de Juani, tira de mi mano y vuelve a pegarme a su pecho.

—Los chicos están un poco más atrás, era imposible que todos llegáramos aquí. ¿Vamos con ellos?

Reconozco la duda en su voz, por eso sonrío con sinceridad y asiento. Quiero que entienda que me apetece de verdad, aunque me tense y me cueste un poco entablar conversación. Tengo a Juani a un lado y a él al otro. Nada

puede ir mal.

Cuando llegamos a donde están todos, el primero en adelantarse y darme un abrazo es Roberto. Sonríe, le deseo unas felices fiestas y paso a saludar a todo el mundo. Carla me frunce el ceño cuando voy a saludarla y me pongo un poco nerviosa.

—Casi un mes nos has tenido abandonados. No ha estado bonito, guapa. — Me tenso y, cuando siento la mano de Gabriel en mi espalda, Carla sonrío—. Me alegra que hoy sí te hayas unido a nosotros.

Sonríe agradecida de que no se haya molestado de verdad. Carla tiene un genio fuerte, Gabriel me ha hablado mucho de ella y del resto y ya siento que los conozco un poco más. Ahora, analizando las palabras de su amiga, creo que intentaba prepararme para ellos. Quería que los conociera a través de sus palabras para suavizar mis nervios cuando nos juntáramos de nuevo, o eso creo.

Viniendo de Gabriel y su enorme corazón, no me extrañaría lo más mínimo.

Martín es el último. Sonríe, pero está comedido, así que doy el primer paso, beso sus mejillas y, al hacerlo, evoco la imagen que guardo de él desde hace años. No se parecen en nada, pero no es solo por lo físico, que también, sino por la actitud. Este Martín espera cauteloso pero firme, sin perder la sonrisa. Aquel chico llevaba el miedo pintado en la cara. Este, por suerte, no parece tener rastro de ese sentimiento tan feo.

—Me alegra mucho verte, Carmen.

—A mí también. Te recordé después de nuestro encuentro. Vagamente, pero... —Él asiente y yo agacho la mirada—. Lo siento. Siento que ganaran.

Las palabras se atraviesan un poco en mi garganta, pero estoy orgullosa de decirlas, aunque no parezca el lugar más apropiado para ello. Noto una mano apretar la mía y, aunque en principio pienso que es la de Gabriel, me doy cuenta de que es la del propio Martín. Lo miro de nuevo y me encuentro con una sonrisa aún más amplia.

—Con el tiempo, fui yo quien ganó. Marcharme fue lo mejor que pude hacer.

Lo entiendo, pero no es justo. No lo es para él, y no lo fue para mí. Aun así, intento convencerme de que la decisión de dejar los estudios pasada la secundaria fue correcta. No puedo dudar de eso eternamente. Lo hecho, hecho está.

—Bueno, pues como nadie me presenta, yo soy Juani, el amigo de Carmen y vuestro compañero de fiesta esta noche. Porque habrá fiesta, ¿no?

Varios del grupo se ríen y se acercan a él para presentarse. Martín y yo seguimos mirándonos y sonriéndonos con timidez, como si intentásemos encajar a los adultos que somos en los recuerdos que tenemos uno del otro.

—Quizá deberíamos tomar un café un día. Solos —sugiere él.

Hace un mes habría dicho que ni loca quería tomar un café con alguien que pasó por lo mismo que yo. No por rechazo, sino por evitar los recuerdos. Por dejar el pasado atrás y no enfrentarlo de ninguna manera. Ahora, sin embargo, creo que Martín y yo nos debemos una conversación acerca de lo ocurrido. ¿Por qué no nos unimos en el instituto? ¿Por qué? ¿Por qué nos pasó a nosotros? Y, sobre todo, reafirmarnos en que no fuimos los culpables. Ni él, ni yo, ni nadie que pase por algo así tiene la culpa de ser el elegido.

—Me encantaría. Luego te doy mi número, si quieres.

—Anótalo —dice él sacando su móvil y ofreciéndomelo.

Sonrío, lo hago y siento un brazo rodear mis hombros. Esta vez sí es el de Gabriel. Lo sé.

—¿Estás ligándote a mi chica, tío? Eso es algo feísimo y muy de niño.

—Hasta donde yo sé, Carmen no ha sido presentada en este grupo como tu novia oficial, así que eso de “tu chica” es muy cuestionable —dice pinchándolo.

Me río, pero me ruborizo un poco al percatarme de que es un tema delicado, porque Gabriel y yo aún no tenemos una etiqueta, aunque él suelte cosas así. Lo cierto es que no nos hemos sentado a hablar del tema.

—¿Eres mi chica, Carmen? —pregunta mirándome.

Oh. Bien. Parece que lo de hablarlo sentados y tranquilamente no va a darse.

—¿Eh?

Lo miro y me encuentro con su sonrisa, pero también con algo más. Un brillo de esperanza, quizá. O eso me gusta pensar.

—Bueno, Martín dice que no lo eres, yo pienso que sí, pero ahora tengo la duda y la única que puede despejarla eres tú. ¿Eres mi chica? ¿Soy tu chico? ¿Somos algo más además de Gabriel y Carmen?

—Eh... pues...

Miro en derredor y me doy cuenta de que todo el grupo está congelado mirándonos y, pese al bullicio, pueden entender perfectamente lo que decimos.

De hecho, están tan pendientes que, si se esforzaran, hasta podrían oír los latidos desenfrenados de mi corazón.

—Verás como dice que no, si este primo mío es gafe... —dice Raúl.

—Shhh —lo calla alguien.

Gabriel se pinza el labio con nerviosismo y yo sé que tengo que hablar de inmediato, si no quiero que el momento pase a la historia como uno de los más desastrosos para los dos.

—Somos... Nosotros somos... nosotros.

Me aclaro la voz y, cuando me percató de las dudas que inundan sus ojos, decido dejarme llevar. Hace más de dos meses que lo conozco y mis sentimientos por él han crecido tanto que, a día de hoy, si nos distanciáramos, lo pasaría tan mal como lo pasé cuando lo dejé con Nando, con quien llevaba años. Ya no es una cuestión de tiempo. Es una cuestión de sentimientos, y Gabriel ha conseguido que yo sienta más de lo que creí posible, así que me alzo sobre mis puntillas, acaricio sus labios con los míos y enredo mis brazos detrás de su nuca.

—Me encantaría ser tu chica.

Mi susurro se ahoga con un beso suyo y un aplauso del grupo entero que hace que mis mejillas se enciendan, pero no importa, porque creo que acaba de dar comienzo la mejor Navidad de mi vida.

Gabriel

Entramos en un bar abarrotado después de dar una vuelta por las calles de la ciudad y hacernos miles de fotos con el decorado navideño. Ha sido una noche preciosa, pero no por eso, sino por todo lo que hemos avanzado Carmen y yo. Por tener, por fin, una etiqueta. Por tenerla aquí, rodeada de la gente que me importa y su amigo Juani. Por poder celebrar que damos pasos en la dirección correcta, o eso creo.

Ahora mismo sí tiene cara de estar un poco agobiada, pero es que en este sitio casi no se puede respirar, así que la entiendo perfectamente.

—¿Quieres que salgamos? —pregunto a gritos en su oído señalando la terraza.

Asiente y, por un momento, pienso que tendré un momento a solas con ella, pero entonces me percató de que todos nuestros amigos nos siguen. Fuera el ambiente es el mismo. Ni siquiera hace frío, y eso que estamos en diciembre, pero el abarrotamiento es tal que Roberto propone acabar la fiesta en su ático.

—¿Quieres ir? —pregunto a Carmen, que asiente y me jura que querría ir a cualquier sitio que esté menos lleno que esto.

Así pues, nos repartimos en taxis y vamos al ático de mi amigo, situado en las afueras. Lo cierto es que a Roberto le va bastante bien con su empresa de construcción. No es que sea muy grande, pero le da para vivir desahogadamente y además su casa es una auténtica maravilla. Nada más entrar, Carmen se queda alucinando con la fuente de agua que hay a modo de pared en el fondo del salón.

—Soy de los que piensan que el agua elimina las malas energías —dice mi amigo mirándola y sonriendo.

—Me gusta tanto que me quitaría la ropa y me refrotaría con toda la pared.

Esa no ha sido Carmen, sino Juani, y la carcajada que hemos soltado todos ha sido apoteósica. Mira que yo tengo poco filtro, pero lo de este hombre es insuperable.

—Hombre, si quieres restregarte, tengo sitios mejores.

Mi amigo le guiña un ojo a Juani, que se ríe tan tontamente que le doy un toque disimulado a Carmen. El problema es que el toque no es tan disimulado

como parece, la pillo a contrapié y, si no es porque mi primo la sujeta, la tiro al suelo.

—Pero ¿a ti qué te pasa? ¿Que cuando no te caes tú tienes que tirar a otros? —me recrimina el propio Raúl.

Yo miro a Carmen con arrepentimiento, pero también a Juani y Roberto, porque yo creo que aquí hay tema y ahora por culpa de mi metedura de pata a lo mejor se cortan.

—¿Y la cama por dónde? —pregunta Juani—. Como sea igual que el resto, lo voy a flipar.

Bueno, pues a lo mejor no se va a cortar tanto.

—Yo sí que estoy flipando —murmura Judith a mi lado.

Me río, porque la pobre está enamorada de Dani desde hace años, cuando aún estaba casado, y a día de hoy todavía no ha podido ni lanzarle una indirecta.

—Es que tú eres un poco lenta... —susurro de vuelta.

—Es que los gays son demasiado rápidos.

—No todos —dice Carmen interviniendo—. Pero Juani, sí. Juani es tan rápido que, como Roberto se deje, empezarán a tener sexo antes de que despejemos el piso. —Me río, pero cuando la veo serío elevo las cejas.

—Estás de coña, ¿no?

—Ojalá.

Vuelvo a carcajearme, pero cuando quiero darme cuenta Roberto y Juani se han perdido por el pasillo hacia el dormitorio y el resto no nos atrevemos a seguirlos.

—Voy a poner música altita, por lo que pueda pasar —dice Raúl haciéndonos reír a todos.

Voy hacia la cocina, donde sé que mi amigo guarda las bebidas, y empiezo a sacar copas y botellas sin ton ni son para todo el mundo.

Carmen me acompaña cortando limones y repartiendo en cuencos los frutos secos que le he dicho que sacara del armario. Cuando volvemos al salón, Roberto y Juani están allí, vestidos y sin despeinar, así que supongo que han tenido un mínimo de decencia. Eso sí, el tonto es tan descarado que no puedo evitar reírme de ellos. El resto tampoco se corta, Dani no deja de hacer bromas y decir que él también necesita enrollarse con alguien, Judith lo mira con ojitos de cordero degollado, María y Toni sí que se enrollan directamente en el sofá y el resto baila, bebe o charla en un tono de voz lo bastante alto

como para que Gracia, la vecina de Carmen, pueda oírnos desde la otra punta de la ciudad.

Yo hago amago de bailar, y digo amago porque, por más ganas que le pongo, se me da como el culo, pero la intención es lo que cuenta y de eso voy sobrado. Carmen se ríe y dice que parezco un chimpancé borracho. Yo entrecierro los ojos y la miro mal, pero solo sirve para que Carla se una a las burlas. Si no fuera porque me gusta verla integrarse así, me haría el digno, pero en cambio, para vergüenza de todos los presentes, decido demostrarles mis dotes como bailarín de flamenco al ritmo de Vanesa Martín. Que Vanesa no da pie a bailar flamenco, pensarás tú, pero es que yo, puestos a bailar mal, elijo hacerlo con una música que me guste.

Las horas pasan, la bebida dura menos que un calimocho en un botellón y a las cuatro de la mañana Carmen se une por fin a la pista de baile. No es muy de bailar, mi Carmen, pero, como yo pongo ganas por los dos, no me importa.

—¿Y si nos vamos?

—¿Irnos? Si estamos en lo mejor, mujer. Ahora que van a ponerme la de Maluma, que me hace mucha gracia. —Ella eleva las cejas y yo me enderezo—. Vamos a ver, la letra mal, fatal, machista, caca y malo, pero el ritmillo a mí me hace mover las caderas así a lo papi latino.

—¿A lo papi latino? —Suelta una carcajada y se tapa la cara con las dos manos mientras yo la miro sin entender qué tiene tanta gracia del asunto. Si «papi latino» ahora está muy de moda decirlo. Lo escucho yo en todas partes.

—Venga, *Almendrita*, tómate un algo con alcohol y mueve tú las caderas así a lo mami chula.

—Ni de coña voy a bailar a lo mami chula, sea lo que sea eso.

—Ay, hija, así no se puede ser *sexy*.

—Es que estás siendo de todo, menos *sexy*.

—Pero, ¿cómo te atreves a decir eso? Mira qué movimiento de pelvis. —Le hago una demostración, pero solo consigo que sus carcajadas resuenen por todo el ático y algunos de mis propios amigos se unan—. No entendéis una mierda de baile y estáis envidiosos perdidos, eso es lo que pasa.

Lo digo así porque lo pienso, porque son todos unos sosos. El único que me sigue el rollo es Juani. Eso cuando no está intentando que Roberto lo empotre contra la fuente de agua, que todo se andará. Yo solo espero que para ese entonces ya nos hayamos ido. O que por lo menos yo esté tan borracho que no me acuerde mañana. Las dos opciones me valen, pero cuando se lo digo a

Carmen me dice que ni de coña vamos a esperar a que la segunda tenga una posibilidad de darse.

—Además, que yo a Juani me lo llevo, que ha bebido mucho.

—Pero si se lo está pasando pipa. Míralo, qué salado.

Juani está encima de la mesa acariciándose el pecho y cantándole a Roberto algo como «*No te mientas que él nunca te hará el amor como yo*». Yo la canción no me la sé, pero, jo, ojalá yo moviera las caderas como Juani. A Roberto se le cae la baba y a mí no se me cae porque soy hetero, que si no seguro que caía.

—Qué semental, el Juani —comento riéndome entre dientes y dando un sorbo a mi bebida.

Carmen vuelve a reírse, me quita el vaso, pese a mis protestas, y se alza sobre sus puntillas para besarme. Dejo mis quejas de lado porque sería imbécil si prefiriera mi cubata a sus besos, pero cuando se pone intensa la aparto un poco y la miro a los ojos, sorprendido. Entonces lo veo: las ganas apretando, la excitación y la forma en que se muerde el labio inferior me ponen a tono tan rápido que empiezo a dudar que pueda aguantar hasta su piso o el mío sin meterle mano. Carmen vuelve a besarme, enroscando su lengua en la mía y haciendo aún más difícil que piense con claridad.

—Esto ha sido por el baile, ¿a que sí? —jadeo en mitad de un abrazo que, más que abrazo, es un restregón disimulado en público. Ella se ríe y yo muerdo su boca—. Loquita te tengo con estas caderas, *Tocinito de cielo*, asúmelo.

Carmen se ríe a carcajadas y me pide que deje de usar los apelativos estos tan míos, porque se le corta el rollo, pero tal como se pega a mí yo creo que no se le corta nada. Si acaso se le incrementa, así que me guardo lo de *Cucuruchito de crema* para cuando estemos más en intimidad petarlo de verdad.

—Nos vamos —le digo cuando no puedo más.

Ella sonrío, me mira con toda la intención del mundo en sus ojos y coge su abrigo antes de despedirse de todos. Yo digo un adiós general porque no estoy para muchas tonterías. Nos vamos a la puerta y ya estoy fantaseando con meterle mano en el ascensor, cuando Judith nos interrumpe.

—¿Compartimos taxi? Me voy a casa ya, porque total, para lo que he salido hoy.

Uy. Que esta se ha pasado con el agua bendita y está en pleno bajón. Estoy

a punto de ser un amigo de mierda y decirle que no, que le pedimos uno para ella sola, pero Carmen, que es mucho mejor persona que yo con dos copas de más y un calentón del quince encima, me adelanta y le sonrío cogiéndola del brazo y ayudándola a entrar en el ascensor.

—¿Te encuentras bien? —pregunta cuando mi amiga apoya la nuca en la cristalera.

Ella asiente, pero hace un puchero que me hace fruncir el ceño, porque yo ya sé de qué va esto.

—Otra vez, no, Judith, por favor.

—Ay, es que tengo pena.

—Pero muchacha, si es que siempre te da la pena cuando te bebes dos copas de más. Qué mala bebida tienes, de verdad.

—Gabriel, compórtate —dice Carmen tajante.

Me callo, porque yo tampoco es que vaya muy sobrio y no quiero liarla, pero es que Judith todo lo que tiene se llama Daniel. Y también se llama cobardía.

—Pues métele la lengua hasta la campanilla y punto —digo terminando mis pensamientos en voz alta.

—¡Gabriel! —me riñe Carmen.

—¡Es que no es tan fácil! ¿Eh? ¿Qué te crees? ¿Que no lo intento? —pregunta con voz retadora.

—Uy, la penosa. A mí no te me pongas chula ahora, ¿eh? Y no mutes en *gremlin*, que me está viniendo el bajonazo y al final me dolerá la cabeza por tu culpa.

—¡Gabriel! —vuelve a exclamar Carmen.

Yo sé que quiere que me comporte, pero es que Judith es como una hermana. Nos conocemos desde hace tantos años que ya cumplimos más que de sobra con eso de «*La confianza da asco*». Ella está loca por Daniel, Daniel es medio gilipollas y no se entera, porque ocupa todo su tiempo en lidiar con su ex y su hijo rebelde, y luego llegan las fiestas, ella bebe de más y le da el bajón y él sigue sin enterarse porque, bueno, ya he dicho que es medio gilipollas. El resto de explicaciones sobran. Que yo lo quiero mucho, pero a veces dudo seriamente que no se dé cuenta de lo que ocurre. Lo que pasa es que yo creo que no quiere jaleos, y eso que sé que Judith le gusta, porque las pocas veces que ella ha salido en este tiempo con otros, él se pone de mala hostia y se niega a salir en grupo y esas cosas que a uno le hacen ver que

indiferente no es. Pero no ser indiferente y ser cobarde son dos cosas que no ligan bien y es él quien tiene que dar el paso. O ella. O los dos. Yo que sé. Lo que tengo claro es que todo el grupo lleva años esperando que se lancen de una vez y dejen de dar el coñazo.

—¿Sabéis lo que me comería ahora? —pregunta Judith con voz de borracha—. Una hamburguesa. Qué pena que aquí no haya nada abierto.

—Una pena —digo poniéndole mala cara, porque esta es capaz de pedirme ir a comer. Si la conoceré yo ya...

—Menos mal que me he traído mis apaños.

Abre el bolso y, ante nuestra cara de sorpresa, saca una de las bolsas de revueltos que había en el piso de nuestro amigo.

—¿Has robado eso? —pregunta Carmen muy seria.

—No. Yo no he robado nada. Estaba en casa de mi amigo.

—Si lo has cogido sin permiso, es robar.

—Si se lo coges a un amigo no es robar. ¿Cómo va a ser robar? ¡Es mi amigo! Explícaselo, Gabi.

—A ver, que no está bien, pero que tampoco es como para hacer un drama. Si, total, nosotros somos muy así.

—¿Muy de coger cosas que no son vuestras? —me pregunta Carmen.

Ay, que la estoy cagando, se me está bajando el puntito y encima todavía la cabreo y acabo la noche más solo que la una. ¡Y todo por culpa de Judith!

—Es un poco especialita, Carmen —murmura en mi oído Judith. Bueno, ella cree que murmura, pero se la escucha perfectamente—. A mí me cae genial, a ver, me refiero a especialita de que es un poquito seca, ¿no? Muy buena, pero muy sequilla, las cosas como son. —La mira y sonrío con una cara de borracha que me da vergüenza hasta a mí—. Hola, guapa. Estamos hablando del tiempo.

—Cómete los revueltos, anda, bonita. —Le digo—. Y ten cuidadito, no te atragantes con ninguno.

Ella obedece, se llena la boca tanto que apenas puede cerrarla e intenta sonreír. Si es que cuando yo digo que tiene mal beber...

Observo a Carmen para saber si está enfadada por las palabras de Judith, que sé que no lo ha dicho a malas. Es cierto que Carmen es más seria, pero eso no nos importa a ninguno, estoy seguro. Ellos hablan maravillas de ella y mis amigos son muy sinceros. Si no les gustara, ya me habrían dado la tabarra tanto como para haberlos mandado al infierno en más de una ocasión, y no ha

sido el caso.

Para cuando conseguimos salir del portal, el taxi que hemos avisado está a pocos metros de nosotros. El frío aprieta, aunque Judith parece no notarlo, porque se ha puesto a cantar villancicos mientras le da a Carmen las pasas, que dice que no le gustan tanto.

—Para ti, porque me caes muy bien —dice en un tono presumido que me hace reír.

—Vaya, gracias.

—De nada, guapa.

Carmen me mira, sonrío un poco y yo me encojo de hombros. Me ha costado casi un mes que quiera venir a una quedada con mis amigos y, con toda probabilidad, esto no es lo que tenía pensado, pero creo que, si vamos a estar juntos en serio y ellos van a formar parte de su vida, es mejor que los conozca en toda su esencia cuanto antes. Una esencia que a veces es muy buena, casi siempre, y otra que a veces acaba con la paciencia de cualquiera, como ahora, cuando Judith casi se ha ahogado con una avellana.

—De verdad, qué ganas tengo de que llegues a tu casa —dice Carmen de pronto—. Estoy empezando a temer por tu vida y prefiero no ver lo que haces hasta que te duermas, que es lo que de verdad te hace falta.

—Lo que de verdad me hace falta es un pollazo de Daniel, pero vaya, que no va a caer.

Suelto una carcajada tremenda, porque Judith es muy modosita siempre, menos cuando bebe, que se instala una boca de camionero que superaría a la mismísima Carmina Barrios. Carmen se queda con la boca abierta, literalmente, y yo sigo riéndome porque, a ver, fresco, lo que se dice fresco, no voy, así que todo me hace más gracia de lo normal.

El camino en taxi es un infierno. Judith canta a grito pelado el villancico de las campanas de Belén, luego llora, más tarde hace que el taxista pare porque dice que las avellanas que se ha comido piden paso por la salida de emergencia. Vamos, que se agarra al quitamiedos de la carretera y deja ir hasta la primera papilla. Vuelve al coche, sonrío con los ojos llorosos y unas rojeces en la cara propias de la aventura que está viviendo esta noche y se queda dormida, por fin. Eso sí, con la boca abierta y roncando como un cerdo.

—Hay que ver, con lo dulce que es cuando no bebe... —susurra Carmen.

—Todos tenemos un lado oscuro, nena. Lo bueno es que ya no vas a verla peor de lo que la has visto hoy. —Nos reímos y acaricio su muslo—. ¿Vamos a

mi casa? Está más cerca de la de Judith.

Ella asiente, llegamos a casa de mi amiga, la ayudamos a abrir la puerta de su casa y, una vez está a salvo, volvemos al taxi y nos vamos a mi piso. Intentamos reanimarnos y todo parece ir bien, pero en un giro mortal me caigo de la cama y me clavo el tacón de Carmen en la espalda, así que decido dar la noche por acabada porque el modo gafe ha vuelto y lo mismo acabamos en urgencias de la manera más tonta. Cuando se lo digo a Carmen se ríe y me dice que sí, que casi mejor lo dejamos estar. Nos desnudamos del todo, nos metemos en la cama, nos abrazamos y nos quedamos dormidos antes de poder contar ni una oveja.

No sé lo que sueño, pero lo que sí sé es que, antes de caer en los brazos de Morfeo, estaba pensando en lo increíble que ha sido el día de hoy, aun con todos los percances ocurridos.

En eso, y en que al lado de Carmen cada día es una aventura. Estoy deseando saber cuál será la siguiente.

Me despierto con un leve dolor de cabeza y desorientada. He dormido aquí otras veces, pero por norma general lo hacemos en mi piso, porque no lo comparto con nadie. Fuera de la habitación el ruido me indica que Raúl también está despierto. Eso, o Gabriel está hablando solo. Conociéndolo, podría ser una opción.

Me levanto, miro mi ropa de anoche en el suelo y bufo. No quiero ponérmela, huele a alcohol y al tabaco que fumaron muchos del grupo, así que abro el armario de Gabriel y le cojo un jersey y un pantalón de deporte con cordones en la cintura para poder atármelo, aunque me quede grande. Me visto, me hago una coleta con los dedos y salgo dispuesta a buscarlo.

—Buenos días, *Buñuelito* —dice con una sonrisa cuando me ve entrar en la cocina. Pongo los ojos en blanco por el apelativo y él tira de mi jersey, el suyo, en realidad, y me acerca a su cuerpo para besarme—. ¿Cómo ha dormido mi chica?

Dios, qué bien suena eso de ser su chica, aunque sea un poco infantil.

—Muy bien —susurro, porque la voz aún me sale pastosa y no acostumbro a dormir tanto—. ¿Qué hora es? ¿Hay café?

—Te lo hago en un momento. Son casi las dos.

Bufo por respuesta. Odio despertarme tan tarde, aunque nos acostáramos casi al amanecer. Siento que el día está casi perdido y me da rabia no haber aprovechado la mañana. Aun así, me ahorro el esfuerzo de quejarme porque la culpa es solo mía. Me siento en una silla a esperar el café y es entonces cuando Raúl entra. Él ya está despejado, así que la voz que oía antes sí que sería la suya, también.

—Buenos días, primita —dice con una sonrisa—. ¿Mucha resaca?

—En realidad, no. Apenas bebí —admito—. ¿Tú?

—Nada que no se cure con una tarde de Netflix y mucha agua. ¿Os quedáis a pasar el día?

Miro a Gabriel, que se encoge de hombros, dejándome la decisión a mí. Podría decir que en mi piso estaría más cómoda, pero es cierto que siempre acabamos allí y quizá a él le guste estar en su piso algún domingo, así que sonrío y le digo a Raúl que sí, que nos quedamos.

—Genial, pues pedimos pizza o alguna porquería para comer más tarde, porque yo ni hambre tengo. ¿Os parece?

Los dos estamos de acuerdo. Ahora mismo no puedo ni pensar en comer. Solo quiero café y agua y, en cuanto Gabi me sirve, me voy con mi taza y mi vaso al sofá. Me arrebujó en una esquina y dejé que los chicos elijan qué ver. Me encantaría ver una peli de terror para despertarme un poco, pero cuando lo sugiero Gabriel traga saliva y Raúl dice que ni de coña, que su primo está enamorado, pero él no tiene por qué darme el capricho. Yo me lo tomo a risa, los llamo cobardes, ellos asumen mis bromas con buen humor y, al final, ponemos una película pastelosa de Navidad. No son mis favoritas, pero a los chicos les encanta. Este piso es un poco el mundo al revés.

En algún momento de la peli me quedo dormida y me despierto solo cuando oigo el timbre de la puerta. Entreabro los ojos y veo a Gabriel acariciando mis pies en el sofá. En pocos segundos Raúl entra en el salón acompañado de una Judith, que trae una bandeja de pasteles y la cara un poco roja.

—Hola, chicos. Vengo a pedir disculpas por lo de anoche.

—Vaya la que liaste, mona —dice Gabriel riéndose—. Te perdonamos porque traes pasteles. ¿Hay palmera de *Kinder Bueno*? Espero que sí.

Judith no contesta, pero me mira con una carita de cordero degollado que despierta mi compasión de inmediato.

—Tranquila, cielo. Todos tenemos noches malas.

—Ya, pero es que yo lo recuerdo todo y... Me arrepiento muchísimo, de verdad. Me caes muy bien y espero no haberte ofendido con mi comportamiento.

Es curioso cómo la bebida cambia nuestra percepción del mundo e, incluso, nuestra forma de ser. En el caso de Judith, creo que el alcohol la ayuda a desinhibirse hasta un punto y, pasada esa línea, empieza a desfasar y libera todo lo que guarda dentro, que ha de ser mucho. En realidad, me da mucha pena que se sienta tan cohibida en su día a día, sobre todo porque sé que parte de esa actitud viene de la cautela que ha aprendido a tener por su relación, o no relación, más bien, con Daniel. Se ha acostumbrado a tragarse sus sentimientos y eso no es sano.

—No me ofendiste. De hecho, me reí mucho y lo pasé genial con todo el grupo.

—Cuando pienso que tuvisteis que llevarme en taxi a mi casa...

—Bah, tenías que ver cómo he llevado a Juani a su casa más de una vez — contesto sonriendo—. Por cierto, debería llamarlo para ver cómo acabó su noche.

—Se lio con Roberto —dice Judith.

—¿En serio? —pregunta Gabriel antes de soltar una carcajada—. Qué cabrones, cómo se lo montan. Literalmente, además.

Me río y les digo que no me extraña nada que se hayan liado. Mi amigo es una persona que vive el sexo con total libertad. No necesita tener ningún lazo emocional con la otra persona. Está a favor de utilizar el sexo como desahogo y para disfrute corporal sin que eso signifique que la relación con la otra persona vaya a ir a más. Y normalmente me parece bien su teoría, pero ahora tengo un poco de miedo, porque no quiero que lo suyo con Roberto acabe mal, por lo que sea, y sentirme violenta cada vez que tenga que verlo. Sé que es independiente, que lo que hagan como adultos solo les incumbe a ellos, pero, aun así, me hago una nota mental para tener una charla con mi amigo.

Nos comemos los pasteles mientras Judith nos cuenta que sabe todo esto porque ha hablado con Dani, que la ha llamado para saber cómo estaba de la borrachera y por qué no lo esperó para que la acompañara a casa.

—¿Se ofreció? —pregunto—. ¿Y por qué no esperaste?

—Porque estoy cansada de esperarlo para todo.

La respuesta nos deja un poco cortados a los tres. Raúl hace una broma para distender el ambiente y nadie vuelve a sacar el tema, pero, cuando se va, el primo de Gabriel nos mira con un poco de preocupación pintándole el rostro.

—Está a nada a de estallar y soltárselo todo. Alguien tiene que hablar con ella.

—¿Por qué? A lo mejor necesita desahogarse de una vez por todas —la defiendo.

—Si estalla y sale mal, los que nos perjudicamos somos nosotros —dice Gabriel.

—Eso es muy egoísta —le recrimino—. No puedes pensar en ti por encima de ellos.

—No pienso en mí, nena. Pienso en el grupo.

Frunzo el ceño. Yo eso no lo entiendo. Es verdad que me he hecho una nota para hablar con Juani acerca de que tenga cuidado con el tonto, lío o lo que sea que se traiga con Roberto, pero lo de ellos es distinto. Están hablando de

aconsejar a su amiga que siga callando en pro del grupo, y no creo que sea justo ni para ella, ni para el propio Daniel, ni para el grupo. Hago saber mi opinión y, al final, los dos me dan la razón.

—Pero si estalla de mala manera... —insiste Raúl.

—Entonces quizá lo que necesita es alguien que la ayude a dar los pasos que quiere dar en la dirección correcta, ¿no? —sugiero.

—Supongo —murmura Gabriel—. Hablaré con ella.

—Y yo prepararé el terreno con Daniel, por lo que pueda pasar —dice su primo.

Me quedo un poco más tranquila, porque son buenos chicos, aunque a veces se ofusquen. Pedimos la cena, aunque apenas pruebo bocado y, cuando hablo de marcharme a casa, Gabriel dice que me lleva en el coche para que no tenga que coger un taxi vestida con su ropa, o con mi ropa de ayer. Accedo y, cuando sale de su habitación, a donde ha ido a por las llaves, lo veo con una mochila puesta.

—He cogido algo de ropa para pasar la noche contigo, si te parece bien.

Sonrío por respuesta, porque estoy deseando que duerma conmigo, aunque mañana tengamos que trabajar. Por eso y porque detecto en su mirada las ganas que me tiene; o será que solo veo reflejadas las mías propias.

Nos despedimos de Raúl, salimos de casa y, ya en el coche, Gabriel me besa de esa forma que indica que quiere más, mucho más. Mi mano se cuela bajo su jersey y él gime en mi boca. Araño su pecho suavemente con mis uñas y paso mi otra mano por el bulto que evidencia su pantalón de deporte. Agarro su erección sobre la tela y la muevo un poco arriba y abajo. Él gime y deja mi boca para mordisquear mi cuello.

—Joder, tengo tantas ganas que te lo haría aquí mismo —murmura apretando uno de mis pezones por encima de la ropa mientras yo no dejo de acariciarlo.

Miro en derredor gimiendo. Estamos en un callejón cercano a su edificio y bastante intransitado.

La loca idea de ir más allá pasa por mi mente.

¿Y si...?

—¿Lo harías? —pregunto llevada por la excitación.

Gabriel se separa de mí lo justo para mirarme a los ojos. Supongo que quiere saber a qué viene mi pregunta, o si estoy hablando en serio. Yo, por mi parte, no digo ni una palabra, pero sé que ve en mi cara y en mis ojos todo lo

que necesita para subir mi jersey, que sigue siendo el suyo, hasta mi cuello, y mordisquear mi pezón derecho por encima del sujetador arrancándome un gemido. La excitación entre mis piernas ha crecido tanto que temo manchar incluso el pantalón por la humedad. Necesito que Gabriel me toque de manera desesperada y, aunque intento ser paciente, acabo cogiendo una de sus manos y guiándola hacia el interior de mis braguitas. Él gime, baja mi sujetador y lame mis pezones mientras sus dedos llegan a mi clítoris y lo acarician haciendo que me anime aún más. Me arqueo contra su cuerpo, susurro su nombre y entreabro los ojos lo justo para mirar de nuevo en derredor.

—Dios, si viene alguien... —susurra, arrancándome un gemido y mirándome de nuevo—. Te pone eso, ¿verdad? —No puedo ocultar el rubor de mis mejillas, porque incluso yo estoy sorprendida de hasta qué punto me excita saber que pueden vernos en cualquier momento—. Joder, ven aquí.

Gabriel tira de mi cuerpo y me coloca sobre él a horcajadas. El claxon suena y los dos nos sobresaltamos antes de que él eche el asiento hacia atrás y nos deje un poco más de espacio. Mi entrepierna se aprieta ahora contra la suya y me muevo en círculos buscando una fricción que no llega del todo al tener la ropa puesta.

—Quítate el pantalón. Voy a follarte aquí mismo —susurra.

La Carmen fría, la serena y centrada jamás haría caso de una sugerencia así, pero siento que estoy muy lejos de ser esa Carmen. O mejor aún, que soy esa y, a la vez, esta que se excita ante la posibilidad de ser vista teniendo sexo en una vía pública. Eso es lo mejor de estar con Gabriel: al mismo tiempo que lo conozco a él, me voy conociendo más a mí misma.

Mi pantalón sale solo por una pierna, porque el frío y la comodidad hacen que decida dejarme la tela alrededor de la otra. A él no parece importarle, porque me acomoda sobre su regazo y, en cuanto abro un poco más las piernas, su dedo pulgar esquivo mis bragas y vuela a mi clítoris mientras dos más se cuelan en mi interior. Me susurra palabras sucias que me encienden aún más, me pide que me folle sus dedos, me habla de lo preciosa que estoy así, cabalgándolo y encendida por su culpa. Me murmura tantas cosas que, cuando el orgasmo llega, estoy segura de que ha sido, en parte, gracias a su don de palabra.

Y podría calmarme, ahora que he alcanzado el clímax, pero cuando mis ojos se abren y se encuentran con los suyos, lo único que tengo claro es que quiero más. Quiero más aquí y ahora, así que no dudo a la hora de bajarle el

pantalón y el bóxer lo justo para liberar su erección y metérmelo yo misma con lentitud.

—El condón, nena —gime con la mandíbula tensa por el placer.

—No lo necesitamos —susurro.

Gabriel sabe que tomo la píldora y, aun así, jamás me ha pedido hacerlo sin preservativo, aunque sí dejaba claro que se preguntaba cómo sería sentirme piel con piel y, a menudo, jugaba a masturbarse con mis labios vaginales, llevándonos a ambos a la locura. Ahora, sin embargo, todo es distinto. No está restregándose con mi entrada, sino dentro, llenando cada pliegue de mi sexo con el suyo y haciéndome gemir de placer por sentirlo tan caliente, tan real, tan él...

—Joder, joder... cariño...

No dice más, pero lo entiendo, porque las palabras a mí ni siquiera me salen. Lo beso y me muevo mientras él se aferra a mis caderas y me ayuda a seguir el ritmo. Cuando noto que su cuerpo empieza a tensarse llevo mi propia mano a mi clítoris para acelerar mi orgasmo y él, al darse cuenta, la sustituye por sus dedos. Entierro la cara en su cuello y dejo que me colme de placer, de nuevo, mientras nos elevamos hacia un orgasmo que, cuando llega y estalla, nos hace gritar de satisfacción. Mi respiración se corta tan radicalmente que, cuando vuelve, lo hace en forma de jadeos erráticos para recuperar el aliento. Gabriel aún está dentro de mí, siento su erección perder fuerza, pero todavía no me muevo. Al contrario, me mezo un poco y hago que nuestros últimos espasmos sean más intensos. Él besa mi cuello, mis pechos y, por último, mis labios, antes de mirarme a los ojos y mostrarme un cariño inconmensurable.

Acaricio sus mejillas, lo beso y sonrío en sus labios cuando acaricia mi costado y me hace cosquillas, porque sabe perfectamente que después del orgasmo me quedo sensible a más no poder.

—No sabía yo esta faceta tuya, oye... —susurra con una sonrisa—. ¿Lo próximo puede ser un probador de una tienda de ropa? Siempre me he preguntado cómo sería hacerlo ahí.

Me río, me levanto de su regazo y me muerdo el labio cuando veo cómo su semen pringa su ropa y una parte de la mía. Se ríe, se sube el pantalón y me dice que vamos a tener que darnos prisa en subir las escaleras de mi portal si no queremos que Gracia salga y lo vea con esa gran mancha en la entrepierna.

—Carmen —susurra cuando se limpia un poco con los clínex que tenemos y arranca el coche—. Gracias.

—¿Por qué?

—Por la confianza. Por estar a mi lado. Por todo.

Sé a lo que se refiere. Anoche dimos el paso de ser pareja de una vez por todas y hoy nos libramos del preservativo. Es como si, una vez que hemos decidido poner el motor en marcha, ya no pudiésemos pararlo. Sonrío, niego con la cabeza y acaricio su mano, que está posada encima de la palanca de cambios.

—Gracias a ti por hacer que desee dártelo todo y más.

Se incorpora, me besa con delicadeza y arranca para marcharnos a casa de una vez por todas. El camino es relajado, los dos sonreímos, pese a no hablar mucho, y cuando llegamos subimos deprisa para no encontrarnos con nadie. Una vez en casa decidimos darnos una ducha juntos y, ya desnudos, secos y limpios, nos metemos en mi cama y nos abrazamos con fuerza mientras el nórdico hace su trabajo y nos calienta.

No volvemos a tener sexo, pero es que los dos seguimos un poco resacosos y, además, la experiencia en el coche aún baila en nuestros cuerpos. En la vida pensé que me atrevería a hacer algo así, pero lo cierto es que, desde que conocí a Gabriel, he pensado y deseado hacer cosas que antes no se me pasaban por la cabeza. Y eso está bien, es una señal de que maduro, progreso y descubro cosas nuevas en mí misma que me gustan y con las que me siento cómoda.

Los minutos pasan, Gabriel se duerme, pero yo me siento incapaz, así que me levanto con cuidado, cojo mi bloc de dibujo, me pongo los auriculares y empiezo a trazar sin ton ni son. No tengo muy claro qué quiero hacer, pero cuando apenas llevo unos minutos me doy cuenta de que estoy dibujando el interior de un coche. Esbozo nuestros cuerpos dentro, pero no haciendo el amor como tal, sino vistos desde la parte trasera agarrados de las manos, cada uno en su asiento y mirando al frente, por el cristal, a un cielo plagado de estrellas. Por lo infinitas que parecen, será, y porque cuando estoy con él siento que podemos llegar a ser lo que nos dé la gana juntos.

Dibujó nuestras siluetas como si las viera desde atrás, mirando hacia el cristal y sin verles la cara. No me hace falta dibujar sus sonrisas para saber que existen. No necesito poner un corazón para que el dibujo muestre el enorme amor que se tienen. Basta con mirar los dedos entrelazados sobre la palanca de cambios.

Cuando lo acabo sonrío, lo arranco del bloc, lo doblo y lo meto en la

mochila de Gabriel, a modo de regalo. No sería capaz de dárselo en persona sin sentir la vergüenza atacarme un poco, así que decido hacerlo de corazón, porque quiero que sepa cómo le veo. Cómo nos veo.

Quiero que entienda que, si de mí depende, pasaremos mucho, muchísimo tiempo mirando las estrellas, ya sea desde su coche, mi piso o la propia calle. Donde sea, pero juntos.

Cierro mi bloc y guardo mis lápices deseando que ojalá nunca, jamás, tengan que dibujar sentimientos que reflejen rabia o dolor inspirados en Gabriel.

Ojalá cada vez que nos dibuje sea porque necesito plasmar la emoción que me embarga cuando lo miro y los sentimientos que provoca en mí solo con mirarme.

Ojalá nuestros dibujos solo provoquen sonrisas infinitas.

Gabriel

No veo el dibujo de Carmen hasta que no llego al trabajo, porque se ha encargado de dejarlo en un bolsillo que solo abro para dejar la cartera antes de ponerlo todo en la taquilla. No tengo mucho tiempo de estudiarlo detenidamente, pero lo hago lo justo como para sonreír toda la mañana. Cuando paro a comer vuelvo a sacarlo de la mochila y lo observo de nuevo. Algo así no debería estar doblado en una mochila. Y no me refiero solo a este dibujo, sino a todos. Carmen tiene algo especial a la hora de dibujar y debería sacarle el máximo partido, porque además se nota que disfruta haciéndolo. Si por mí fuera, haríamos una exposición de sus obras mañana mismo, aunque tenga que exponerlas en hojas de bloc, da igual, lo importante es que el mundo conozca la artista tan increíble que es.

El problema es que sé que ella no querría eso. De hecho, para ella sería un sufrimiento tener que exponerse. Y lo entiendo, pero me da pena, porque me encantaría gritarle al mundo lo valiosa que es, no solo como persona, sino también como artista.

—Por lo menos a vosotros os voy a enmarcar —murmuro mirando el dibujo—. Os pienso poner en el mejor sitio de la casa.

Lo guardo, me voy a comer y, al volver, le mando un mensaje a Carmen.

Yo: Me ha encantado mi regalo, Pastelito de fresa. Te veo cuando salga de trabajar.

Ella me responde pasado un rato riéndose por el apelativo y diciéndome que no tengo remedio. No hablamos más, porque estoy a tope, pero eso no impide que me pase las horas fantaseando con todo lo que pasó anoche. Si me hubiesen dicho alguna vez que Carmen iba a ser de esas mujeres que se excitan ante la posibilidad de que las pillen teniendo sexo, me habría reído a carcajadas, pero lo cierto es que ayer ocurrió y fue tremendo. Imagino que será algo puntual, porque ninguno de los dos tiene mucho interés en recorrer la ciudad buscando sitios incómodos para echar un polvo rápido, pero como experiencia fue una maravilla. Hacerlo sin preservativo, además, nos hizo dar un paso más en esta relación. Porque ahora ya sí es una relación con todas las letras.

Cuando acabo con mi último cliente me cambio de ropa, salgo del trabajo y, ya llegando al coche, recibo una llamada de mi madre.

—Estamos en el centro tomando un chocolate caliente y churros. ¿Te vienes?

—Uf, no sé, son las seis ya. No sé si cuando llegue será todavía hora de comer churros.

—No hay una hora establecida para comer churros, hijo. Te los comes cuando te apetece y punto.

Me río y acepto, aunque eso suponga ir a ver a Carmen más tarde. Total, lo único que puedo hacer cuando voy a la tienda es charlar con ella los momentos en que no hay clientes, así que bien puedo entretenerme mientras llega su hora de salida.

Entro en la cafetería en la que me ha citado mi madre, casi media hora después, y la encuentro sentada con mi hermana, mi abuela y mi bisa.

—Hola, familia. —Sonrío y las beso antes de sentarme frente a todas y pedir una taza de chocolate—. ¿Cómo va el lunes?

—Eso deberíamos preguntarlo nosotras —dice mi madre con una media sonrisa que me hace fruncir el ceño.

—Bien, gracias. Bastante tranquilo.

—Claro, para movidito ya estuvo el finde.

Miro a mi abuela y entrecierro los ojos un segundo. Vale, alto ahí, esto es una encerrona y yo, que soy tonto, he caído sin siquiera dudar de sus intenciones de invitarme a merendar sin más.

—De acuerdo, ¿quién de vosotras va a soltarlo? —pregunto.

Mi madre se echa hacia delante, como si fuese a contarme un gran secreto, y se lanza.

—Pues es que te han visto con una muchacha este finde. Muy guapa, muy morena, con unos ojos muy grandes y una sonrisa más grande que los ojos.

—Y con su lengua en tu boca, también te han visto.

Esa es mi hermana, que de filtro va un poquito más justa. Cosas de la juventud y de nacer en esta familia. Se junta todo.

Mi abuela y mi bisa sonrían y esperan mi respuesta como quien está a punto de escuchar que va a recibir una cantidad ingente de dinero. Ellas, que están locas por verme con novia, acaban de coger una presa que no van a soltar fácilmente.

—¿Y puedo saber quién ha dicho eso? —pregunto antes de confirmar o negar nada.

—No podemos revelar nuestras fuentes.

Mi bisabuela me mira muy digna y muy en su papel, que para eso es una fiel seguidora de los programas del corazón y sabe que eso de no revelar fuentes está muy de moda y queda muy bien decirlo siempre.

—Ha sido Raúl —contesto con tono aburrido, o fingiéndolo, al menos, porque lo conozco y sé que seguro que ha sido él.

No me equivoco, porque mi madre, mi abuela y mi bisa disimulan un poco, pero mi hermana frunce el ceño y resopla, como si le fastidiara que me haya cargado parte del plan.

—Da igual quién haya sido. ¿Es verdad o no? —pregunta mi madre.

—¿Me vais a creer si digo que no?

—No —contestan todas a la vez.

Me río y me encojo de hombros. Lo suponía, mi primo tendrá muchos defectos, pero no es mentiroso. Ellas saben que, si ha ido con el chisme, es porque es cierto. De ser otro tipo de persona me ofendería y hablaría con él al llegar a mi piso, pero la verdad es que a mí me da igual aceptar que estoy con Carmen. De hecho, me enorgullece bastante tener una novia como ella, así que sonrío, saco mi móvil y entro en la galería para buscar alguna foto suya. Doy con una que le hice anoche mismo, con las luces navideñas detrás. Tiene la nariz roja, pero su sonrisa es amplia y sus ojos brillan de una forma especial. Podría decirse que es por la Navidad, pero se la hice poco después de que me dijera que sí quería ser mi chica, así que me gusta pensar que sale así de radiante por eso. La pongo frente a mi familia y sonrío, orgulloso.

—Muy bien, os presento a Carmen, mi chica.

—¿Tu chica? Ay, señor, que vas en serio y todo. —Mi abuela sonrío emocionada pero contenida, como si temiera asustarme y que rectificara.

—Voy muy en serio —admito—. De hecho, es ella la que se ha resistido un poco, pero anoche admitió de palabra que somos pareja, así que no veo por qué tengo que ocultarlo más.

Los churros llegan en ese momento, yo suelto el móvil en la mesa y, en cuanto ataco el primero, las mujeres de mi vida se dedican a pasarse la foto de mi chica y a comentar lo preciosa que es. Les digo que, como persona, es aún mejor, y ellas sonrían y me hacen un millón y medio de preguntas en menos de una hora.

—Tienes que traerla este domingo, Gabi. Haremos una comida y así la conocemos.

—Uy, eso es mucho correr —digo riéndome.

—¿Pero no dices que estás seguro de estar con ella? —pregunta mi madre.

—Sí sí, si yo estoy encantado. Lo que pasa es que no sé si ella va a querer meterse en familia tan pronto.

—Pero si la conoces desde hace más de dos meses —sigue mi hermana, que se ve que para ella eso es un lustro, por lo menos.

—Ya, pero Carmen es de dar los pasos lentos y seguros.

—Puede dar los pasos tan lentos como quiera, pero en nuestra casa —dice mi bisabuela—. El domingo a las dos comemos. No se hable más.

Y claro, a ver quién le dice nada, con el genio que carga la señora cuando se le lleva la contraria.

Mi bisabuela es que es del pensamiento de que lo malo de ser la más mayor de una familia es que se muere antes (pensando con lógica) y lo bueno es que puede mandar más que nadie. Ella a esto último le saca todo el partido, que nadie sufra, que se lo pasa pipa poniéndonos en firme y, tal y como está su salud, yo diría que tenemos bisa para rato.

El resto de la merienda-cena se pasa en un abrir y cerrar de ojos y, cuando me despido de ellas, lo hago con la promesa de intentar convencer a Carmen para que vaya a la comida y con un poco de fatiga por la cantidad ingente de churros comidos, también.

Con la tontería casi es la hora de salir de Carmen y vuelo hacia la tienda. La saludo, igual que a Juani, y decido esperar a que estemos en su casa para sacar el tema.

Después de cenar, hacer el amor en el sofá y ducharnos, nos acurrucamos bajo la manta del sofá y nos ponemos una serie de Netflix. Hoy no me quedo aquí a dormir, así que el tiempo empieza a jugar en mi contra. Carmen está con la mosca detrás de la oreja, porque le he sugerido que pongamos la serie de Sabrina, la bruja. Pero no la adorable adolescente que veía yo en la tele cuando era más joven, no. La Sabrina esta es más oscura que el carbón y tiene unos momentos que a mí me ponen el corazón en la boca, aunque mi chica diga que no da miedo. No dará miedo a los corazones de hielo como ella, que están habituados a todo lo de terror, pero a mí la Sabrina me va a poner a tragar

techo toda la noche.

Total, que encima de no estar disfrutándolo, ella está mosqueada porque sabe que algo me traigo entre manos, claro, es que igual un poquito evidente, sí que he sido.

—Pues me lo he pasado bien hoy con mi madre, mi abuela, mi bisa y mi hermana —digo así, como quien no quiere la cosa, mientras la muchacha de la tele hace un conjuro. Todo muy normal.

—Me alegro, cielo —contesta ella sonriendo.

No me pregunta nada, sigue mirando la tele como si tal cosa y me doy cuenta de que esto no va a poder hacerse con sutileza, así que dejo las ramas y voy al grano.

—Mi primo Raúl les ha hablado de ti, ¿sabes?

Eso capta su atención de momento. Minipunto para mí. Chúpate esa, Sabrina.

—¿Y por qué tu primo habla de mí a nadie?

—No, pero no ha hablado mal.

—Da igual, no entiendo la necesidad de hablar de mí. ¿Por qué? ¿Para qué?

Bueno, pues esto no va a ser fácil. Ya lo esperaba, pero tenía la esperanza de que se lo tomara un poco mejor.

—Seguramente le sonsacaron un poco, no sé. De todas formas, tampoco tiene nada de malo que hable de ti o de mí. Si ya somos pareja, ¿no? Ahora no te echés atrás, *Tartita de queso*, que quedo yo de mentiroso y eso me jode mucho.

Pone los ojos en blanco por el apelativo, pero ni siquiera me riñe, como otras veces. Una prueba más de que el tema no está haciéndole ninguna gracia.

—¿Y qué ha dicho?

—Pues todo bueno. Que eres muy guapa y apañada. Nada que sea mentira, vaya. Están encantadas con la fama que te han dado.

Eso parece calmarla un poco e intento recordar que Carmen tiene una autoestima construida a base de pasitos pequeños y cualquier cambio brusco la desestabiliza. Intento no pensar que, bajo mi punto de vista, aún tiene que trabajar ciertos aspectos de la seguridad en sí misma, sobre todo porque no es algo en lo que yo pueda hacer nada, pero, a veces, cuando la veo sufrir por detalles como este, me jode no ser capaz de ayudarla tanto como me gustaría.

—Bueno, me alegra que al menos piensen bien de mí.

—Sí, sí, ellas están encantadísimas. —Sonrío, carraspeo, sonrío de nuevo y me lanzo porque, total, bien no va a caerle en ningún momento—. Quieren que vayamos a comer el domingo.

—¿A dónde?

—A su casa.

—¿La casa de quién?

Entrecierro los ojos, porque yo creo que está entrando en bucle. Está claro, ¿no? Aun así, sonrío. Yo sigo sonriendo porque soy de los que piensan que los temas tensos con sonrisas de por medio se llevan de otra manera.

—La de mi madre. Bueno, la de todas, porque viven todas juntas.

—A ver, Gabriel. ¿Qué les has dicho?

—Nada.

—No, nada, no. Algo habrás dicho cuando te han invitado.

Joder, qué lista es. Una cualidad que también me enamora, conste, pero es que en estos momentos me viene muy mal que sea tan avispada.

—Que te preguntaría.

—¿Que me preguntaría, o que intentarías convencerme? —Me quedo en silencio y ella se envara y vuelve a prestar su atención a Sabrina—. Ya sabes que yo, cuando no conozco a nadie, me tenso mucho.

—Ya, pero es mi familia. En algún momento tendrás que conocerlas, ¿no?

—Empezamos a salir ayer, Gabi.

—No, no, ayer pusimos la etiqueta. Esto empezó hace más de dos meses.

—¡Eso no es nada!

—¡Pregúntale a mi hermana! —Vale, la respuesta no ha sido la más madura, pero es que cuando se pone a retarme me pongo nervioso y acabo metiendo la pata—. ¿Tan malo es ir a comer y conocerlas?

—No me gusta conocer gente nueva.

—Es mi madre, y la madre de mi madre, y la madre de la madre de mi madre. Y mi hermana. No son desconocidas. —Ella frunce los labios y entrecierro los ojos, porque me parece ver una pequeña sonrisa—. ¿Qué te hace tanta gracia?

—Nada, que podrías haber dicho que son tu hermana, tu madre, tu abuela y tu bisabuela, pero eres enrevesado hasta para lo más simple.

—No hablemos de caracteres complicados, mejor, que te llevas la palma con diferencia, *Melocotoncito*.

—Te juro que como sigas utilizando esos apelativos vas a quedarte sin

novia antes de llegar a los seis meses.

Me callo unos instantes porque es hora de valorar su humor. No es especialmente malo, contra todo lo que yo pudiera pensar, así que decido apretar un poquito más las tuercas.

—Yo, si me dijeras que quieres que coma con tu familia, estaría encantado.

—No quiero que comas con mi familia.

—Hay que ver lo repelente que eres cuando quieres, ¿eh? —Ella vuelve a reírse un poco y yo pellizco su costado con cariño—. Venga, va. ¿Qué te cuesta?

—Gabi...

—Si vienes, te deberé una inmensa. Haré lo que me pidas.

—No quiero que hagas nada.

—Seré tu esclavo. Te haré la cama una semana.

—No.

—Pues te haré sexo oral una semana entera sin pedir nada a cambio.

—No.

—¿Sexo oral y la cama?

—No.

—Te compraré un vibrador nuevo.

—¡No! —Se ríe, pero sus mejillas se encienden.

—Te llevaré a los probadores de una tienda y te haré de todo.

—Eso es una fantasía tuya, no mía.

—Me lo estás poniendo muy difícil, Carmencita. Muy difícil. —Resoplo frustrado y miro al frente, donde las tías de Sabrina están haciendo algo desagradable y oscuro. Frunzo los labios y utilizo la carta ganadora, mal que me pese—. Organizaré en el piso una maratón de películas de terror. —Eso capta su atención. No la miro, pero lo sé.

—Y Raúl también estará.

—Joder, qué sádica eres cuando quieres. ¡A él no le gustan!

—A ti tampoco, y el que se ha ido de la lengua es él, así que esa es mi condición. Iré a comer con tu familia si tu primo y tú os sometéis a una maratón de un día entero de películas de miedo.

—Una tarde y con derecho a descansar media hora para tomarnos una tila o algo.

Carmen suelta una risita, se tira sobre mí y me besa la mejilla con fuerza.

—Cuatro pelis.

—Tres.

—Tres y el capítulo piloto de *American Horror Story*.

—Qué bonito, el nombre. Suena como a dulce, ¿no? —comento con ironía.

—Es el trato, campeón. O aceptas, o nada.

Pienso en las posibilidades que hay de que Raúl me mande a la mierda, que son muchas, pero también en las que hay de que acepte por haberse ido de la lengua y porque no le conviene tenerme a malas. Al final, tras unos minutos, decido que lo mejor que puedo hacer es ceder, porque, total, ella nunca va a ver la hora de quedar con mi familia sin pedir algo a cambio y yo, ya que me he comprometido, quiero hacerlo. Además, joder, que quiero que vean la persona tan maravillosa que es cuando no se pone como ahora.

—Vale —murmuro—. Trato hecho.

—Bien. La maratón será el sábado.

—¿Este sábado? —pregunto con gallito incluido, porque no esperaba yo que fuese tan rápida la cosa.

—El domingo es la comida y quiero asegurarme de que cumplís vuestra parte del trato.

—No sé yo, ¿eh? Igual Raúl tiene planes.

—Es lo que hay, amorcito. Es lo que hay...

La miro mal y suspiro con fingido cansancio.

—¿Sabes lo peor de esto? —Ella me mira elevando una ceja de modo interrogativo y yo la repaso de arriba abajo mordiéndome el labio—. Que hasta en plan chantajista me pones como una moto.

Carmen suelta una carcajada en el momento en que me tiro encima de ella. Patatea, grita y se retuerce, pero después del segundo beso me hace girar en el sofá, se sube sobre mí y me hace sentir, una vez más, el placer más primitivo del mundo.

El trato está sellado. Ahora solo falta que mi familia se comporte y ella no huya despavorida después de la comida.

Me miro el maquillaje una vez más en el espejo del coche. No es excesivo, yo no suelo maquillarme mucho, pero no sé si me he pasado un poco con el colorete. Siendo tan morena...

Mi ropa, por otro lado, me convence. Bueno, ahora me convence porque no me queda más remedio ya que estoy de camino, pero me he pasado la semana pensando qué me ponía para no dejar de ser yo misma y, al mismo tiempo, causar una buena impresión. Que no es que de normal vaya hecha un desastre, pero no me parecía bien presentarme delante de la familia de Gabriel en zapatillas y vaqueros. Al final llevo unos botines de tacón alto cerrados porque el día está lluvioso, unos vaqueros ceñidos con algún parche deshilachado, una blusa roja con semitransparencias en los hombros y un abrigo negro de paño que queda bien con todo. Me he hecho una coleta porque ya intuía que, con la humedad, el pelo suelto iba a darme más quebraderos de cabeza que otra cosa, y me he puesto unos pendientes cortos con un brillito muy disimulado. Nada fuera de lo común, pensarás, y tienes razón, pero es que estoy tan nerviosa que no dejo de repasarlo todo una y otra vez. El *eyeliner* por lo menos está bien esta vez, que ya es un avance. Y solo me ha costado veinte minutos hacer las dos líneas iguales.

—Ya estamos —dice Gabriel aparcando en una calle de casas adosadas.

Yo pensaba que vivirían en un piso, no sé por qué, y cuando me dijo que no, que viven todas juntas en una casa, me puse aún más nerviosa. No tiene lógica, lo sé de sobra, pero así soy yo. Llevo una semana entera buscando cualquier excusa para negarme a venir. Solo paré ayer, cuando vi a Raúl y Gabriel tragar saliva y aguantar su parte del trato sin protestar, como dos campeones. Bueno, Raúl refunfuñó un poco al principio y dijo que no creía que mereciese tanto castigo por haber dicho algo que, tarde o temprano, iba a saberse, pero no cedí y, al final, aguantó como un valiente la maratón sin problemas. Con muchas cervezas encima, eso sí.

—Va a ir bien, *Tartita de zanahoria*.

Gabriel palmea mi muslo y yo me río sin remedio.

—¿Podrías, al menos, dejar de llamarme con nombres de postres?

—Es que son los más apetecibles. Además, eso es una falacia porque

también te he dicho «Melocotoncito». Son apelativos dulces porque no me imagino llamándote Potaje, pero si lo prefieres...

—¡No! —exclamo riéndome—. Quiero que me llames Carmen.

—No puede ser. Los novios no se llaman por los nombres.

—¿En qué mundo?

—En el mío, nena, en el mío.

Me muerdo una sonrisa. Ay, ese «nena» sí que me gusta...

Bajamos del coche y nos encaminamos hacia la casa. Observo maravillada las luces que cuelgan de los balcones y, cuando entramos y veo un trineo tirado por un Papá Noel enorme en el césped, me río, porque esta decoración navideña es lo más parecido que he visto nunca a esas películas típicas americanas donde tienen, incluso, tapetes navideños en los baños.

Dios, espero que no tengan tapetes navideños en los baños.

—¿En qué piensas? —pregunta Gabriel a mi lado.

—¿Eh? Nada, es una casa preciosa. Os gusta mucho la Navidad, ¿no?

—Es preciosa. Todo el mundo se besa, se abraza y ve películas bonitas. Bueno, todo el mundo menos tú, pero tranquila, que yo te quiero igual o más.

Me río, pero en mi interior algo cosquillea con sus últimas palabras. No tenemos quince años, así que no espero un «Te quiero» rotundo y en un momento ideal, pero reconozco que todavía no nos hemos dicho esas palabras, aunque Gabi suelte cosas así todo el tiempo. No sé si es una forma de hablar o de verdad se refiere a querer de... Bueno, de amar.

Sé lo que siento yo, sin duda, pero soy demasiado cobarde para dar el primer paso. Una vez más.

Me sorprende que Gabriel no toque al timbre, no sé por qué esperaba que el encuentro sería aquí, cuando alguien nos abriera, pero en cambio se saca del bolsillo las llaves y abre él mismo. Da un paso hacia el interior y, cuando ve que no lo sigo, tira de mi mano y me mete con suavidad, pero firmeza. Se lo agradezco, porque tengo la sensación de que voy a ir envarándome cada vez más.

—Mujer, ni que fuera esta la casa de las tías de Sabrina —susurra—. Ahí sí que entendería esa cara, pero aquí somos muy normales, te lo prometo.

Sonrío un poco, pero estoy tan tensa que no me relajo ni con sus chistes. Nos adentramos por un pasillo y dejamos a nuestra izquierda una escalera adornada con tiras de colores y luces parpadeantes. Es casi una invitación a subir, o huir...

El sonido del fondo me obliga a dejar de lado mis fantasías. Los nervios forman fila en mi estómago y, cuando Gabriel me mete en una gran cocina de estilo americano, estoy casi segura de que vomitaré antes de poder decir «Hola».

La parte buena es que no ha pasado eso que tanto temía yo. No han interrumpido su conversación para mirarme fijamente. La parte menos buena es que están peleándose a los gritos.

—¡De toda la vida los callos llevan carne! Si quieres comer garbanzos con hierba me parece divino, pero no lo lames callos —dice la más mayor.

Es raro, porque, pese a ser evidente que es la más mayor, no tiene aspecto de anciana, como tal. Es delgada, tiene el pelo negro y las facciones muy marcadas, pero sus ojos muestran una viveza que la hace parecer más joven. Debe de ser la bisabuela, teniendo en cuenta que las otras tres son más jóvenes.

Aprovecho la discusión para fijarme en ellas y me sorprende ver el paso del tiempo en presente. La hermana de Gabriel tiene veintitrés años y se parece mucho a él, pero sobre todo a las mujeres de su familia. Morena, de ojos grandes y piel tersa, tiene una mirada intensa, como si descubriera el mundo a cada paso que da. Su madre no parece una madre. No sé si alguna vez podré pensar en esta mujer como en la madre de mi novio. Casi pasarían por hermanos, y sin el casi. Tiene prácticamente el mismo rostro y complexión que su hija, pero, si te fijas, en los extremos de sus ojos ya hay pequeñas arrugas, señal de que el tiempo no perdona a nadie. Luego está la abuela, que es una copia más, pero un poquito más envejecida, y por último la bisa, a la que ya he descrito.

Es como mirar la misma foto con cuatro filtros diferentes.

—Que sí, que es tu casa, son tus callos y cocinas como quieres, pero no te quejes cuando luego no me los coma.

—¡Qué hartita me tienes, criatura! ¡Qué hartita!

—¡Buenas tardes, familia! —dice Gabriel con una sonrisa, como si no le incomodara lo más mínimo interrumpir una discusión—. Me encantan los callos para comer.

—Pues te puedes comer tu plato y el mío —dice su hermana mientras sale de detrás de la isleta y se viene derecha hacia mí.

Tan derecha que, por un momento, pienso si no debería asustarme, pero ella sonrío, se mete su largo flequillo moreno detrás de la oreja y me zampa un

abrazo que me hace poner cara de circunstancias.

—Bienvenida a la familia, Carmen. —Parece tan feliz que no puedo evitar devolverle la sonrisa.

—Gracias. Eres Emma, ¿verdad?

—Sí. Es el único nombre que tienes que aprenderte. —Señala a su madre, su abuela y su bisabuela, que justo se acercan en este momento—. Ellas son Gabriela. Todas ellas.

—Encantada —susurro mientras doy un tímido paso en su dirección—. Es un placer.

Las tres Gabrielas me acogen entre sus brazos. Al mismo tiempo. Es una locura, jamás pensé que sería así, pero, pese a todo, reconozco que estoy sorprendida para bien. Me abrazan, me dan besos intensos en las mejillas y me dicen lo guapa que soy y lo contentas que están de conocerme.

—Venga, venga, mejor la soltáis antes de empezar a buscarle piojos, que os estáis pasando un poquito con las confianzas.

Me río con las palabras de Gabriel y dejo que me acoja en su costado. Cierto es que me he sentido arropada con la bienvenida, pero también un poco abrumada, y creo que él se ha dado cuenta.

—Ay, hijo, qué picajoso eres. ¡Para una que traes a casa! Normal que estemos emocionadas —dice su abuela.

Me muerdo una sonrisa y lo miro. ¿Soy la primera que entra en su casa? Siempre di por hecho que, antes de mí, ha habido otras novias. O sea, sé que las ha habido, porque Raúl una vez habló de una chica que, al parecer, lo mangoneaba a su antojo, pero quizá solo la conoció su primo por ser parte del mismo grupo de amigos y su familia se quedó fuera.

Intento no pensar que eso convierte lo nuestro en algo más especial, pero lo pienso.

—¿Quieres tomar algo? Tenemos cerveza, vino, refrescos, zumo... ¡Lo que te apetezca!

—Una cerveza estaría bien.

Apenas tengo tiempo de decirlo, cuando Emma, su hermana, me coloca una en las manos.

—Pasad, sentaos en la mesa de la cocina, comeremos aquí, como solemos hacer siempre —dice su madre.

—Al principio pensamos en montar el salón —confiesa su bisabuela—, pero no queríamos que te sintieras incómoda y hemos preferido darte la

bienvenida a nuestra casa enseñándote cómo somos por norma general. Comemos en la cocina porque es lo bastante grande y no hay que dar tantos paseos con los platos.

Me río y le doy las gracias por hacerlo todo de la forma más sencilla posible. Admito que ha sido un acierto, porque creo que me hubiese tensado mucho más en un ambiente serio y demasiado organizado. Más aún en estas fechas.

La comida va bien, dentro de lo que cabe. Yo no dejo de lado mi tensión por completo, pero no es por ellas, sino por mí. Son intensas, hablan muchísimo y les encanta pisarse unas a otras, lo que hace que intente seguir el hilo de la conversación constantemente y, por desgracia, no siempre lo consigo.

Aparte de eso, no dejan de poner comida delante de mí. El aperitivo, los famosos callos, que han desatado otra guerra porque Emma no quiere comer carne, el postre, unos licores acompañados de frutos secos... ¡Es exagerado! Y me parece de tan mal gusto decirles que no me apetece que estoy considerando seriamente la posibilidad de explotar como una palomita de maíz.

Gabriel, por su lado, come, se ríe y me mete en la conversación constantemente para que no me sienta apartada. Se lo agradezco, pero, aun así, no consigo sentirme cómoda al cien por cien. La culpa no es suya, ni de su familia. Es mía y de lo acostumbrada que estoy a centrarme en mí y en la poca gente que me importa. Incluso mis comidas familiares son mucho más tranquilas que esta, y eso que tengo dos hermanos. No es que seamos aburridos, pero sí más... fríos, si se le puede llamar así. Nos adoramos, pero no de una forma tan evidente e intensa.

—¿Quieres otro trocito de tarta de manzana? Has comido poco, niña, así te vas a quedar en los huesos.

—Déjala, bisa —dice Gabriel—. Si no quiere más, que no coma.

Le agradezco el gesto con una caricia por debajo de la mesa con disimulo y él pasa un brazo por mis hombros y besa mi sien sin disimulo ante la sonrisa de las mujeres de su familia.

Dos horas después, cuando hemos tomado café y mi agobio empieza a ser palpable, Gabi se despide de ellas y me saca de allí prometiéndome que esta

noche me hará un montón de guarradas para premiarme por haberme portado tan bien. Suelto una carcajada, le digo que las guarradas siempre son bien aceptadas, pero que ha sido un placer conocer a su familia, y nos vamos a mi apartamento donde, en efecto, nos entretenemos un buen rato en hacer cosas del todo indecentes.

Cuando acabamos, él está tan cansado que se duerme enseguida. Yo, en cambio, necesito relajarme. No es que el sexo no lo haya conseguido, pero una ducha caliente, una infusión y mi bloc acabarán por hacerme conciliar el sueño.

Lo hago todo en ese orden y, mientras realizo trazos de un mar con luna llena incluida, no dejo de pensar en lo bien que ha llevado Gabriel mi tirantez. No ha dicho una sola palabra, aun cuando sabe que he tenido momentos de agobio. No me ha recriminado nada, al revés. Suspiro y pienso en Nando y en lo mucho que le gustaba echarme en cara que no me relacionara con su gente tanto como a él le gustaría. El problema es que yo no gustaba a su familia y ellos, a mí, tampoco. Cada vez era más evidente y llegó un momento en que, simplemente, dejé de intentar agradecerles. Creo que ellos llegaron a la misma conclusión y por eso nunca terminamos de encajar.

Viéndolo ahora con perspectiva, ni siquiera Nando y yo terminamos de encajar pese a todos los años que estuvimos juntos.

—¿Estás bien?

Me sobresalto y miro hacia atrás. Gabriel se apoya en el quicio de la puerta del dormitorio y me mira con ojos hinchados y el pelo despeinado. Está desnudo y no puedo evitar distraerme un poco. Sonríe de medio lado, pero es una sonrisa comprensiva, como si quisiera decirme que se da cuenta de mi agobio y está bien, no pasa nada. Eso es lo que quiero pensar.

Me levanto, dejo el bloc sobre la mesa y voy hacia él. Cojo su mano y tiro de su cuerpo hacia la cama. No hacemos el amor, solo nos tumbamos y nos miramos. Me gustaría decirle que le agradezco los esfuerzos que hace por integrarme en su vida, pero que pienso que nunca podré sentirme cómoda del todo.

Me gustaría hacerlo, pero sé que le dolería, así que decido callar. Total, tampoco tengo la verdad absoluta de las cosas. Quizá, después de todo, consiga empezar a disfrutar de los grupos grandes de amigos y las familias intensas.

Ojalá que sí. El cielo sabe cuánto lo deseo.

Pasan algo más de dos semanas hasta que me doy cuenta de que ese deseo no se va a cumplir. Estamos a veinticinco de diciembre y mi cabeza está a punto de estallar, en parte por la resaca. En gran parte por la resaca, lo admito, pero también por la vorágine de fiestas en la que hemos entrado casi sin darnos cuenta.

Bueno, mentira, yo no me he dado cuenta, pero Gabriel está más que acostumbrado y, al parecer, su vida es así todas las navidades. Siempre, pero en Navidad, más.

No hemos dejado de quedar con amigos, familia y conocidos suyos para salir por ahí, tapear, cenar, bailar, ir al cine, hacer senderismo y mil cosas más. Los planes son infinitos y variados, sí, pero siempre en grandes grupos, algo que me deja emocionalmente agotada.

Sé que no es culpa de Gabriel, lo sé, pero tampoco es mía. No puedo sentirme mal por estar harta de todo esto. Quiero que la Navidad acabe, que llegue enero y la calma vuelva a nuestras vidas. Y lo peor de todo, sin ninguna duda, es que empiezo a preguntarme si nuestras vidas serán así desde ahora. Y no me refiero solo a estas fiestas, si no a siempre.

Siempre he sabido que Gabriel necesita tener a su gente al lado para ser feliz, pero no era consciente de hasta qué punto precisa de ellos en su día a día. Son un *pack* y yo no sé si puedo formar parte de él. Ni siquiera sé si me apetece, lo que me hace sentir fatal, porque al mismo tiempo que crecía esta necesidad de dar un paso atrás y encerrarme en mí misma, he ido reafirmando el amor que siento por él.

No le digo nada, sé que no es justo hacerle renunciar a su gente por mí y tampoco podría vivir con el remordimiento, pero que no busque momentos para estar nosotros solos más a menudo me hace fruncir el ceño y mi autoestima empieza a sufrir algún que otro golpe.

A lo mejor no se divierte tanto conmigo como con ellos, pienso a veces. Intento rectificar y convencerme de que no es así de inmediato, eso sí. Gabriel me lo diría si se aburriera. Puede que tenga muchos defectos, pero la sinceridad es una de sus grandes virtudes.

—Voy a ir a casa a ducharme y así me visto directamente con la ropa de esta tarde.

—¿Esta tarde? —pregunto—. ¿Qué pasa esta tarde?

—Vamos a casa de mi madre para recoger los regalos de Papá Noel. Te lo dije hace días, *Galletita de chocolate blanco*.

—No es verdad —contesto frunciendo el ceño.

—Por supuesto que lo es. Te lo dije mientras tomábamos café con los chicos.

Puede que sea cierto, porque últimamente, en esas reuniones, me concentro tanto en imaginar que estoy sola en cualquier otra parte que le doy la razón a todos los que me hablan para que me dejen un poco en paz. Suena fatal, lo sé, pero es la realidad que vivo estos últimos días, aunque no me guste.

—¿Tardaremos mucho? Tengo migraña —miento. Otra de las cosas que hago últimamente.

Él me mira muy serio unos instantes, pero al final niega con la cabeza y sonrío.

—Te prometo que tardaremos lo menos posible.

Sonrío un poco, pero los dos sabemos que no estoy muerta de ilusión.

La entrega de regalos es bonita, agradezco en el alma que me mimen tanto, son unas grandes mujeres y les he cogido mucho cariño, pero eso no evita que quiera irme a casa y descansar a solas. Cuando salimos de allí y Gabriel me habla de pedir chino, hago aparecer a esa Carmen arisca que no me gusta demasiado, pero me parece necesaria en algunos momentos.

—La verdad es que preferiría dormir sola hoy, si no te importa. La migraña no me deja y pensaba darme una ducha y dormir hasta mañana en silencio.

Él se queda un poco cortado, pero acepta de buena gana y me cuenta un chiste sobre un pollo con migrañas. Me río bastante. Con Gabi siempre acabo riéndome, hasta en los peores días. Hoy es uno de esos. Necesito llegar a casa, ducharme, ponerme el pijama más viejo y raído que tenga y dibujar hasta que la tensión salga de mi cuerpo y me deje dormir en paz.

Hasta que el silencio me envuelva y me haga volver a sentir segura.

—Oye, para fin de año cenas con tu familia, ¿verdad? —pregunta Gabriel.

—Sí —contesto con una pequeña sonrisa—. Será algo tranquilo y luego me iré a dormir. ¿Tú al final sales con el grupo?

—Sí, si no sale un plan mejor, sí.

Detecto la insinuación. Las he detectado todas desde que empezaron las fiestas. Quiere conocer a mi familia y a mí me cuesta ceder, sobre todo en unas fechas tan señaladas. Y no es porque dude de nuestra relación, ojo. Es que no siento la necesidad constante de hacer a mi familia participe de lo que ocurre en mi vida. Quizá mi actitud sea errónea, pero mis circunstancias me han traído aquí. Gabriel necesita a los suyos constantemente para reafirmarse y yo, para sentirme segura, solo necesito sentir que mi espacio íntimo es sagrado y no se tambalea ante nada ni nadie.

Le presentaré a mis padres, lo haré porque quiero que conozcan el hombre tan maravilloso que es, pero no ahora. No en estas fiestas. En parte porque, si esto sale mal, que no lo sé, no quiero quedarme con la amargura de haber dado un paso tan importante en un día tan señalado. Creo que es más seguro hacerlo un día cualquiera de enero. Un día que pueda desterrar de mi mente si nosotros no salimos adelante como pareja, que ojalá que sí.

No son dudas, es mi forma de reafirmarme en esta relación y conmigo misma.

Apenas llevamos unos meses juntos. Tenemos tiempo de todo, no hay necesidad de correr, aunque Gabriel sienta que tiene que hacerlo todo cuanto antes, como si fuese a contrarreloj. No todos vivimos la vida con esa urgencia y me llevó mucho entender que está bien, no soy un bicho raro y, pese a ceder en algunas cosas, debo mantenerme firme en otras que son importantes.

Esta es una de ellas, aunque ver su mirada triste en algunos momentos me duela como puñales que se clavan en lo más hondo.

Gabriel

Muerdo con ganas un trozo de pastel y miro a mis amigos, que intentan animarme, aunque no funcione.

—Igual es verdad que está con migrañas, Gabi —dice Judith, siempre dispuesta a hacerme sentir mejor.

—Yo creo que está pasando de ti. —Este es mi primo Raúl, que no tiene ningún problema para expresar sus pensamientos, aunque sepa que me joden vivo.

—¿De verdad te estás rayando porque Carmen tiene migrañas a dos de enero? —pregunta Carla con mala cara—. Tío, a poco que haya bebido en fin de año, es lo más normal del mundo. Yo estoy aquí porque soy una kamikaze, pero en realidad debería estar en mi casa durmiendo la mona.

Sonríó un poco intentando convencerme de que tiene razón, pero la verdad es que, en mi interior, yo sé que no es nada de eso. Lleva rara muchos días. No sé si le pasa algo conmigo, con nuestra relación o es algo más complicado e interno, pero hay algo. Estoy seguro.

Sé que yo a veces peco de intenso, pero no veo raro querer pasar el día de año nuevo con mi novia. Ella, en cambio, lo debe de ver como un crimen, porque ayer cuando la llamé me dijo que estaba en la cama tumbada y que pretendía pasarse todo el día dormitando, así que era una tontería que fuera a su casa para nada. Para nada. Así me lo dijo, y se quedó tan ancha, ¿eh? No te creas que le dio un poquito de vergüenza y tal, que no. Ella es así de directa cuando tiene el día torcido.

Le pregunté si estaba enfadada y me dijo que no, que no le pasaba nada, pero por experiencia sé que cuando una mujer dice que no le pasa nada, es que le está pasando un mundo por dentro. Solo espero que ese mundo no tenga nada que ver conmigo.

Ayer, cuando se lo conté a mi primo, me aconsejó que pasara de ella. Que no le escribiera en todo el día y le diera tiempo para echarme de menos, pero hoy he ido a trabajar, he salido a comer, y no había ningún mensaje suyo. He vuelto al trabajo y, al salir para ir a casa, seguía sin tener noticias suyas. Podría haber llamado solo a Raúl, pero me ha dado el agobio de la muerte y

he llamado a todos mis amigos jurando y perjurando que mi relación corre un serio peligro. Ellos, que saben que soy un dramático cuando quiero, han accedido a quedar, pero solo porque he jurado que pagaría una ronda para todos. Son así de sencillos y solidarios, los cabrones.

—Me va a dejar —vaticino.

—Ya tardaba en sacar la vena melodramática. —Roberto pone los ojos en blanco y resopla—. Me aburres en este plan, tío, te lo juro.

—Que no, que lo digo en serio. Me va a dejar. Me está haciendo la cobra presencial. Me ignora una semanita o así y luego me manda un mensaje mandándome a la mierda.

Algunos de mis amigos guardan silencio, lo que me confirma que piensan como yo. Martín, en cambio, me mira mal. Muy mal.

—Parece mentira que tú, precisamente tú, pienses tan mal de ella. Lo de la empatía ya lo dejamos para otro día, ¿no?

—Ah, ¿que encima la culpa de que me ignore la tengo yo?

—A lo mejor necesita tiempo para estar sola. Quizá está agobiada de tantas fiestas. Has dicho medio millón de veces que Carmen no es de estar con mucha gente y, joder, no ha parado. Ha ido contigo a cada plan que le has propuesto y por un día que te dice que quiere estar en su casa sola te pones en plan niñato de mierda. A lo mejor es que tienes que hacer una reflexión acerca de por qué necesita librarse de ti unas horas.

El grupo entero se queda en silencio porque este Martín no es el que más habla, pero, joder, cuando lo hace, sentencia.

Yo, por mi parte, intento encajar sus palabras de la mejor manera posible. Por un lado, mi orgullo herido no me deja darle la razón. Por el otro, el conocimiento de que Carmen ha aceptado cada plan que he propuesto hasta ahora me invade de manera inevitable. Es cierto que se ha portado como una campeona. Hasta Juani un día me dijo, medio en broma, que no reconocía a su amiga. Yo me reí y me lo tomé como un cumplido, pero quizá he ido muy lejos con todo. El problema es que a mí todo eso me gusta. Es egoísta, porque a lo mejor no he pensado en que ella es de las que prefiere la soledad y la intimidad, pero me he dejado llevar por lo que estaba disfrutando y como tampoco parecía que ella sufriera mucho...

Además, le propuse conocer a su familia para equilibrar la balanza y no quiso. Eso todavía pica. No se lo propuse a las claras, vale, pero le lancé un montón de indirectas dejando claro que no me importaría pasar la Nochevieja

con ella y su familia. Evadió todos esos intentos con un arte que me asombra y duele a partes iguales. No lo puedo evitar, si yo estoy con alguien es con todo lo que eso implica. Paso a compartir mi familia, amigos y entorno con esa persona porque quiero que entienda que la necesito en mi mundo. Ella, en cambio, no deja de echarme del suyo. Disimuladamente, pero me echa.

¿Y cómo voy a quedarme en un sitio donde todo el tiempo siento que no debería estar?

—Desde aquí veo cómo te estás comiendo la cabeza —dice mi primo—. Vamos a ver, déjale unos días de calma y vuelve a intentar acercarte mañana o pasado. No es para tanto, Gabriel. No dramatices.

Tiene razón. No puedo seguir dando vueltas a la cabeza por una tontería. Ella es más cerrada que yo y tiene derecho a querer su intimidad. No soy nadie para meterme en eso y, además, seguramente solo lo empeoraría todo. Necesita recuperarse de las navidades y es normal, así que voy a dar por zanjado el tema. Así se lo hago saber a mis amigos. Unos se ríen de mí, porque no me creen. Otros hacen el esfuerzo de darme un voto de confianza, pero sé que todos, absolutamente todos, dudan. Y tampoco es que pueda culparlos, con mi historial.

El día siguiente llega y pasa sin pena ni gloria. El siguiente, viernes, mi madre me llama para preguntarme si Carmen irá a comer mañana, víspera de Reyes, para comprar un roscón de postre.

—No sé yo si está la cosa para muchos dulces, mamá —admito.

—¿Y eso?

—Llevo toda la semana sin verla. Desde el año pasado, en realidad —comento en tono irónico.

—A ver, hijo, el año pasado fue hace cuatro días literalmente.

—Ya, bueno, el caso es que no nos hemos visto y no sé si querrá pasar la víspera de Reyes conmigo.

—Pues la llamas y le preguntas.

—No la quiero agobiar.

—Pues no la llames.

—Entonces no sé si va a querer venir.

—Pues hazle señales de humo, Gabriel, hijo, de verdad. No se puede estar

uno dividiendo todo el rato entre el querer y el poder. O la llamas, o no la llamas, pero no vuelvas a esa actitud, que ya sabes que no me gusta nada.

Tiene razón. Mi vena autocompasiva es un coñazo para todo el mundo, para mí el primero, así que no puedo aferrarme a eso.

Además, estoy volviendo a bucles que no me gustan nada. Me costó mucho olvidar la insana costumbre de culparme por todo y no puedo dejar que regrese. Si Carmen tiene algo que decirme, no lo hará por teléfono. Lo hará a la cara y hablando las cosas de frente de una vez por todas. Puede que ella necesite esquivar la situación, pero yo necesito todo lo contrario, así que lo mejor es ir hoy a su casa y acabar con las dudas.

No la aviso, claro, porque no quiero que me vuelva a poner sus migrañas como excusa. Simplemente dejo que pase el día y me voy a su portal. Ni siquiera voy a la tienda, porque estoy convencido de que aquí me invitará a su piso, aunque solo sea para que Gracia y el resto de vecinas no se enteren de lo que hablamos. En su trabajo tiene la posibilidad de librarse de mí. Igual la táctica es de ser un poquito cabrón, y si me pide que me vaya lo haré de todas formas, pero quiero que le resulte difícil pedírmelo.

No he traído flores, lo pensé, pero la imagen que se formó en mi cabeza me resultó patética. Yo no soy de flores. Yo soy de chistes y guiños de ojo. De besos en los portales y arrancar risas, pero no de flores. No voy a pasar por ahí.

Y, con todo, si me las pidiera, sería capaz hasta de robarlas.

Así de jodido estoy.

Carmen aparece caminando por el final de su calle. Viene mirando el móvil, pero sé que, en realidad, no ve nada. Es su forma de hacer ver que está hablando con alguien para sentirse más segura. A veces pienso en lo injusto que es que las mujeres vayan así por las calles cuando anochece. Aferradas al móvil, o a una amiga o amigo, o haciendo ver que no tienen miedo cuando lo cierto es que, ante una sombra o la presencia de un hombre en una calle insuficientemente iluminada o desierta, la respiración se les corta y temen por sus vidas.

Menuda mierda que las calles no pertenezcan a todos por igual, ¿no?

La miro y pienso que ojalá pudiera acabar con su miedo. No puedo, y eso me jode, pero puedo estar aquí para ella, si es que me deja.

Carraspeo cuando está cerca de mí para que alce la mirada del móvil y lo hace. Está envuelta en una pasmina de cuadros rojos y beige que tapa su boca,

pero juraría que tiene los labios pintados de rojo y he estado a su lado el tiempo suficiente como para saber que, cuando se pinta los labios de rojo, es porque necesita animarse un poco. No es mucho de maquillarse con tonos fuertes y, cuando lo hace, es por razones emocionales.

Es maravillosamente complicada, mi Carmen.

—Buenas noches —murmuro.

—Hola. —Sonríe un poco, o eso intuyo por la forma en que sus ojos se achican—. No te esperaba.

—Te echaba de menos —admito de primeras, porque es la verdad y porque necesito ver su reacción a esas palabras.

No hay rechazo, lo que es bueno. Se acerca y puedo ver sus ojos relajarse. Se alza sobre sus puntillas y me abraza invitándome a besarla. Lo hago sin pensar, claro, porque yo besaría a Carmen aunque ella me acabase de insultar. Es una cosa instintiva. Si quiere mi boca, la tiene, aunque esté enfadado, triste, confundido o resentido.

—Vamos arriba —susurra.

No suelta mi mano, así que me limito a seguirla. Entramos en su piso y ella sigue sonriendo. Me besa, me abraza y, cuando mete las manos bajo mi jersey, entiendo que quiere sexo. Aquí viene el primer dilema, porque yo siempre estoy dispuesto a tenerlo, pero es que he venido a hablar y tengo, todo el rato, la sensación de que, de los dos, siempre quedo mal yo. Sus labios se posan en mi cuello y pierdo la razón poco a poco. Podría pararla ahora, decirle que tenemos que hablar y no meter el sexo en una ecuación que ya se presenta complicada, pero es que es Carmen y eso vale como respuesta a cualquier decisión que yo tome, aunque sean malas para mí mismo.

Es Carmen.

Y no hay más.

No llegamos al dormitorio, el sofá nos sirve para demostrarnos cuánto nos hemos echado de menos. Leo en sus gestos todo lo que su boca no dice, porque ella es más de demostrarlo, y dejo que las sensaciones me lleguen mientras intento por todos los medios que ella comprenda que la necesito más de lo que debería, si esto no va a ir en serio.

Los minutos pasan, los suspiros se vuelven jadeos, los jadeos gemidos y, cuando nos damos cuenta, los dos estamos explotando en mil pedazos orgásmicos que nos hacen cerrar los ojos e intentar recuperar la calma y la respiración.

—Dios, cómo echaba de menos esto —susurra con una sonrisa pegada a mi cuello.

Acaricio su cuerpo desnudo e ignoro la cremallera del cojín que se me está clavando en el culo, cargándose un momento romántico digno de una película de amoríos.

—Me tenías a un mensaje de distancia —murmuro yo de vuelta.

Espero que se tense, pero no lo hace, lo que es bueno, ¿no? Ahora es cuando viene la conversación y, oye, aunque hubiese preferido estar vestido, no voy a quejarme.

—He estado liada con la tienda, mi familia y demás.

—¿Ha ido bien con ellos?

—Sí, sí, todo bien. ¿Y vosotros? ¿Qué tal la Nochevieja?

—Bueno, no ha sido la mejor de mi vida —admito—, pero no ha estado mal.

Ella guarda silencio, pero a mí empieza a quemarme todo esto, así que abro la boca y la cago, claro, porque es lo normal en mí. Si no la cagara no sería Gabriel de la Torre, sería... pues yo que sé, Perico el de los palotes, pero no Gabriel de la Torre.

—¿Qué tienes pensado hacer para Reyes?

—Poca cosa —contesta con suavidad. Con demasiada suavidad. A mí me suena a que intenta allanar el camino, la verdad—. Iré a casa de mis padres y por la tarde estaré en casa. ¿Y tú?

Ahí está de nuevo. La insinuación de que no vamos a estar juntos. Que lo podría entender si al menos me lo explicara, pero así, sin hablarlo antes, me rechina mucho todo.

—Mi madre me ha dicho que estamos invitados a comer en su casa mañana. Habrá roscón de Reyes.

—Yo no puedo, pero seguro que lo pasas genial. Dales un besazo enorme de mi parte.

—¿Por qué no puedes?

—Voy a ver la cabalgata con mis hermanos.

—Podemos ver la cabalgata juntos. Me pasaré después por mi casa.

—No, estaría muy feo que dejaras a tu familia esperando, cielo. —Sonríe y me besa, pero no es sincero. Lo noto y eso sí que me arde por dentro—. Pásalo bien con ellas.

Me levanto porque, de pronto, me pica todo. Su condescendencia, sus

evasivas, su forma de desentenderse de mí. La sensación que me provoca todo esto me recuerda tanto al Gabriel que un fui un día, hace mucho tiempo, que siento cómo se me llena la garganta de nudos que me piden a gritos soltarse en forma de palabras. Tengo que hablar, aunque la cague, porque yo así no puedo seguir, pero antes me visto y, por cómo me muevo, ella tiene claro que es mejor que se vista con algo también, porque el ambiente ha pasado de ser dulce y tranquilo a cargarse de una tensión que puede cortarse con cuchillo.

—¿Todo bien? —pregunta Carmen con cautela.

—Eso digo yo. ¿Todo bien? Porque no entiendo nada.

—¿A qué te refieres?

Mira. No. Por ahí sí que no paso. Encima de todo que no se haga la tonta porque eso ya es que me toca las pelotas, directamente.

«Contrólate, Gabriel», me digo a mí mismo, pero la verdad es que estoy casi seguro de que esta discusión no va a terminar solucionándose con calma.

—Me refiero a que me ignoras cada vez que te insinúo que quiero conocer a tu familia. No me quieres llevar a casa de tus padres, vale, lo puedo entender, ¿Pero qué mierda es esa de no poder ir a la cabalgata contigo y tus hermanos?

—Es un momento especial para nosotros.

—¿Es una cabalgata, Carmen! Estará todo abarrotado de gente y críos histéricos. Entiendo que quieras tener un momento con tus hermanos, pero ¿tanto molesto yo?

—No es que molestes, pero no lo entiendes. Es algo como muy... íntimo.

Su tono no es seguro, y no me extraña, porque ni ella se cree lo que dice.

—Entiendo —digo con voz tensa—. Vale, pues queda con ellos un día en una cafetería y preséntamelos. Sin tus padres. Solo tus hermanos, para empezar.

—No.

La palabra es rotunda, pero su voz, no. Duda. No quiere hacerme daño, pero estamos en un punto en que eso es un poco complicado. A estas alturas prefiero una explicación sincera que duela a otra mentira o evasiva piadosa.

—¿Por qué? —Guarda silencio y eso saca lo peor de mí. La parte insegura y con una autoestima de mierda que llevaba escondida demasiado tiempo—. ¿Te avergüenzas de mí? ¿Es eso?

—¿Qué? ¡No! ¿Por qué iba a avergonzarme de ti?

—¡No lo sé! ¿No lo entiendes?

Le hago daño. Lo sé, lo noto y lo odio, pero llegados a este punto solo nos queda la sinceridad, aunque sea cruda y no nos guste.

—No intento despegarme, Gabriel, pero necesito mi propio espacio. Perdón si eso te molesta.

—No hagas eso —le digo—. No uses la ironía o el sarcasmo para librarte de esta. No funciona así, Carmen. La vida no funciona así.

—¿Y cómo funciona, según tú? ¿Pasando cada jodido día con un grupo de gente distinto?

—¿De qué coño hablas? —Carmen se muerde el labio, pero está a punto de estallar. Lo sé, lo noto, por eso la presiono, porque quiero que sea clara y me lo diga sin tapujos—. Si tienes algo que decir de mí o de mi gente, más vale que empieces, porque no tenemos toda la noche.

—Es mejor que lo dejemos aquí antes de que uno de los dos pueda hacer daño al otro.

—Tarde.

Ella me mira herida, como si no esperarse esto. Como si tuviese la obligación de dejarla salirse con la suya solo porque ha decidido que ya no quiere hablar más, pero en mi mundo las cosas no funcionan así. En mi mundo, si tienes un problema con alguien, lo afrontas y vas de cara. Entiendo que para ella las discusiones son complicadas porque evocan una parte de su vida que odia, pero no podemos vivir así. Ella tampoco puede, aunque no lo sepa.

—Simplemente me apetece estar a solas, Gabriel. Me agobia un poco hacer tantos planes con tanta gente distinta. Nada más. No es tan grave.

—Lo es para ti, si no lo has dicho hasta ahora y porque ha salido en una discusión. ¿Cuál es tu plan, Carmen? ¿Ignorarme hasta que me canse de buscarte? ¿Hasta que me aleje de mi familia y amigos para estar contigo?

—¡Yo jamás haría algo así! Si quieres salir con ellos, bien, estás en tu derecho, pero yo no tengo que sentirme obligada por esa regla de tres.

—Por supuesto que no, pero podrías haberlo dicho desde un principio.

—¿Lo habrías entendido? —pregunta de malas maneras—. ¿Habrías comprendido que no quiero pasar tanto tiempo como tú con tus amigos y familia? ¿No te habría molestado? ¿No habrías insistido en que es cuestión de tiempo que me acostumbre?

—Es cuestión de tiempo —digo, convencido de que tengo razón en eso.

—¡Para mí no lo es, Gabriel! —grita exasperada—. Para mí no es una

cuestión de tiempo, sino de gustos. No me gusta estar en grupos grandes, me siento tonta y perdida. No me gusta estar tantas horas con mi familia, ni con la tuya, y no necesito tener un plan distinto cada día. A mí lo que me gusta es trabajar, pasear con calma o estar en casa. Yo quiero estar contigo, no contigo y con todo el ejército que parece llevar pegado con silicona.

—Vaya... —digo sorprendido, para mal—. Pues sí que guardabas cosas.

—Sabías que estar conmigo era complicado. Ahora no te hagas el ofendido.

—No me hago el ofendido por eso. Es tu comportamiento lo que me ofende.

—¿Mi comportamiento?

—Sí. Podrías haber dicho todo esto de una forma más racional. No hacía falta ser una niñata hiriente.

—¡No he sido una niñata hiriente! —El enfado brilla en sus ojos con tanta fuerza que me siento mal, pero no deja de ser cierto que lo pienso y no puedo mentir. A lo mejor me equivoco, pero esta es mi verdad ahora mismo y tengo que defenderla—. Créeme, Gabriel. ¡Sé muy bien cómo son los niñatos hirientes!

La alusión a su pasado me duele, pero no por la Carmen del pasado, sino por la del presente. La niña del pasado prefirió replegarse del mundo, llenarse de rencor hacia los grupos grandes y vivir a medias porque eso le aportaba seguridad y creía que así sería haría feliz. La entiendo mejor de lo que nadie se imagina. A esa Carmen la entiendo.

Esta del presente, la que ha cumplido todas esas metas y no se da cuenta de que no es feliz, en cambio, me da pena. Me da mucha pena porque el miedo todavía ahoga sus sentimientos con tanta fuerza que no la deja pensar con claridad. Y no digo esto porque no quiera pasar tiempo con mi familia o con mis amigos. Al final, eso es lo de menos. Lo digo porque creo que, a veces, Carmen ni siquiera es feliz estando sola. Porque ella no está alejada de todo y de todos por placer. Está así porque cree que es la forma de no sufrir y no se está dando cuenta de que sufre mucho más. No lo ve, y yo no puedo guiarla en ese proceso, aunque quiera. Si ella no me deja, no puedo.

—Eso ha sido muy bajo incluso para ti —le digo—. Quizá deberías pensar en dejar descansar a aquella niña. Sufrió demasiado, Carmen. Es hora de que se quede en el pasado y no la saques a relucir cada vez que algo te molesta.

—¿Qué dices? No hago eso.

—Intentas hacerme sentir mal por lo que pasó en tu vida, y lo entiendo, estás dolida, pero ni mi familia, ni mis amigos, ni yo tenemos la culpa. Solo he intentado que te integraras. Entiendo que no seas tan sociable como yo, eso tiene solución y basta con encontrar un equilibrio, pero para esto que haces... —Señalo su piso y a ella misma—. Para esto no hay balanza. Si ni siquiera vas a darnos la oportunidad de dar pasos en la misma dirección, todo esto es absurdo.

—Tú no tienes ni idea de lo que cargo. ¡No sabes cómo me siento! ¿Cómo lo vas a saber? Siempre estás contento, dispuesto a salir con un montón de gente. Te encanta ser el centro de atención y se te da bien. Eres simpático, gracioso y todos quieren estar contigo. ¡No sabes lo que es ser la persona fuera de lugar constantemente! La que no sabe dónde ponerse, ni qué decir, ni cómo comer para no quedar mal. No sabes lo que es sufrir por estar en medio de una sala. Solo eso. Estar. No tienes ni idea.

Me froto la cara oyéndola, porque duele. Joder, cómo duele que me diga todo esto y no se dé cuenta de que está haciendo conmigo eso que tanto hicieron con ella. Me juzga, me califica dentro de un determinado tipo de persona y da por hecho que no sufro ni padezco sus mierdas, o las mías propias.

Cojo mi abrigo del sofá, me lo pongo en silencio e intento por todos los medios contener mi boca, pero me es imposible. He dicho muchas veces que soy gafe y especialista en joderlo todo, así que no es de extrañar que sea incapaz de dejarlo aquí.

—Voy a darte una noticia que no te va a gustar, pero es la verdad más grande que oirás hoy: todos tenemos un pasado, Carmen. Todos. Ni siquiera has tenido la jodida decencia de preguntar por el mío, pero te crees con el derecho de juzgarme, algo que yo no he hecho contigo nunca. —Ella abre la boca para rebatirme, pero alzo la mano y la corto—. ¿Sabes la diferencia entre tu pasado de mierda y el mío? Que yo decidí no seguir aferrado a él por mi salud mental. Yo elegí vivir con todas las consecuencias y tú preferiste esconderte. Respetable, pero no más que mi decisión.

Su cara de estupefacción sería hasta graciosa, si no fuera porque algo me está ardiendo de mala manera en el pecho.

Me voy de su piso, bajo los escalones y, cuando salgo al frío de la noche, pienso que acabo de batir mi propio récord. Joder mi año a cuatro días de haberlo empezado ha sido mi mayor proeza hasta el momento.

Llamo a mi primo y decido celebrarlo por todo lo alto. Si voy a sufrir toda esta mierda, prefiero hacerlo con una cerveza delante y un amigo de verdad al lado.

A lo mejor no es lo correcto. Tal vez debería irme a casa y darle vueltas a la cabeza en soledad, pero hace mucho que dejé de castigarme de esa forma.

Necesito rodearme de mi gente cuando estoy bien, pero, sobre todo, cuando estoy mal, y no voy a pedir perdón por eso.

Ya no más.

Miro hacia la puerta cerrada e intento contener el temblor de mi cuerpo. Quiero ir tras él, quiero correr, cogerlo del abrigo y obligarlo a entrar en casa de nuevo.

Y, al mismo tiempo, quiero que no vuelva nunca.

¿Cómo voy a entender esta relación si no soy capaz de entenderme a mí misma?

Lo quiero. Estoy segura. Quiero a Gabriel. Lo sé por la forma en que tiritó ahora, aunque no haga frío en casa. Por cómo siento que mis venas no aguantan la presión y revientan de dolor. Metafóricamente, sí, pero, joder, cómo duele.

Lleno la tetera de agua y la pongo en el fuego intentando controlar mi temblor. Una infusión me irá bien.

No puedo buscarlo ahora. No después de todo lo que nos hemos dicho. No podemos destrozarnos más. No es justo para ninguno de los dos y no es así como quiero que acabemos.

¡No quiero que acabemos!

Pero tampoco quiero ceder ante lo que él expone. No tiene razón. Él dice que defiende su verdad, bien, pues la mía es esta y no creo que sea peor que la suya.

¿Qué se supone que tengo que hacer ahora? ¿Pedirle perdón por no querer estar con su gente constantemente? No pienso hacer eso. Yo no tengo la culpa de ser menos sociable que él.

Cuando tengo la tila lista me voy al sofá, saco mis blocs y mis lápices y empiezo a hacer trazos sin sentido. Necesito aclarar mi mente y no conozco una forma mejor de hacerlo.

Gabriel dice que soy cobarde, pero no es cierto. No soy una cobarde por no exponerme de la forma que lo hace él. Es un kamikaze, va por la vida sin pensar en todo lo que puede hacerle daño y me parece bien, es su elección, pero no estoy obligada a sentirme cómoda en ese papel. No estoy obligada a ser algo que no quiero.

Una hora después pienso lo mismo, pero las lágrimas empiezan a rodar por mis mejillas porque lo echo de menos y he dicho cosas que, en realidad, no siento. Reconozco que yo no he tenido un comportamiento ejemplar, esto ha

sido un calentón de los dos y solo espero que podamos solucionarlo. Está claro que las relaciones no son fáciles, pero confío en que podamos encontrar un punto medio.

El problema es que ni siquiera yo me entiendo.

No quiero ceder en nada y eso es egoísta. No puedo esperar que él sea el único que dé el brazo a torcer.

Supongo que, para encontrar un equilibrio, los dos tenemos que hacer esfuerzos y cosas que no nos gustan. No se trata de cambiar, sino de ceder un poco. Si él también lo hace, no tiene por qué salir mal, ¿no?

Intento pensar que irá bien, que los dos lucharemos por esto y todo quedará en un susto causado por el estrés de las navidades pasadas.

Cuando me meto en la cama es de madrugada y no dejo de intentar convencerme, pero tampoco dejo de echarlo de menos. Cierro los ojos, me muerdo el labio e intento contener mi llanto.

Todo se arreglará. Solo tengo que darle espacio para que se calme. Hablaremos, lo solucionaremos y olvidaremos el día de hoy.

No puede haber otra opción.

El sábado pasa sin pena ni gloria y el día de Reyes Gabriel no me llama, ni me escribe, lo que me da una idea de lo dolido que está conmigo. Yo tampoco lo hago, pero es porque... No sé. Por orgullo, supongo. Porque ser la primera en dar el paso sería como admitir que he tenido parte de culpa y, aunque sé que es cierto, aún me cuesta reconocerlo.

Quizá debí decir las cosas de otra forma, pero sigo pensando que el trasfondo es bueno. Todo lo que pienso y siento es lícito, no tengo por qué pedir perdón por eso. El problema es que no sé cómo explicárselo a Gabriel sin hacer que se enfade más. O peor, sin hacerle daño. Así que aquí estoy, sola en casa después de haber abierto los regalos en casa de mi familia y haberme acordado todo el día de él.

Miro el regalo que le había comprado y me pinzo el labio. No es muy buena idea escribirle y decirle que tenemos pagado un fin de semana en un hotel en la montaña los dos solos, ¿no?

No, claro, en esta situación, casi mejor me callo eso, pero lo que sí puedo hacer es tantear el terreno y ver cómo estamos en este instante.

Necesitamos hablar en algún momento. No podemos estar eternamente así. Incluso si esto se acaba, tenemos que ponerle fin cara a cara, no podemos hacerlo por teléfono o simplemente ignorándonos. Que es algo que yo haría encantada con otra persona, porque lo de enfrentarse no va conmigo, pero Gabriel es distinto. Él se merece que, al menos, hablemos una última vez.

Cojo el móvil, cierro los ojos y me trago el nudo de miedo que me sube cada vez que pienso que escribirle supone acercarse a la solución de esta relación, o a la destrucción definitiva.

Yo: Espero que los Reyes se hayan portado bien contigo. Y que lo hayas pasado bien. Y que estés bien. Un beso.

No es el mensaje más cariñoso del mundo, ni el más dicharachero, pero espero que sepa ver que estoy intentándolo. Aunque quizá a esta hora esté con sus amigos por ahí, cenando o celebrando aún el día de Reyes.

Por fortuna, me contesta pasados unos minutos.

Gabriel: Los Reyes se han portado bien. Lo he pasado bien y mal. Estoy bien y mal. Han dejado algo para ti en mi árbol y ahora no sé si puedo dártelo o debería haber pedido el ticket regalo.

Sonrío, porque Gabriel consigue que sonría hasta cuando tengo los ojos cargados de lágrimas que están deseando caer.

Yo: Los Reyes también han dejado algo en mi árbol. Podríamos quedar para tomar un café y cumplir con la entrega.

Gabriel: Mañana sigue siendo festivo y no tengo planes.

Frunzo el ceño. Eso sí que es raro y no me lo creo, así que respondo de inmediato.

Yo: ¿En serio no tienes planes?

Gabriel: Tengo planes, pero puedo cambiarlos. Es lo mismo.

Suspiro. Eso pega mucho más con él. Accedo y quedamos mañana a las cuatro en una cafetería del centro. Es buena idea no ir a su barrio, ni quedarnos en el mío. Un sitio neutral es lo mejor para aclarar las cosas.

La noche se me hace eterna y, cuando el día llega, por fin, empiezo a sufrir tal ansiedad que tengo las mismas ganas de verlo que de no asistir a la cita. Apenas como y, ya de camino a la cafetería, me esfuerzo muchísimo en respirar y mantenerme calmada.

Al llegar a la dirección me encuentro con que la cafetería no es tal, sino más bien una pastelería. Me lleva dos segundos localizar en el escaparate la tarta de limón que comimos la primera noche que nos enrollamos.

Trago saliva. No sé si estoy lista para enfrentarme a los recuerdos, por mínimos que sean. Cualquiera diría que esta relación empezó hace pocos meses. A veces es como si lleváramos años juntos. Duele como tal, desde luego.

Gabriel aparece en la esquina de la calle. Trae una bolsa de papel en la mano y está envuelto en un abrigo negro y una bufanda que se mueve en su espalda con el aire que hoy no da descanso. Trae un gorro de lana y la punta de la nariz roja, como sus mejillas, supongo, aunque la barba y la bufanda no dejen ver mucho. Sé que sonrío al llegar a mí porque sus ojos se achican de esa forma que tanto me gusta.

—Buenas tardes.

Puede parecer una estupidez, pero, por un momento, espero que remate la frase con algo como «Pastelito de crema». Y que hasta eso me decepcione un poquito me da una idea de lo jodida que estoy.

—Hola. —Hago un esfuerzo por sonreír y señalo la pastelería—. Me suena el escaparate.

Él lo mira un momento, sonrío y asiente.

—Es un buen sitio para hablar, a no ser que prefieras otro.

—Este está bien.

Él vuelve a asentir, estira la mano y señala el local en sí para que entre. Lo hago y me doy de bruces con el maravilloso olor de la repostería. Dios, podría pasarme toda la vida con este aroma en mi casa. Para eso tendría que hornear deliciosos pasteles, claro, pero si alguien inventara un ambientador que oliera así, yo querría cien.

No es un sitio muy grande, pero casi todas las mesas están ocupadas. Nos sentamos en una junto a la cristalera que da a la calle y esperamos que nos atiendan. Al momento aparece una chica con el pelo más espectacular que he visto en mi vida. Mi primer impulso es preguntarle si es pelirrojo natural, pero cuando veo sus cejas del mismo tono me contengo y maravillo al mismo tiempo.

—Hola, chicos. ¿Qué tal, Gabriel?

Lo mira con cariño y, lejos de sentir celos, sonrío con ellos. No sé por qué, supongo que es porque se nota el buen rollo que tienen sin ir más allá.

—Ahí voy, tirando. —Sonríe un poco mientras se quita la bufanda y me señala—. Te presento a Carmen. Mi... Bueno, es Carmen.

Algo por dentro se resquebraja. Quizá es una tontería, pero que no haya sido capaz de acabar la frase; que no sepa en qué punto estamos ahora que parecíamos tenerlo claro, me arde como si me prendieran fuego por las extremidades.

La chica me saluda y le devuelvo el gesto, pero estoy tan tensa que apenas puedo decir nada, así que al final nos limitamos a pedir un par de cafés y un trozo de tarta de limón para compartir, aunque dudo mucho que pueda probar bocado.

Cuando nos quedamos solos el aire se enrarece y las palabras, simplemente, no salen de mi boca. No sé qué decir, ni cómo, solo sé que Gabriel está más guapo que nunca y que yo estoy deseando subirme sobre él, abrazarlo y pedirle que me prometa que estamos bien. Que no hay ningún problema.

Una fantasía, lo sé, pero los deseos a menudo van por un camino muy distinto al de la realidad.

—¿Cómo estás? —pregunta, y sé que no es algo casual.

No quiere que conteste lo políticamente correcto, o eso creo. Y si así es, lo siento porque ni siquiera en eso puedo mentir.

—He estado mejor. ¿Tú?

—Más agobiado que un barrendero en Tarifa, la verdad.

La risa me coge por sorpresa. Con Gabriel siempre es así. La risa viene y me envuelve cuando menos lo espero, aunque esté triste o desganada. Aunque no me apetezca. Él solo ... tiene ese don.

—Lo siento —carraspeo—. No quería reírme, pero...

—Ya, tranquila —Se encoge de hombros y sonríe un poco—. Estás preciosa. Siempre lo estás, hasta cuando tienes los ojos un poco apagados.

Trago saliva y pienso en lo bien que ha conseguido conocerme Gabi en apenas unos meses. Pienso en Nando, también. En que, pese a estar años juntos, él no pareció entenderme del todo nunca. Se frustraba si notaba que me pasaba algo y se enfadaba si no sabía averiguar el qué.

Ahora siento todo lo contrario. Es liberador y, al mismo tiempo, da miedo.

—No he dormido muy bien —admito—. Gabi, yo...

—Espera. —Me corta y me mira con intensidad—. Espera que nos traigan los cafés, al menos. Si voy a tener que tragarme otro nudo prefiero hacerlo con

cafeína.

Trago saliva y asiento. Me pregunta por el día de Reyes y yo hago lo mismo. Tenemos una charla cortés que no pega en absoluto con nuestro evidente estado de ánimo, pero tiene razón en que, una vez que empezamos a hablar, lo mejor es hacerlo sin interrupciones.

Las bebidas y el postre llegan, nos quedamos solos y, después de dar el primer sorbo, es él quien comienza.

—Siento mucho el tono del otro día. —Acaricia el borde de su taza con tanta delicadeza que anhelo ser yo quien reciba el toque de la yema de sus dedos—. Me equivoqué en el tono, pero no el contenido, Carmen. Eso es lo que pienso.

—No sé si te sigo —susurro.

—He intentado hacer autocrítica y siempre llego a la misma conclusión: podría haberlo dicho de otra forma, pero no podría haber cambiado el contenido, porque es lo que siento. No quiero hacerte daño, pero tampoco mentirte, así que estoy en un jodido bucle. Tengo que pedir perdón y lo hago, pero por las formas y el tono, no por el significado de mis palabras. —Se acaricia el pelo, dejándolo desordenado, y carraspea—. Con esto me la estoy jugando, lo sé, pero no puedo decir otra cosa.

—¿Sigues pensando que soy una cobarde que se esconde de la vida? —pregunto en un tono un poco más herido de lo que pretendía.

Por un instante pienso que él va a controlarse, pero es Gabriel. Las medias tintas no van con él.

—Sí. —Frunce los labios, como si le costara decir esto, seguramente porque así es, y sigue—. Sí, lo creo. Y no es porque no te guste estar con gente a menudo. Yo eso puedo entenderlo. Lo que no entiendo es eso de evadirme en vez de ir de frente, o que absolutamente todo te caiga mal cuando se trata de hacer un plan que no implique estar solos.

—No me gusta la gente.

—No te gusta porque tienes miedo de ser juzgada, y eso es cobarde.

—Gabi, después de lo que pasó...

—Lo que pasó, pasó, Carmen. Eso es lo que no entiendes. Tuviste la malísima suerte de topar con unos gilipollas que te hicieron la vida imposible, pero eso no te excusa para rechazar a todos los seres humanos que intenten conocerte.

—Hay gente más sociable que otra. Tú y yo en eso siempre hemos sido

distintos.

—Sí, y no pretendo cambiarte. Jamás haría algo así. Pero creo que hay un límite entre ser antisocial y esconderte porque crees que así nadie podrá herirte. Y, total, mírate. Míranos. ¿Para qué ha servido?

Trago saliva y me pinzo el labio, porque un nudo en mi pecho se empeña en subir hasta mis ojos y no puedo permitirlo. No voy a tener esta conversación con lágrimas en los ojos. Necesito estar templada para que me comprenda. Puede que su punto parezca lógico, pero no lo es.

—Yo no niego tener miedo de los grupos grandes. Nunca lo he hecho.

—Cierto, tu delito no es ese.

—¿Entonces? ¿Cuál es? ¿Qué tengo que hacer? ¿Ir a corazón abierto por la vida, como tú? Yo no soy así, Gabi. No puedo dejar de ser quien soy. No sería justo.

—No, es lógico que te cueste más coger confianza. Entiendo que te cueste más y te guste menos estar con gente. Eso es normal. Lo que no entiendo es que te escondas continuamente. Quedar tres veces seguidas con un grupo de gente te agobia, pero no porque sea un grupo, sino porque piensas que, cuando te conozcan de verdad, te rechazarán o te harán daño. Comprensible, dado tu pasado, pero injusto para todo el que intenta acercarse a ti. —Suspira y da un nuevo sorbo a su café—. Mira, Carmen, no te juzgo. Cada uno es como es, pero no puedo estar con alguien que a la mínima de cambio se quita del medio. No quiero una pareja que desaparece en cuanto se agobia un poco en vez de contar conmigo, confiar y dejarme ayudar en algo. En lo que sea, joder. No puedo con la impotencia de no saber qué te pasa, si es por mí o si, simplemente, estás harta de todo. Tampoco es justo para mí.

Tiene razón. La tiene y, lo peor de todo, es que no puedo dársela por orgullo. Porque admitir eso es como decirle que tengo que empezar a luchar contra este miedo que me oprime cada vez que intento acercarme a grupos grandes o familias ajenas. Es admitir que tengo una guerra pendiente que no estoy dispuesta a librar.

Joder, soy aún más cobarde de lo que él cree.

—Lo entiendo —susurro—. Y entiendo que, en tu caso, es todo lo contrario. Necesitas contacto continuo con tu familia, tus amigos y tu gente en general. Me parece bien, pero no soy así. No soy el tipo de novia que disfruta saliendo cuatro días de siete. Lo he intentado, Gabriel, por ti, pero no funciona.

—Ese es el problema. Lo has intentado por mí, no por ti. Y, créeme, Carmen, te hace mucha falta salir de esa zona de confort. La vida es demasiado corta para pasar los días escondida.

—No me escondo —digo, pero por dentro sé que, un poco, sí—. Y no necesito que me enseñes cómo vivir la vida plenamente. Yo también podría decir que tienes miedo a la intimidad. —Él frunce el ceño y yo encojo los hombros—. ¿Qué? Es cierto. Es como si te aburriera que nos quedemos a solas. Como si no supieras qué hacer conmigo nada más.

—Créeme, nena, tengo muchísimas cosas en mente que solo nos incluyen a ti y a mí. —Suspira y se retrepa en la silla, echando el aire en forma de resoplido y negando con la cabeza—. No vamos a llegar a un acuerdo, ¿verdad? Es absurdo intentar hablarlo.

Agacho la mirada. Tiene razón. Pensé que los dos cederíamos un poco, pero, visto lo visto, no va a ser tan fácil. Y duele. Joder, cómo duele.

—Toma —susurra poniendo la bolsa de papel en la mesa—. Solo te voy a pedir que lo abras cuando yo no esté, ¿vale?

—¿Ya te vas? —pregunto en un susurro.

—¿Hay algo más que quieras decirme? —Guardo silencio y él intenta sonreír, pero solo le nace una mueca—. Entonces, sí, ya me voy.

Hace amago de levantarse y saco a toda prisa su regalo de mi bolso. Le doy el sobre y me siento tan estúpida al saber que es un viaje corto para dos que le pido lo mismo que él a mí.

—Ábrelo ya en casa.

Asiente, mira la tarta de limón que hemos pedido y casi puedo sentir su pena. Imagino que, por un instante, él también pensó que podría ser una señal de nuestra reconciliación.

—¿Entonces, Carmen? ¿Ya está? —pregunta en un tono tan bajo y doloroso que no consigo evitar emocionarme.

—No sé qué más podemos hacer —admito—. Según tú yo estoy en una cueva escondida. Según yo, soy feliz así.

Mentira. No soy feliz. ¿Cómo puedo decir que soy feliz si no lo soy? Dios, el ser humano es lo más estúpido que hay y mi mente es digna de estudio.

Gabriel me mira fijamente, seguramente pensando lo mismo: que no parezco muy feliz. Aun así, actúa con la coherencia que le caracteriza. No insiste, ni presiona, ni se enfada. Solo acaricia mi pelo un poco, se agacha y besa mi frente.

—Te quiero, Carmen —dice sobre mi piel, erizándose en el instante—. Te quiero como no te imaginas, pero así no puedo. Así... así solo nos destrozaremos los dos. Y no lo merecemos.

Cuando se separa de mí está un poco emocionado, mira a la puerta, pero, antes de irse, agarro su chaqueta y susurro.

—Yo también te quiero.

Él traga saliva, acaricia mi mano y suelta mis dedos uno a uno de su ropa. Veo el dolor en sus ojos, pero no se detiene. Me mira una última vez y se va.

Se va de verdad.

Haciendo que las dos palabras más bonitas del mundo duelan como estar dentro de un volcán en erupción. Creando el recuerdo más sentido y, a la vez, triste, de nuestra relación. Acabando con todo, podría decir, pero no es así.

Los dos hemos acabado esto.

A veces nadie tiene la culpa en una ruptura. A veces solo es cuestión de elegir qué camino queremos seguir y, si la otra persona no está en el nuestro, aceptarlo, llorar la pérdida y seguir adelante.

Los dos saldremos de esta, lo sé, nadie se muere de desamor, pero ahora mismo solo puedo mirar la tarta de limón de la mesa y pensar que nunca una despedida me había resultado tan triste.

Que nunca nada, ni siquiera hace años, cuando solo quería perderme del mundo, dolió tanto como esto.

Gabriel

Llego al final de la calle y me paro en la esquina. Cojo aire, me apoyo en la pared sucia de ladrillos que hay a mi lado e intento exhalar con lentitud.

Maldita sea, cómo duele acabar así.

Me quiere. Me quiere, lo sé, lo sabía antes de que me dijera las dos palabras, pero oírlo de sus labios hace que sienta ganas de volverme, zarandearla emocionalmente y hacerle ver que podríamos superar esto de alguna forma. Si ella quisiera..., pero no quiere.

Eso es lo único que tengo claro. Carmen no quiere superar sus problemas. Está acostumbrada a vivir a medias, escondiéndose cuando algo empieza a hacerle sentir demasiado.

Tiene a Juani, a su familia y cree que con eso vale. No necesita amigos porque ya tiene uno, aunque eche de menos tener más. No necesita familia porque ya tiene una, aunque ni siquiera con ellos se muestre cercana y se sienta plena. No necesita un novio porque... Bueno, cree que está mejor sin esa complicación en su vida.

He intentado ponérselo fácil, de verdad que sí, pero, por desgracia, no soy el tipo de hombre que puede pasar de todo y aceptar que su novia está a medias, porque cuando se agobia se aísla del mundo y pasa de todo.

La idea de superar nuestros agobios y problemas por separado me parece una mierda, porque Carmen pasa por tantos altibajos emocionales que lo más probable es que, de seguir juntos, yo esté más tiempo intentando averiguar qué le pasa, que sonriendo por estar junto a ella.

No puedo mantener una relación en la que ella no sea feliz del todo por costumbre y yo no lo sea, pero me conforme con las migajas.

No puedo esconderme con ella en su mundo, aunque algunos días me apetezca. No puedo porque aprendí hace mucho que esconderse y vivir a medias no es la solución a ningún problema.

Puedo respetar que ella quiera vivir así. Puedo joderme y respetar eso, pero no puedo unirme a su plan de vida.

Hace mucho tiempo ya que decidí dejar de esconderme y vivir a la sombra de sentimientos ajenos, aunque me hicieran sufrir. Me costó la vida dar un

paso hacia la libertad emocional y no puedo volver atrás. Ni por mí, ni por ella. Porque no es eso lo que necesita, aunque no lo vea.

Si ella quisiera abrirse al mundo; si pudiera ver todo lo que tiene que ganar si decide ser valiente y dar un poco de sí misma... Pero no lo ve, no quiere y yo no puedo tirar de la venda que ciega sus ojos si ella no lo desea conmigo.

Trago saliva y pienso en todo lo que está por venir: echarla de menos, el dolor de no verla, las ganas de llamarla y someterme a su voluntad sin poner objeciones y la reprimenda interior segundos después, y me agobio. Me agobio porque sé que no va a ser fácil, pero he pasado por cosas peores.

Si el pasado no pudo conmigo, Carmen tampoco lo hará, aunque ahora mismo sienta la bilis en la lengua y algo parecido al terror me esté cerrando la garganta.

Saldré de esta. Es cuestión de tiempo.

Siempre es cuestión de tiempo.

Marzo llega soleado y caluroso, algo que es de agradecer después de un invierno duro, en todos los sentidos. El primer fin de semana del mes decido salir de casa a correr como propósito de cara a la primavera. Aunque solo sea para intentar empaparme de los colores que empiezan a llenar las calles. Últimamente tengo la sensación de que todo es demasiado oscuro. Quizá es mi estado de ánimo, pero juraría que la ciudad ha tenido demasiados días oscuros este invierno.

Empiezo a acelerar el paso y me acuerdo de manera irremediable de Gabriel cuando me confesó que no salía a correr porque, al ser gafe, tenía miedo de acabar en una alcantarilla abierta o algo así. Siempre me hacía reír con esas cosas. Nunca pensé que fuese gafe realmente. Solo era... real. Era tan real que no dejaban de pasarle cosas fuera de lo común.

No sé si el pensamiento tiene lógica fuera de mi cabeza, pero prometo que es así como lo veo.

Gabriel. Ay, Gabriel, cómo has dolido cada día desde hace dos meses.

Reconozco que al principio tuve dudas y esperanzas. Pensé que quizá, después de unos días, la cosa se calmaría. Tal vez al llegar a casa y ver su regalo de Reyes recapacitaría, pero cuando Judith me llamó unos días más tarde para contarme que Gabriel le había ofrecido el viaje con la condición de que invitara a Daniel a ir con ella me quedé a cuadros. Dolió mucho, pero al mismo tiempo fue una demostración más de lo leal que puede ser Gabriel. Era un viaje para nosotros y, sin mí, no quería ir. Judith me preguntó si estaba de acuerdo porque le sabía mal y la animé a hacerlo. Nosotros no tuvimos la oportunidad de disfrutarlo, pero si eso servía para que ella se animara y se lanzara en la conquista de Daniel, me daba por satisfecha. Eso no quita que, durante los días que supe que fueron a Roma, estuviera retorciéndome un poquito por dentro al pensar que podríamos haber sido nosotros, pero supongo que la vida consiste en eso. En disfrutar las luces y convivir con las sombras al mismo tiempo. Nunca hay una etapa completamente feliz y las rachas malas, aunque lo parezcan, siempre enseñan algo bueno.

Yo, por mi lado, sí disfruté de mi regalo. Lo sigo haciendo a día de hoy. Los rotuladores de mi marca favorita y el bloc nuevo de dibujo con la

dedicatoria de Gabi en la primera página se han convertido en mi bien máspreciado para esos ratos en los que no puedo soportar pensar en lo que podría haber sido y no fue.

No me atreví a darle las gracias por privado. Lo vi fuera de lugar, teniendo en cuenta que ya estaba todo dicho, y él tampoco me escribió a mí, así que comprendí que la cosa iba en serio y empecé a enfrentarme a la vida sin él.

Podría decir que fue fácil, pero no fue así. Tampoco fue lo más difícil que he hecho en mi vida, seamos realistas: las personas estamos acostumbradas a perder a seres queridos. Gabriel no estaba muerto, solo... fuera de mi vida. En la teoría, estaba todo muy claro. El tiempo haría su trabajo.

En la práctica, sin embargo, costó bastante más. Los primeros días me negué a cambiar las sábanas de mi cama porque olían a él. Juani insistía en que lo mejor para superarlo era salir, que justamente había sido el motivo por el que todo había empezado a ir mal con Gabriel, así que empecé a negarme y, al final, me puse bastante borde con él para que me dejara en paz. Cuando decidió dejar de darme puntos en el cartón e ignorarme un día entero, comprendí que había pasado una línea más. Ya no soportaba que nadie me dijera lo que tenía que hacer. Pensaba que querían dominarme y anular mi voluntad de esconderme. No me permití reflexionar acerca de por qué la gente de mi alrededor actuaba así. No hice autocrítica y, desde luego, no permití que nadie me dijera que Gabriel tenía razón. Me guardé las razones de nuestra ruptura para mí, quizá porque no tenía ganas de enfrentarme a la opinión de la gente. No quería oír que yo no lo había hecho bien. No quería aceptar mi parte de culpa.

Ahí empezaron las fases de verdad. Esas tan famosas que todo el que ha sufrido un desamor conoce.

Negación y aislamiento. Esta parte no fue difícil, fue precisamente el motivo de la ruptura así que solo tuve que mantenerme como ya estaba. Negué hasta el infinito que yo hubiese hecho algo mal y dejé fuera de este asunto a la poca gente que quedaba en mi vida.

Ira. Ay, esta fue curiosa. Sentí ira y rabia contra Gabriel por dejarme y no dar su brazo a torcer, pero no fue el único. El pobre Juani aguantó lo indecible. Aquí fue donde me mandó a pastar por primera vez y decidió ignorarme como táctica perfecta para mantener nuestra amistad, porque, de no hacerlo, a saber cómo estaríamos hoy.

La fase de negociación, esa en la que supuestamente te acercas a la otra

persona, me la salté. No sé si Gabriel pasó por alguna fase, pero si fue así, obviamente también se saltó esta. No hemos tenido el mínimo contacto desde aquel día en la cafetería. Algo que me alivia y enfurece a partes iguales.

La cuarta fase, la depresión, la abracé con ganas. No era de extrañar, dado que, en mi personalidad, tiendo más a la seriedad que a la alegría, como es el caso de Gabriel. Supongo que él, de haberla pasado, lo habrá hecho acompañado de sus cientos de amigos. Dios, hasta ahora noto la ironía. Igual no me he librado del todo de la segunda fase.

La quinta, la aceptación. Me encantaría decir que estoy en ese punto. Algunos días siento que sí, pero otros, como hoy, en los que no dejo de reflexionar acerca de cómo lo habrá llevado él o si habrá estado tan jodido como yo, me doy cuenta de que esto no está superado.

Para superar algo es necesario olvidarlo. El problema es que tampoco me puedo recrear mucho en este pensamiento, porque entonces me voy al pasado, a lo ocurrido cuando era joven, y pienso en toda la mierda que sigo arrastrando. Eso normalmente me lleva a una fase de autocompasión que tampoco me gusta. Y luego más ira. Y más rabia. Y más intento de aceptación. Y así llevo dos meses ya, en bucle con las fases, yendo adelante y atrás y sin saber cuándo demonios sentiré un poco de calma.

Me encantaría levantarme una mañana y pasar el día entero sin pensar en Gabriel, o en mi pasado. Sería tan liberador que creo que podría alcanzar un orgasmo mental. Por desgracia, ese día no ha llegado. Para muestra un botón. Mi respiración ya está agitada, empiezo a notar el sudor en la frente, el ejercicio es intenso, la música de mis auriculares suena a todo volumen y, sin embargo, no puedo dejar de pensar en todo esto.

Solo una cosa me detiene en seco, en todos los sentidos. Mi mente y mi cuerpo se paralizan y observo, resollando un poco, la imagen que se ha formado frente a mí en el parque en el que apenas llevo unos minutos corriendo.

Están en el mismo camino que yo, vienen de frente, así que ignorarlos es imposible, pero no sé si es el mejor momento para afrontar esta parte.

El primero en verme es Nando. Viene empujando un carro de bebé que intuyo que no está vacío, claro, es una obviedad, pero aun así me impacta la imagen. Hace ya meses que Juani me informó del embarazo de la chica con la que estaba, esa con la que me había puesto los cuernos el último año de nuestra relación, pero pensé, tonta de mí, que jamás tendría que tragarme esta

imagen de familia feliz.

Y, aun así, me descubro caminando hacia ellos, sin más alternativas, pero pensando que no duele como quizá debería. No siento que me arda por dentro la rabia al saber que la mujer que lo acompaña estaba en su vida al mismo tiempo que yo. Tampoco me alegro. Solo es... indiferencia. La amada y deseada indiferencia haciendo acto de presencia, por fin, en mi vida.

Sonrío, lo que hace que Nando vacile un poco, y los saludo de forma cortés. Nada de besos, pero tampoco rechazo ni hacerme la tonta, que supongo que es lo que ellos pensarían que iba a pasar.

—Felicidades —le digo a él, que mira el carro y sonrío, pese a estar visiblemente tenso.

—Gracias. Es un niño.

Se llena de orgullo al decirlo y me doy cuenta, una vez más, de que con Nando todo funciona así. Ganó la opción que él siempre ha querido, porque infinidad de veces me decía que no deseaba ser padre de una niña. Que no era machista, pero prefería tener un niño al que enseñarle cosas de hombres. Una frase del todo machista, obviamente, pero hay momentos en la vida en que dejas pasar ciertas cosas o te ahogas.

Me alegra que tenga un niño, no por él, sino por el crío. De haber sido niña, probablemente habría tenido un padre menos atento y apegado, y eso no se lo merece nadie, así que asiento y ni siquiera me asomo al carro. No por hacerle un feo al bebé, sino porque no me interesa nada de esta situación más allá de demostrarme a mí misma que puedo enfrentarme a ella.

—Me alegra que todo te vaya bien. Nos vemos.

—Carmen... —Nando traga saliva y me mira a los ojos, luego mira a su chica, que desvía los ojos hacia un punto inexacto del parque para no enfrentarse a mí, y carraspea—. Nada. Que te vaya bien.

Sonrío por respuesta y me alejo de ellos. Así de fácil. Así de liberador. No sé qué pretendía decirme. ¿Quizá una disculpa? ¿Una muestra de interés? Ni idea, pero tampoco me interesa. Y eso es lo mejor. Me da exactamente igual lo que Nando tenga que decir.

Esto es lo que debe sentirse cuando te libras de todo lo que te provoca dolor. Esto es lo que debería sentir al pensar en Gabriel, y en mi pasado. Sobre todo en mi pasado.

Esto es lo que él quería decirme, supongo...

Cierro los ojos y contengo un resoplido. No, no voy a volver a analizar

cada palabra de Gabriel. Lo he hecho demasiado y siempre encuentro un motivo para culparme a mí misma o, peor, culparlo a él de todo. Y no es justo para ninguno de los dos, así que retomo la carrera y fundo mi cuerpo a base de deporte.

No está tan mal, esto. Quizá debería probarlo más a menudo.

Al día siguiente las agujetas son tantas que agradezco enormemente que sea domingo y no tener que ir a trabajar. Dios, hoy va a ser un día de pelis, manta y sofá. Lo veo venir.

Bueno, en realidad, muchos de mis días han sido así desde...

Que no, que no voy a volver a eso.

Me levanto de la cama, me hago un café y decido hacer maratón de películas de miedo. Estamos en marzo y no hay un motivo específico, salvo que me gusta. Suficiente para llevarlo a cabo.

Me tumbo en el sofá y, después de una peli y media, un montón de refresco insano y unas gominolas que quizá llevaban demasiado tiempo guardadas en el cajón, recibo una llamada.

Me quedo en blanco cuando veo el número de Martín en la pantalla. Nosotros nunca hemos hablado por privado. La única razón por la que tengo su número es que un día él me dijo que deberíamos tomarnos un café solos. Parece que haya pasado un siglo. Le dije que estaría bien y él me hizo anotar mi número en su teléfono móvil. Minutos después, Gabriel y yo nos convertimos oficialmente en una pareja. Acepté ser su novia y... Y, joder, todo parecía perfecto en aquel momento.

Ahora las cosas son distintas, por eso no sé muy bien cómo actuar cuando descuelgo el teléfono.

—¿Sí? —pregunto con cierto tono de duda, pensando que igual se ha equivocado de persona. Es lo más lógico.

—Hola, Carmen —comenta él con voz amable—. ¿Cómo estás?

—Mmm, bien. —Intento asimilar que parece muy tranquilo, así que igual sí quería hablar conmigo—. ¿Qué tal tú? —pregunto en tono cortés.

—Bien, bien. La verdad es que estaba en casa solo y aburrido pensando en aquel día que nos prometimos un café. ¿Te acuerdas?

—Ajá.

No es que sea escueta por gusto. Es que no sé bien qué decir sin meter la pata. Es una de esas situaciones que escapan de mi control y, por lo tanto, me estresan.

—¿Qué te parece cambiarlo por una comida?

—¿Una comida? ¿Tú y yo?

—Sí. Podemos quedar hoy, si te va bien. Conozco un restaurante genial a las afueras. Puedo pasar a recogerte.

—Eh..., pues no sé, la verdad.

Martín, que tonto no es, insiste con amabilidad y sinceridad, cosa que agradezco.

—No me manda Gabriel ni mucho menos, por si te lo preguntas. Soy yo quien quiere hablar contigo y que pasemos un rato juntos. Nos lo prometimos y creo que, después de nuestro pasado en común, deberíamos cumplir esa promesa. ¿No te parece?

Hombre, visto así es un poco complicado negarse. La verdad es que Martín es un chico muy majo que me cae bien, pero tener un pasado en común con él me agobia. No porque sea él, sino por todo lo que le ocurrió mientras yo tenía la cabeza metida en mis propios problemas. Quizá, de haber estado más atenta en el instituto, nos podríamos haber unido para luchar contra los acosadores que nos hacían la vida imposible. Hay muchas preguntas que me hago y ya no tienen respuesta, porque ni Martín ni yo podemos aportarlas, pero si al menos conseguimos pasar un rato juntos y reconfortarnos por lo ocurrido, habrá sido un logro, y un pasito más en ese camino del olvido que tantas ganas tengo de recorrer.

—Está bien —digo al final—. Si puedes pasar a recogerme sobre las dos, iremos a comer.

—Genial. Cuando llegue te doy un toque y bajas, así no tengo que subir.

Le doy el ok y me alegra que me diga eso, porque indirectamente me está diciendo que no pretende colarse en mi espacio. Solo es una comida de dos personas que tienen algún tipo de charla pendiente, nada más.

Apago la tele, miro mi camiseta manchada de azúcar de las chucherías y decido darme una ducha antes de verlo. Me paso la plancha, me pongo un vaquero y un jersey liviano, dado el día tan bueno que hace, y cuando recibo su toque, bajo a recibirlo.

Estoy nerviosa, no voy a negarlo, porque es algo que no había hecho hasta el momento, pero cuando le veo sonreírme desde su coche le devuelvo el gesto

sin pensar, tranquilizándome en el acto y preguntándome, no por primera vez, si Gabriel sabrá algo de todo esto.

—Estás preciosa —me dice cuando abro la puerta y entro.

No es un intento de ligar ni mucho menos. Es un cumplido amistoso, así que sonrío y se lo agradezco.

—Tú también estás distinto. ¿Te has cortado más el pelo?

—Sí, he decidido que odio peinarme para los restos. Si tuviera tu pelo atravesaría un infierno cada mañana.

Me río y pienso que, en realidad, yo también debería cortármelo. ¿No dicen que es bueno hacerlo cuando quieres cambiar de vida? Algo así como un aviso de que viene una etapa nueva. No sé, debería darle una vuelta.

—¿A dónde vamos? —pregunto intrigada cuando arranca.

—Hay un restaurante a las afueras muy tranquilo para hablar y tomar algo después, si nos apetece. He pensado que nos vendría bien algo así. Los sitios bulliciosos pueden ser agobiantes ahora que empieza el buen tiempo.

—Sí, parecemos caracoles buscando el sol.

Eso nos hace sonreír y, cuando una canción de Vanesa Martín suena en la radio, sonrío con nostalgia, porque recuerdo, no sé por qué, todas las veces que Gabi y yo oímos juntos su música mientras él conducía y cantaba a voz en grito y yo le pedía que por favor dejara de hacerlo porque me daba vergüenza. Era mentira, no me daba vergüenza, pero me encantaba ver cómo se hacía el ofendido.

Malditos recuerdos.

—¿Sabe él que estás conmigo? —pregunto llevada por un impulso.

Es lo primero que me prometí: no hacer preguntas de Gabriel. Lo sé, y me riño en silencio, pero, por otro lado, creo que no sería capaz de disfrutar de esta comida sin saber, al menos, ese dato.

—No tiene ni idea y, dadas las circunstancias, creo que no le haría demasiada gracia.

«¿Está bien?», «¿Necesita algo?», «¿Sigue siendo el chico alegre y dicharachero de siempre?», «¿Me odia?». Quiero preguntarle todo eso, pero entiendo que no es el momento, ni el lugar. Ahora lo que toca es que hablemos nosotros y, si empiezo a sacarle información de Gabriel, haré de todo, menos disfrutar de este día. Me conozco, sé las ansias que aún tengo por verlo y me pasaría cada minuto analizando las palabras de Martín y sin prestar atención a lo que él realmente quiera decirme. No es justo para él, así que decido

aguantar mis impulsos, darnos a los dos una comida tranquila y, en la despedida, según haya marchado todo, ya veré lo que hago...

El restaurante en el que entramos es tal como Martín lo ha descrito. Tiene un salón inmenso y eso, precisamente, es lo que lo hace acogedor, porque las mesas están muy espaciadas unas de otras, así que da la sensación de que puedes hablar de cualquier cosa con tu acompañante sin que el comensal de al lado se entere. Que no es que vayamos a organizar un atraco Martín y yo, pero cuando voy a hablar de mi pasado, me gusta ver que lo haré con cierta intimidad.

—¿Te parece bien allí? —pregunta señalando una mesa junto a una pared de ladrillos, más apartada del resto aún que las demás.

—Perfecto. —Sonrío y pienso, no por primera vez, que Martín tiene el don de leerme la mente.

O quizá es que él mismo piensa como yo y, claro, así es fácil acertar.

Nos sentamos y pasamos los primeros minutos hablando de la carta. Para cuando nos toman nota, él pide dorada al horno y yo lasaña casera. Está claro que los dos tenemos hambre, y eso que yo vengo de darme un atracón, pero supongo que el desamor me abre el apetito. Quizá por eso los vaqueros empiezan a apretarme más de lo que deberían.

—Estás muy guapa.

—He engordado. —Lo digo así, tal cual, porque es verdad y además estaba pensándolo justo ahora.

Martín se ríe, se echa a un lado y hace como si me revisara de arriba abajo.

—Juraría que la imagen de ti que guardo en mi recuerdo es muy parecida a la que veo, así que yo no me preocuparía demasiado.

—Recuerda eso si te salta un botón de mi pantalón en el ojo después de que haya acabado con la lasaña.

Martín vuelve a reír y el ambiente se vuelve distendido.

—Me alegra mucho que hayas aceptado esta comida, Carmen. Tenía dudas, la verdad.

—Ya, no tengo fama de ser la más simpática del mundo, ¿no?

—No tienes fama de ser la más cercana del mundo, que es muy distinto. En

simpatía, cuando tienes confianza, creo que vas sobrada.

—Gracias por eso.

—De nada. —Hace una pausa cuando nos traen las bebidas y sigue—. ¿Sabes? Cuando te veía por el instituto, en aquella época, deseaba acercarme a ti y ser tu amigo.

—¿En serio?

—Sí. Pensé muchas veces en hacerlo, pero me daba pánico que me rechazaras y ganarme un enemigo más.

—Te entiendo. A mí me pasaba lo mismo con todo el mundo.

Frunzo el ceño cuando una vocecita me dice que aún me pasa. Aún me cierro en banda para que nadie tenga la capacidad de hacerme daño.

—¿Te pegaron? —pregunta Martín sin titubear.

Trago saliva y niego.

—Lo intentaron —confieso—, pero tuve suerte y las dos veces llegó alguien que lo impidió. Lo tuyo fue peor, según tengo entendido.

Martín niega con la cabeza. Está muy serio, pero no me extraña, porque el tema ensombrecería a cualquiera.

—Con todas las palizas que me llevé, ninguna dolió más que lo que me hicieron por dentro. Aquí. —Señala su cabeza y, acto seguido, su pecho—. Aquí. El miedo, la desconfianza, la depresión, la autoestima hecha mierda... Todo eso fue lo peor, y ahí creo que estamos empatados.

—Puede ser —susurro—. A veces me odio por no haber reaccionado.

—Ya. —Sonríe con un poco de sarcasmo y se encoge de hombros—. Yo he pasado por eso de culparme muchas veces, pero al final solo nos queda comprender que no hicimos nada para merecerlo. Eso no lo merece nadie. Fue una lotería y nos tocó.

—Vaya suerte, ¿eh? —digo en tono irónico.

Él se echa a reír y yo, de verlo, no puedo evitar estirar mis labios un poquito.

—¿Tuviste a alguien que te sacara de aquello? —pregunta entonces.

—¿A qué te refieres?

—Un ángel de la guarda. Ya sabes, un salvador o salvadora que se diera cuenta de la situación y te acompañara en todo momento.

—Oh, bueno. Sí y no. Cuando abandoné los estudios y conté lo que ocurría, mi familia me apoyó de inmediato. Estuvieron de acuerdo en todas las decisiones que tomé, pero...

Me callo. No sé si quiero seguir por ahí. Nunca he pronunciado en voz alta las palabras que estaban a punto de salir de mi boca y no estoy segura de querer hacerlo ahora. En cambio, Martín tiene otros planes.

—Apoyaron tus decisiones, pero no te empujaron en ningún camino en concreto, ¿no? No sabían qué hacer contigo.

—Dicho así, suena fatal.

—No, qué va —responde él—. Sé bien lo que es. Mi madre se sentía tan culpable que lloraba día y noche. A veces me tocaba a mí consolarla a ella. Eso hacía que me sintiera aún más culpable y entré en un bucle insano del todo. Por suerte, encontré a Gabriel y todo empezó a mejorar.

—Algo me contó, espero que no te moleste.

—En absoluto. Él fue mi salvador de verdad. El emocional. El que te coge y te guía hacia la salida del túnel.

—Me dijo que te conoció cuando ya no tenías heridas visibles.

Recuerdo todo lo que me contó Gabriel y lo echo de menos. Incluso ahora, hablando de esto, lo echo de menos. Aun así, me concentro en Martín. Él lo merece.

—Visibles, tú lo has dicho. Carmen, no sé lo que te contó con exactitud, probablemente se quitó méritos, pero lo que él hizo por mí fue... No hay palabras, de verdad. Sobre todo con la carga que tenía encima. Lo dejó todo. Se dejó a sí mismo de lado para ayudarme.

Trago saliva. Esto se va a poner intenso y no sé si quiero hablarlo. Observo mi copa y pienso en las palabras de Gabriel, en las recriminaciones de que era una cobarde y me escondía de la vida. La vivía a medias para no sufrir.

Ahora, sentada aquí y con esta actitud, empiezo a pensar que quizá tenía razón. Solo por eso cojo aire e insto a Martín a que siga contándome.

—Se hizo amigo tuyo y no te dejó solo, según me contó.

—Fue más que eso. Me llevó a su propio psicólogo cuando yo ni siquiera estaba seguro de querer ir a uno. Me dijo que fuera a una de sus sesiones y, si no me gustaba lo que veía, no tenía que repetir más. Lo pagó de su bolsillo para que yo no tuviera que pedir dinero a mis padres. Me abrió la puerta de la cicatrización real.

—Espera, espera un momento. ¿Su psicólogo? ¿Gabriel iba a un psicólogo?

Martín guarda silencio. No sabía que yo ignoraba esto. Lo sé. Lo veo en

sus ojos. Se siente pillado en falta y, aunque una parte de mí no quiere presionarlo ni agobiarlo, hay otra que siente que se me está escapando algo grande. Algo vital.

—No te ha hablado de su pasado, ¿verdad? —Trago saliva y niego con la cabeza, asustada por todo lo que eso implica—. Lo siento, pensé que cuando estabais juntos... Bueno, como él sabía lo tuyo... —Se pasa las manos por el pelo y suspira—. Joder, lo siento.

Creo que ni siquiera me pide perdón a mí. Sino a Gabriel. Imagino que no es plato de buen gusto desvelar algo que, si él no me contó, sería por un motivo de peso. Porque está claro que no fue una tontería.

Mi primera reacción es molestarme. Él supo todo lo mío, vale que nunca le hablé en detalle de lo ocurrido, pero sabía lo vital, y sabía de mis problemas de socialización. Hacía ver que lo entendía y yo pensaba que era empático sin más, pero todo ese tiempo él estaba ocultando un pasado propio que no me confió. Y todavía tuvo la desfachatez de acusarme de no confiar en él plenamente.

Me muerdo el labio con fuerza. No quiero que Martín note mi enfado, pero no puedo evitar hacer la pregunta del millón, ahora que esto ha salido a la luz.

—¿Por qué iba él al psicólogo?

Sé la respuesta antes de que la diga. Lo noto en su cara. Está tenso, esquiva mi mirada y no va a traicionar a su amigo. Algo que es de valorar, aunque yo vaya a terminar esta comida jodida.

—Yo no puedo contarte los motivos, Carmen. Ya he dicho mucho más de lo que debía, al parecer.

—Pero... ¿También le acosaban?

—No, no, es que... Mira, es algo que debería contarte él, si quiere. No voy a faltar a su confianza. Espero que lo entiendas. Tampoco faltaría a la tuya, llegado el momento. No es porque sea mi amigo nada más. Es que no me corresponde a mí contar algo tan delicado, ¿entiendes?

Lo entiendo, claro que lo entiendo, aunque me joda en el alma no poder sacarle nada más. Él no tiene la culpa de ser fiel a lo que siente por su amigo. Además, es una persona honesta e íntegra, cualidades que valoro, pero eso no quita que yo ahora mismo esté pensando seriamente llamar a Gabriel y preguntarle a bocajarro cómo es que me ha ocultado todo esto.

No lo haré. No soy estúpida y han pasado dos meses desde nuestra ruptura. Ahora mismo nada tiene sentido, así que ni siquiera entiendo por qué estoy tan

ofendida.

Verás tú, que todavía soy capaz de volver a revivir todas y cada una de las fases.

—¿Estás bien? —pregunta Martín.

—Lo estaré —digo en tono recto y firme—. Lo estaré. De momento, tú y yo vamos a disfrutar de esta comida sin hablar más del pasado. Debimos juntarnos, no lo hicimos, pero no importa, porque aquello te llevó a ser la persona que intuyo que eres, así que mereció la pena, ¿no?

—Me gusta pensar que sí. —Sonríe, pero es una sonrisa a medias. Sabe que la ha cagado un poco y no está disfrutando de esto tanto como hace unos instantes—. Tú también mereces mucho la pena, Carmen. Que lo nuestro saliera mal, no significa que yo no pueda tenerte aprecio.

Agradezco sus palabras y pienso que, quizá, después de todo, es hora de hacer un nuevo amigo. Abrir la puerta y dejar que Martín entre poco a poco en mi mundo, con la confianza de que él, al venir de lo mismo que yo, sabrá entender cada paso atrás que yo dé en el camino. No se lo digo, claro, simplemente decido dejar que todo siga su curso, pero me hago la promesa mental de llamarlo yo algún día, aunque solo sea para tomar un café y dejarle claro, de esa manera, que estoy dispuesta a que nuestro contacto no se pierda del todo.

El resto de la comida es un poco extraña, pero conseguimos pasar un par de horas hablando de nosotros e ignorando al gran elefante rosa que es Gabriel ahora mismo. Tomamos un café y Martín me lleva a casa con una calma que no sé si siente de verdad.

—Me ha gustado hablar más contigo y conocernos, Carmen. Ha sido como enterrar esa espinita que siempre tuve contigo de adolescentes.

Sonrío, me incorporo un poco y beso su mejilla en un gesto amistoso.

—A mí también me ha gustado. Ya lo repetiremos.

Él solo sonrío. Creo que no se fía mucho de mis palabras, pero, como he dicho, pienso llevar mi promesa a cabo.

Me despido de él, subo a casa, esquivo a Gracia, que justo baja a hablar un rato con las vecinas, y me voy derecha al baño. Ya me duché antes, pero necesito quitarme el maquillaje y calentar mi cuerpo. No porque haga frío como tal, sino porque estoy destemplada.

Porque no puedo dejar de pensar en él.

Me tumbo en la cama después de ponerme el pijama, miro al techo y hago justo lo que no debería hacer: pensar en todas las posibilidades por las que Gabriel acabó en un psicólogo de adolescente.

En eso y en guardarle un poquito de rencor por no contármelo se me va el resto del domingo.

Pasan cinco días desde mi comida con Martín. Cinco días en los que no duermo todo lo tranquila que me gustaría y mis pensamientos viajan de un lado a otro sin descanso. A veces me enfado con él, otras la intriga me supera y, en algunos momentos, hasta soy capaz de pensar que, seguramente, no quería agobiarme con lo que sea que hubiese pasado.

Que igual no es nada de lo que pienso, porque para ir al psicólogo tampoco hace falta que pase nada físico. Basta con tener ansiedad o algún pensamiento obsesivo para decidir dar el paso, que es lo que todo el mundo debería hacer, pero luego recuerdo que solo era un adolescente y pienso que, con la seguridad que tiene en sí mismo, no encaja en el perfil de persona depresiva o ansiosa. Claro que, si algo he aprendido con los años, es a no juzgar. La depresión tiene caras que nadie conoce, igual que la ansiedad. Es entonces cuando vuelvo al principio y me enfado de nuevo.

A la altura del viernes, como digo, hasta Juani está cansado de verme distraída continuamente. Bueno, Juani lleva una temporada bastante harto de mí en general, y no puedo culparlo.

—¿Otra vez con lo mismo? —pregunta mientras coloco un paquete de compresas en la balda correspondiente.

—No —miento.

—Qué embustera eres. Si la gran Rocío Jurado te conociera, te sacaría una letra, porque eres digna de una copla, te lo digo.

Sonrío y voy hacia él aprovechando que no hay clientes. Lo abrazo sin que se lo espere y, cuando siento sus manos rodear mi cintura, cierro los ojos y me permito reconfortarme con su familiar aroma.

—Gracias —musito—. Por estar, aunque no lo merezca.

—Yo siempre voy a estar, pero no te voy a negar que me da pena.

—¿Pena? ¿El qué?

—Saber que soy el único. Que no dejas que nadie más esté aquí, donde yo estoy ahora, viendo tus puntos débiles y apoyándote sin condiciones.

Trago saliva, me separo de él y le doy la espalda. Sé que ahora mismo estará frunciendo los labios, sabiendo de sobra que he vuelto a molestarme por sus palabras. Lo sé, porque lo entiendo. Eso es lo peor. Que cada día que

pasa entiendo mejor los pensamientos de Juani y los del propio Gabriel, pero mi estúpido orgullo no me permite dar el brazo a torcer.

El resto de la tarde pasa sin grandes acontecimientos, más allá de que una clienta haya contado un chiste nuevo de bananas a Juani, que se ha desternillado y le ha regalado un manojo de perejil por graciosa. Es de esas personas que piensan que la gente que consigue arrancarnos carcajadas se merece que le demos toda nuestra atención y, además, algún regalo, por nimio que sea, porque repartir risas está demasiado infravalorado.

Yo pienso en Gabriel. Otra vez. Es inevitable. Se merece tantos premios por las risas que me arrancó... Y ni siquiera sé si hubo algo en su pasado que lo privó a él de reír. Lucho a diario con el deseo de querer ser yo quien lo consiga ahora, pero no es mi especialidad aportar alegría a la vida de nadie, aunque suene un poco patético.

Si tuviera que usar una referencia para describirnos, usaría la de la película *Inside Out*. Gabriel sería Alegría, sin ningún tipo de dudas. Lo ve todo con un prisma positivo, aun cuando las cosas se tuercen, que me parece fuera de lo normal. Incluso tiende un poco al autoengaño solo para justificar la positividad y el estar contento por encima de todo.

Y yo... Bueno. Creo que yo sería una mezcla entre Tristeza y Asco. No me gusta demasiado, pero he de admitir que tiendo mucho a la tirantez o el bajo ánimo cuando no obtengo lo que quiero o me siento superada. También tengo tintes de Alegría, claro, no es que me pase el día llorando, pero reconozco que soy una persona que tiende más a la seriedad. No es malo, ahora lo sé, y cuando vi la película lo entendí. Todas las emociones son necesarias, pero sí es cierto que, como dice Juani, las personas capaces de aportar alegría a nuestras vidas deberían ser eternas.

Pensando en todo esto se me va la tarde, como suele suceder, y cuando estamos a punto de echar el cierre entra en la tienda la última persona que yo esperaba ver hoy.

—Buenas noches —saluda Raúl con una pequeña sonrisa.

Sonríe, pero no como Martín el otro día. Él está tenso y nervioso. Se nota, así que decido ponérselo fácil.

—Buenas noches. ¿Te puedo ayudar en algo?

—Sí. Quiero medio kilo de tomates y una conversación.

Abro la boca, porque la frase en sí ha sido un poco surrealista, pero miro a Juani, que se ríe un poco y se encoge de hombros.

—A mí no me mires, está hablando contigo.

—Puedo darte los tomates —le digo a Raúl en tono cauteloso—, pero para la conversación tendrás que esperar a que cerremos.

—Tranquila, cuento con ello.

Le atiendo, le cobro y, cuando sale fuera para esperarme, Juani me insta a que me vaya con él.

—Ni hablar. No puedo irme antes de mi hora.

—Quedan cinco minutos para cerrar, Carmen. No me enfades, te lo pido por favor. Ve con él y luego llámame y cuéntame qué quiere, que me está matando la intriga.

Me río, cojo aire y asiento. Cuanto antes termine esto, mejor. Me quito el mandil, cojo mi chaqueta y mi bolso y salgo para encontrarme con él.

—¿Quieres tomar algo o prefieres venir a casa? —pregunto sin medias tintas.

—Cuanto más tranquilos podamos estar, mejor.

Asiento y empiezo a caminar hacia mi casa. No está especialmente simpático, pero yo tampoco, así que estamos en tablas. Andamos en silencio, él con las manos en los bolsillos y aire despreocupado, pero hombros tensos. Hoy, más que nunca, agradezco vivir tan cerca del trabajo.

Abro el portal, subimos y, cómo no, me encuentro con Gracia en el rellano.

—Vaya..., otro. Desde que lo dejaste con el morenazo no paras.

Aprieto la mandíbula y me callo las ganas de decirle que lo ideal sería que se metiera la lengua en el culo lo que le resta de vida, pero recuerdo que tiene contacto con mi familia y aguanto como una campeona. Le doy las buenas noches y entro en casa seguida de Raúl, que no se muestra nada receptivo con ella, y menos mal.

—¿Quieres tomar algo?

—Un vaso de agua estaría bien. Simpática vecina. Ya me habían hablado de ella.

Me trago un nudo cuando imagino a Gabriel contándole cosas a su primo de nuestro día a día. Hasta Gracia le tomó cariño, estoy segura, por eso ahora está aún más borde conmigo.

—Tiene fama —digo sin más. Le sirvo un vaso de agua y saco una cerveza de la nevera. Él me mira, eleva una ceja y yo otra—. ¿Te gusta más esto?

—Hombre..., si me la ofreces...

Sonrío y le doy mi botellín antes de coger otro. Ya decía yo que lo del

agua no iba mucho con Raúl.

—Tú dirás.

—Martín me ha contado lo que pasó el domingo.

—¿Qué pasó? —Me hago la tonta solo porque no quiero meter la pata.

—Estuviste con él, ¿no?

—Sí, claro. Me llamó para comer y me pareció buena idea. ¿Es eso lo que te preocupa o molesta?

—No, para nada. —Carraspea, da otro sorbo al botellín y se limpia los labios antes de hablar—. Mira, Carmen, la sutilidad no es lo mío así que voy a soltarlo ya. Me dijo que la cagó al contarte que Gabriel había estado en un psicólogo de adolescente, pero que no te había dicho el motivo.

—Ah, sí, eso. —Me vuelvo a hacer la despistada y le resto importancia, porque no quiero que suponga un problema, pero tampoco voy a negarlo—. Lo comentamos de pasada, sí.

—¿Y no te da curiosidad saber el motivo?

Me muerdo el labio inferior con fuerza y lo miro con recelo. ¿Curiosidad? ¡Claro que me da curiosidad! Más que eso, estoy volviéndome un poco loca desde que me enteré, pero no soy nadie para preguntarle. Ya no. Imagino que en el pasado le habría pedido explicaciones sin pararme demasiado a pensarlo.

—¿Y si así fuera? ¿Lo remediarías tú?

—Sí.

La rotundidad de su respuesta me deja cortada. Raúl me mira muy serio y, ante mi falta de reacción, eleva las cejas de nuevo.

—Yo... no... No creo que Gabriel esté de acuerdo con que me lo cuentes.

Su mirada se suaviza de inmediato. Sonríe, asiente y mira su botellín.

—Gracias por preocuparte por él, pese a todo. —Parece sincero, así que no me lo tomo a mal—. Sé que no le haría gracia, y sé que a lo mejor la estoy cagando a lo bestia, pero es que llevo desde que rompisteis pensando que en este puzle falta una pieza. Si una vez encajada queréis seguir separados, vale, pero mi primo se merece que sepas toda la verdad. Y creo que tú también lo mereces.

No puedo decir que no a eso porque, tal como lo explica, tiene toda la coherencia del mundo. Cuando sepa lo ocurrido dejaré de martirizarme y podré afrontar el final de nuestra relación. Olvidarlo y seguir adelante.

O no.

—Tú dirás —digo sentándome a su lado en el sofá.

—¿Nunca te has preguntado qué fue del padre de Gabriel? ¿Su abuelo? ¿Su bisabuelo? ¿No te parece raro que solo esté rodeado de mujeres?

Guardo silencio un instante y me sorprendo al darme cuenta de que ni siquiera me lo había planteado. Para mí su familia eran su madre, su abuela, su bisabuela y su hermana. No pensé nunca que las tres mayores tuvieron una pareja en su día.

La sorpresa deja paso a un sentimiento feo, muy feo, porque me doy cuenta de que, en el tiempo que estuvimos juntos, apenas supe nada importante de la vida de Gabriel. Conocí a su familia porque él insistió, sí, pero no me preocupé en preguntarle de dónde venían, cómo era crecer con ellas o cualquier otra cosa que me ayudase a formarme una imagen del hombre que tenía a mi lado. Es una muestra más de que, mientras él estuvo pendiente de mí en todo momento, yo me bloqueé y aislé tanto emocionalmente que dejé pasar la oportunidad de conocerlo de verdad, más allá de lo que podía besar o palpar con mis manos.

Raúl debe percatarse de mi conflicto interno, porque pone una mano en mi rodilla y la palmea con suavidad.

—No te culpes. Mi primo tiende a darse tanto a la gente, que suelen olvidar que él también necesita que estén ahí de vez en cuando.

Trago saliva. Quizá me necesitó en algún momento y yo no estuve, dando por hecho que querría soledad, como la quiero yo cuando algo me molesta.

—Con cada conversación que tengo, ya sea contigo o con Martín, me descubro pensando que fui la peor novia del mundo —confieso en voz baja.

—No digas eso. Él estaba loco por ti.

—¿Estaba? —pregunto.

Raúl sonríe con cariño y vuelve a palmear mi rodilla.

—Ya llegaremos a eso. El caso es que a mi bisabuelo no lo conocimos. Abandonó a bisabuela cuando se quedó embarazada. Imagina el escándalo en aquellos tiempos. Una adolescente sola y con una hija a su cargo. Hasta su madre la repudió. Fueron tiempos duros, aquellos, pero la niña que tuvo creció, se convirtió en adolescente y se quedó embarazada. Para resumirlo mucho diré que tuvo a la madre de Gabi y a la mía. Después de hacer su trabajo y engendrar dos hijas, el padre también desapareció. Mi madre aguantó más, pero la de Gabi repitió la historia y se quedó embarazada.

—Y él se marchó.

—Ojalá. —Una sola palabra y ya siento escalofríos—. No se fue. Se quedó, tuvieron a Gabi y, años después, a su hermana. Ella nació porque... Bueno, mi tía dice que nació porque tenía que nacer, y es cierto, adoro a mi primita, pero también es cierto que nació de algo feo. Muy feo y muy roto. ¿Me sigues?

—Creo que sí, pero sinceramente, Raúl, necesito que hables claro. Si vas a contármelo hazlo bien para que pueda pensar en ello y martirizarme si he de hacerlo o tener cualquier otra reacción.

Raúl asiente. Entiende, o eso creo, la gravedad de lo que está a punto de suceder. Toma aire y me mira más serio de lo que lo he visto nunca.

—La maltrataba. A mi tía, digo. Primero psicológicamente y, más tarde, pasó a lo físico. No hablo de un moratón en un ojo, Carmen. Hablo de palizas que acababan con ella en el hospital.

—Es horrible —susurro—. ¿No lo denunció?

—Él era guardia civil. —Trago saliva, comprendiendo la seriedad del asunto—. Tenía pánico de que no la creyeran, pese a tener las pruebas. Incluso hoy la justicia tiende a investigar a la víctima en vez de creerla en muchos casos, imagina hace tantos años.

—¿Y qué pasó?

—Siguieron juntos muchos años. Gabi empezó a crecer y darse cuenta de todo. Pasó por un montón de fases, igual que su padre. Primero lo admiró, siendo pequeñito, luego se dio cuenta de los gritos y chantajes emocionales que sufría su madre, aunque entonces él no supiera definirlos, y más tarde... le tocó a él.

—No me digas eso, Raúl.

Soy consciente de mi tono suplicante, no quiero que vaya por ahí. No quiero que esto acabe justo en un tema tan delicado y duro. No a Gabriel. A mi Gabriel.

—Al principio era sutil. Lo reñía más de la cuenta, sobre todo cuando se dio cuenta de que estaba muy apegado a su madre y se ponía de morros con él si ella estaba triste. Era un niño y, cuando eres niño, tu madre es el centro de tu universo, junto a tu padre, pero si este último no hace un buen papel los pequeños acaban por darse cuenta. Como dice Gabriel, los niños son pequeños, pero no tontos.

—¿Le pegó siendo niño? —pregunto sin medias tintas, porque necesito saberlo, aunque luego desarrolle la explicación.

Raúl niega con la cabeza de inmediato y sonrío de forma irónica y triste.

—No. A veces pienso que, de haberlo hecho, el infierno habría acabado antes, porque si algo no hubiese permitido mi tía es que pusieran una mano encima a sus hijos. A él no le pegó, pero las palizas a ella aumentaron, y a mi tía cada vez le resultaba más complicado ocultarle a Gabi el motivo de sus heridas. Iba creciendo, ya no se creía que se había caído por las escaleras, o que había tropezado en la calle. Empezó a dudar, a mirar con recelo a su padre y a meterse en las discusiones que presenciaba. —Raúl suspira con pesar y se frota la barba—. Obviamente, su padre se dio cuenta y empezó a cargar sus frustraciones en él. Si veía a su madre triste, convencía a Gabriel de que era por su culpa. Si le gritaba por hacer lo más mínimo, luego lo convencía de que él le provocaba. Durante un tiempo mi primo llegó a pensar de verdad que era el responsable de que en casa todo marchase mal.

—Eso es horrible. Es maltrato psicológico de manual —susurro.

—Sí. Él sabía muy bien cómo intoxicar a todos los de su alrededor para justificarse, pero no contó con que el niño seguiría creciendo. La primera vez que Gabriel pidió ayuda a una vecina tenía diez años y su hermana aún era un bebé que andaba, pero no hablaba casi nada. La cogió en brazos, corrió y le dijo a la vecina que creía que su padre estaba pegando a su madre. Ella salió corriendo y dejó a los niños en casa. Mi primo siempre me cuenta que nunca nadie le aclaró qué había pasado exactamente, pero su madre tuvo el labio partido muchos días, así que tampoco necesitó preguntar más. Ahí empezó a tomar conciencia de cada pelea, cada golpe, cada mirada de odio que su padre dedicaba a su madre y a ellos mismos. Empezó a tener miedo por él, pero sobre todo por mi prima, que era muy pequeña para defenderse. —Carraspea y da un sorbo a su botellín—. No creo que deba extenderme más en esa etapa. Gabriel creció en un ambiente tóxico, negro, lleno de malos tratos, golpes e insultos. Su padre jodió su cabeza, pero no tocó su cuerpo hasta que tuvo catorce años. Ahí llegó la primera paliza. En aquel entonces mi primo ya había dejado de ser el niño alegre y dicharachero que era. El hombre que es ahora, también. Se escondía de todo el mundo, apenas salía de su habitación más que para defender a su madre o ir al instituto y se culpabilizaba de no poder hacer más para que ella lo dejara.

—Pero ¿ella no hizo nada? ¿Su madre no lo defendió de las palizas?

—Cuando se enteró, sí. Hay que pensar que mi tía, para esa época, era poco más que un trapo arrastrado. Apenas pensaba por sí misma, se culpaba

de todo y estaba tan sometida a él que no atendía a lo que mi abuela, bisabuela y mi propia madre intentaban aconsejarle. Por otro lado, Gabriel se callaba. No quería hacerla sufrir, así que no supimos que le ponía la mano encima hasta un tiempo después. El cabrón sabía dónde tocar para no dejar marcas visibles.

Me bebo casi media cerveza de un sorbo, porque noto la garganta tan seca que siento que se me va a agrietar de un momento a otro. Pienso en Gabriel de niño intentando ganarse el cariño de su padre y proteger a su madre. En la desilusión que se llevaría al darse cuenta de lo malo que él era, en los golpes que habrá presenciado y sufrido, y me siento tan estúpida que las lágrimas acuden a mis ojos. Me las trago, por supuesto, no es momento de ponerme a llorar. No hasta que Raúl acabe de contármelo todo, al menos, pero una parte de mí ya empieza a entrar en bucle e intuyo que esto va a dejar huella.

—El día que le puso la mano encima delante de mi tía ella estaba cocinando. Cogió la sartén con aceite hirviendo y se lo echó por la espalda a él sin pensar. —Aprieta los dientes un momento y sigue—. El padre de Gabriel gritó de dolor, pero se revolvió lo justo para cogerla por los pelos. Lo que vino a continuación fue tan desagradable que ni siquiera voy a contártelo, aunque ya puedes imaginarlo. Acabaron todos en el hospital y con distintos partes. Fue cuando mi tía puso la primera denuncia y pidió una orden de alejamiento para sus hijos y para ella misma. Se la dieron, todo era demasiado evidente así que no dudaron. Gabriel solo era un adolescente que se culpaba de todo lo que había ocurrido en su casa. Cayó en una depresión enorme, apenas hablaba, no se comunicaba con nadie, ni siquiera conmigo, y solo salía de casa para ir al instituto, donde tampoco rendía lo más mínimo. Estaba como moribundo. Sin apenas vida, pero respirando. Se negaba a recibir ayuda, mi tía lo intentó, pero llegó a la consulta de la psicóloga y guardó silencio la hora entera. Nadie sabía qué hacer con él.

—¿Qué pasó? —pregunto ansiosa—. Algo pasó, porque cuando Martín llegó a vuestro instituto fue él quien lo ayudó.

—Tenía quince años y mi prima ocho, si mal no recuerdo. Llegaron las navidades y él seguía igual. Mi tía estaba desesperada, Gabi no quería ni oír hablar de psicólogos y había perdido mucho peso, porque no tenía apetito. Un día, nuestra bisa nos juntó a los nietos, como era costumbre, y nos hizo escribir la carta a los Reyes Magos. Él y yo ya éramos mayores y no creíamos en ellos, pero nuestras hermanas sí. Gabi dejó su carta en blanco y Emma se dio cuenta, así que hizo lo mismo con la suya. Era solo una niña, seguramente

tenía en mente mil juguetes, pero decidió imitar a su hermano y nadie le dijo nada. Nos fuimos al centro comercial y, cuando le llegó su turno, le dijo a Melchor que no podía darle su carta, porque estaba vacía. El Rey le dijo que no importaba; podía decirle lo que quería que le trajeran. —Raúl carraspea, intentando no emocionarse, pero no lo logra del todo—. Ella pidió que su hermano volviera a sonreír. Que no se apagara más. Y lo dijo así: «No quiero que se apague más». Todos la oímos, incluido Gabriel, que se echó a llorar en el acto. Fueron unas navidades muy amargas, pero el día de Reyes le dijo a su madre que quería ir a un psicólogo.

Me limpio las mejillas, porque las lágrimas en este punto son inevitables, y pienso en aquel niño lleno de tristeza, miedo e inseguridad que pidió ayuda solo para que su hermana fuera feliz. El adolescente que decidió curarse solo porque eso aportaría alegría a la gente que quería. Gabriel. Mi Gabriel, siempre tan generoso, hasta en algo tan delicado.

—¿Fue duro?

—Mucho —dice Raúl con la voz ronca—. Fue muy duro, pero se esforzó y, poco a poco, volvió a ser él. Dejó de esconderse y aprendió a dejar el pasado atrás.

—¿Y su padre?

—Intentó acercarse alguna vez, pero se mantuvieron fuertes y alejados. Le dio un infarto poco después de que Gabi cumpliera diecisiete. Era joven, así que me gusta pensar que fue un regalo del karma.

Trago saliva y asiento. Yo también lo siento así y agradezco que no haya un ser vivo al que tenga que odiar tanto como odiaría al padre de Gabi si estuviera vivo. De hecho, también lo odio estando muerto. No caso muy bien con esa ley no escrita que dice que hay que hablar bien de una persona porque se ha muerto, aunque fuese un mal bicho. Quien no sembró nada en vida, que no espere cosecha en forma de palabras bonitas en la muerte.

—Le costó mucho abrirse al mundo de nuevo, Carmen. Fue dicharachero y alegre de pequeño, pero hasta el ser más puro puede fundirse si se le acerca un fuego constante. Lo que quiero que entiendas es que él jamás te obligaría a dar más de lo que tú quieres, pero tampoco puede quedarse con alguien que... —Mira a otro lado, cohibido de pronto, pero acabo la frase por él.

—Alguien que se esconde —susurro—. Eso es lo que me dijo. Que me escondo, que sigo viviendo de los sentimientos de la niña que sufrió acoso escolar. Y me enfadé, no le creí y me atreví a gritarle que no tenía ni idea

porque no había pasado por algo similar. —Las lágrimas vuelven a caer y me levanto para que Raúl no las vea con tanta claridad, aunque obviamente sabe que están ahí. Cojo otra cerveza, cierro el frigorífico y apoyo la frente en él—. Joder, qué idiota soy...

—Eh. —Siento su cuerpo detrás de mí, su mano se posa en mi hombro y tiemblo con un pequeño sollozo—. Tú no tienes la culpa de lo que le pasó, Carmen. No te martirices, no te lo he contado para eso.

—¿Entonces? —Me giro y lo enfrento, con la cara bañada en lágrimas y la sensación de ser más idiota que nunca—. Está claro que querías que abriera los ojos porque ves, igual que yo, lo egoísta que he sido.

—No lo sabías.

—Aun así, actué mal.

—Ahora sabes la verdad.

—¿Qué quieres decir?

Raúl suspira, apoya las dos manos en mis hombros y me mira fijamente a los ojos, para que no pierda detalle de sus palabras.

—No te olvida, Carmen. Lo ha intentado, pero estoy viendo por primera vez en muchos años un atisbo del Gabriel apagado. No a esos niveles, por suerte, pero sufre y no me gusta. No te voy a pedir que vuelvas con él. De hecho, si pudiera pedirte algo, solo sería reflexión y madurez. Reflexiona mucho acerca de todo lo que te he contado y toma una decisión madura y consecuente. Si vuelves a buscarlo, que no sea para pedirle que te respete cuando lo apartes de todo o cuando decidas darle de lado porque lo necesitas. Que yo diga esto es un poco fuerte, dado mi historial en las relaciones —dice intentando quitar hierro al asunto—, pero es que no quiero que mi primo sufra más. Ahora tienes toda la información. Tú decides, pero, llegues a la conclusión que llegues, piensa que será definitiva. Ninguno de los dos se merece sufrir. Él no puede volver a esconderse del mundo, ni siquiera por amor, y tú no estás obligada a cambiar tu forma de pensar, eso por descontado. —Suspira y se separa un poco de mí—. Creo que mi papel en esta función ha terminado. Ahora es cosa vuestra. Tuya.

Asiento un poco, él besa mi mejilla, coge su chaqueta y sale de casa con suavidad, casi como si no quisiera interrumpir mis pensamientos con el sonido de la puerta.

Mis pensamientos... Dios, ni siquiera sé cómo están ahora mismo. Soy un barullo de emociones, un tren a punto de colapsar contra un muro de

incertidumbre. Me tomo la cerveza que tengo en la mano y me meto en la cama, porque necesito pensar con calma acerca de todo lo que me ha contado.

El problema es que no consigo pegar ojo y el sábado voy a la tienda arrastrándome, casi de manera literal. Juani me pregunta por mis ojeras en cuanto me ve y, a grandes rasgos, le cuento lo ocurrido. Alucina tanto como yo, claro, pero no interfiere en mis decisiones y así me lo hace saber. Lo que pase desde ahora, solo será responsabilidad mía.

Pienso en mi propio pasado, en cómo me encerré en mis cuadernos de dibujo, en las veces que odié al mundo entero. En las veces que lo sigo odiando, y llego a la conclusión de que, la decisión que tome, afectará a toda mi vida.

Y ya sé que es egoísta, pero no sé si estoy lista para afrontar todo lo que eso implica...

Gabriel

—¿Y si le compro una caja de sobaos? Los sobaos gustan a todo el mundo. O croquetas, que a ella le gustan mucho, también.

—Gabi, estás otra vez en bucle —dice mi primo desde el otro extremo del sofá—. Imagina que le compras los sobaos. ¿Y luego?

—Y luego le digo que no me he olvidado de ella, que soy más gafe desde que no estamos juntos, que ya es decir, y que quiero que vuelva conmigo.

—Vale, muy bonito. ¿Y luego?

Resoplo y me levanto del sofá con todo el agobio del mundo. Tiene razón y sé a lo que se refiere: a lo que pasaría si nos reconciliáramos ahora. Ella volvería a su rutina de pasar de mí en cuanto se abruma, yo querría pasar cada puto minuto del día a su lado. Ella no querría salir con mis amigos porque necesita pasar gran parte de su vida escondida y yo... Yo no puedo volver a eso. Lo sé, joder, vaya si lo sé, pero es complicado. Quizá es que me gustan los problemas, o a lo mejor me he hecho adicto a la toxicidad de nuestra relación. No lo sé, yo solo sé que han pasado dos meses y la quiero igual que el día que la dejé en aquella cafetería, si no más.

—Pues vamos a una pitonisa o algo, que me desenamore. —Mi primo se ríe, pero yo no le veo la gracia al asunto—. Tiene que haber algo que pueda tomar. Escamas de serpiente, pelos de alguien virgen, no sé, algo.

—Buena suerte con eso de encontrar a alguien virgen entre nuestros conocidos —se carcajea mi primo—. La única de la que tenía dudas era Judith, por eso de la regeneración, y desde ese viaje a Roma se nota que ha limpiado tuberías.

—Falta le hacía a la pobre, yo me alegro.

—Y yo, y yo. Me alegraría más que ahora Dani y ella no fueran dos lapas aburridas en las reuniones, pero vaya, que me imagino que ellos son felices.

Asiento y pienso en nuestros amigos. Es increíble cómo un empujoncito de nada puede obrar el milagro de cambiarlo todo. Judith le echó narices, invitó a Dani y él, que se andaba muriendo por sus huesos, dijo que sí de inmediato. Eligieron un finde que él no tuviera a su hijo y, cuando volvieron de Roma, lo hicieron agarrados de la mano y sonrientes como pocas veces. Judith, además,

tenía un chupetón. Un chupetón con más de treinta años es una cosa que solo sirve para que tus amigos se rían de ti. Quédate con este consejo. De nada.

—En fin, ¿qué quieres hacer hoy? ¿Salimos?

—Yo que sé. No me apetece mucho. Llama a estos y que vengan a ver una peli.

—No pienso ver otra peli de miedo —me dice muy serio—. Siento mucho que el desamor te dé por ver las pelis que le gustan a ella, pero es que llevo dos meses tragando techo por tu culpa, tío.

Me río, pero es muy triste porque tiene toda la razón del mundo. Lo he obligado a ver películas de miedo y me he imaginado que es Carmen. Esta última parte no se la digo porque se pone intensito y me llama raro. Fíjate si estoy mal, que hasta esa parte echo de menos.

Ni siquiera voy a hablar de lo que ocurre cuando recuerdo cómo masajeaba su espalda desnuda en la cama después de hacer el amor. Ella decía que entendía perfectamente que tuviese tantos pacientes porque daba los masajes como nadie, yo me reía, besaba el centro de su columna y le prometía que no tocaba a nadie como la tocaba a ella. Y volvíamos a reír. Y, a veces, también volvíamos a hacer el amor.

El problema es que, después de recordar lo bueno, recuerdo lo cerca que estuve de volver a perderme a mí mismo. No soportaría otra caída como la de mi pasado y, aun así, estuve tentado de entrar en su escondite y autoconvencerme de que estaba bien así; que era feliz.

Por supuesto, no pude ni puedo convencer a Carmen de que mi opción es la válida, porque no sé si lo es para ella. Lo es para mí, eso lo tengo claro, y actúo en consecuencia conmigo mismo porque lo de amar sin límites está muy bien, hasta que se vuelve literal y empiezas a tener pesadillas con volver a la peor etapa de tu vida. Eso me pasó a mí, al menos. Así que, si alguien me pregunta, responderé que el amor puede ser inmenso, infinito, eterno, pero tener límites. A veces tienes que separarte de la persona que amas para no extinguir las partes más valiosas de ti mismo. Y está bien, no hay culpables, pero duele del mismo modo que si los hubiera.

No considero que la quiera menos por pensar así, al revés. No soy nadie para exigirle que se abra más al mundo y no desconfíe tanto, pero ella tampoco es nadie para decirme cómo vivir mi vida. Podríamos haber llegado a un punto intermedio, claro. A mí no me importaría salir menos con mis amigos si eso la agobia tanto, pero no de manera constante. Y a ella no le importaría ceder un

poco, pero acabaría queriendo volver a su agujero y dejándome de lado a la mínima de cambio.

Cierro los ojos, cojo aire con fuerza y lo exhalo poco a poco. Ya he reflexionado mucho acerca de esto. Demasiado. Es hora de dejarlo estar. Además, ella tampoco ha dado pasos en mi dirección, así que doy por hecho que, a estas alturas, ya me habrá olvidado. Tiene más experiencia que yo en alejar a la gente.

Dos horas después estoy en el sofá de mi casa viendo como Judith y Daniel se besuquean mientras miramos una película que ellos han elegido.

—Es que, si no la vais a ver, por lo menos podríais dejarnos elegir a nosotros —dice Carla ofendida—. Pero ni coméis, ni dejáis comer, joder.

—Es una película preciosa —comenta Judith en tono repelente.

—Para ti, que estás enamorada y ahora solo nos metes amoríos por los ojos —sigue Carla—. ¿Qué pasa con el pobre Gabriel? Estas cosas le hacen daño.

—Ah, por mí no te preocupes—digo convencido—. A mí me recuerda a ella esta y también las de decapitaciones, así que...

—Qué romántico —murmura Roberto con ironía.

—Lo peor es que es verdad. —Mi primo me mira mal y frunce el ceño—. El otro día vimos un capítulo de *Black Mirror* y me hizo quitarlo porque las cosas raras le recuerdan a Carmen. A él todo, hasta los pedos, le recuerdan a Carmen.

—No, esos me recuerdan a ti —contesto con toda la mala leche del mundo—. Además, que yo ahora no he sacado su nombre a colación así que no sé qué haces quejándote.

—Pues el otro día la vi.

Me quedo mirando a Martín, que es quien ha soltado esa bomba.

—¿Viste a Carmen? —pregunto. Él asiente—. ¿A mi Carmen? —. Vuelve a asentir—. ¿Y eso? ¿Cuándo? ¿Dónde?

—La recogí en su casa para ir a comer juntos.

Mira, si me pinchan ahora mismo no sangro. El resto del grupo está tan callado que, si ahora mismo cayera una pelusa en el suelo, se oiría.

—¿Fuiste a comer con mi Carmen?

—Hasta donde yo sé, Carmen solo pertenece a sí misma.

—Ya me entiendes, joder.

—Sí —dice en un tono neutral—. Teníamos un café pendiente, no tenía nada que hacer y lo recordé, así que la llamé, le propuse comer juntos, ella aceptó y fuimos. Teníamos que hablar de nuestro pasado y eso. ¿Te molesta?

—No —contesto de inmediato, porque es verdad—. No, me sorprende, pero ya está.

—Fue el finde pasado. No sabía si decírtelo porque... Bueno, no sabía cómo ibas a tomarlo.

Pues mal ¿Cómo cojones quiere que lo tome? Fue a comer con Carmen mientras yo estaba en casa pensando en ella. No me molesta el hecho en sí, pero me duele no haber sido yo. O que no me lo haya contado antes. Trago saliva y le pido al Señor paciencia. Que yo no sé si existe, pero soy de los creyentes «por si acaso». Por eso y porque con lo gafe que soy tengo que aferrarme a algún tipo de fe para pedir protección. A lo que voy es a que yo pido paciencia, porque como no me la dé voy a ponerme en plan borde con Martín y no se lo merece.

—¿Fue bien? —pregunto en tono seco. Seco, pero no borde. Lo considero un avance.

—Sí, pasamos un rato agradable y aclaramos cosas de nuestro pasado. Creo que los dos necesitábamos cerrar ese episodio.

Asiento y le sonrío, porque esa parte me alegra. Espero y deseo que Carmen sacara algo en claro de su conversación con él. Sé bien cuánto le atormenta su pasado, aunque no lo exprese con frecuencia.

Cojo mi móvil, entro en su cuenta de Instagram anónima, esa que usa para subir sus dibujos, y frunzo los labios al darme cuenta de que no hay ninguno nuevo. Hasta a eso estoy enganchado. A eso, y a su perfil personal, que no he dejado de seguir, aunque apenas tenga actividad. No es muy de *selfies*, mi Carmen.

De pronto la noche me parece vacía, pese a que el salón esté lleno de gente. Estoy a punto de decir que tengo migrañas e irme al dormitorio, pero me conocen demasiado bien y, cuando adopto posturas derrotistas, me sacan por ahí a que me dé el aire, así que me quedo donde estoy e intento disfrutar del resto de la velada.

Mi cuerpo está aquí, rodeado de amigos que me quieren y a los que quiero, pero mi cabeza está en ella. Siempre en ella. Y no puedo evitar preguntarme

cuántos meses más tienen que pasar para superar esto.
¿Hasta cuándo vas a doler, Carmen?

Siete días redondos, como si de una película se tratara. Ese es el tiempo que he necesitado para llegar a una de las decisiones más difíciles de mi vida, y todavía queda lo peor: llevarla a cabo.

Miro las ilustraciones que ya están impresas en láminas y las que quedan enrolladas sobre el sofá. Creo que jamás había dibujado tanto como estos días. Creo que nunca he sentido tanto al hacerlo. Tampoco he tenido este miedo tronándome en los oídos antes. Ese tipo de miedo que asfixia, pero del que penden ciertas esperanzas. El que esconde la ilusión de salir vencedora en toda historia.

Pienso en Gabriel y me tiemblan los labios, ya no sé si de nostalgia, de congoja o de rabia y pena al recordar todo lo que Raúl me contó. Era inevitable darle vueltas hasta agotarme mentalmente. Conociéndome, lo que no sé es cómo no me he replegado de nuevo sobre mí misma.

Supongo que hasta yo sé poner límites a la cobardía.

Cojo los auriculares, salgo a la calle y dejo, por primera vez en mucho tiempo, que lo que tengo delante haga un mundo para mí a través de la música. Es la inspiración en vivo, mostrándome personas que no conozco como no se ven privadas de música. Los árboles de las plazas son más verdes, como si la savia hoy fluyera por ellos con más ansias. La gente toma algo en las terrazas aprovechando el sol de la primavera, los niños juegan en los parques y corren desbocados hacia todas partes mientras las madres los miran con atención y miedo, porque son conscientes de lo frágil que es la inocencia.

El cielo está azul, más azul que nunca, las calles no huelen mal en ningún rincón hoy y algunas figuras de gnomos me miran desde un escaparate con una pequeña sonrisa.

Juro que no me he vuelto loca, puede que la música tenga algo que ver, pero hoy no siento esa opresión en el pecho al caminar por la calle. No soy feliz, porque tengo mucho que arreglar en mí misma y, para colmo, no estoy con la persona que quiero, pero sé los pasos que tengo que dar para abrirme a la vida y empezar a serlo, y eso debe ser celebrado tanto como la felicidad en sí misma.

Me siento en el banco de un parque, saco la tableta gráfica, abro la

aplicación que uso para ilustrar y empiezo a trabajar al aire libre sin importarme que me miren y lo que puedan pensar de mí. Bueno, sí me importa un poco, tampoco quiero mentir, pero aun así lo hago, y supongo que por eso esta acción tiene aún más valor.

Está muy bien esto de echarle ovarios a la vida. No sé por qué no lo he probado antes.

Unos ojos empiezan a mirarme desde la pantalla y sonrío. Esto está siendo tan liberador que no sé cómo no se me ha ocurrido hacerlo antes. Trazo líneas sin ningún tipo de orden y solo me detengo cuando, un rato después, una llamada entrante interrumpe mi lista de reproducción. Me quito los auriculares, saco el móvil de mi bolsillo y sonrío al ver que se trata de Juani.

—¿Cómo estás? —pregunta nada más descolgar.

—Estoy bien. Avanzando. —Él suspira y yo sonrío aún más—. Deja de temer por mí.

—Siempre has deseado coger vacaciones para encerrarte en casa, no para salir tanto. No estoy acostumbrado a que me cuentes que te pasas los días en la calle y las noches en vela. —Me río y chasquea la lengua—. No sé qué demonios ha pasado con mi Carmen, pero me alegra verte así.

—Si quieres averiguarlo, ven mañana a casa. Tengo una sorpresa para vosotros.

—¿Nosotros? ¿Yo y quién más?

—Para averiguar eso, tendrás que venir a casa.

Juani maldice en un par de idiomas e intenta persuadirme, pero no consigue sacarme ni una mínima pista de lo que haré mañana. Yo, por mi lado, vuelvo a mi trabajo. No tengo tiempo que perder.

El domingo por la tarde estoy nerviosa. Más nerviosa de lo que he estado en mucho tiempo. Reviso mi minúsculo piso para cerciorarme de que todo está en orden y, cuando el portero suena la primera vez, trago saliva y abro.

Salgo a la puerta, me apoyo en el quicio y espero que suban rezando para que Gracia no salga de su piso. No todavía, al menos.

—Buenas tardes —dice Judith con una gran sonrisa que le devuelvo de inmediato.

—Hola. Estás impresionante.

No ha sido un cumplido vacío. Está impresionante de verdad. Hay algo en ella, una luz que no tenía cuando yo la conocí. No es que fuese demasiado seria antes, es que ahora... brilla. Y supongo que la razón es el hombre que hay a su lado con una sonrisa comedida y mirada de curiosidad.

—Hola, Dani —saludo.

Él se acerca a mí, me da dos besos y ladea un poco la cabeza, como si intentase averiguar en mi cara la incógnita de esta quedada.

—No sé qué hacemos aquí, pero creo que me va a gustar.

Me río con nerviosismo y deseo interiormente para que así sea.

—Entrad, por favor.

Ellos obedecen y, apenas ponemos un pie en el salón, el portero vuelve a sonar. Esta vez es Martín acompañado por Roberto, Toni y María. Los saludo, los hago pasar al interior y me preparo para empezar a ver este salón atestado.

Los siguientes minutos recibo a todos los amigos de Gabriel y a Juani. Todos me saludan con besos o sonrisas y, cuando entran en casa, se acoplan como pueden entre el sofá, las tres sillas y las paredes que sirven de apoyo.

—¿Queda mucha gente por venir? Porque esto empieza a parecer el primer día de rebajas —dice Carla con la franqueza que la caracteriza.

—No, ya casi estamos todos —le afirmo.

Ella asiente, coge un puñado de patatas del bol de la mesa y se pone a hablar con Martín.

Yo espero a los últimos integrantes de esta curiosa reunión y, cuando llegan, me pongo tan nerviosa que hasta Juani tiene que venir a palmear mi espalda con cariño. Abro la puerta y me encuentro de frente con cuatro pares de ojos curiosos y cautelosos.

La madre, abuela, bisabuela y hermana de Gabriel me saludan con distintos grados de emoción y la interrogación pintada en las caras.

—Me alegra que hayáis podido venir.

—No podíamos perdérselo —dice la bisabuela.

—Yo te tengo en cuarentena, así que espero que no la cagues mucho —dice Emma.

Sonrío porque me alegra saber que Gabi tiene defensoras tan férreas. Ella, al verme sonreír, intuye que hoy no pasará nada malo y relaja un poco los hombros.

—Pasad, por favor. Ya estamos todos.

Ellas entran y los amigos de Gabriel montan tan alboroto que no me queda

más remedio que reírme, porque se nota que conocen a la familia desde hace mucho tiempo. Y me doy cuenta entonces, viéndolos interactuar a todos, de que se trata de eso. Se trata de crear una familia con las personas que más queremos, aunque sean muchas y muy distintas. Entiendo, aún más, lo que Gabi intentaba mostrarme: el sentimiento de unidad, de no estar solo en el mundo. El tener algo por lo que merezca la pena dar la cara cada día.

Es tan malditamente valiente, mi Gabriel.

—Sé que os preguntáis qué hacéis aquí y por qué no os he dado ninguna pista por teléfono —digo con voz poco firme. Carraspeo, me recompongo y sigo—. Veréis, después de que Gabriel y yo cortáramos pensé que, a estas alturas, ya lo habría olvidado. Quiero decir, han pasado casi tres meses, que es algo menos del tiempo que estuvimos conociéndonos, pero... —Cojo aire y me obligo a tener valor y ser sincera. Por ellos, por Gabriel, pero, sobre todo, por mí—. Bueno, ya lo decía Neruda: «Es tan corto el amor y tan largo el olvido». —Frunzo el ceño, porque no sé si eso ha sido demasiado cursi.

—Vaya, que quieres recuperarlo —dice Raúl poniéndomelo fácil, o llevándome al *quid* de la cuestión directamente y sin rodeos. Asiento—. Y quieres que te ayudemos.

Vuelvo a asentir. Reconozco que pensaba dar un discurso mucho más extenso, pero todos están expectantes y, ahora que Raúl ha pronunciado las palabras exactas, me urge conocer con cuánta ayuda cuento.

—¿Ayudarte? ¿Cómo? —pregunta Carla.

Mi primer error es mirar a la madre de Gabriel y pensar que me estará juzgando por todo lo que lo he hecho sufrir, porque estoy segura de que él ha sufrido por mi culpa. No necesitaba conocerlo de años para saber que es el tipo de persona que regala una sonrisa a todo el mundo y guarda sus problemas para sí mismo. Es su modo de proteger a los que quiere. Ahora, conociendo su pasado, me encaja aún más. Y sé que lo nuestro era complicado, que necesitábamos un tiempo para meditar y que yo no estaba muy abierta a la idea de cambiar por él, pero es que ahora lo he entendido.

Que no es por él, sino por mí.

Que no es cambiar, sino avanzar y dejar atrás lo malo.

Que no es olvidarme de la niña acosada que fui, pero sí es dejar que descanse en paz y centrarme en la mujer que quiero ser.

Por eso, y por muchos otros motivos, decido ser franca con las personas que más quiere Gabriel. Y las que más lo quieren a él.

—Sé que, si ahora mismo llamase a Gabi y le dijera que quiero hablar con él, accedería. No es vanidad —aclaro antes de ganarme malas miradas—. Todo lo contrario. Él sería capaz de tomar un café hasta con la persona que menos lo merezca del mundo. Podría hablarle de mis sentimientos y decirle que quiero intentar que lo nuestro funcione, y tal vez lo aceptaría, o tal vez no, no lo sé. Lo que sí sé es que, en caso afirmativo, me gustaría que no tuviera ninguna duda acerca de lo que siento por él. Si tenemos una posibilidad de estar juntos, quiero que él crea plenamente en las promesas que tengo que hacerle, y la única manera de convencerlo de que voy en serio es demostrándoselo. Hacer algo para que pueda ver que voy en serio y no tenga que creer solo en mis palabras.

—¿Y cómo piensas hacerlo? —pregunta Raúl.

—Bueno, ahí es donde necesito vuestra ayuda...

Me muerdo el labio y los miro con mucha atención, intentando encontrar un gesto de contrariedad o negación en sus caras. Sobre todo en las de su familia. Ellos, a su vez, me miran a mí, y solo cuando veo a la madre de Gabriel esbozar una pequeña sonrisa y asentir un poquito, consigo soltar el aire que he estado reteniendo.

—Cuenta con nosotros, niña —sentencia la bisabuela.

Desde ahí, todos acceden y sonríen. Yo lloro, pero por primera vez en mucho tiempo, son lágrimas de felicidad.

Ahora solo falta que mi plan salga bien.

Gabriel

Paso por delante de la tienda de Carmen y me muerdo el labio otra vez. Me muerdo el labio y las ganas de entrar y sacarla de ahí a hombros, en plan cavernícola. Encerrarla en su casa y no dejarla salir hasta que arreglemos lo nuestro. Joder, suena fatal, pero es que ahora mismo lo único que quiero es abrazarla y que todo vaya bien. Es la mujer de mi vida, tiene que serlo porque, de lo contrario, no se explica que tanto tiempo después siga pensando en ella a diario.

Lo de venir a la calle de su trabajo a pasear rápido por la acera de enfrente cuando hay gente para que ella no me vea, pero poder verla, ni siquiera lo voy a comentar mucho, porque entonces puedo quedar como una persona que no está muy centrada de la azotea.

La culpa la tiene Martín. Desde que me contó que habían ido a comer ha activado algo dentro de mí. Antes de eso lo pasaba mal, pero era como si Carmen hubiese salido para siempre de mi vida. Ahora me he dado cuenta de que no: está en ella, aunque nosotros no estemos juntos. Y lo que es peor, si sigue haciendo amistades con Martín, puede llegar un momento en que nuestras vidas vuelvan a cruzarse, es lo más seguro y yo no estoy listo para eso.

Para verla sí, siempre, pero para verla sin que sea mi novia, o al menos mi amiga... Eso me duele demasiado.

Es curioso, pero a veces es preferible no ver a la persona que tanto queremos. Las ganas de verla son tremendas, pero el conocimiento de saber lo que sufriría se interpone y me abre los ojos.

No puedo decirle a Martín nada, porque me alegra que él salga con ella. Me alegro por él, que necesitaba hablar con ella del pasado y me alegro por ella. Ojalá mi amigo le sirva para poner un puntito de luz en sus recuerdos del pasado. Nadie merece vivir tan condenado por el pasado. Y Carmen menos que nadie.

Subo en mi coche, arranco y me voy, como ya hice el otro día. Entrar en la tienda y saludar no es una opción. Nunca lo fue, porque entonces ella también sufriría y no quiero eso. Visto desde fuera, quizá parezca un calzonazos. Muchas veces me han tachado de eso, pero esas personas que juzgan a la

ligera no saben lo que es crecer en un ambiente donde el sufrimiento está a la orden del día. He visto a mi madre caer, literalmente, de rodillas por la violencia de un mal hombre. He visto a mi abuela y mi bisabuela sufrir en silencio y apagarse poco a poco por no poder hacer nada y vi a mi hermanita pequeña llorar por mí. Hace ya muchos años que juré intentar por todos los medios que ninguna mujer sufriera por mi culpa. A lo mejor no lo consigo, pero no dejaré de intentarlo. Sé que es inevitable, igual que sé que Carmen seguramente sufrió con nuestra separación, porque la creí plenamente cuando me dijo que me quería, pero hubiese sufrido aún más si hubiésemos seguido juntos. Habría acabado consumiéndose por no saber gestionar sus sentimientos y yo habría acabado hecho mierda de nuevo.

Era lo mejor. Lo sé. No tengo dudas. Y, aun así, joder, cómo duele en las mismas entrañas.

Me voy a casa, me ducho y me paso la tarde tirado en el sofá viendo series, intentando no pensar en ella y fracasando de manera estrepitosa.

Cuando quiero darme cuenta es de madrugada, así que me voy a la cama y pienso en otro día perdido.

El domingo decido salir por ahí con mis amigos, pero los llamo y resulta que todos tienen planes, así que vuelvo a quedarme en casa. Podría llamar a compañeros de trabajo u otros amigos, pero la verdad es que me apetecía algo tranquilo y con ellos lo mismo amanezco en Ibiza. Que no tengo yo nada en contra de Ibiza, pero mañana es lunes y tengo que trabajar. No se puede estar a todo en esta vida.

Busco en Netflix la película que más miedo da, o la que más miedo me da por la portada, y la pongo sin pestañear. Hay que ver lo valiente que me he vuelto. Si Iker Jiménez me viera estaría superorgulloso de mí. Bueno, a ver, estaría superorgulloso si me conociera y supiera que yo antes de Carmen hiperventilaba solo con oír la música de *Tiburón*.

Ahora he aprendido a ver el lado bueno del terror, que lo tiene. Y eso me ha llevado a hacer una reflexión: en esta vida todo es posible, siempre que no te metas en el sótano de una casa americana cuando la música suena chungueta. Yo no sé por qué cojones los personajes no lo entienden, pero yo sí.

La vida es igual. Hay líneas que no se pueden cruzar y escaleras que es

mucho mejor no bajar. Algunas veces nos volvemos gilipollas y pisamos algunos peldaños, pero bajo ningún concepto podemos bajar del todo, o la subida será entre difícil e imposible.

Por si no lo pillas, sigo hablando de Carmen. Que a veces me lío a divagar y luego resulta que solo yo entiendo mis grandes metáforas. Soy de las personas que prefieren explicarlo. También explico los chistes cuando los cuento y nadie se ríe, porque no pienso que quizá no les haga gracia. Me gusta más pensar que no lo pillan.

Así me va.

Cuando Raúl entra en casa, por fin ha anochecido, estoy acojonado por la película, porque soy valiente, pero tengo sentimientos, y me he comido todas las cortezas que había por aquí.

—Vamos a dar un paseíto, anda, que estoy que me subo por las paredes.

—¿Y me has esperado para que te saque como si fueras un perro? — pregunta con una risita.

—Mira qué gracioso que viene el niño, oye. Te he esperado porque quería compañía, pero vaya, que en ese plan te puedes meter la lengua en el culo y ya voy yo solo.

—Venga, anda, no te enfades. Ponte los zapatos y vamos. ¿Nos tomamos unas tapas y ya volvemos cenados?

—Por fin dices una cosa coherente.

—¿Cómo lo estás llevando? —pregunta mi primo un rato después, mientras tapeamos en la barra de uno de nuestros bares favoritos.

—Podría llevarlo mejor, pero también peor.

—¿Qué has hecho hoy? —Guardo silencio y él se queda un poco serio—. Bueno, todos los días no puede uno tener un plan.

Sé bien que me justifica porque, en realidad, le preocupa que empiece a encerrarme en mí mismo. Eso no pasará, lo tengo muy claro, pero con mi historial entiendo que se coma un poco la cabeza. Que estoy jodido por Carmen, sí, pero no voy a dejar que eso me arrastre hasta el punto de esconderme del mundo. Me costó mucho superar aquello y no puedo volver a ello. En las películas queda muy bonito decir que el amor todo lo puede, pero no es cierto. El amor, cuando se convierte en algo que te arrastra hacia un

lugar oscuro e insalubre, ya sea mental o físicamente, debe cortarse. No porque esa persona sea mala, o porque tú lo seas, sino porque juntos os hacéis daño, y eso no es justo para ninguna de las partes.

Eso nos pasó a Carmen y a mí. Éramos dos trenes cargados de dinamita. El envoltorio de nuestros vagones era totalmente distinto, pero al final, el interior coincidía tanto que daba miedo. El problema es que yo llevaba mi tren hacia delante a toda marcha y ella prefería parar y tirar un poco hacia atrás de vez en cuando. Y está bien, claro, pero no podíamos ir a la misma velocidad y no era justo que yo la obligara a acelerar, ni que ella me pidiese que diera marcha atrás.

Al final, lo mejor fue que cada uno llevase la carga a su manera y a su ritmo. Lo entiendo, teóricamente es más fácil de lo que muchos piensan, pero en la práctica es muy jodido y la sociedad tiene mucho que ver. La idea de que debemos luchar por la persona que queremos es muy bonita, pero Carmen se hace daño a sí misma con ciertas actitudes y yo no puedo quedarme mirando. Peor aún, no puedo ponerme a su lado y adoptar su postura, así que el resultado estaba claro.

He hecho mil comparaciones, le he dado todas las vueltas posibles y al final lo único que se me ocurre es pedirle que por favor olvide un poco su pasado, pero eso es injusto. Yo necesité mi tiempo, pedí ayuda cuando toqué fondo y ella tendrá que hacer lo mismo. O no. Quizá viva toda su vida así, a medias y escondiéndose, pero ese ya no es mi problema.

—Voy a estar bien —le digo a mi primo—. Esto no irá a más, Raúl. Te lo prometo.

Él sonríe, palmea mi hombro y asiente.

—Estoy seguro de eso. Vas a ser muy feliz, ya verás.

Su sonrisa me anima, porque parece totalmente convencido, así que dejo de darle vueltas al tema y me centro en comer, beber y disfrutar de lo que queda de noche.

La semana transcurre sin grandes cambios. Trabajo, amigos, familia, casa, descanso y, en los últimos días, la idea de que deberíamos hacer un viaje de un finde en grupo. Hace tiempo que no lo hacemos. Coger unas cabañas en la montaña y dedicar un par de días a hacer senderismo, comer como animales y

relajarnos respirando aire puro. Se lo comento a mi primo una noche, pero se ríe y me dice que no cree que me dé tiempo de hacer nada de eso.

—Lo decía para hacerlo en finde. No tiene que ser entre semana ni pedir días libres.

—Ya, bueno... Ya veremos. —Me guiña el ojo y frunzo el ceño, porque está de un raro últimamente que me flipa.

—Estás de un raro últimamente que me flipa. —Me encanta cuando mi cerebro y mi boca se conectan. Ocurre poco, pero es maravilloso.

—¿Yo?

—Tú.

—¿Raro?

—Raro. Más raro que Doraemon sin bolsillo.

—Tonterías.

Entrecierro los ojos con sospecha, pero no insisto, porque conozco a mi primo y sé que poniéndome pesado no voy a conseguir nada. Eso sí, está raro. Vamos, o se ha echado novia, o ha atracado un banco, o le han multado por mearse en la calle. Yo no sé lo que es, pero algo hay y me voy a enterar en algún momento.

El sábado me levanto de malas. Pongo una lavadora, limpio mi parte del piso y me siento en el sofá con una taza de café y cara de no haber ido al baño en tres meses. No he tenido pesadillas ni he dormido mal, así que no sé a qué viene mi mal humor, pero está aquí y no pienso echarlo.

Al que voy a echar del piso, de la ciudad y del planeta como siga haciendo ruido es a mi primo.

Suspiro de mal genio cuando pone música a todo trapo y me levanto dispuesto a tener una discusión matutina, a ver si así se me bajan los humos, de paso. Abro la puerta del tirón y me lo encuentro dando pasos de salsa frente al espejo.

—Mírame, primo, no me digas que no soy la versión morena de Patrick Swayze. Ay, lo que se está perdiendo el mundo del baile conmigo.

—Valiente payaso estás hecho. —Mi primo, lejos de ofenderse con mis palabras, se ríe, lo que me encabrona más—. ¿A qué viene ese buen humor?

—La vida, que me parece muy bonita.

—Los cojones.

—Pues será la primavera.

—Y una mierda.

—O vivir contigo, que alegra el corazón de cualquiera —suelta con ironía.

Gruño por respuesta y me doy la vuelta. He cambiado de opinión, no me veo con fuerzas de ganarle una batalla verbal y así, la cosa, pierde sentido.

La mañana es aburrida y la tarde también, al menos hasta que aparecen en casa mi madre, mi abuela, mi bisabuela y mi hermana para arrastrarme a dar un paseo.

—Uf, no, qué pereza.

—¿Pereza dar un paseo? ¿Tú? —pregunta mi hermana—. ¿Qué te pasa?

Me siento mal de inmediato. No es que me pase nada interno. O sea, no es una cuestión de que no me apetezca porque quiera quedarme en casa lamentándome. Simplemente tengo un día malo, pero no porque esté triste o esté dando pasos atrás, así que me doy prisa por aclararlo porque no quiero que se preocupen.

—Todo está bien, chicas. Solo estoy cansado y aburrido. De verdad.

Me creen. Lo sé por sus sonrisas, pero aun así insisten en que me dé una ducha, me ponga guapo y salga con ellas a dar una vuelta y tomar algo por el centro.

Una hora después paseamos por el centro de la ciudad y me alegra que me hayan convencido. El tiempo es espectacular y las calles están llenas de vida. Tomo aire y me doy cuenta de que necesitaba justo esto. Mi familia y un poco de aire fresco. Qué sencillo es a veces aligerar el ánimo, aunque no nos lo parezca.

Me dejo llevar a través de calles del casco antiguo hasta una plaza en la que me paran y me sonrían nerviosas.

—Tenemos una sorpresa para ti —dice mi madre.

—¿Para mí? ¿Y eso?

Las cuatro se encogen de hombros y sueltan risitas nerviosas. Parecen niñas escondiendo un secreto y eso me hace reír, pero también me da curiosidad.

—Tienes que confiar en nosotras —dice mi bisabuela.

—Ah, bueno, eso es fácil. Si hay alguien en quien nunca perdería la confianza, es en mis cuatro chicas.

Ellas sonríen y yo con ellas. Acto seguido mi hermana saca un antifaz negro y frunzo el ceño.

—Has dicho que confiarías.

—¿Para qué es?

—Es una sorpresa.

—Pero...

—¡Es una sorpresa!

—Soy gafe. Si me priváis de la vista caeré en una alcantarilla abierta. Sería capaz de caer en ella hasta con los ojos bien abiertos, vosotras lo sabéis.

Ellas se ríen, insisten y yo me dejo hacer porque... Pues porque si ellas me pidieran que me tirase por un puente lo haría. Así de sencillo.

Me pongo el antifaz y las sigo. Los pasos no son muchos, por suerte, me guían para que suba un par de escalones, entramos en algún sitio cerrado, porque dejo de oír el barullo de la calle, y me colocan en un punto exacto. Cuando estoy listo destapan mis ojos y me encuentro con mis amigos repartidos a lo largo de una galería con cuadros tapados. Cada uno está al lado de un cuadro y cuando pongo cara de no entender nada, algunos de ellos se ríen como chiquillos nerviosos.

—¿Qué está pasando aquí?

—Tienes que seguir las flechas en silencio —dice mi hermana—. Es vital que te mantengas en silencio.

Miro al suelo y me doy cuenta de que hay flechas de vinilo indicando un recorrido. Todos parecen expectantes y yo no sé muy bien a qué viene todo esto, pero aun así obedezco.

La primera flecha me guía hacia Roberto, que me espera sonriendo, con su pelo recogido en una coleta y los hombros cuadrados como si se tratase de un mayordomo estirado.

—¿Qué...?

—Shhh. En silencio —me recuerda él.

Las mujeres de mi familia siguen detrás de mí, haciendo de muralla, y yo asiento sin entender mucho. Roberto tira de la túnica que tapa el cuadro y el corazón me late más deprisa de lo recomendable.

Trago saliva, me digo que no puede ser y me concentro en la imagen.

La ilustración está partida en dos columnas. En una, una chica mira a la pared con una mochila colgada mientras las voces la atormentan. En la otra un chico se tapa los oídos mientras arriba un hombre intenta agredir a una mujer. Trago saliva de nuevo. En la parte superior trazos negros, arremolinados, entremezclándose entre ellos, pero claramente separados entre sí.

«Somos ella y yo», pienso. Pero luego rectifico.

No puede ser. Ella no sabe... No lo sabe.

Miro a Roberto confundido y él me señala con los ojos un lateral. La flecha me lleva a Daniel, que sonrío con sinceridad y asiente, como si intentase darme valor para ir hacia él.

Vuelvo la vista atrás, a mi familia, y ellas me empujan suavemente para que camine. Lo hago y, cuando llego frente al cuadro, mi amigo deja caer la tela y me enfrento a la nueva ilustración.

De nuevo está partida en dos. Esta vez muestra en un lado a la chica en un dormitorio con un cuaderno sobre sus piernas cruzadas. En la izquierda yo, porque no tengo ninguna duda de que soy yo, frente al trono de un Rey Mago sosteniendo a una niña llorosa en brazos.

Aprieto los dientes y me obligo a no emocionarme. Emma. Aquellas navidades. ¿Cómo...?

El pulso me late con demasiada fuerza y, como no puedo hablar, por las reglas y porque tampoco sabría qué decir, me limito a ir hacia la siguiente flecha.

Carla destapa el cuadro y descubro a la chica, un poco mayor, sentada en el suelo con unos auriculares enormes y su bloc sobre las piernas. Arriba de ella el barullo de signos negros sigue girando. El chico, sin embargo, está sentado frente a una mesa y parece charlar con una mujer con gafas. La psicóloga. No me lleva mucho tiempo descubrirlo.

Empiezo a ver las diferencias. Ella cada vez más encerrada; yo intentando salir adelante.

En el siguiente cuadro la chica atiende a alguien tras un mostrador de tienda. Arriba los pensamientos y emociones siguen pintados en negro pero una nube lo envuelve. Como si los protegiera. Como si se escondiera. El chico, en cambio, está sentado en un banco con un montón de amigos alrededor. Sonríe.

El siguiente me muestra a Carmen, porque ya es hora de decir su nombre, tumbada boca abajo sobre una cama tapándose la cara y en actitud claramente

derrotista mientras ignora el sol que se filtra por la ventana. Un sol que llama la atención en toda la ilustración.

Gabriel, yo, en mi lado, lo tomo sentado en un césped con la cara hacia arriba, sonriendo con los ojos cerrados.

Sé lo que pretende decirme. Yo seguí adelante y ella se escondió, tal como yo dije. O, al menos, eso creo que intenta decirme, no me atrevería a asegurarlo al cien por cien porque con Carmen nunca se sabe, pero entonces, todo esto, ¿qué es? ¿Para qué?

No entiendo nada.

—Ve al siguiente, cariño —dice mi madre con voz tomada.

Asiento, pero no miro atrás. No puedo verla emocionada ahora o acabaré tragándome un nudo enorme.

En el siguiente solo aparece un hospital ocupando todo el espacio. Ya no hay separación y no puedo evitar reírme. No hace falta que plasme nada más. Ella lo sabe y yo también. Lo que pasó ahí dentro se queda para nosotros. El modo peculiar en que nos conocimos. La primera impresión, alocada y un poco surrealista.

El que le sigue también está sin dividir. Somos nosotros en el sofá de su casa. Ella está cruzada de piernas y mirando atentamente la tele. Yo tengo el ceño fruncido y un cojín entre las manos. Nuestra maratón de películas de miedo en Halloween. Joder, parece que haya pasado un siglo y fue hace solo medio año.

Unos pasos más y se descubre ante mí nuestro primer beso. Arriba de su cabeza el barullo de emociones de nuevo. Algunos colores tímidos, pero los negros predominando. Arriba de mi cabeza un arcoíris, literalmente. Así es como me veía. Así es como me ve ella.

En el siguiente estamos paseando agarrados de las manos y rodeados por un montón de gente. Hay adornos de Navidad en torno a la escena, a ella la persiguen esos símbolos negros que estoy empezando a odiar, pero esta vez la nube está resquebrajada y los colores se meten dentro con más fuerza. El arcoíris sigue sobre mí.

Veo dos cuadros más con citas nuestras en las que el patrón es el mismo. Carmen cada vez tiene más color sobre su cabeza, pero el negro sigue ganando y me doy cuenta de que es porque el color se está engrosando. Es como si nunca hubiese color suficiente para taparlo. Sale una y otra vez a relucir.

Empiezo a entender su cabeza de una forma única, sin palabras, solo

mediante lo que ella me muestra.

La ilustración de nuestra ruptura me desgarró un poquito por dentro. Carmen está sentada en la mesa donde la dejé y yo estoy dirigiéndome a la puerta. Sobre mi cabeza sombras. Sobre la suya un monstruo, literalmente, comiéndose los colores que había logrado dibujar. El deseo de borrar esa nube tormentosa me recorre los dedos, pero sé que se trata de eso; de comprender cómo ha sido para ella.

En el siguiente volvemos a estar separados. Me dibuja con semblante serio en el sofá y sé, sin que nadie me lo diga, que mis amigos han descrito esta imagen, porque hasta la sudadera que más uso para estar en casa es la que llevo puesta. En su lado el monstruo se multiplica y se acerca a su cabeza, como si quisiera comérsela.

Cada ilustración es más devastadora que la anterior y paso tres más, cada cual más oscura, hasta que llego a una en la que aparece en la izquierda una mesa de restaurante con Carmen y Martín. Lo sé por cómo ha dibujado su pelo. Sobre ellos hay emociones mezcladas entre sí y, en la parte derecha, está Carmen hablando con mi primo Raúl. Lo reconozco porque es prácticamente como si le hubiese hecho una foto. Qué bien dibuja esta chica, de verdad. Más allá de eso, ella llora y los monstruos rozan su pelo. Mi primo tiene semblante serio y entonces lo sé.

Él se lo contó todo. Lo sabe por él. Los primeros dibujos, donde se dejaba ver mi tormento, ha podido hacerlos porque conoce mi pasado. No me enfado, no podría, porque sé que, si mi primo decidió hacerlo, tuvo sus razones y seguro que eran buenas.

En el siguiente lo averiguo. Arriba de Carmen el barullo no cesa, pero aparece una línea amarilla desde el centro de su cabeza que parece alejar todo el negro de su alrededor. A estas alturas mis amigos rotan turnos para ir dejando caer telas de los cuadros. Descubro uno más en el que ella está de pie en la calle frente a un edificio. No lo entiendo bien, pero entonces me fijo en que hay una placa junto al portal. «Consulta».

Trago saliva. ¿Qué significa esto?

Queda un cuadro y vuelo hacia él deseando encontrar respuestas, pero, cuando la tela cae, está en blanco y la ansiedad me puede. Necesito saber más. ¿Qué viene ahora?

—¿Qué...? ¿No hay más? —pregunto en tono bajo, pero lo bastante alto como para que todos me oigan.

—Sí, lo hay, pero aún no está dibujado. No sé cómo hacerlo —dice su voz.

La suya. La de ella. Me giro y me fijo en que está detrás de mi familia y amigos. Estaban convencidos de que no me giraría porque mi atención estaba puesta en los cuadros y han estado tapándola. Eso, o se ha teletransportado desde algún lugar cercano, una puerta secreta o vete tú a saber.

Yo que sé. Yo lo único que sé es que Carmen, mi Carmen, está ante mí sola, mirándome con una mezcla de emociones tan evidente en los ojos que tiemblo un poco. Es la chica seria y recta de siempre, pero hay algo frágil y vulnerable en su postura; algo que me deja ver lo mucho que está ofreciéndome con todo esto, y aunque nada deseo más en este momento que correr hacia sus brazos, me contengo y espero que sea ella la que me dé las respuestas.

—¿Qué ocurre en el siguiente? —pregunto sin que me importe que los demás nos oigan.

Ella sonrío un poco, su labio inferior tiembla y, cuando contesta, lo hace con la voz tomada, pero una sinceridad aplastante.

—No lo sé.

Así de simple. Así de confuso. Así de terrorífico.

Observar a Gabi desde cierta distancia ha sido... esclarecedor, aunque no lo parezca. Ya estaba segura de hacer esto, pero ver hasta qué punto le han afectado mis ilustraciones me ha hecho armarme de valor para dar el último pasito. Él se merece esto y más. Y no es que sienta que he sido la mala malísima y tengo que resarcirme. No es eso. Simplemente soy una mujer con una idea equivocada de la vida y sentimientos confusos.

Porque está bien ser distinta a los demás y sentirme más antisocial, pero no lo está huir de la gente que quiero.

Está bien que me agobien los grupos grandes, pero no lo está cerrarme en banda en cuanto intuyo que alguien quiere ser mi amigo o amiga.

Está bien querer con condiciones, pero no lo está cuando haces daño a la otra persona para salvaguardar tu corazón.

Esconderse es una elección que los seres humanos podemos tomar alguna vez en la vida y tenemos derecho, por supuesto, pero no podemos arrastrar a otras personas a nuestros escondites. Yo pretendí hacerlo con Gabi, ahora lo sé, puedo verlo con claridad y más aún después de conocer su historia. Me enfadaba con él, no porque fuera sociable, sino porque no quería venir a mi escondite y pasarse los días en él.

Me molestaba su capacidad de sonreír y ver el lado positivo de la vida cuando yo solía y suelo quedarme con la parte gris de las situaciones. Me pongo en lo peor siempre, me anticipo a los pensamientos de la gente y no concibo la idea de que alguien quiera conocerme sin segundas intenciones maliciosas. Solo porque soy yo, Carmen, y puedo gustar a las personas, ya sea para mantener una relación amorosa o de amistad.

No es fácil, pero creo que he dado el paso más importante, que es reconocer que tengo una visión distorsionada de la humanidad en general. Castigo a todo el mundo por lo que me hicieron un puñado de personas. No pienso que existan buenas personas, sino personas con segundas intenciones, y no se puede ir así por la vida.

No se puede porque al final el resentimiento te carcome por dentro. Empiezas a culpar a todo el mundo de todo lo malo que ocurre y te libras de toda culpa escondiéndote en una cápsula inaccesible para todo el que te

quiere. Mudándote a un rincón lleno de miedos y queriendo ser feliz allí.

El problema es que tú tampoco llegas a nadie. Ni siquiera cuando lo deseas.

Así fue como me escondí de Gabriel y acabé sin poder alcanzarlo cuando se fue.

No se trata de cambiar mi personalidad, no tengo que convertirme en alguien dicharachero y empezar a disfrutar de la gente. Siempre seré más tímida y más introvertida que él, pero al menos no sufriré a la hora de conocer a alguien. No me cerraré en banda a la idea de hacer amigos. No sentiré que me falta el aire solo por estar en el mismo sitio que un grupo de personas que quieren conocerme.

Ahora él me pregunta qué ocurre en el siguiente lienzo y yo le contesto con lo único que tengo: la verdad.

—No lo sé.

Admitirlo da miedo. Da mucho miedo porque me siento pendiendo de un hilo, pero estoy segura de que cada día el sentimiento mejorará. Engrosaré ese hilo hasta sentir que camino por un muro lo bastante ancho como para no tener que hacer equilibrio.

—¿Qué quieres tú? —pregunta Gabriel.

El brillo de sus ojos es bueno; dulce. Sus labios esbozan una sonrisa y deseo de inmediato adueñarme de su boca. De su capacidad de sonreír, aunque la vida se porte mal a veces. Si pudiera pedir un deseo, sería tener la capacidad de Gabriel para sonreír hasta cuando parece imposible. Pienso en ello, miro el lienzo en blanco y hablo con el corazón, librándome de cada candado que eché. Deshaciendo cada nudo y permitiéndome mostrarle mis sentimientos. Haciéndolo porque quiero y lo necesito, y no por desesperación, como el día que le dije que le quería. Que era cierto, eso nadie lo duda, pero también eran palabras fruto de una despedida que me iba a destrozar.

Ahora es distinto. Tenemos un futuro. Lo sé, porque él me mira como si yo fuera lo más importante del mundo y yo..., yo solo quiero lanzarme a sus brazos, cerrar los ojos y olvidar todo lo malo que ha ocurrido desde que tengo memoria.

Solo quiero que me contagie de su alegría y me enseñe a ser mejor persona. Que me ayude a quererme a mí misma, también.

Y de pronto lo veo. Entiendo todo lo que necesito y quiero. Comprendo lo que tengo que aprender de Gabriel para que la vida cobre un nuevo sentido.

Suelto el aire, lo miro a los ojos y lo suelto.

—Enséñame a dibujar sonrisas. Muéstrame cómo vivir de manera que, al acabar cada día, solo tenga que recordar mi propio estado de ánimo para dibujar sonrisas que se queden plasmadas para siempre.

—Tú ya tienes la sonrisa más preciosa del mundo.

—No me la veo, y no la siento, pero estando contigo..., estando contigo sí, Gabriel. Estando contigo siento que puedo dibujar mi propia sonrisa, aunque no la vea. —Tomo aire y sigo sin pensar que estamos rodeados de un montón de gente y podría echarme a llorar si él se negara a darme una oportunidad, pero prometí demostrarle que estaba dispuesta a luchar por lo nuestro de verdad. Esto forma parte de la promesa—. Desde que te fuiste nada es igual. Tuve que plantearme mi vida de tal forma que acabé dándome cuenta de todo lo que intentaste que viera cuando estábamos juntos. Cometí un montón de errores y no te puedo prometer que desde hoy no cometeré ninguno, porque estaría mintiendo, pero sí que lucharé a diario por arreglar mis partes rotas, no solo por ti, sino por mí misma. Lo necesito. Te necesito, Gabriel.

Lo veo tragar saliva y sus ojos se llenan de una emoción que no he visto antes. Y todo porque me he abierto y he dejado que vea mis fantasmas. Tan fácil y, a la vez tan jodidamente complicado. Me pregunto cómo no lo hice antes, pero entonces pienso que no podía ser. Tenía que visitar el fondo del pozo para saber que no quiero vivir en él.

—No necesitabas todo esto para que yo volviera contigo, Carmen. Te bastaba un WhatsApp y habría ido a buscarte incluso haciendo el pino.

—Yo lo necesitaba. Y tú, en el fondo, también. Tienes que saber que voy en serio. No se trata de una promesa vacía. No haría algo así con tu gente delante. No expondría mi trabajo de esta forma, tampoco. —Él asiente, comprendiéndome—. Solo quiero que veas que no se trata de palabras nada más. Que, si un día me vengo abajo y me canso de luchar, puedas recordar este día y entender que no es que no quiera, es que es complicado.

—Yo estaré contigo —susurra—. Estaré contigo en cada paso, *Palmerita de chocolate*.

Me río justo cuando estaba lista para echarme a llorar. Y todo porque ha sabido elegir el momento para soltar un apelativo que impida mi bajón. Es un jodido mago cuando se trata de arrancarme sonrisas. Ojalá un día yo pueda hacer lo mismo con él.

—¿Entonces? ¿Vuelves conmigo?

—Ah, ¿no lo estaba dejando claro? —Se oyen algunas risas y él chasquea la lengua—. A ver si así lo pillas.

Sus labios encuentran los míos antes de que pueda cerrar los ojos. Lo hago en cuanto me rozan y su aroma me invade. Huele a algo dulce y duradero. Huele a lo que debería oler todo lo reconfortante de este mundo. Me permito rodear su cuello con mis brazos y siento los suyos abarcar mi cintura y alzarme un poco para tener un acceso más fácil a mi boca. Tenerlo de nuevo aquí, pegado y besándome, es lo que hace que un sentimiento de calidez se extienda por mi cuerpo desde los pies hasta la cabeza. Me permito disfrutar del momento y, por primera vez en mucho tiempo, no pienso en las consecuencias, ni en lo que nos rodea. Solo estamos él, yo y lo que sentimos creciendo, asentándose en nuestro interior y preparándose para un viaje que, espero, sea infinito.

El beso acaba, pero el abrazo no. Escondo la cara en su cuello justo cuando los aplausos arrancan. Me pongo roja en el acto y tomo conciencia de todas las personas que nos rodean, pero Gabriel solo se ríe y me pregunta al oído si necesito que los eche de inmediato.

—Que se queden —digo con voz suave, separándome de su cuello y mirándolo a los ojos—. Ellos también son parte de esto. De nuestra vida.

Gabriel entiende perfectamente mis palabras. Acepto en nuestra vida a todas las personas que componen la suya y me comprometo a quererlos, aunque a veces necesite mi espacio. Lo haré por él, pero sobre todo por mí, porque me merezco tener a todas estas buenas personas a mi alrededor, queriéndome y apoyándome. Me merezco formar mi propio grupo de amigos y olvidar que un día fui una niña que ni siquiera podía soñar con ello.

Hoy elijo dejar descansar a aquella Carmen. La dejo en el pasado con su tristeza y su impotencia. Y no la olvido, no podré hacerlo nunca, pero dejo de permitir que interfiera en mi presente y, sobre todo, en mi futuro. Elijo ser una versión mejor de mí misma de ahora en adelante y, para eso, el pasado debe quedar solo en el recuerdo.

Gabriel vuelve a besarme, alguien grita que nos vayamos a un hotel y él se separa de mí y me sugiere hacerlo, pero suelto una carcajada y le digo que mejor no, porque tenemos una comida pendiente con todos ellos.

—Además, mis padres esperan que podamos visitarlos esta tarde —digo en un tono prudente, porque esto es otra parte de la prueba, pero no sé si así, en frío, él querrá lanzarse tanto.

—¿Puedo llamar a tu madre mami suegra?

—¡No! —exclamo riéndome.

—¿Y a tu padre papi suegro?

—¡Menos!

—Bueno, pues me conformaré con llamarlos papi y mami.

Me río a carcajadas, manoteo su hombro y me dejo hacer de nuevo cuando él vuelve a besar y morder mi sonrisa.

Y otra vez.

Y otra.

Y una más.

Algo brota en mi interior. Es felicidad. La noto explotar en mis venas y brotar por los poros de mi piel.

Por primera vez en mi vida tengo más interés en saber qué nos deparará el futuro que en vivir del pasado.

¿Y acaso no es ese el mejor indicio de que todo irá bien?

Epílogo

Gabriel

Miro a Carmen discutir a gritos con Roberto por un fuera de juego y me cuesta la vida recordar a la Carmen introvertida y antisocial de hace dos años. Sigue sin ser la persona más sociable del mundo fuera de nuestro círculo, pero dentro de él es como si hubiese florecido. Ahora, todo lo bueno que yo podía ver antes en ella, también lo ven los demás, pero multiplicado por mil. Supongo que eso se debe a la falta de complejos y a que por fin ha dejado de estar a la defensiva.

La terapia hizo mucho. No fue fácil al principio. Ella empezó a apuntarse a todo lo que proponía mi familia o amigos sin pararse a pensar que, por mucho interés que tuviera en cambiar, no podía hacerlo de un día para otro. La vi tremendamente agobiada, pero negándolo, y le pedí que no me mintiera. Era vital que no lo hiciera si de verdad quería avanzar. Ella se sentía mal, pero no era su culpa. Solo necesitaba volver a conectar con las personas poco a poco. Al menos con algunas. En eso, la terapia fue imprescindible para que dejase de temer a la gente. Para que dejara de esperar una humillación en cualquier momento, también. Ella, que era de pensar que todo el mundo quería reírse de su persona, ahora ríe a carcajadas mientras corre detrás de un balón de fútbol con mis amigos gritándole que no sea tramposa.

Es más libre ahora, pero no ha sido fácil. Para mí tampoco lo ha sido. He tenido que aprender que no puedo tomármelo todo a risa y que la vida, a veces, nos da un palo que nos hunde un poco. Y está bien, no está mal sentarse y llorar un rato, siempre que tengamos claro que no podemos quedarnos en ese estado.

Han sido, en definitiva, dos años de aprendizaje como personas individuales y también como pareja.

La primera vez que le propuse vivir juntos vi el terror en sus ojos con tanta claridad que me eché a reír. No porque me lo tomara a risa, sino porque debí haber imaginado que hay cosas que no cambian de un día para otro. Poco después, sin embargo, ella empezó a insinuarme que deberíamos ir buscando un piso más grande para nuestras cosas, dado que ya dormíamos muchas noches juntos y parte de mis cosas estaban en su diminuto apartamento. Dio los

pasos necesarios en mi dirección como para que yo me armara de valor y le preguntara nuevamente si quería que viviéramos juntos. Esa vez, la sonrisa que me dedicó iluminó hasta Júpiter.

Ella sigue trabajando en la tienda. Es feliz allí, y eso es algo que yo tuve que aprender. Pensé que se refugiaba tras el mostrador y Juani, y no es así. No del todo. De verdad le gusta atender a sus clientas y pasarse el día allí y, por supuesto, me parece un trabajo digno como el que más. Sin embargo, también admitió que dibujar era parte de su vida, así que ahora su cuenta de Instagram no es tan anónima y ha empezado a aceptar encargos de láminas, ilustraciones y lienzos. Su público crece y, aunque no me cree cuando le digo que acabará siendo una gran artista, estoy convencido de que así será. Todo es cuestión de tiempo.

Mientras tanto me conformo con verla dibujar de madrugada. A veces desnuda, después de hacer el amor. Otras, tapada hasta la cejas, intentando resguardarse de un frío que, a menudo, la invade más desde su interior que desde fuera.

Es increíble verla luchar con los sentimientos que le llegan y luego plasma en sus dibujos. Es darme cuenta, con cada mirada, de que ella no dibuja solo por placer. Lo hace porque se busca y encuentra en sus propios trazos. Sus preguntas a menudo obtienen las respuestas necesarias en sus dibujos. Sus anhelos se reflejan de tal forma que, al acabar, incluso ella se sorprende.

A veces me siento a su lado y observo en silencio maravillado, consciente de que ni siquiera ella sabe lo que está creando. Lo que le está brotando desde dentro. Volcando sus sentimientos en una tableta gráfica o un bloc de dibujos de manera extraordinaria. Haciéndome creer en la magia del arte. De su arte.

Ella, que me pidió que le enseñara a dibujar sonrisas, no tiene ni idea de que a diario me enseña a ser valiente.

Porque ver a Carmen luchar con sus demonios es ver la entereza y dignidad con la que enfrenta sus problemas. Amar la forma en que no se rinde, pese a saber que sufrirá. Adorar su esfuerzo por encima de sus resultados y verme reflejado en ellos, jurándome cada día ser mejor persona por ella y por mí mismo.

Sé que el futuro aún nos depara muchísimas cosas. Últimamente me ronda por la cabeza la idea de tener un hijo, pero cuando se lo dije a Carmen pidió cita con el ginecólogo y se puso un DIU. Aquella misma noche me dijo que, si pudiera, se hubiese puesto dos, porque no se fiaba de mí. Me reí a carcajadas

por lo menos una hora.

Algún día, supongo...

También le dije que quería que comprásemos una casa. Y un perro. Y que los domingos los dedicáramos a ir de picnic con familiares y amigos.

De todo eso, solo he conseguido esto último, razón por la que estoy divagando en medio de un partido que transcurre en un bosque destinado a merendero. No me quejo, sé que yo siempre iré más deprisa por la vida que ella, es parte de nuestra magia como pareja, así que estoy deseoso de saber cuánto más tendré que esperar para tener el resto.

Puede incluso que algunas de esas cosas no lleguen. Quizá nunca tenga una hija a la que llamar Dulce, solo porque sigo poniendo apelativos de postres a su madre. O un niño al que llamar Turrón. Reconozco que aquí no estuve fino y es normal que Carmen me mire con cara de horror cuando lo digo. A lo mejor no tenemos hijos a los que desgraciar con nombres raros y enseñar nuestros propios valores. O puede que sí, pero no tengamos la oportunidad de adoptar un perro adorable al que achuchar cada día al llegar a casa. Quizá ella no se haga artista de fama y yo me pase toda la vida trabajando para una empresa en vez de ser mi propio jefe.

Carmen me llama desde un extremo del llano y me increpa que no esté haciendo bien de árbitro. Tiene razón, he vuelto a quedarme en Babia y, cuando viene a recriminármelo, solo puedo encogerme de hombros y decirle que está preciosa, pese a que sus mejillas estén rojas como tomates, su pelo sudado y su ropa sucia.

Ella bufá, pero luego se ríe y se echa sobre mí mientras nuestros amigos se burlan y nos increpan para que volvamos a unirnos al juego y dejemos de hacer el tonto.

La suelto, porque sé que quiere seguir jugando, pero antes la beso hasta que su aliento deja de estar agitado por el juego y pasa a estarlo por mi culpa. Le sonrío, muerdo su labio inferior y guardo en ese beso la promesa de jugar con ella un partido distinto en cuanto lleguemos a casa. Ella me acaricia el cuello, sobre ese punto exacto que me eriza la piel y me guiña un ojo, aceptando mi promesa y devolviéndome otra, antes de volver con nuestros amigos.

Y yo me quedo aquí, mirándola embobado y pensando que no sé qué nos deparará el futuro, pero, de todas formas, ¿qué más da? Lo importante es que estaremos juntos, cogidos de la mano y sonriendo, aunque los golpes hayan

dolido y las cicatrices vayan a ser visibles siempre.

Y es que por fin hemos comprendido el infinito poder sanador de una sonrisa.

Agradecimientos

Acabar una novela siempre me hace enfrentarme a sentimientos encontrados. Por un lado, la alegría, la ilusión de saber que por fin llegará a manos de mis lectores. Por otro, el miedo a no saber cómo irá, si gustará, si decepcionaré a alguien o si seré capaz de cumplir las expectativas.

Es un camino largo y arduo, el de escribir, y sería aún mucho más complicado sin la ayuda de esas personas que están siempre a mi lado, sosteniéndome y haciendo de arnés de seguridad para que no caiga con todo el peso de mis miedos.

A mis padres, por estar siempre, ser los mejores canguros para mis hijas y cuidarme como nadie.

A mi hermana Marina y a Fran, por ser y estar siempre para nosotros.

A mi marido, Alberto. Gracias por la paciencia, el amor y la ternura infinitas.

A mis hijas, Paula y Alba. Gracias por iluminar mi vida con vuestras sonrisas.

A Red Lips, sabes perfectamente que, sin ti, nada de esto sería posible. Gracias por seguir ahí cada día. Son muchos años y espero que queden muchos más, pero nunca me alcanzará la vida para agradecértelo todo.

A Alejandra Beneyto, no hay mucho que pueda decirte y tú no sepas. Gracias por estar al pie del cañón, por entender mi cabeza mejor que yo, muchas veces, y por no dejar que el desánimo o los miedos puedan. Gracias, sobre todo, por ser una amiga con todas las letras de la palabra.

A Susanna Herrero, siempre supe que tenías algo, una chispa que se transmite. La alegría como característica indiscutible. Como escritora eres la caña, pero como persona y amiga no hay palabras para describirte.

Rainbow Sunshine, os quiero mucho. Muy fuerte. Punto.

A Alexandra Roma, por las conversaciones, los audios, las series compartidas, las charlas sobre libros y, en definitiva, por haber traspasado la barrera de compañera para convertirme en amiga.

A Saray, Neïra y Alice, queda poco que pueda deciros, vosotras lo sabéis todo. Millones de gracias por tanto.

A Nuria, por ser un pilar a la sombra, comprensiva como pocas, apoyo

fundamental en mi carrera. Gracias por tanto y, sobre todo, por tu amistad.

A las lectoras, blogueras y personas que, no solo me leéis, sino que difundís reseñas y opiniones con un respeto y cariño admirables a través de redes sociales, blogs, YouTube, etc., GRACIAS. Muchísimas gracias por todo.

Y a ti, que estás leyendo esto, espero que el mundo de Gabriel y Carmen te haya dejado una pequeña marca en el corazón.

Nos vemos en la próxima aventura (:

Sobre la autora

Me llamo Lorena, aunque en los mundos de internet ya todos me conocen como Cherry Chic. Nací en 1987 y no recuerdo cuándo fue la primera vez que soñé con escribir un libro, pero sé que todo empezó cuando mis padres me compraron una Olivetti y me apuntaron a mecanografía siendo una niña.

Mi vida es sencilla, vivo en el sur rodeada de familia, amigos y tranquilidad la mayor parte del tiempo. Tengo la inmensa suerte de poder dedicarme a lo que más me gusta, que es dar vida a personajes que solo existen en mi cabeza, y contar sus idas y venidas mientras yo río, lloro, disfruto y sufro con ellos, como si fueran mis niños, porque así los siento.

Cuando no estoy escribiendo, me encanta pasear con mi marido y mis hijas, pasar tiempo con mi familia, leer, viajar, comer, la música, las zapatillas, las series, los vikingos, la tecnología –fiki en potencia–, comprarle ropa a Minicherry 1 y Minicherry 2, y los tatuajes. Soy adicta a Pinterest, entre otras cosas, y suelo pasar horas y horas en los mundos de yupi imaginando la vida de personas que solo existen en mi cabeza.

Mis sueños en esta vida siempre han sido publicar un libro y que me toque el sueldo Nescafé. ¡Ya me queda menos para lo segundo!

Creo que no me dejo nada.

¡Ah, sí!

Puedes seguirme en mis redes sociales, tengo un montón y a veces no me aclaro ni yo, pero me mola cantidubi subir fotos de Mini 1 y 2, tíos buenorros, cosas que me inspiran, primicias de mis proyectos y alguna que otra chorrada.

[Facebook: Cherry Chic](#)

[Instagram: Cherrychic_](#)

[Pinterest: CherryChic_](#)

[Twitter: Cherrychic_](#)

¡También tengo una web! –tengo un montón de cosas, lo sé–. Te dejo la dirección y tú si quieres te pasas y si no, pues no.

mundocherrychic.com